



**Jean-Michel Angebert**

**LAS  
CIUDADES  
MÁGICAS**

**PLAZA & JANES, SA**

Título original:  
LES CITES MAGIQUES

Traducción de  
MARISA OLIVERA

Primera edición: Junio, 1976

© Editions Albín Michel, 1974  
© 1976, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat  
(Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés  
con el título de  
LES CITES MAGIQUES

(ISBN: 2-226-00109-3. Albín Michel. Francia. Ed.  
original.)

Printed in Spain — Impreso en España  
ISBN: 84-01-31095-4 — Depósito Legal: B. 28.292 -  
1976

ÍNDICE

PRÓLOGO

## **I. TEBAS, «CIUDAD REAL»**

INTRODUCCIÓN

1. 5.000 años de historia
2. Una ciudad en su esplendor
3. Sacerdotes egipcios y ritos mágicos .
4. Tesoros y maldiciones del Valle de los Reyes  
La sepultura de Tutankhamón,
5. Tebas y Jerusalén

## **II. JERUSALÉN, «CIUDAD SANTA»**

INTRODUCCIÓN: La ciudad real

### **PRIMERA PARTE: LA JERUSALÉN EXOTÉRICA Y RELIGIOSA**

1. La Jerusalén hebrea  
El Arca de la Alianza, — El primer templo o templo de Salomón, . — El templo de Ezequiel o el segundo templo, — El templo de Herodes,
2. La Jerusalén Cristiana  
Jesús de Nazaret
3. La Jerusalén musulmana

## **SEGUNDA PARTE: LA JERUSALÉN INICIÁTICA Y SECRETA**

1. Israel
2. La orden del Templo y la Jerusalén iniciática
3. La nueva Jerusalén
4. Jerusalén y Roma

### **III. ROMA, LA «CIUDAD ETERNA»**

#### **PRIMERA PARTE: MAGIA DE LA ROMA ANTIGUA**

1. El misterio de los orígenes de Roma
2. El nombre secreto de Roma
3. El cuadrado mágico de Roma
4. La magia etrusca
5. Los libros sibilinos,  
Predestinación y fortuna de Roma
- Símbolo de Jano y puertas solsticiales, — Los Dióscuros,
6. Roma y el apolinismo

#### **SEGUNDA PARTE: LA ROMA INICIÁTICA ETERNA**

1. Los lugares secretos de Roma  
Los obeliscos, piedras mágicas — La puerta alquímica  
y el misterio de la Villa Palombar.
2. La Roma mágica de la Edad Media  
Imperio y leyendas — El Papa de las tres R.
3. El simbolismo etrusco del haz  
El simbolismo del haz, por Arturo Reghini — El iniciado del palacio de Venecia o «El escenario y los bastidores».
4. Los tiempos futuros

### **IV. PRAGA, LA «CIUDAD DE LAS CIENTO TORRES»**

INTRODUCCIÓN: Ojeada a la ciudad

1. Praga en la Edad Media: el Golem y la cabala ocultista
2. Rudolfo II, emperador y mago
3. Un iniciado de Praga: Gustav Meyrink

## **V. MACHU-PICCHU, LA «CIUDAD PERDIDA DE LOS ANDES»**

### INTRODUCCIÓN

1. Los incas y sus grandes antepasados  
Los quipos o lenguaje de los nudos — Viracocha el «Gran Dios blanco».
2. El descubrimiento de Machu-Picchu

## **ANEXO: EL ESOTERISMO DE LOS DIOSES PERUANOS**

## **VI. BENARÉS, LA «CIUDAD SAGRADA»**

### INTRODUCCIÓN

La religión y las creencias brahmanistas, 226.

PRIMERA PARTE: BENARÉS Y EL BUDISMO

SEGUNDA PARTE: BENARÉS Y EL HINDUISMO

1. Paseo por Benarés
2. Los templos y los pozos sagrados

## **VII LHASSA Y SU DOBLE: «SCHAMBALLAH»**

PRIMERA PARTE: TIBET MÁGICO

1. La magia antigua antes que el budismo
2. El Tibet medieval
3. Tantrismo y poderes ocultos

## **SEGUNDA PARTE: EL NÚCLEO ESOTÉRICO: LHASSA**

1. La «ciudad prohibida»  
El Dalai-Lama
2. Lhasa: ¿la ciudad del Preste Juan?
3. Lhasa y el mundo secreto de la Agartha ...

# PROLOGO

Imagen del cosmos, la ciudad tradicional refleja el Universo entero, del que es una reducción. Por esta razón, en la Atlántida, y hasta una época relativamente reciente, la elección del emplazamiento de una ciudad correspondía a consideraciones de tipo sagrado, de entre las cuales hay que destacar varias preocupaciones: el aspecto «benefactor» del cielo zodiacal, pues la ciudad, como el hombre, estaba relacionada con el mundo estelar; la presencia de determinados datos de geografía sagrada (montaña, fuente, río) indican que la ciudad está asimismo relacionada con el mundo telúrico y sometida a las influencias de la Tierra madre.<sup>1</sup>

La reunión de estos diversos elementos, que respondía a consideraciones religiosas (en el sentido superior de la palabra), era confiada a la elección de los pontífices, personajes sagrados que concentraban en su cabeza las funciones sacerdotales y reales o, si se prefiere, que ejercían los poderes especulativos y ejecutivos. Así se ha de entender el significado de la palabra «pontífice», que tiene un doble significado: el de clérigo, totalmente sacerdotal, y el de constructor de puentes, es decir, intermediario entre la tierra y el cielo, el mundo de la inmanencia y el mundo de la trascendencia.

En un plano de realización concreta, la calidad de pontifex corresponde al poder de construir, de edificar la casa del hombre, morada y templo a la vez, marco de vida material y espiritual, que hace de la arquitectura el arte real por antonomasia. Esto explica la razón de que, en la Antigüedad egipcia, griega y romana, por no hablar de otras tradiciones, los constructores se agruparon en cofradías de iniciación, en «logias» cerradas, poseedoras de un saber secreto y sagrado, que había de protegerse contra el mundo profano.

En un plano puramente espiritual, los emperadores romanos, y más tarde los Papas, tomaron el título de pontifex maximus, o «soberano pontífice», lo cual los convertía, al mismo tiempo que en jefes sacerdotales situados en la cima de la pirámide

*1. Por su parte, Jean Rlcher, en una obra que evoca el problema de la Geografía sagrada del mundo griego (Bibliothèque des Guides Bleus, Hachette, 1967), no vacila en escribir:*

*«Los monumentos que se conservan nos indican de manera indiscutible —pero nunca percibida anteriormente de una forma clara— que, durante más de dos mil años, los fenicios, los hititas, los antiguos griegos y, posteriormente, los etruscos, los cartagineses y los romanos, tejieron pacientemente una red de correspondencias entre el cielo, por un lado —y, en especial, el curso aparente del sol en el Zodíaco—, y, por el otro, la tierra habitada por los hombres y las ciudades que éstos edifican» (pág. 24).*



religiosa, en los constructores del «templo ideal», cuya primera piedra angular constituían.

Desde esta perspectiva, la fundación de una ciudad que correspondería plenamente a la colocación de la «primera piedra»

—y hay que pensar en todos los sentidos y atribuciones de la palabra— era acompañada de ritos y ceremonias que impetraban la protección de las divinidades tutelares, ritos a través de los cuales la mención, en voz alta, del nombre sagrado de la ciudad, tenía que provocar el poder del verbo e integrar de este modo la urbe en el orden universal.

Una vez expuestas estas premisas, se establecía un plano de la ciudad, así como sus límites sagrados, que respondían a una realidad en el plano invisible. Tenemos numerosos ejemplos históricos de esta práctica, tanto en Occidente como en Oriente, en los relatos tradicionales de la fundación de Roma y de Benarés, por ejemplo.

Es interesante observar que la inmensa mayoría de las ciudades antiguas fueron concebidas según un plano cuadrado, con excepción del círculo o del rectángulo.

Esto merece una explicación: el cuadrado que equivale a la cifra «4» está ligado a la materialización de las cosas, al aspecto manifiesto del Universo, diferente, en este sentido, del «3» (trinidad divina) y del «5» (pentagrama).

El cuadrado es, al mismo tiempo, una figura geométrica perfecta por sus proporciones ideales e iguales, que permiten engendrar superficies distintas (doble cuadrado = rectángulo), volúmenes (desarrollo del cuadrado para formar el cubo) y que encierra en sus límites otras figuras geométricas, tales como el triángulo.

En este sentido, el plano de una ciudad —establecido teóricamente— se convierte en una realidad concreta haciendo de la ciudad un verdadero mándala, es decir, una imagen del mundo que refleja, a la vez, el microcosmos y el macrocosmos.

Nótese, a este respecto, que, si bien el contorno de una ciudad es cuadrado, su centro tradicional es siempre circular, lo cual corresponde a la «cuadratura del círculo» y explica el paso del cuadrado al círculo (o del cubo a la esfera) o la relación de dependencia que se expresa en el paso del mundo terrestre al mundo uránico.<sup>1</sup> A título de ejemplo, bástenos indicar que la Jerusalén terrestre es cuadrada, mientras que la Jerusalén celestial sólo puede ser redonda,<sup>3</sup> ya que el círculo está reservado a Dios, puesto que encierra en sí mismo sus propias perfecciones y, al ser una figura, no puede inscribirse en ninguna otra figura de igual

1. Es decir, celeste (uranos).

2. Por lo menos, antes de «descender a la Tierra».

16 =====

superficie (misterio de pi). En el orden material, el sanctasanctórum, o sea, el corazón del templo, debe ser circular, así como el coro de la iglesia cristiana, al igual que el de la mezquita islámica, está coronado por una cúpula o círculo, imagen simbólica de la trascendencia de lo divino.

En relación con la cifra «4» aparece toda una geometría sagrada, transportada a la geografía de las ciudades, que no se puede dejar de tener en cuenta.

Quien dice ciudad, dice barrios distintos; pero, ¿sabemos que quizá se trate del secreto más hermético de la geografía urbana sagrada?

Tomemos dos ejemplos: las 12 tribus etruscas y las 12 tribus de Israel... en esos dos templos históricos, la ciudad mágica (Roma o Jerusalén) será dividida en cuatro barrios (tal como lo prueba la etimología).\* Indicaremos que la división es general: nos basta con citar las 4 castas de la India.

Rene Guénon ha explicado claramente el móvil de esta división en «4» barrios o distritos: (...) «Las razones se basan, esencialmente, en el hecho de que el plano tradicional de la ciudad es una imagen del Zodíaco; y aquí volvemos a encontrar inmediatamente

la correspondencia de los puntos cardinales con las estaciones: en efecto, el solsticio de invierno corresponde al Norte, el equinoccio de primavera al Este, el solsticio de verano, al Sur, y el equinoccio de otoño, al Oeste. En la división en barrios, cada uno de ellos habrá de corresponder, naturalmente, al conjunto formado por tres de los doce signos zodiacales (...). Habrá, pues, tres signos comprendidos en cada "cuadrante", si la forma del contorno es circular, o en cada lado si es cuadrangular; esta última forma es más apropiada para una ciudad, porque expresa una idea de estabilidad, cual conviene a un establecimiento fijo y permanente, y también porque no se trata del propio Zodíaco celeste, sino sólo de una imagen y como una especie de proyección terrestre de éste.»<sup>1</sup>

A condición de que tenga un nombre, un «bautismo» que le dé un nacimiento espiritual a una «vida» individualizada implicada por un plano, un emplazamiento, una relación de sacralidad, la ciudad tradicional —punto ideal de equilibrio— ya es apta para convertirse en la morada de los hombres, que, por mediación de ella, se verán unidos al Cosmos y a la Tierra, integrados en un orden tradicional y enraizados en una realidad material y espiritual.

=====17

Además de su papel mediador y, en cierto modo, maternal con respecto al hombre, la ciudad es un reflejo del centro primordial de la tradición, única en su esencia y diversa en sus manifestaciones.

La elección de las siete ciudades no es arbitraria, sino que corresponde a la energía universal, o •prona vital, captada, según la tradición hindú, a través de siete soles o siete centros de fuerzas presentes en el hombre. La Tierra posee igualmente sus chakras, que recogen la misma energía que forma la trama del Universo.

Las siete ciudades que hemos escogido habrían podido figurar en un orden distinto, e incluso corresponder a otros nombres sin perder, por tanto, su significado simbólico. Sin embargo, siguiendo la línea tradicional, nos hemos esforzado por encontrar un principio rector que explique las grandes orientaciones espirituales en el transcurso de las épocas; ésta es la razón de que hayamos considerado ciudades tan alejadas y tan distantes como Tebas (Egipto), Jerusalén, Roma, Praga, Machu-Picchu, Benarés o Lhasa, como expresiones de una realidad y una verdad esotérica esencial. Una tras otra, esas «ciudades mágicas» han sido un centro de esplendor único, en torno al cual se ha organizado y puesto en marcha todo un mundo. Así, el simbolismo polar de las ciudades tradicionales se nos presenta como eje inmutable de una civilización y una totalidad, al mismo tiempo que un reflejo de la TULE primordial, que coincide exactamente con el eje polar primitivo de nuestro Globo.

En efecto, dentro de esta unidad conceptual, cada ciudad es el «centro del mundo» y, en este sentido, está ligada a una montaña sagrada, cuyo ejemplo más patente es el monte Tabor. Roma fue construida sobre siete colinas, y podrían llevarse muy lejos estas investigaciones si analizásemos el papel de la ciudad andina de Machu-Picchu.


Pero como la tradición es una y universal, nos gustaría demostrar que existen otras ciudades sagradas, aparte las citadas en las páginas siguientes.


Sólo dos ejemplos ilustrarán estas consideraciones, puesto que son especialmente notables: el primero es el de Toulouse, relacionada con el simbolismo polar e hiperboreal; el segundo, el de una ciudad recientemente descubierta: Catal-Huyuk, en la meseta de Anatolia, para observar, por un lado, cuan ricas en significado esotérico son la existencia y duración de una ciudad profuse

fmfs^T^rilllw ( k ^Í U a , Se u t í l í z a p a w l e v a n t a f l o s e d i f k i o s > ' • » » ( « la

necesario "££ stcaMc^dX 2 ^ T ^ « \* " » \* \* \* \* • "Imente, al Sol,

cedente del abismo de los tiempos y viviente aún en medio de convulsiones, y, por otro lado, cómo una ciudad desaparecida y que «vivió» durante varios miles de años, puede —en comparación con nuestras ciudades modernas, destinadas a existir, todo lo más, algunos decenios— aportar reflexiones sobre el valor de una enseñanza tradicional, reforzada con nociones supratemporales. Es imposible fijar con precisión la fecha de fundación de la ciudad de Toulouse,<sup>1</sup> la cual se atribuye, según las leyendas, a la civilización nórdico-atlántica relacionada con el centro hiperbóreo. Ya en la Antigüedad clásica, Toulouse existía como ciudad con el nombre de Tolos, que en griego significa círculo, o redondo. Y, en efecto, el tolos es una imagen del centro, análoga al ónfalos de Delfos, y el círculo es la manifestación del movimiento y de la vida que gravita como una rueda en torno a ese eje primordial que es el punto o centro del mundo.

La presencia de cruces solares  en la región tolosina y de cruces con ondulaciones, y hasta de cruces gamadas (región pirenaica) es la expresión simbólica de esta rotación del Universo alrededor de un eje central inmutable, situada fuera del tiempo.

La esvástica que evoluciona a cruz vasca o lauburu  representa este movimiento animado por una doble Z, que esquematiza el paso del cuadrado al círculo, según el arquetipo del Revolving Castle, de la «Tabla Redonda» que gira alrededor del invariable centro que es la figura central de Artús o Arturo (rey del mundo y regente de la galaxia en forma de estrella polar).

En este sentido, la ciudad de Toulouse, que se ha llamado la «Atenas Meridional» y la «Roma catara», no sería una representación de una región terrestre, sino de una ciudad celestial, según el esquema de una geografía sagrada representada por el «Zodiaco de Toulouse». (Véase grabado pág. 19.)

En esta línea, la cruz de doce perlas, o cruz de Toulouse y del Languedoc, es muy significativa de este simbolismo estelar. Este emblema que la tradición nos ha dejado como 'una huella imperecedera, se ha de comparar con la análoga cruz nestoriana (Iglesia herética cristiana de Asia Central), pues los nestorianos dejaron estelas de este tipo en China, Mongolia y Tibet. Siendo Lhasa uno de los centros tradicionalmente situados en oculta correspondencia con la Agarta, nos basta añadir que la Iglesia nestoriana sirvió de intermediaria e intérprete, hasta en Europa

*1. Nos ha llamado la atención la situación de Toulouse, pues disponemos de una pista interesante: Toulouse fue dividida en 12 distritos, que más tarde fueron puestos bajo la dirección de 12 «capitulares» (literalmente, Caput tholi, o jefes). Paralelamente a esta pista, hemos examinado un zodiaco del cielo, de Toulouse, puesto que recordamos la cruz de las 12 perlas de la villa rosa (otra denominación de Toulouse), y sólo podía tratarse de la rosa zodiacal.-*



Occidental, de la leyenda del Preste Juan (en la Edad Media), asimilado al misterioso «rey del mundo» o a su «delegado» en la superficie de la Tierra (a este respecto, se ha hablado de Gengis Jan, titular del sello de rubíes con esvástica). Encontramos así la tradición primordial, que nos permite afirmar la importancia de Toulouse como una «proyección» del centro hiperbóreo. Señalemos asimismo que el Zodíaco de Toulouse es la digna correspondencia del Zodíaco de Avalon (Somerset británico), Montségur (Pirineos) y Glastonbury (Gran Bretaña), y es considerado como uno de los santuarios del Grial. He aquí un punto de coincidencia suplementario, que se hace todavía más claro cuando se observan los rasgos celtas que poseen esas dos regiones de Gran Bretaña y del Toulousain (patria de los tolosatos). Avalon es igualmente una representación del paraíso terrenal o de la Isla Blanca de los druidas.

Desde la más lejana época, Toulouse fue un centro espiritual especialmente importante relacionado con las religiones y cultos solares, ya se trate del culto a Belén (celta), del Apolo (romano), de los cataros de Albigeois (donde se encuentra la raíz alba: blanco), de la Orden iniciática del Temple y, más tarde, de los rosacruceanos.

Pero el papel de Toulouse en este aspecto no ha terminado todavía, y en lo futuro estará ligado al «mito del gran monarca».

También es notable, aunque por razones sensiblemente distintas, la ciudad de Catal-Huyuk, por su situación y sus muy antiguos orígenes.

La presencia de vestigios de una ciudad desaparecida, en un lugar hoy semidesértico como la meseta de Anatolia central (Turquía), es ya de por sí digna de interés, y, en el plano arqueológico, reclama algunas explicaciones. Tras indicar que el arqueólogo Mellaert tuvo la sorpresa de descubrir en ese mismo lugar doce ciudades superpuestas, se comprenderá la importancia de esta invención. No somos nosotros, sino Jacques Bergier y Louis Pauwels, quienes hacen observar a este respecto: «Sin recurrir siquiera al simbolismo, se comprende fácilmente que esta superposición de ciudades presenta una analogía con nuestra civilización, que podría muy bien estar construida asimismo sobre un amontonamiento de civilizaciones desaparecidas.»<sup>1</sup>

El nivel más antiguo remonta la primera ciudad a —9.000 años. Cada sucesiva ciudad parece haber sido destruida por el fuego y reconstruida sobre las antiguas ruinas (la última se remonta a —6.000 años).

El plano de cada ciudad (excepto el primer nivel) adopta la forma de un tablero de ajedrez o crucigrama, y esta disposición corresponde actualmente a la concepción de las «agrocidades». Los habitantes conocen el tejido, la escultura, la pintura, y saben trabajar la madera y los metales. Vivían de una forma sedentaria en habitaciones construidas con material duro y formaban ya una amplia comunidad agrícola. Detalle importante y que revela un elevado nivel de refinamiento: los habitantes utilizaban tenedores para comer, y las mujeres empleaban el maquillaje (y esto hace 8.000 años). Pero, aparte estos detalles pintorescos e interesantes para el arqueólogo, tales como el descubrimiento de viviendas elevadas sobre terraza, lo esencial está relacionado con lo simbólico y lo religioso. En efecto, en Catal-Huyuk se descubre la persistencia, en todos los niveles de excavación, de cuatro emblemas: el rosetón, la mano humana, la doble hacha y las cabezas de toro con cuernos.

El alemán Frobenius, en sus investigaciones sobre una civilización atlántica que precediera a nuestra actual civilización, considera la roseta o rosetón como uno de los símbolos característicos de esta unidad original, ya que este emblema se encuentra también en Egipto, Libia o sur de España (protohistórica), así como en las costas del África Occidental.

El símbolo de la mano se encuentra asimismo en África Occidental, en Egipto y en la región pirenaica (mano de esteatita encontrada cerca de Montségur).

En cuanto a la doble hacha, se trata de un símbolo «micénico», característico de la Era de expansión indoeuropea, que permite suponer la existencia de un centro boreal o nórdico-boreal en los orígenes de nuestra civilización, ligada a la tradición primordial. En efecto, la doble hacha se encuentra en el romano (emblema sagrado de origen etrusco), en ciertas grutas sagradas de las costas escandinavas, en la región pirenaica y en el Asia Central, por citar sólo unos ejemplos. Este símbolo expresa la dualidad esencial de poder a la vez religioso y guerrero, elementos primordiales de la ética de los celtas\* de origen atlántico, así como de otras ramas indoeuropeas. La teoría de las «dos espadas» de san Bernardo tomará este mismo significado en Occidente, aunque de forma distinta.

La presencia, como un símbolo obsesivo, de las cabezas de toro no aparece como relacionada espiritualmente con un culto de fertilidad, sino que parece responder a consideraciones más elevadas.

Sin evocar el culto de Mitra que fue una de las transformaciones bastante tardías de la religión del Toro, parecería que la presencia simbólica de los cuernos que choca por su repetición, pertenece a un fenómeno astronómico en conexión con un cambio en nuestro cielo planetario. El ruso Velikovski sostiene la tesis según la cual, poco antes de la época que nos ocupa, el planeta Venus habría hecho irrupción en nuestro Sistema Solar y, a su paso, como brillante cometa, se habría visto con unos largos cuernos luminosos, formados de virutas incandescentes. No olvidemos que el planeta del signo de Tauro es Venus, y esto podría explicar aquello.

Pondremos aquí punto final a estas consideraciones sobre Catal-Huyuk, cuyo desarrollo adquiriría una importancia que rebasaría el marco de esta obra.- Las simples observaciones hechas hasta aquí sitúan meramente en un plano profano el problema de la brusca aparición de una civilización hace 9.000 años, mientras que la historia oficial declara mucho antes de esa fecha la aparición de las comunidades urbanas y, a fortiori, de civilizaciones de este tipo. Nos permitimos añadir que, por nuestra parte, creemos razonable pensar que la civilización de Catal-Huyuk es la herencia residual de una civilización anterior y muy superior en todos los niveles, tanto en su desarrollo material como espiritual.

No pretendemos dar ninguna respuesta decisiva en el plano científico, y no es éste el camino ni el eje de nuestra investiga-

ción, que se sitúa sólo en la óptica de la gran tradición. Las siete ciudades que hemos considerado no han llegado intactas hasta nuestra época (Tebas, Machu-Picchu). Sin embargo, vivas o muertas, tales ciudades tienen un punto en común entre sí: su esplendor espiritual, que sigue siendo intenso y condiciona nuestra existencia y nuestro porvenir, en la medida en que el hombre permanece unido al pasado mientras se proyecta al futuro.



## **I. TEBAS, «CIUDAD REAL»**

## INTRODUCCIÓN

Si Egipto es —según palabras de Heródoto— un «don del Nilo», Tebas, capital del Imperio Medio en la época faraónica, es, sin duda, un don del dios Amón, divinidad tutelar de la ciudad.

Unido al dios-sol Ra —con quien se confunde—, Amón es el verdadero rey de Tebas, omnipresente en los santuarios donde los sacerdotes consagrados a él pronuncian su santo nombre, que significa el «dios escondido». La protección que ejerce sobre la ciudad es la de un dios primordial que reúne en su persona los poderes real y sacerdotal. Si no se conoce previamente el significado oculto de la titularidad tebana, no se comprendería por qué los faraones, soberanos del Bajo y del Alto Egipto, escogieron por capital ese lejano lugar, distante ochocientos kilómetros de Menfis y de las ricas tierras del delta del Nilo.

Como en la fundación de otras ciudades, vemos aquí la sumisión a unos imperativos de tipo magicorreliigioso, que dieron paz y tranquilidad a los faraones, puesto que desde la XI dinastía hasta la última reina de Egipto, Cleopatra, transcurrieron más de dos mil años de poder monárquico ininterrumpido, según una filiación secreta contenida en los ritos de consagración real. Situada en un meandro del Nilo, Tebas disponía sus palacios, sus tumbas y sus gigantescos santuarios sobre varios cientos de kilómetros cuadrados, que englobaban, en un amplio conjunto arquitectónico, los emplazamientos de Karnak, Luxor y el Valle de los Reyes.

A ambos lados de esta estrecha franja de tierra fértil —fuera de la cual se extiende sólo el desierto tórrido y arenoso— se er-

guían las magníficas construcciones debidas al genio religioso de un pueblo que trabajaba pensando sólo en el más allá. De esos templos colosales, edificados para desafiar al tiempo, quedan todavía allí las ruinas, grandiosas e impresionantes, en testimonio del poder mágico de los sacerdotes y los reyes para cautivarnos con sus sortilegios.

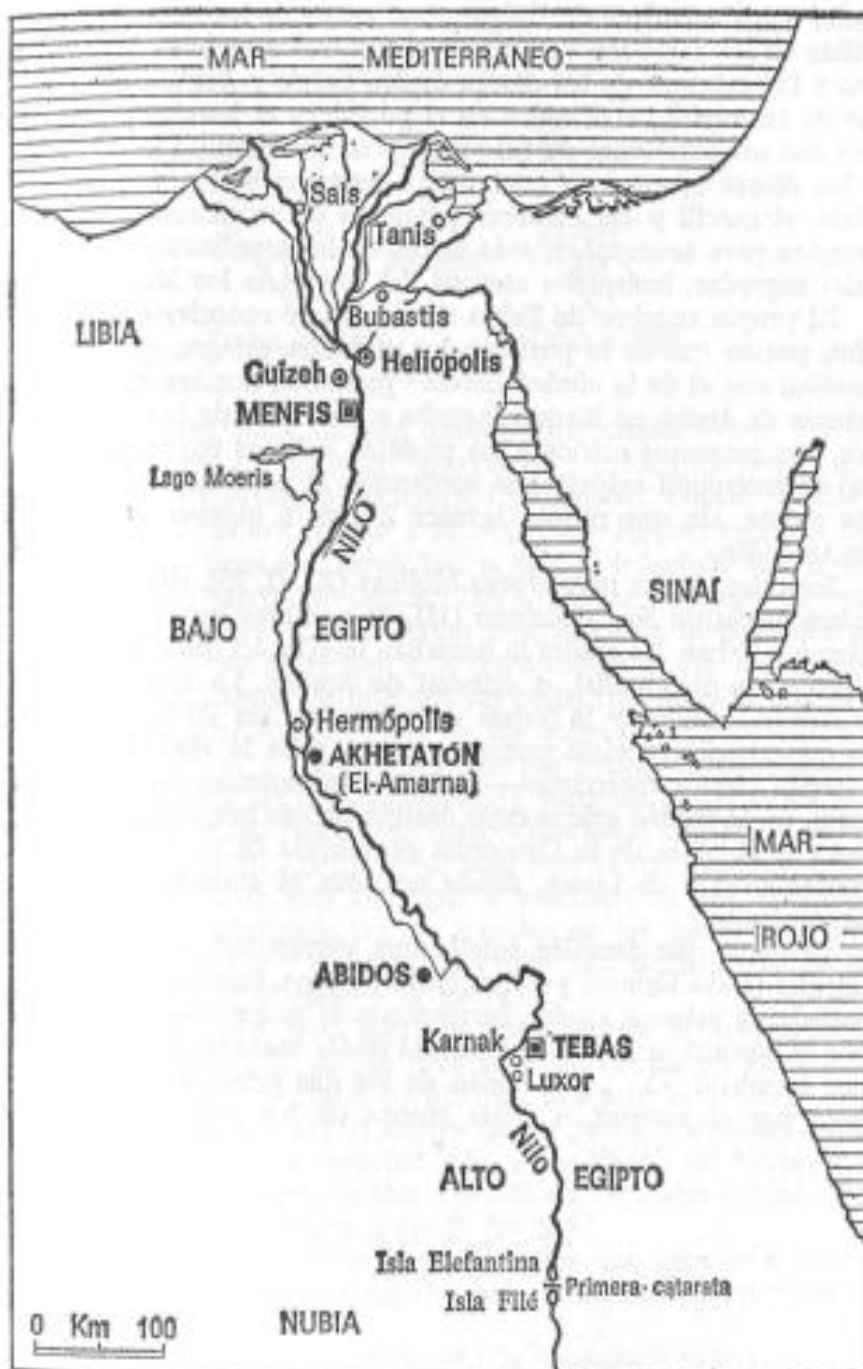
En menos de una hora y media de avión (saliendo de El Cairo), nos vemos transportados por encima de Luxor, que aparece ante nuestros maravillados ojos como una isla verdeante y paradisíaca salpicada de templos y bañada por un océano de arena. En el centro, la centelleante faja del Nilo evoca una majestuosa divinidad de aspecto de serpiente, que en seguida simboliza en nuestro espíritu la doble corona faraónica ornada del Uraeus, o cobra sagrada. Una vez llegados al aeropuerto, nos quedan aún por recorrer varias decenas de kilómetros en todos los sentidos si queremos tener una idea, aunque sea meramente orientativa, de lo que fue la capital de los Imperios egipcios Medio y Nuevo.

En la orilla oriental del río se elevan las dos salas hipóstilas mayores que conocemos, cuyas imágenes han hecho populares el cine y las fotografías, pero que siguen siendo únicas, en su inmutable majestuosidad, desde hace milenios: el monumental templo de Amón y el santuario de Jonsu. Alrededor se hallan diseminados otros templos, capillas y altares, en una superficie que cubre casi veinticinco hectáreas. Aún prosiguen las excavaciones arqueológicas, que pueden revelarnos sorpresas tan extraordinarias como el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón, a cierta distancia, en el Valle de los Reyes.

En efecto, en la orilla oriental del Nilo se extiende el prestigioso Valle de los Reyes, que alberga cientos de tumbas de monarcas, reinas y dignatarios del Imperio.

En esta necrópolis reina un impresionante silencio, interrumpido únicamente por los gritos de algunas aves rapaces. Las tumbas y los hipogeos están cavados directamente en la roca, en su mayor parte invisibles a simple vista, a fin de ocultarlos a la codicia de los saqueadores de tumbas. El lugar constituye un inmenso circo rocoso, cerrado, al Noroeste, por enormes canteras, que forman el «recinto inferior»; el «recinto superior» alberga las capillas funerarias, numerosas también en la llanura que se extiende en dirección al Ramesseum.

Los turistas que hoy se maravillan ante las esculturas colosales, los frescos de los templos y las ruinas de los palacios reales, son los sucesores de los «turistas» griegos y romanos que visitaban Tebas hace 2.500 años. Homero cantó a la Tebas de las Cien Puertas, que contenía en sus monumentos las riquezas arran-





*El Egipto de los Faraones*

cadadas a los enemigos de Egipto en el curso de las sucesivas campañas de los faraones. La plata y el electro<sup>1</sup> recubrían los obeliscos y las estatuas de los dioses Amón, Osiris y Anubis, así como las de los reyes, petrificados en el pórfido y el basalto y adornadas con incrustaciones de turquesas y de lapislázuli. Las ofrendas a los dioses tebanos no eran nunca bastante bellas, y el oro, la plata, el marfil y las maderas preciosas se amontonaban en los templos para acompañar, más tarde, en las sepulturas, a las momias sagradas, huéspedes eternos del Reino de los Muertos.

El propio nombre de Tebas no es el que conocieron los egipcios, puesto que se lo pusieron los viajeros griegos, que lo confundían con el de la ciudad beocia<sup>2</sup> porque el nombre egipcio del templo de Amón, en Karnak, sonaba a sus oídos de la misma forma. Los invasores asirios y los profetas hebreos conocían asimismo la metrópoli egipcia que contempló el paso de los Medos y los persas, sin que ningún invasor llegara a obtener las gracias de Amón-Ra.

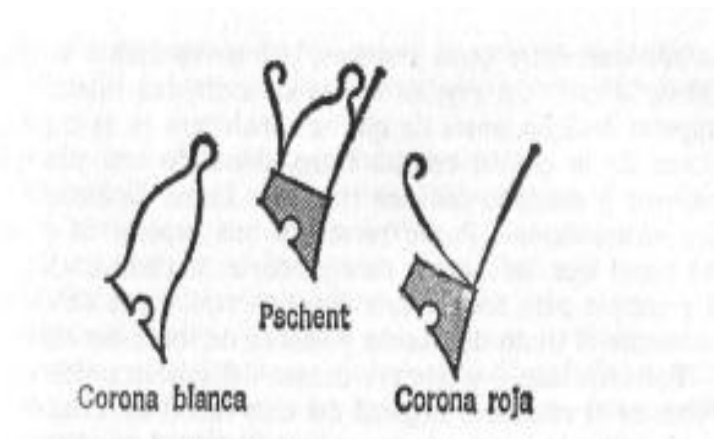
Jeremías, en las narraciones bíblicas (XLVI, 25), cita el castigo sobre Amón de No, y Nahum (III, 8) nombres que los egipcios dieron a Tebas, los cuales la llamaban la «On del Sur» (la «On del Norte» era Heliópolis), o «ciudad de Amón». La analogía entre la Tebas helénica y la Tebas de Egipto es, sin duda, mayor de lo que a primera vista pudiera creerse, pues la ciudad de París —según ciertos esoteristas— sería la continuación, en forma distinta, de la ciudad griega cuyo destino habría heredado; y el obelisco de la plaza de la Concordia provendría de la Tebas egipcia, concretamente de Luxor, donde marcaba la entrada del templo de Amón-Ra.

Creemos que también existía una correspondencia entre Beliópolis (Bajo Egipto) y Tebas (Alto Egipto), reunidas en el culto helíaco; la primera ciudad corresponde al poder real, simbolizado por la corona: , la segunda, al poder sacerdotal, simbolizado por la mitra; , y la unión de los dos principios es simbolizada por el pschent, o doble corona de los faraones:



1. Aleación natural de oro y plata.

2. Beocia, en la antigüedad griega constituía el Estado que tenía a Tebas por capital



Por su parte, Rene Guénon destaca que, «según Flavio Josefo, la capital de ese país (región "legendaria" y primordial que él asimila a la Tule hiperbórea) se llamaba Heliópolis, "Ciudad del Sol", nombre dado posteriormente a la ciudad de Egipto, también llamada "On", al igual que Tebas habría sido al principio uno de los nombres de la capital de Oigia. Los sucesivos traspasos de esos nombres y de muchos otros serían especialmente interesantes de estudiar en lo que se refiere a la constitución de los centros espirituales secundarios de diversos períodos, constitución que está íntimamente relacionada con la de las lenguas destinadas a servir de "vehículos" a las correspondientes formas tradicionales».

Y, volviendo a las correspondencias sagradas, añadiremos que el nombre de Tebas revela una segura identidad con la Tebas hebrea, es decir, el arca del Diluvio, pues ésta es una representación del centro supremo, que conserva la tradición en una época de convulsiones simbolizada por el tumulto de las aguas. Por otra parte, entre el arca y el arco iris existe una similitud, signo de una alianza entre el cielo y la tierra.

No sabemos casi nada sobre la fecha real de la fundación de Tebas, excepto que se adoptó para su construcción un plano cuadrado en forma de tablero de ajedrez, que aún es visible.

La ciudad egipcia era el centro de un nomo, o división administrativa del reino; el valle del Nilo, entre Menfis (al Norte) y la isla Elefantina (al Sur), estaba dividido en veintidós nomos, y el nomo tebano era el cuarto a partir del Sur.

El nombre (o nome = nomen) de Tebas era sagrado y estaba personificado por una estatua, presente en los santuarios cerca de la del rey.

En Menfis, al pie de la pirámide de Micerinos, todavía se puede admirar, entre otras estatuas, la que representa al nombre de Tebas, al lado del rey, en forma de divinidad tutelar.<sup>1</sup> Ya en el Imperio Antiguo, antes de que se convirtiera en la capital, el emblema de la ciudad era un cetro, decorado con una pluma de avestruz y anudado con una cinta. En forma de jeroglífico, significa «dominación». Puede verse allí una especie de premonición del papel que más tarde desempeñaría la ciudad, elegida desde el principio para asumir una vocación real, antes de ostentar oficialmente el título de «dueña y señora de todas las ciudades».

Por otro lado —y siempre dentro del mismo orden de ideas—, Tebas es el santuario original del dios Amón-Ra. Cuando se conoce el eminente lugar que ocupa esta divinidad en el panteón egipcio, se puede valorar mejor el prestigioso renombre de la metrópoli egipcia. El origen de Amón es muy antiguo, pues se conocen capillas dedicadas a él al menos desde la X dinastía (2000 a. de J.C). Esos santuarios se multiplicaron tanto y de tal manera, que Amón se convirtió en el dios principal del Imperio, que habitaba en el cielo y confería al rey (divinidad presente en la Tierra) las cualidades y atributos esenciales. En efecto, Amón es representado en la estatuaria egipcia como un monarca, un rey, por lo cual ejerce su protección especialmente sobre los soberanos temporales del Imperio y sobre Tebas, la capital. Su unión y asimilación con el dios Ra (el Sol), hace de él el equivalente de un dios primordial, cósmico, creador del mundo según el esquema del Ogdoada hermopolita. Amón creó a los otros dioses, «que vinieron a la existencia a través de su boca». Y un antiguo texto indica: «Tres son los dioses: Amón, Ra y Ptah; no tienen semejanza. Amón es su nombre, en tanto que está escondido; Ra es su cara, y su cuerpo es Ptah.» Amón es un dios eterno. «Se engendró a sí mismo.» Además, comparado con el Sol, es el movimiento cósmico, que se repite eternamente. Tiene como atributos el disco solar, los cuernos (antenas cósmicas) y la cruz de la balanza, símbolo de la Justicia. A menudo era representado con cabeza de carnero (porque la potencia «vibratoria» transmitida por postes estelares se habría concentrado, en último lugar, en la constelación de Aries), pero también en forma humana, con cuernos encima de las orejas (destinados a llevar la «Voz cósmica», el «verbo»,

al profeta de Amón). A partir del 2000 a. de J.C. se elevó un gigantesco templo, dedicado a Amón, en el emplazamiento prehistórico de Karnak (parte del nome tebano), el cual alcanzó tanta fama, que era conocido en toda la cuenca mediterránea y llegó a ser un centro espiritual de primerísima importancia, pues de ese dios incognoscible, se dijo: «Se sustrajo a lo que salió de él.

Lámpara brillante de grandes rayos, que se ve sólo en el interior de su misterio.» Y el himno de Leyde lo canta en estos términos:

*Se oculta de los dioses: no se conoce su aspecto.  
¡Está más alejado que el cielo, es más profundo que el Hades!  
Ningún dios conoce su verdadera forma.  
Su imagen no aparece en los libros.  
No existe ningún testimonio perfecto sobre él;  
es demasiado misterioso para que su gloria sea revelada,  
es demasiado grande para ser examinado, demasiado poderoso  
Uno caerla al instante muerto de terror, [para ser conocido.  
si pronunciara su nombre secreto (que nadie puede conocer).*

## 1. 5.000 AÑOS DE HISTORIA

Sea cual sea la fundación teórica de Tebas, su nombre aparece ya en las primeras dinastías, cuando Menfis era la capital y el gran centro administrativo. Abundaban ya los edificios, pues la ciudad adquiría cada vez más importancia económica y estratégica por su posición sobre el Nilo (arteria vital de Egipto), antes de las primeras cataratas, que hacen innavegable el río.

Tebas adquiere importancia desde la VI dinastía, gracias a la descentralización de la administración, y varias sepulturas de personajes eminentes se remontan a esa época. Se hallan en el flanco de la colina llamada actualmente Joja, en la orilla oriental.

A partir de la VIII dinastía, Tebas recibe el título de «Puerta del Sur». El faraón Intef II (X dinastía) se vanagloria —en una inscripción que ha llegado hasta nosotros— de haber consagrado a Tebas el templo de Amón, de haber hecho en él piadosas libaciones y de haber edificado templos para otros dioses cuyas escalinatas estaban blanqueadas con arcilla, las puertas eran macizas, y las ofrendas, abundantes. Durante su reinado, Tebas vivió un período de gran prosperidad.



Durante esa época de finales del Imperio Antiguo, la ciudad se enriqueció con nuevos templos, altares, obeliscos y edificios vanos. Así, Senusret I levantó espléndidos monumentos en honor de Amón, entre otros, una bellísima capilla de caliza: Amón está representado en ella en forma humana, con la doble corona de plumas en la cabeza.

A partir de entonces lleva el nombre de «maestro Ipet-Iset» (Karnak) y de «rey de los dioses».

A partir de —1750 se produjeron las invasiones de los hicsos, pueblo guerrero procedente del Asia Menor (Anatolia). Devastaron Egipto, lo sometieron totalmente e instalaron en su trono príncipes y princesas de su raza. Durante esta ocupación extranjera, Tebas no dejó nunca de afirmar orgullosamente su independencia y, aunque tributaria de los hicsos, no por ello ejerció menos su autoridad sobre los trece nomos del Sur. Los invasores fueron expulsados del país dos siglos más tarde.

Los faraones de la XVII dinastía se dedicaron al embellecimiento de Tebas, cuyo esplendor querían realzar. Ramsés II erigió en honor de Amón-Ra, rey de los dioses, diez obras magníficas, que aún se elevan en Karnak.

Al mismo tiempo empiezan a ser inhumados reyes y personajes importantes en aquel lugar de la orilla occidental del Nilo.

La XVII dinastía (—1580) marca la reconquista de Egipto contra los invasores hicsos, después de los sombríos años de ocupación. Kamosés hizo huir a los bárbaros llegados del Norte, y su sucesor, Amenofis I (—1546), enriqueció Karnak con nuevos y espléndidos monumentos. «Por esto, en las generaciones sucesivas, ese príncipe, así como su madre, Ahmosé-Nefertiti, se convirtieron en los protectores de la necrópolis tebana. Durante el reinado de Amenotep I (Amenofis) se adoptó la costumbre de separar la tumba real de la capilla funeraria, y así nació el Valle de los Reyes, lugar de sepultura de aquellos soberanos, mientras que los templos funerarios eran edificadas en los confines del desierto.»

De Tebas partieron las expediciones militares hacia el Sur a la conquista de Nubia y de los misteriosos orígenes del Nilo. La ciudad imperial fue también escenario de intrigas cortesanas, de luchas de influencias, entre las cuales, el hecho más extraordinario es el acceso al poder de una mujer faraón, la reina Hatshepsut, que llevaba el pschent y la barba postiza reservada a los soberanos varones. Se hizo coronar rey, con toda la pompa del antiguo ceremonial, en el templo de Luxor. Con este motivo hubo gran regocijo, cantos y danzas. Al proclamarse hija del dios Amón, Hatshepsut llenó Egipto de templos e hizo erigir en Karnak

un nuevo santuario consagrado al gran dios del panteón egipcio. Se trata de una construcción rodeada de cuatro obeliscos. Su propio templo funerario puede aún ser visitado y admirado (en Deirel-Bahari), aunque no quedan más que unas imponentes ruinas.

Durante el reinado de Tutmés III, el Imperio egipcio extendió sus límites más extremos, que comprendían, además de la cuenca del Nilo, Nubia, Libia, Siria y Mesopotamia. Tebas se hallaba entonces en la cumbre de su gloria.

Con el sucesor de Amenofis III (—1370), Tebas se convierte en escenario de una verdadera revolución religiosa, tempestad que borra el culto de Amón, expulsa a los sacerdotes de los santuarios y contempla a la capital desposeída de su categoría de metrópoli religiosa. Al prohibir el culto a Amón —cuyas estatuas son destruidas, y los templos, cerrados o demolidos—, el nuevo faraón proclama la existencia de un dios único, Atón, en forma de un disco solar y que no tiene representación humana o animal. Akhenatón (nombre que significa «la gloria de Atón»), quiere destruir al clero tebano que le es hostil y traslada la capitalidad mucho más al Norte, en el emplazamiento de El-Amarna, donde levanta espléndidos palacios. Pero Tebas sufre con esta falta de afecto. Felizmente para ella y el clero de Amón, la herejía amarniense, aunque de una violencia inaudita, duró sólo unos años y, con el faraón Tutankhamón (XVIII dinastía), todo volvió a sus cauces. Se restauraron los antiguos cultos. El nuevo faraón —cuyo nombre es célebre hoy en el mundo entero gracias al descubrimiento de su tumba en el Valle de los Reyes— murió quizás envenenado. En cuanto a la momia de Akhenatón, fue indudablemente quemada —castigo terrible a los ojos de los egipcios, puesto que así se privaba al muerto de la vida eterna—, o bien enterrada en un oscuro sepulcro, lejos de las sepulturas reales.

No acabaríamos nunca de contar las peripecias de esta historia egipcia varias veces milenaria, que se desarrolló en gran parte en Tebas. Habría que recordar también la legendaria figura del gran rey Ramsés II, cuya momia se expone en el museo de El Cairo.

A partir de esta época encontramos la huella de los saqueadores de tumbas, y —detalle emocionante— las actas de un proceso que se inició contra ellos hace 3.000 años, han llegado enteras hasta nosotros. Uno de los saqueadores hace esta declaración ante la «policía» real: «Hemos ido a robar las tumbas siguiendo nuestra costumbre y hemos hallado la pirámide del rey. Hemos tomado nuestras herramientas de cobre y forzado un paso a través de la parte más profunda. Hemos llegado a las cámaras subterráneas

y, tomando en la mano antorchas encendidas, hemos bajado. Entonces hemos perforado la pared y hemos encontrado al rey acostado en el fondo de su cámara sepulcral. Hemos abierto el sarcófago y el féretro donde reposaba, y hemos hallado la noble momia de ese rey provista de una espada; en su cuello tenía joyas de oro. Encima tenía su máscara de oro. La noble momia de ese rey estaba completamente cubierta de oro, su féretro estaba adornado con oro y plata e incrustado con piedras preciosas. Hemos cogido el oro que se encontraba sobre la noble momia, y el de las joyas y el ataúd. Hemos cogido el mobiliario, que consistía en objetos de oro, plata y bronce, y nos lo hemos repartido.»

Tal como en la actualidad, en la época de los faraones ya había huelgas, como lo prueba un documento, el cual relata una huelga de obreros durante el año veintinueve del reinado de Ramsés III, que fue eliminado por un complot.

El inicio del Imperio Nuevo está dominado, en Tebas, por el creciente papel de los sacerdotes de Amón. Uno de ellos (durante el reinado de Ramsés XI) se llamaba Herikor. Aparece por vez primera en el templo de Jonsu, en Karnak, con los títulos de «sumo sacerdote de Amón» (generalísimo y gobernante), y se lo ve oficiando ante los dioses, misión reservada hasta entonces a los faraones.

«Herikor no tardó en proclamarse soberano, y en tomar todos los títulos y atributos de la realeza, como puede verse en las escenas e inscripciones que adornan el patio interior del templo de Jonsu.»

En el —663 se produjeron otras invasiones, y Tebas fue abandonada al pillaje por el rey asirio Asurbanipal. En el —525 Ocupan el país los persas, que permanecen en él durante ciento veinticinco años. No prestan mucha atención a Tebas, que a partir de entonces empieza a declinar.

Durante el reinado de la última dinastía egipcia (la XXX) se construyeron nuevos edificios, sobre las ruinas que dejaron los invasores. Tebas no fue olvidada, y Nactanebo I «emprendió la construcción del primer pilar, edificó los pórticos y el inmenso muro del cerco, hecho de ladrillos, del templo de Amón. Dyedhor (Teos), antes de ser hecho prisionero por los persas, y Nectanebo II, siguieron restaurando templos y monumentos. Si pensamos que estos soberanos estaban constantemente en guerra con los persas, es muy notable la cantidad de trabajos que realizaron en los templos. Pero el enemigo acabó por triunfar, poniendo fin a la dinastía en el —343. En el —332, Alejandro Magno, rodeado todavía por la aureola de sus victorias en Asia Menor, conquistó Egipto».

El Macedonio se hizo consagrar faraón en Menfis, pero no llegó hasta Tebas.

Entonces, la ciudad cae poco a poco en el olvido; sin embargo, los templos de Amón siguen siendo frecuentados por los fieles durante la época de los Ptolomeos (griegos) y la dominación romana. Sólo el triunfante cristianismo derribo los templos y los ídolos en el siglo iv, y allí donde se alzaban los monumentales edificios de la orgullosa ciudad, no quedaron más que la arena del desierto o los campos de los fellahs. Así terminó el culto a Amón. Había durado cerca de 3.000 años.

En el intervalo, Tebas había visto pasar muchos visitantes célebres, desde el griego Heródoto (en el siglo v a. de J.C.), hasta los emperadores romanos Adriano y Antonino Pío, que habían ido allí para oír el famoso oráculo del coloso de Memnón. Esta estatua de piedra era, en realidad, la de un rey. Se la oía «cantar» cuando los rayos del sol naciente daban en su cara. Para los egipcios se trataba de un fenómeno mágico, que ponían en movimiento las «vibraciones cósmicas» del «Verbo» manifestado: Amón, confundido en la persona del faraón Amenofis III,<sup>1</sup> que tributó un culto especial al Sol.

Después de los coptos cristianos, la invasión árabe y luego turca, Tebas se pierde en el olvido y el polvo de los siglos, para ser despertada de su sueño milenario por los arqueólogos modernos, a quienes debemos el redescubrimiento de esta maravilla enterrada en las arenas.

## 2. UNA CIUDAD EN SU ESPLENDOR

*Uaset [Tebas] es la ciudad de todas las ciudades.*

*El agua y la tierra estaban en ella en el origen de los tiempos.*

*Luego surgieron las arenas, que fueron sus cimientos.*

*Luego emergió un montículo y se creó el mundo.*

*Y en ella es donde la Humanidad tomó la vida.*

*Que creó todas las ciudades en su nombre (la ciudad),*

*y desde entonces todas se llaman «ciudad»,*

*según el ejemplo de Uaset.*

Así empieza el décimo canto del himno a Amón, «ese rey de dioses» protector de Tebas, «dueña y señora de todas las ciudades». Tebas se compara, pues, con una «ciudad primordial», análoga a la Luz bíblica, a la Salem de Melquisedec, a la Tule hiperbórea.

Para ser digna de este origen celestial, la ciudad había de ser la más bella. Los faraones se dedicaron a ello durante siglos, de tal forma que podemos reconstituir, paseándonos por el lugar, lo que fue la «gran ciudad» en los tiempos de su magnificencia.

En el templo-reposo de Ramsés III nos parece oír la voz del difunto faraón que grita, dirigiéndose a Amón: «Yo edificué para ti, en la ciudad de Uaset [Tebas], un misterioso horizonte, a la entrada de tu Corte de honor, ¡oh, rey de los dioses! Ese Horizonte es el templo de Ramsés III, que se alzaré en los dominios de Amón tanto tiempo como el cielo tenga Sol. Sí, yo lo construí; yo lo recubrí de gres, y coloqué allí unas grandes puertas del oro más puro. Y cubrí sus magníficos altares de ofrendas, que desbordaban mis manos para que tú te regocijaras.»

En el pilón<sup>1</sup> de otro templo, Amenofis III declara: «El rey dedicó un monumento a Amón, y erigió un inmenso pórtico para Amón-Ra, rey de los dioses, pórtico todo él enriquecido con oro. [En sus puertas] la imagen sagrada con cabeza de carnero incrustada de lapislázuli está realizada en oro y piedras preciosas; jamás puede verse nada igual. A cada lado hay una estela de lapislázuli. El pilón llega hasta el cielo, como los cuatro pilares de la bóveda celeste; los mástiles, embellecidos con electro, son más brillantes que el mismo cielo.»

Caminando a la sombra de esos gigantescos pilares, en medio de las ruinas colosales, uno ya no sabe qué hacer. Es un bosque de columnas, una procesión de estatuas y unas miradas petrificadas, que lo contemplan a uno desde lo alto de su majestuosidad hierática. En la época faraónica, el visitante de Tebas no podía dejar de hacer un alto en el gran templo de Karnak (todavía en pie actualmente), en la orilla derecha del Nilo. Una vez franqueada la entrada del santuario, el peregrino descubría, sucesivamente, once templos distintos, después de haber atravesado los cuatro recintos sagrados, si su dignidad lo autorizaba a entrar en ellos. En el extremo de los pilones ondeaban al viento grandes banderolas multicolores. Una vez pasado el segundo pilón de Karnak, se llegaba a la maravilla de las maravillas, a la sala más gigantesca que los hombres han construido jamás, a la sala hipóstila, de cincuenta metros de anchura, cien de longitud y veintitrés metros de altura, con sus treinta y cuatro columnas, de las cuales, las doce del centro son tan gruesas como la columna Vendôme. La parte central del santuario estaba mucho más lejos, al final de una serie de salas adornadas con frescos y jeroglíficos, en un profundo nicho, estrecha celda que albergaba la estatua, en metal precioso, del dios Amón. Sólo el faraón, el mismo dios, tenía

*1. Cuerpo de construcción generalmente doble, en forma de pirámide truncada, que precedía a la sala hipóstila del templo.*

derecho a penetrar allí.

Una vez al año, el soberano, sumo pontífice de la religión egipcia, sacerdote y rey a la vez, representante de Dios en la Tierra y, al mismo tiempo, dios, celebraba la gran fiesta sagrada en honor de su padre Min,1 dios de la vegetación y de la fecundidad. Otras fiestas y ceremonias religiosas eran celebradas también por el rey en persona; de lo cual dan fe los frescos antiguos, pues la función esencial del rey era la de «ensalzar a sus padres, los dioses del Alto y del Bajo Egipto, porque ellos le han dado fuerza y victoria y una larga" vida de millones de años. Él es hijo de Amón-Ra, que es la resplandeciente imagen del Señor del Universo y una creación de los dioses de Heliópolis... su padre divino lo creó para aumentar su esplendor. Es el huevo inmaculado, la simiente centelleante que fue cultivada por las dos grandes diosas de la magia. El propio Amón lo coronó en su trono de Heliópolis del Alto Egipto [Tebas] y lo eligió como pastor de Egipto y defensor de los hombres. Él es el Horus que protege su padre; el primogénito del Dios —toro de su madre—, Ra lo engendró, a fin de crearse una posteridad brillante sobre la Tierra, para salvación de los hombres y como su imagen viviente».

Habría que recordar también la gran fiesta del pilar 'Dyed, que corresponde a la ascensión de los «poderes» por el cuerpo de Osiris o al despertar del fuego cósmico presente en la columna vertebral —que se ha de relacionar con el caduceo de Mercurio—. El soberano levanta el pilar A , rodeado de los sacerdotes, al son mágico de los sistros.

Desde Karnak, el rey y los sacerdotes se dirigían, con gran pompa, al magnífico templo de Luxor (de 255 metros de largo), que se alzaba al borde del río, por el gigantesco paseo, de una media legua, pavimentado con granito y jalonado por mil doscientas esfinges colosales con cabeza de carnero. Ramsés II hizo levantar en Luxor dos obeliscos de granito, el más hermoso de los cuales •—marca de insignia y filiación secreta— se encuentra actualmente

en la plaza de la Concordia de París.

Tebas es una ciudad tan extraordinariamente evocadora y de Tina magia tan atrayente, hasta en la arquitectura, que los egiptólogos no han permanecido insensibles a ella. Christiane Desroches-Noblecourt describe así la capital del Alto Egipto:

«Al penetrar en el templo de Luxor, que se yergue hoy a orillas del Nilo, como un jardín salpicado de magníficas y vigorosas plantas, se siente de nuevo el poder de los dioses y de los sacerdotes egipcios, primeros beneficiarios de las prodigalidades del faraón. Pero Luxor es\* sobre todo, el armónico "Opet'del Sur" é 1. Min era el protector o velador (para los griegos, que lo llamaron Perseo). DÍOS

cósmico, figura entre las constelaciones.

del gran dios Anión, el lugar de su vida familiar, de su vida íntima, allí donde permanece los once días de su "salida divina" para la gran fiesta de Opet, y aparece a lo largo del recorrido, ante sus fieles entusiastas, en su magnífica barca repujada de oro. En Karnak se encuentra todo un mundo de templos, un laberinto de santuarios, de pilones con puertas y muros tapizados de reyes y dioses...

»Entre todas las evocaciones de los reyes tebanos, una magnífica silueta anima el séptimo pilón del gran templo: Tutmés III, diecisiete veces vencedor de los asiáticos, consagra la encantadora pequeña diosa —Tebas, pero bajo la égida de Amón— a un gran puñado de enemigos, arrodillados, que imploran gracia. En otro lugar vemos la gigantesca "pancarta" ilustrada con montones de oro y piedras finas, productos extraños que el rey había traído consigo de sus gloriosas expediciones y que, en gran parte, había ofrecido al señor del santuario, en agradecimiento por sus victorias.»'

Otras maravillas arquitectónicas —cuyas imponentes ruinas pueden contemplarse aún— se construyeron al otro lado del Nilo. Así, de Norte a Sur se encontraba una serie de majestuosos edificios: la casa de Seti (templo construido por orden del faraón Seti I, en memoria de su padre Ramsés I) o el templo de Qurnah, el Ramsseum, consagrado a la gloria de Ramsés II, célebre en toda la cuenca mediterránea por sus espléndidos frescos, y que los griegos llamaban la «Tumba de Osimandias». Su pilón medía sesenta y ocho metros de ancho. En el patio que seguía al pilón se levantaba una estatua de Ramsés, hoy destruida, de diecisiete metros de altura; y, por último, los templos de Medinet-Abú, a un kilómetro del Ramsseum, serie de tres colosales edificios que comprenden el Pabellón de Ramsés III, el templo de Tutmés III y el gran templo de Medinet-Abú, antiguamente unidos por una avenida de esfinges. La ciudad contenía asimismo santuarios de menor importancia, pero construidos con el mismo ardor y la misma fe en los ritos mágicos y el poder de los dioses. No hemos de olvidar que el templo, en la antigüedad egipcia, era un centro primordial en el que se concentraban todos los aspectos de la vida, material y espiritual, lugar de realización de los misterios, que encierra, en sus proporciones, todas las leyes armónicas del microcosmos y del macrocosmos. El santuario era también el templo de dios y el templo del hombre, lugar de intercesión privilegiado entre el mundo cósmico y el mundo terrestre. Esta asimilación del tiempo al cuerpo humano ha sido perfectamente explicada por el gran esoterista R. A. Schwaller de Lubicz, para quien la



1. Christiane DESROCHES-NOBLECOURT: Vie et mort d'un Pharaon,  
París, Hachette,  
1968, pág. 31.

=====39

elección del emplazamiento del edificio y la personalidad del director de la obra responden a consideraciones esotéricas y a finalidades muy importantes. Lo que cuentan son la eficacia y la perfecta conformidad con las leyes y los ritos sagrados. «En esta realidad —escribe el eminente egiptólogo— reside el gesto ritual sagrado, como es el de los cimientos, o sea, la preparación del terreno conceptivo; luego, la elección de los materiales, es decir, la naturaleza del medio que habrá de gestar la simiente; y, finalmente, la concordancia con los tiempos cósmicos, es decir, el momento de la animación: el instante de "entregar la casa a su dueño". Este templo será a imagen del cielo... Así, pues, no nos es posible disociar al hombre —quiero decir, al ser humano realizado en toda su perfección, y del que el hombre actual es sólo un símbolo aún— de la obra perfecta del genio humano como templo, a imagen del cielo. El templo está en el hombre en el sentido de que el hombre es el templo de la obra natural, como el templo, cual obra humana, sólo puede ser a imagen del hombre.

»

Ésta es la razón de que —según el ritual hindú— el director de la obra sufra en todo su cuerpo si ha cometido un error en la armonía de la construcción del templo, así como en las partes de su cuerpo que, en el templo, están consagradas a la correspondiente misión y que hubieran sufrido un desperfecto o una profanación.

Esta identificación del templo con el cuerpo humano se formula claramente en el templo de Luxor, donde vemos cómo, por un sencillo pero admirable medio, dicho templo nos revela la sucesión de las fases que «entregan la casa a su dueño»...

Y Schwaller de Lubicz prosigue: «En el templo de Luxor, en el lugar situado en el haty, o sea, la región pectoral que resume los conductos que animan el cuerpo mediante el aire y la sangre, hay una importante inscripción arcaica que describe el ritual de fundación y consagración del templo.

»En las cuatro representaciones de "entregar la casa a su dueño", ilustradas en cuatro puntos del templo, no se trata sólo —tal como demostrarán las juntas de las piedras— de una simple fórmula de inauguración o consagración del templo. Todo el Universo se encierra en un solo gesto. Aquí, consagrar un templo es idéntico al hecho de animar el cuerpo terrestre y, en general, animar en el sentido de la más alta ciencia.»<sup>1</sup>

Así, se hallan en estrechas relaciones de similitud el hombre cósmico y el templo divino.

Esta fusión, patente en el templo de Luxor, se muestra con

1- R. A. ScwALLBR DE LUBICZ: Le Miradle égyptien, París, Flammarion, 1963, págs.

28, 29 y 30.

40 =====

toda claridad si se establece el esquema de este conjunto arquitectónico

proyectando sobre él la imagen de un hombre, como vemos en esta ilustración:

Proyección del Rey sobre el esquema del Templo (Luxor)

La entrada del templo de Amenofis III corresponde a la rodilla del hombre (punto A), mientras que el propio templo corta al personaje a nivel del sexo (fenómeno reproducido en los frescos interiores, en que la juntura de piedra única reproduce la misma escena: punto C). Desde el sexo, el texto ritual envía al haty, o corazón (punto D = sanctasanctórum). Se ve muy claramente, en el nivel de separación de cada sala, la diferenciación de los cuatro niveles en el hombre (cabeza = mente; corazón = = emociones; vientre = alma; piernas = sistema motriz). El punto B simboliza la marcha del señor; el punto A, la rodilla del señor; el punto C, el sexo del señor; el punto D, el corazón del señor (o del rey).

=====41

### 3. SACERDOTES EGIPCIOS Y RITOS MÁGICOS

Si el templo es el lugar central de cumplimiento de los misterios, la ciudad es el núcleo de la actividad mágica en Egipto.

En este sentido, Tebas, la capital mística, desempeña un papel privilegiado de concentración de las fuerzas astrales.

En efecto, el gran misterio de Egipto está ligado a tres centros, que son Heliópolis, Menfis y Tebas. En la realización de la obra, Heliópolis corresponde a la fase alquímica negra, creación nacida de las aguas (de Nun), puesto que la ciudad se llama «el país de la cuna de todos los dioses».

El misterio menfita se cumple en la ciudad del «muro blanco» (llamada así por los sacerdotes del Imperio Antiguo), donde el fuego celeste que bajó a la Tierra (en Ptah) suscita la aparición de la vegetación y la «obra en blanco» realizada en Hermópolis. Por último, Tebas es el escenario de la fase final, u «obra en rojo», simbolizada por la «Llave del Nilo», o Uas, que reúne el poder de Horus el Padre (nacido de Ptah) y el de Horus, hijo de Isis.

Abidos ofrece el análisis de la primera fase (color blanco); Denderah, el de la última (color rojo), pero la basílica de Karnak recoge todas esas funciones, mientras que el sentido cósmico de la obra queda precisado en los frescos y en el plano del templo de Luxor.

Otra significación, muy cercana a la anterior y que viene a reforzarla, penetra más en su explicación esotérica. Se trata de la asimilación del Nilo a la «Serpiente de Vida», en el Kundalini hindú, ya que el uraeus de los faraones es el símbolo de ese poder, relacionado con el despertar de los centros de fuerza en el hombre y con la liberación del «fuego interior». La existencia de esos flujos que animan a los chakras y su relación con la columna vertebral (en torno a la cual se enrolla la serpiente) aparece claramente en el texto de las pirámides:

«Teti es la serpiente, el toro de la enéada divina que se traga a sus siete uraeus, y sus siete se convierten en las [vértebras] de su cuello. Esos siete mandan a las tres enéadas divinas, que obedecen esas palabras [u órdenes]...»

Las siete son las vértebras cervicales (en número de 7); las tres enéadas (3 x 9) corresponden a las 27 vértebras, que forman

la osamenta de la columna vertebral. Los 7 uraeus son las siete cabezas de cobra (o chakras) en estado de vela, es decir, de actividad. Desde este punto de vista, Tebas, como «ciudad de los orígenes», corresponde al chakra-raíz de color rubí, situado en la extremidad inferior de la espina dorsal, o sea, que remonta hacia las fuentes del Nilo. La verdadera magia está ahí, y quien no comprenda la geografía sagrada a la luz de la tradición iniciática, no puede trascender el misterio de las ciudades y de su significación oculta.

Ningún pueblo estuvo más lleno de magia que el egipcio, que vivía no sólo rodeado de ritos y ceremonias religiosas, sino que proyectaba incluso post mortem sus fantasmas en un doble universo, prolongando oníricamente la vida física en el más allá. En esta visión del mundo, el sacerdote —guardián del santuario— ocupaba un lugar importante. Así, la casta sacerdotal era numerosa, estaba muy jerarquizada y no se reducía a los santuarios, sino que participaba en la vida activa en todas sus formas. Pero los sacerdotes ejercían sus poderes en nombre y representación del soberano, por «delegación de los poderes reales», prueba evidente de que el faraón era el rey-sacerdote o el miembro de casta original que asumía, en la tradición primordial, las funciones celestiales y terrenales reunidas en la obra solar.

En cambio, aunque el sacerdote podía estar en el mundo «profano», el no iniciado no podía franquear el umbral del santuario, puesto que, tal como nos lo explica Serge Sauneron: «El templo egipcio no admite a la muchedumbre: desde la entrada hasta el santuario, una serie de puertas protege —cada vez con mayor eficacia— el lugar santo contra los peligros del aire libre; la sombra se intensifica para aquel que, de sala en sala, llega al corazón del edificio, los techos bajan, el suelo sube y, con una aprehensión que va creciendo por momentos, el visitante se encuentra ante la entrada, cuidadosamente cerrada, de la capilla en la que reposa la estatua divina... Pues el templo egipcio es el lugar de la Tierra en que el dios, extendido por todo el mundo, posee una estatua en la cual, cada mañana, un poco de su cuerpo inmaterial consiente en «encarnarse». Esta efigie sagrada se ha de cuidar religiosamente, vestirla, alimentarla y, sobre todo, protegerla de los ataques de genios nocivos, siempre al acecho de cualquier golpe perverso... Así, los hombres que pueden entrar en el templo y vivir cada día en la inmediata vecindad del temible ídolo, han de cumplir previamente ciertas condiciones elementales de pureza física.»<sup>1</sup>

1. Serge SAUNERON: Les Prêtres de Vancienne Egypte, París, Éd. du Seuil, 1957, pág. 33.

=====43

Los sacerdotes del grupo más numeroso eran los «purificados», que recordaban la prescripción impuesta a los oficiantes: «Dos veces al día —nos dice Heródoto— se lavaban con agua fría, y dos veces cada noche.» Hacían tales abluciones en los lagos sagrados cercanos al templo o, si no los había, en una cuba de piedra.

Otro rito de los sacerdotes consistía en lavarse la boca con una solución de carbonato de sosa y agua, antes de entrar, por las mañanas, en el lugar santo.

El bautismo con agua tenía un significado ritual y sacramental, simbolizado por el anj (o cruz de vida) en los frescos reales, y el agua era representada por una multitud de signos 5.

Otra obligación de la vida sacerdotal consistía en rasurarse completamente el cráneo y las cejas, para facilitar «la apertura del alma».

Como todos los colegios de pontífices, los sacerdotes egipcios se abstenían al máximo de comer carne y beber vino, y practicaban un vegetarianismo bien entendido que facilitaba, mediante la purificación del cuerpo físico, los contactos con el más allá. Se imponía la castidad, al menos durante los períodos de presencia en el templo. En este sentido, los textos egipcios son formales: todo el que entrase en el templo había de estar purificado de todo contacto sexual mediante una abstinencia que duraba varios días.

Además, los sacerdotes eran sometidos a ciertas prohibiciones de otro tipo, y no podían llevar vestidos de lana (de origen animal), que ofendían la santidad de los lugares, sino sólo hábitos de lino fino. Los sumos sacerdotes y los pontífices llevaban un traje especial. Así, los sacerdotes de Sem iban vestidos con piel de pantera, mientras que el sumo sacerdote de Heliópolis se cubría con una piel tachonada de estrellas. Otro privilegio de los sacerdotes consistía en calzar sandalias blancas de palma, mientras que los demás iban descalzos.

El personaje más importante de la jerarquía sacerdotal era, sin lugar a dudas, el sumo sacerdote y primer profeta de Amón en Tebas.

Quien haya recorrido las salas del Museo del Louvre recordará seguramente la capillita que se preparó en un pasadizo subterráneo para una estatua del dios Osiris. El dios aparece en su urna, hábilmente iluminada por unas luces laterales, y, por lo general, el visitante queda sobrecogido por el aspecto extraño de aquella figura de madera —bastante tosca y burda, pero extraordinariamente fascinante— que resplandece en la sombra. Así debía de aparecer el dios cuando el sacerdote abría las puertas de la celda, como una forma mal distinguida en la sombra, pero centelleante

44 =====

con el fulgor de sus ojos incrustados y de su corona, sus atributos y sus joyas metálicas...

Al colocar sus manos sobre la estatua, como si la abrazara, el sacerdote le «entregaba su alma»; el dios, visible en el cielo de Egipto, volvía a tomar posesión de su soporte terrenal, para estar todo el día en su templo, tan presente en su celda como lo estaba en el Universo.

Luego el sacerdote rezaba, con los brazos caídos, en actitud de respetuosa humildad, repitiendo su fórmula cuatro veces, para que llegase, en los cuatro puntos del horizonte, a los límites extremos del mundo:

Adoro Tu Majestad con fórmulas escogidas, con oraciones que incrementan tu prestigio, en tus santos nombres y en tus santas manifestaciones en las que tú te revelaste el primer día del mundo.<sup>1</sup>

Los sacerdotes ejercían su magia hechizadora no sólo en el interior de los templos, sino en todas las manifestaciones religiosas, como fiestas, procesiones y, sobre todo, entierros.

Uno de los poderes más espectaculares del sacerdocio egipcio era el de suscitar e interpretar los oráculos, especialmente el del gran dios Amón, de Tebas.

Los oráculos no eran interpretados de manera sibilina, como hacían los griegos, sino que indicaban de una manera muy clara los deseos y la voluntad del dios.

Una de las maneras más originales de hacer hablar al dios consistía en que los sacerdotes llevaran a hombros la barca sagrada de Amón. Esta barca,<sup>2</sup> reducida, en madera pintada y dorada, de una embarcación que navegaba por el Nilo, comunicaba a sus portadores un movimiento que era interpretado como la traducción

de la voluntad del dios. De estación en estación, los fieles le dirigían preguntas a la barca. Si los portadores de la proa se flexionaban, la nave se inclinaba hacia delante, lo cual significaba que el dios respondía afirmativamente. Si, por el contrario, la barca retrocedía, el dios negaba. Hace apenas unos años, bajo el título de el féretro que se balancea en el aire, un periódico cairota relataba un fenómeno parecido, lo cual probaría que, en pleno siglo xx, la mentalidad profunda del pueblo egipcio sigue siendo la misma. El hecho se produjo en Luxor, durante un entierro. Los portadores del féretro tuvieron de pronto la sensación de que el muerto pesaba cada vez más, hasta el punto de no poder transportarlo. Tuvieron que descansar tres veces, antes de

1. Serge SAUNERON: op. cit., págs. 78, 81-82.

2. La barca iba adornada, en la proa y en la popa, con la cabeza de la divinidad,



mientras que la estatua del ídolo figuraba en un tabernáculo, con los postigos cerrados, en medio de la embarcación. Un palio coronaba el conjunto.

=====45

poder franquear la puerta del cementerio. El difunto indicaba así su negativa a que lo llevaran a aquel lugar. Esto se observa a menudo en los entierros, para justificar la milenaria creencia en el poder de la voluntad de los muertos. También puede producirse lo contrario, y el cuerpo se hace entonces tan ligero, que los portadores «vuelan» literalmente con su carga.

En la época faraónica, la procesión pública de la nave sagrada de Amón se llamaba «la divina llegada». Se ha encontrado un papiro con una historia fantasmagórica que se remonta a la XIX dinastía. El espíritu errante cuya sepultura se profanó, clamó al sumo sacerdote de Amón, implorándole que hiciera restaurar su tumba en ruinas. El fantasma reveló su identidad al decir: «Cuando yo vivía en la Tierra, vigilaba el Tesoro del rey Rahotep y era comandante en jefe de su ejército. Cuando llegaban los dioses, yo era quien permanecía ante el pueblo.»

Así, somos transportados al más allá y a la magia relacionada con las momias, tan importante a los ojos de los egipcios que preparaban durante toda la vida sus funerales y sepulturas. Entonces, los sacerdotes desempeñaban un papel primordial, pues sólo ellos sabían «dar la vida» a la momia y asegurar al difunto una vida post mortem.

Los egipcios creían sinceramente que si su cuerpo físico era destruido, el alma no podía sobrevivir eternamente. Así, pues, había que conservar a toda costa el cuerpo del desaparecido, para poder embalsamarlo. Durante el Imperio Antiguo, no estaba generalizada

esta costumbre, y sólo eran momificados los faraones, príncipes y grandes iniciados.

Los tibetanos hicieron lo mismo, así como los incas, que embalsamaban sólo a los altos personajes. La finalidad de esta práctica «selectiva» era conservar el soporte físico de las almas selectas y asegurarse los beneficios de la presencia de un espíritu grande entre los vivos. Así, la virtudes «activas» del santo seguían protegiendo a los fieles. El faraón seguía presente espiritualmente entre sus subditos y la tierra sagrada de Egipto.

La momificación fue «democratizada» durante la gran revolución que barrió el antiguo imperio de Menfis, hacia el año —2000.

Para comprender bien este fenómeno se ha de tener en cuenta que los egipcios creían que el alma, después de la muerte, se separaba en tres elementos: el Ka (doble) o alma inferior; el Ba (alma superior) y el Shut (o sombra). Sin la momificación, el Ka y el Shut desaparecían más o menos rápidamente. Si, por el contrario, se embalsamaba un cuerpo, éste se convertía en un condensador de energías, que permanecían prisioneras en la momia.

Así se evitaba el proceso de disgregación de los distintos elementos

del ego, mantenidos artificialmente y encadenados al se

pulcro. El lector podría observar que nos acercamos a las leyendas de Drácula.

Sin embargo, hay un hecho que se produjo hace algunos decenios: la momia de Ramsés II, expuesta en el museo de El Cairo, rompió el vidrio que la protegía y se alzó sobre su asiento, ante el aturdimiento de los aterrorizados visitantes, que huyeron en todas direcciones. Desde entonces, este fenómeno, que se atribuyó a las condiciones de humedad del aire ambiente, no se ha vuelto a producir más; pero se creyó preferible orientar la cabeza de la momia en la dirección prescrita por el ritual... hacia el Oeste.

En todo caso, la generalización de los ritos del embalsamamiento dio un resultado: el de extender por todo Egipto una legión de fantasmas, de sombras-robots, verdaderos vampiros psíquicos que se escapaban de las tumbas cuando éstas eran violadas o saqueadas. En este sentido, la apertura de las sepulturas, todavía practicada por los arqueólogos, y principalmente el desfajamiento de las momias, pueden tener las consecuencias más graves. Así, pues, no hay que asombrarse de la posibilidad de una «repercusión».

Sobre el detalle y el especial significado de los ritos en torno a la momia, cedemos de buen grado la palabra al egiptólogo Jean-Louis Bernard, quien nos explica claramente el sentido de estas terribles prácticas, que pueden degenerar en magia negra: «En la tumba, dentro de la capilla funeraria que la domina, los sacerdotes van a celebrar una ceremonia, la más misteriosa que hay... Se trata de sacerdotes especializados, los sacerdotes del Ka... El sarcófago es enderezado, con lo cual la momia queda de pie. En una mesa se depositan unos extraños instrumentos. Una azuela (es decir, una especie de hacha pequeña), una cuchilla en forma de pluma de avestruz, una imitación de pata de buey y una paleta. También hay una comida prevista, no para los sacerdotes, sino para el Ka: unos panes y un cántaro de cerveza. Y luego se quema incienso y se hacen fumigaciones. Los sacerdotes van a proceder a la ceremonia de la "apertura de la boca" del Ka. Van a anular, simbólicamente, los efectos de la momificación. Veamos un fragmento del extraño ritual:

»Te serán dados ojos para ver,  
tus dos orejas para oír lo que se dice,  
tu boca para tus palabras.  
Tus dos pies, para andar, caminarán.  
Moverás tus dos brazos y tus dos hombros.  
Tu carne será firme.  
Tus músculos estarán en reposo.

=====47

¡Puedes regocijarte en cada uno de tus miembros!

Puedes contar con todos tus miembros, en perfecta salud.

»A1 final de la ceremonia, se cree que el Ka responde: "Estoy vivo."

»Este rito es un enigma. ¿Qué es esta historia de Frankenstein?

¿La momia debe ponerse a andar, como en las películas de terror? Evidentemente, no. Los egipcios saben muy bien que un cuerpo vaciado de sus intestinos, de su corazón y de su cerebro, no resucitará jamás.

«Entonces, ¿a quién se dirige el rito? No dudamos de su eficacia.

Se trata de magia, y los egipcios entienden de ello... El rito se dirige al Ka, al doble, y esto se especifica en el ritual. Para los egipcios, la verdadera personalidad humana es el Ka, y no nuestra personalidad corriente (...). El Ka o doble es, en nuestro inconsciente, el elemento dinámico. Actúa de noche y de día. Por eso es más importante que la personalidad. Ésta se extingue durante el sueño y sólo revive al despertar. Pero el Ka no duerme.

Mas, ¡cuidado! el Ka no corresponde al alma... Sólo es un factor de ésta. Por otra parte, muere con nosotros y se descompone al mismo tiempo que el cuerpo, salvo si éste es embalsamado. Así, pues, el Ka es una personalidad que dobla la personalidad corriente, que nace con ella y la acompaña durante toda la existencia.

El Ka piensa por sí mismo. Es una entidad... En suma, según esta concepción, nuestra vida terrenal se desarrolla en dos planos paralelos, pero muy próximos uno al otro. Los egipcios no confundían el Ka con los aspectos profundos del alma. El Ka no es un factor de vida espiritual en el sentido en que entendemos esta palabra, sino un factor de vida temporal. Por encima del Ka está el alma-pájaro, el Ba, que asegura la vida espiritual y que es el alma de los cristianos...»<sup>1</sup>

El sentido de estas prácticas empieza a perfilarse más claramente.

Pero sigamos con Jean-Louis Bernard y veamos lo que nos desvela ese esoterista:

«Para que el Ka permanezca espiritualmente vivo y no degenerare en fantasma, es preciso que el Ba continúe alrededor de él.

Si la momia es el soporte del Ka, éste es, a su vez, el soporte del Ba... En resumen, digamos que la momificación no concierne al alma misma, sino sólo a la personalidad terrenal o paraterrenal.

¡Se trata de magia, no de religión! Y, ciertamente, al momificar los cuerpos, los egipcios corrieron terribles riesgos... Obstaculizaron la evolución post mortem de miles de seres que permanecen atados a una momia como a una cadena (...). Una vez aprisio-

1. Jean-Louis BERNARD: Tout-Ankh-Amon ou l'Egypte satis bandelettes, París, 1967,

Págs. 36-37.

nado en la tumba, el Ka pasa del estado dinámico a un estado estático. Sueña indefinidamente en su vida pasada... Y las fumigaciones sirven para alimentar su facultad de soñar. Sueña en los éxitos de su vida terrenal, que, a tal fin, se pintan en las paredes del sepulcro.»<sup>1</sup>

Dejemos aquí las teorías sobre el Ka y penetremos —con los sacerdotes— en el hipogeo, donde se desarrollan los últimos ritos en torno a la momia:

«Primero se monta una guardia de varios días alrededor de la sepultura. Luego, mientras el iniciado de guardia está vigilando el féretro (el guardián del féretro), en el interior los otros sacerdotes desarrollan los ritos, que van a consistir en "cargar" a la momia. Todos los oficiantes se han purificado. Han frotado su cuerpo con bálsamo y aceite fino. El sumo sacerdote dirige el oficio según las indicaciones de Osiris: su frente está ceñida con el uraeus; los sacerdotes forman una cadena alrededor del hierofante: así canalizan el fluido de vida para transmitirlo al doble...

»Los sacerdotes, los temibles exorcistas del doble, pronuncian las palabras poderosas. Apelan a las fuerzas necesarias para la separación del alma, las fijan en la tumba, se las dan al muerto para ayudarle a formar en torno a él una barrera infranqueable.

»Los sacerdotes realizan los ademanes: levantan y bajan los brazos pronunciando las fórmulas consagradas.

«Gracias al poder de sus palabras, al secreto acorde de los coros, una doble corriente de vida se manifiesta en la tumba. Pero esa corriente que llega hay que sujetarla definitivamente. Para ello se emplean los talismanes y los amuletos en forma de lazos y nudos dispuestos en diversas partes del cuerpo.

»Esos lazos, nudos y brazaletes se colocan en las partes donde se manifiestan visiblemente las palpitations de la vida: en la muñeca, en la sangría, en los tobillos, en el cuello y sobre el corazón.

»Se ha de prever asimismo la posibilidad de que el hipogeo sea violado y la momia destruida, ya por profanadores, ya por la descomposición. La sabiduría exige preparar de antemano un nuevo habitat para el doble. Se hacen estatuas con la efigie del muerto que, dispuestas en torno a él, participan de su vida astral bajo la palabra mágica de los sacerdotes. Se desarrollan ceremonias especiales para montar ese nuevo habitat, para darle vida y hacerlo agradable al doble, que algún día puede incorporarse a él...

»Por último, el muerto es protegido en la Tierra contra los impíos; invisiblemente, está protegido contra las fuerzas malignas.

Una vez más, los sacerdotes se reúnen para multiplicar con su

1. Jean-Louis BERNARD: op. cit., pág. 38.

=====49

número la fuerza de sus pensamientos. Ayudándose con un ritmo propicio, forman una cadena mágica de protección, que tendrá como soporte una estatua, una estela.

«¡Maldito el imprudente que desafíe a esta defensa! ¡El castigo no se hará esperar! El recinto sagrado no debe ser franqueado por un profano; los acontecimientos lo han demostrado...

»Una vez cumplida su misión, los sacerdotes se retiran.

«Después de tapar el agujero, en el gran silencio del hipogeo comienza una vida poderosa. Insensiblemente, cobran vida las escenas pintadas alrededor de toda la sala funeraria. En la luz astral y la sepultura desiertas se condensan los fluidos. El gran silencio acoge en su imperio todas las formas, que empiezan a moverse y perfilarse alrededor de Osiris. Aquí está Anubis, con cabeza de chacal, el señor de los secretos, el superior del misterio, guía del difunto en el más allá. Ahí están los sacerdotes, los asistentes, las bailarinas, los portadores de emblemas sagrados. Todos, formando la cadena mágica, llaman y capturan los fluidos de vida. El friso se ha convertido en una temible barrera. Los cetros de mando repelen a las sombras malignas. Por el contrario, las cruces en forma de T atraen las influencias benéficas (...).

»Sobre el lecho funerario, saliendo parcialmente de su prisión corporal, el doble adoptó la posición sedente.»<sup>1</sup>

Mas para llevar a cabo este desdoblamiento, para permitir al difunto el acceso a esta vida en todos los planos, era necesario un texto mágico; y lo tuvieron en el Libro de los Muertos egipcio, instrumento de los sacerdotes y vademécum del alma.

Aquí comienzan los capítulos  
que cuentan la salida del alma  
hacia la plena luz del día,  
su resurrección en el espíritu,  
su entrada y sus viajes  
a las regiones del más allá.

He aquí las palabras que hay que pronunciar  
el día de la sepultura,  
en el momento en que, separada del cuerpo,  
el alma penetra en los mundos del más allá...<sup>2</sup>

En las numerosas tumbas descubiertas en el emplazamiento de Tebas, los arqueólogos han encontrado a menudo un «Libro único» dentro del sarcófago, cerca de la momia, como si ese rollo

1. Henri DURVILHE: *Mystères initiatiques*, París, 1925, págs. 125-128 y 162.

. 2. Cap. I del *Livre des Morts des anciens Egyptiens*, trad. de G. KOLPATCHKY, Omnium Littéraire, 1966, pág. 71.

50 =====

de papiros hubiera de servir al difunto como «pasaporte» para el más allá y como guía espiritual.

En realidad, y como todo lo que se refiere a esa época, se trata también de magia. A este respecto, el Libro de los Muertos egipcio ha podido compararse legítimamente con el Libro de los Muertos, o Bardo Thódol, tibetano, que describe las etapas del alma después de la muerte física y los medios para descubrir los trucos de la «Ilusión». El título exacto de la obra egipcia es Salida hacia [la luz del día']. El muerto debe asimilar y conocer de memoria las fórmulas sagradas que permitirán al alma, dejando de errar por la noche del inconsciente, volver a ver la luz espiritual. En este sentido, el viaje del alma se compara con el del Sol, que atraviesa «mundos desconocidos» en su «carrera nocturna» antes de aparecer, luminoso, en nuestro cielo terrestre. Para los egipcios, la muerte era una iniciación, la iniciación suprema. El vehículo del alma es la barca del Sol: Ra, que permitirá al difunto desamparado desembarcar en la otra orilla del río. ¿Qué representa la barca, por su forma, sino una media luna? Así, están presentes las dos luminarias: el Sol, como guía supremo, y la Luna, como ayuda para el «viaje». El astro del día representa un principio masculino, Yang, cósmico, como símbolo del Ser absoluto, mientras que Selenia es femenina, intuitiva, y representa el futuro. Beneficiarse de la protección de las dos luminarias es, pues, recuperar la totalidad, el retorno a la unidad.

«Así, los autores del Libro de los Muertos ofrecían, pues, a la mediación de sus lectores esta visión de la barca solar, símbolo de la suprema salvación. Cuando el "Sol" y la "Luna" —decían—, en lugar de oponerse uno al otro y agravar el estado de involución, llegasen a una sinarquía, serán vencidos el sexo y la muerte, las dos nefastas consecuencias de la "caída".

»Osiris —cuyas relaciones tanto lunares como solares han sido puestas en relieve por los egiptólogos— es la pareja inicial Sol-Luna; una vez rota la sinarquía original, los "miembros" arrancados del "cuerpo divino"<sup>1</sup> fueron diseminados, esparcidos por todos los rincones de "Egipto", es decir, del Universo. Son los planetas, las estrellas fijas, las luminarias y todos los seres de la Naturaleza. La "resurrección" del dios-mártir significaría el restablecimiento

de la sinarquía en su integridad primitiva...»<sup>2</sup>

El egipcio de la Antigüedad se hacía esta inquietante pregunta, insoluble en el plano «material»: «¿Dónde desaparece la barca de 1. Ese «cuerpo divino», u «hombre primodial», es también el «Adam Kadmon» de la cabala, el «Hombre cósmico» (gigante) de la tradición escandinava, el Adamas gnóstico,



cuyo recuerdo pertenece a la tradición primordial. Sus huesos, lanzados a los cuatro puntos del Universo, forman, por ejemplo, el «esqueleto» de la Tierra (piedras).  
2. Grégoire KOLPATCHKY: op. cit., pág. 30.

=====51

Ra (el Sol) durante la noche?» Según las apariencias, bajaba al oeste del Nilo (Occidente) y reaparecía al este del río (Oriente). Se explicaba al pueblo que, por la noche, la embarcación navegaba en sentido inverso y por una región intermedia entre el Cielo y la Tierra, región que correspondía al terreno de la muerte: el duat. Esta travesía nocturna era difícil, peligrosa y llena de riesgos. Por eso, el difunto, durante su viaje, había de tomar la barca de Ra, sin separarse jamás de su valioso «libro», fuente de toda protección y de toda magia:

«Dos "libros", dos verdaderas "guías azules" del mundo inferior —uno, conocido con el título de Lo que hay en el más allá, y el otro, con el de Libro de las Puertas— dan una descripción bastante escueta y técnica de las distintas regiones e indican sus respectivos nombres: los de las divinidades protectoras u hostiles que habitan allí y ponen en guardia al difunto contra posibles peligros.

»Para los egipcios de la élite, las doce "puertas" que atravesaba en el más allá la barca del Sol correspondían a las doce etapas de iniciación; y la descripción de las dificultades del "viaje" nos da una idea de las angustias vividas antiguamente por los iniciados.

» \*

He aquí lo que, de una manera simbólica y poética, dice el capítulo XCVIII del Libro de los Muertos:

¡Salud, oh estrellas de Cadera?

que brilláis en el cielo boreal,

en medio del gran lago!

Vosotras, que habéis sido testigos de mi muerte,

¡mirad...! Con la corona de un dios en la cabeza,

me presento ante vosotras...

He aquí que mis poderosas alas me llevan más lejos...

Un grito penetrante, igual que el grito de un ganso salvaje,

sale de mi pecho.

Como un halcón planeo sobre las nubes.

Recorro los vastos espacios de la Tierra y del Cielo;

Pues Shu, que me volvió a poner de pie,

me insufló un nuevo vigor.

1. Grégoire KOLPATCHKY: op. cit., pág. 32.

2. La constelación de la «Cadera» es la que designamos hoy como Osa Mayor. Así,

Para los egipcios —siguiendo en esto las enseñanzas tradicionales—, la primera forma del

/místico se consideraba representada en el cielo por las siete grandes estrellas de la Osa

Mayor, morada atribuida por ellos a la madre del templo de los siete poderes elementales.

Asimismo los hindúes sitúan sus siete rishis primitivos (videntes y guías espirituales) en la constelación «la morada de los sapta rishi, riksha y chitra»

52 JEAN-MICHEL ANGEBERT

He aquí que los espíritus luminosos,  
de pie a ambos lados de la Escalera del Cielo,  
me indican el camino; y los planetas, en su carrera,  
se me llevan lejos de los lugares de las matanzas [...]  
En verdad, los campos de la Celeste Hermópolis<sup>1</sup>  
me han sido adjudicados, a título de herencia.<sup>1</sup>  
cap. XCVIII: «Para poder conducir una  
barca en el más allá.»

Al no poder trascender el misterio de los jeroglíficos, de los cuales se ha descifrado sólo el sentido literal, no el esotérico, los arqueólogos no tenían más remedio que profanar las tumbas de los faraones y los sacerdotes, para intentar penetrar en el secreto de los egipcios, al descubrir la inmensa necrópolis del Valle de los Reyes, cuyo silencio no ha sido jamás perturbado.

#### 4. TESOROS Y MALDICIONES DEL VALLE DE LOS REYES

El gran temor de los egipcios era ver sus tumbas profanadas y saqueadas, las momias sacadas de sus sarcófagos y abandonadas a la destrucción, ya que el «doble», o Ka del muerto, quedaba así aniquilado. Por tal razón, en el Imperio Medio dejaron de construir las mastabas —sepulturas visibles a simple vista y perfectamente reconocibles— para esconder bajo tierra a los difuntos y sustraerlos de esta forma a la codicia de los ladrones. Pues la momia —nadie lo ignora, sobre todo cuando se trataba de faraones y grandes personajes— era enterrada con joyas y un rico mobiliario funerario de gran valor en alhajas, oro y plata. Para proteger los hipogeos contra los ladrones, las sepulturas se hicieron invisibles, profundamente cavadas en el suelo, recubiertas de tierra y de arena. Se eligieron lugares desiertos, como el Valle de los Reyes, admirable emplazamiento que era fácil de vigilar (porque estaba cercano a Tebas) y que, por el tipo de terreno, permitía cavar profundamente las sepulturas en un suelo rocoso y seco.

Pero lo más importante, a los ojos de aquel pueblo «mágico», era la protección psíquica de las momias. Éstas estaban realmente  
1. La ciudad de Hetmes Trismegisto, fundador epónimo de la magia egipcia (de donde proviene la expresión: hermetismo = ciencia de los misterios).

2. KOLPATCHKY: op. cit., págs. 173-174.

=====53

«provistas» de un aura susceptible de hacer retroceder a los profanadores, rodeadas de soportes «materiales» (estatuillas, objetos rituales) y de «larvas psíquicas», que habían de provocar un verdadero terror en los saqueadores de sepulturas en el momento de franquear el «umbral». Antes de retirarse, los sacerdotes pronunciaban terribles invocaciones a las divinidades «infernales», verdaderos vampiros del mundo astral, que habían de ejercer una guardia vigilante alrededor de «la sombra».

No obstante, esos terrores acabaron por perder eficacia, o bien la sed de riquezas, la «fiebre del oro», era más fuerte que las prohibiciones, ya que los ladrones, organizados desde la antigüedad como verdaderos gongs, no han dejado nunca de escudriñar en las tumbas y saquearlas, de lo cual es testimonio el proceso iniciado en el 1126 a. de J.C. Una comisión investigadora remitió previamente un detallado informe, declarando los estragos ocasionados en las tumbas reales. Los investigadores descubrieron así que habían sido saqueadas dos de las cuatro tumbas pertenecientes a las cantoras de la capilla de los divinos adoradores de Amón. La comisión examinó entonces «las tumbas y cámaras funerarias privadas de la parte occidental de Tebas, consagradas a antepasados augustos: todas habían sido saqueadas. Los ladrones, tras haber sacado de sus ataúdes y sarcófagos a los cadáveres, que desde entonces reposaban sobre el suelo raso, se habían llevado los objetos funerarios enterrados con ellos, así como el oro, la plata y los ornamentos de los féretros».1

Para prevenir la audacia de los ladrones, las momias de los faraones —enterradas hasta entonces en necrópolis conocidas— fueron reagrupadas rápidamente e inhumadas en escondrijos del Valle de los Reyes, cavados apresuradamente en la roca. Esto permitió a los arqueólogos hacer, en aquel lugar, unos hallazgos extraordinarios. Se trata de los descubrimientos de los sarcófagos de las reinas Ashet y Kait: el primero contenía un ataúd de madera, en cuya tapa grabada había unas fórmulas de astronomía, mientras que en las paredes interiores se veían grabadas fórmulas, de inspiración esotérica, conocidas con el nombre de Textos del ataúd.

El 5 de julio de 1881 se produjo el sensacional descubrimiento de Emil Brugsh: cuarenta momias reales, entre ellas, las de Tutmés III (el Napoleón egipcio) y Ramsés II. Un pozo, disimulado por una falda de roca, conducía a una sala subterránea, abierta profundamente en el suelo.

Cuando el convoy fúnebre descendió por el Nilo hacia El Cairo, se produjo un extraordinario fenómeno. Todos los «fellahs»,

1. Charles F. NIMS: op. cit., pág. 134.

misteriosamente prevenidos, se agruparon a lo largo del río, caminando por el ribazo y lanzando fúnebres clamores, mientras las mujeres, cubriéndose la cabeza con cenizas, se lamentaban como las antiguas plañideras. ¡El pueblo egipcio no había olvidado! Después de 2.000 años, todavía lloraba a sus reyes, a los faraones, y les rendía un último homenaje.

En 1898, se descubrieron en el mismo lugar otras trece momias, entre ellas, la de Amenofis III, todavía en su sarcófago. Esta momia tenía una curiosa historia. Robada años después de su descubrimiento

en la tumba en que reposaba, fue misteriosamente colocada de nuevo en su ataúd, donde permaneció hasta 1939, fecha en que el inspector jefe del Departamento de Antigüedades (Laleb Habachi) la volvió a transportar a El Cairo... en la litera de un coche-cama.

En las sepulturas reales del Valle de los Reyes se descubrieron unos textos mágicos de gran importancia para la egiptología esotérica. Las paredes de la cámara funeraria de Tutmés III estaban decoradas con pinturas murales tituladas Los escritos de la cámara secreta, más conocidos con el nombre de Libro de lo que encierra el Reino de los Muertos, lo cual hace pensar en que se trataba de una sepultura de valor sagrado, ya que este faraón era considerado como un «guía espiritual» para los egipcios, cuyos funerales habían sido rodeados de un secreto ceremonial. Lo mismo ocurrió, sin duda, con el rey Horemheb, que fue el primero en hacer grabar en su tumba extractos del famoso Libro de las Puertas.

«Durante el remado de Setis I se empiezan a utilizar otros numerosos textos, que cubrían las paredes de las cámaras y pasillos.

Sobre la bóveda de su cámara -funeraria, Setis I hizo pintar el cielo nocturno, en él que la constelación más reconocible era la de la Osa Mayor, representada por un hombre montado en un toro, pero que todavía llevaba su antiguo nombre de Adze. Durante esta dinastía, en las paredes de los patios de entrada de la mayor parte de las sepulturas se grababan las Letanías de Re. Ramsés VI, cuya sepultura —igual que la de Setis I— es la mejor conservada y la más abundantemente decorada, había hecho grabar en las paredes del patio de entrada el Libro de las Cavernas, el Libro de las Puertas y unos largos extractos de Lo que encierra el Reino de los Muertos, así como breves pasajes de otros textos funerarios. En los techos, dos copias del "Libro del Día" y del "Libro de la Noche", así como varios mapas celestes. Este faraón y sus dos sucesores añadieron a los techos fragmentos de observaciones

astronómicas bimensuales, que se remontaban a cuatrocientos

años.

»Pocos egiptólogos han estudiado esos textos funerarios reales

=====55

lo bastante a fondo como para hacer autoridad en la materia. En dichos textos, la vida humana es comparada con la órbita que describe el Sol en el cielo. El Sol nace todas las mañanas, envejece a medida que se dirige hacia el Oeste, muere por la noche, pasa la noche en el Reino de los Muertos, donde se regenera y aporta la regeneración, para volver a nacer la mañana siguiente. Pero aunque se crea entender el sentido de los textos, el simbolismo sigue siendo extraño y, a menudo, contradictorio. Encontramos allí también consideraciones sobre la condición humana, observaciones sobre el curso de los astros y curiosas leyendas sobre la topografía, los peligros y los placeres del mundo del más allá.»<sup>1</sup> Estos descubrimientos ejercieron una verdadera fascinación sobre los arqueólogos, algunos de los cuales se sumergieron, a su vez, en la interpretación esotérica de la egiptología. Éste fue el caso, especialmente, del sabio príncipe Scariatine, más conocido por el seudónimo literario de Enel, el cual escribió obras sobre la magia egipcia. Lo mismo ocurre con el egiptólogo francés Varille, quien, cogido en la trampa de la magia y obsesionado por las espectrales imágenes de las momias que disecaba, pereció en un inexplicable accidente de automóvil ocurrido en una recta, cerca de Lyon. ¿Era esto una «maldición de los faraones», cuyo ruido se expandió como un reguero de pólvora, después del descubrimiento de la sepultura de Tutankhamón, en 1922, en el Valle de los Reyes?

#### LA SEPULTURA DE TUTANKHAMÓN

Si nos atenemos a la Historia, Tutankhamón fue un faraón de escaso relieve, que pereció en extrañas condiciones (quizás asesinado), poco después de la revolución amarniense (de Akhenatón) y el regreso a la ortodoxia religiosa (representada por el clero de Amón). El descubrimiento de Howard Cáster y Lord Carnarvon conmovió al mundo entero, puesto que, después de treinta y tres siglos, un fragmento «vivo» del Egipto faraónico llegaba, intacto, hasta nosotros. Tutankhamón, frágil momia con máscara de oro, es el símbolo de una tradición sagrada legada, por el pasado, a las generaciones del siglo xx. Este rey de cuentos de hadas despertó más pasiones y entusiasmo que dos siglos de descubrimientos egiptológicos.

Imaginemos la fascinación ejercida por el lugar del Valle de los Reyes y el especial ambiente psicológico de los arqueólogos en medio de esta necrópolis donde reposan los faraones de Egipto.  
1. Challes F. NIMS: op. cit., pág. 139.



to, rodeados de sus tesoros.

Pues Howard Cárter buscó durante más de diez años —como si hubiera estado guiado por un secreto presentimiento— la sepultura de Tutankhamón, sin encontrarla. Removió toneladas de arena y peñascos antes de descubrir, cuando ya estaba a punto de abandonar las excavaciones (en otoño de 1922), una serie de escalones de piedra que eran el inicio de una escalera que descendía profundamente en el suelo. A continuación se despejó un pozo de acceso y, el 24 de noviembre, en presencia de Carnarvon (un mecenas apasionado por la egiptología), una puerta precintada que llevaba el sello intacto de Tutankhamón. Nueve metros más abajo, los dos hombres descubrieron otra puerta sellada que conducía al hipogeo. Cuál no sería la aprensión de los buscadores al comprobar que la puerta había sido abierta y vuelto a cerrar apresuradamente. Así, pues, los ladrones habían pasado por allí. Pero, el 26 de noviembre, prosiguiendo las investigaciones, Cárter quebró un ángulo de la segunda puerta y descubrió, oh sorpresa, a la luz de una bujía, fabulosos tesoros amontonados en la antecámara de la sepultura. Un descubrimiento mayor aguardaba aún a los arqueólogos en el hipogeo donde reposaba intacta la momia del faraón recubierta de oro y protegida por tres sarcófagos encajados uno dentro del otro. El primer féretro, enorme, era de cuarzo amarillo. El conjunto estaba encerrado a su vez en cuatro relicarios de madera maciza, cuyos sellos estaban intactos. He aquí el momento crucial, tal como lo describió Howard Cárter.

«En un silencio casi religioso, la pesada losa partida en dos, cuyo peso sobrepasaba los mil doscientos kilos, se levantó del suelo. La luz iluminó el sarcófago. Y lo que vimos nos intrigó sobremanera. Era un poco decepcionante. El interior estaba adornado con finos sudarios de lino. La tapa estaba suspendida a media altura. Uno después del otro, desenrollamos los sudarios o mortajas y, al llegar al último, salió de nuestros labios un grito de asombro: todo el interior del sarcófago estaba ocupado por la efigie del joven rey... Era la tapa de un maravilloso ataúd antropoide, de 2,10 m de largo, que reposaba sobre un ataúd bajo en forma de león; sin duda alguna, se trataba del primero de una serie de ataúdes encajados uno en el otro y que contenían los restos del rey.»

Puede imaginarse las emocionantes palabras cruzadas entre el arqueólogo y el faraón, en la penumbra de la tumba. Cárter prosigue: «A un lado y otro de ese maravilloso monumento había dos diosas "aladas": Isis y Neit, que conservaban el esplendor del primer día. A esto se ha de añadir que las manos y la

1. Divinidades tutelares, encargadas de proteger al difunto contra los violadores.

=====57

ANEXO I

III

ANTECÁMARA

NORTE

Muro sólido

Muro enyesado

metros

0 7 2 3 4 5

t • ',,; ' afectes!

Plano de la sepultura de Tutankhamóit

cabeza del rey estaban hechas de oro macizo, delicadamente tratado en relieve, mientras que toda la decoración estaba realizada

en bajorrelieve. El resultado rebasaba todo cuanto habíamos podido imaginar. Las manos cruzadas sobre el pecho sujetaban los

emblemas reales: el cayado y el látigo, incrustados en loza azul.

El rostro y las facciones eran de aragonita y de obsidiana, y las cejas y párpados de lapislázuli. Mientras que el resto del ataúd

estaba cubierto con motivos de oro brillante en forma de plumas, el rostro y las manos parecían de otra especie, y el oro que

representaba

la carne desnuda era de una aleación diferente, como para dar la impresión del gris de la muerte.»

Lo que más emocionó a los sabios «por su tierna sencillez»,

según expresión de Cártter, fue la pequeña corona de flores que

reposaba sobre el ataúd, último adiós de la viuda real a su esposo y que se deshizo en polvo al primer contacto.

58 =====

Ese sarcófago reveló un segundo, encajado en el primero, en madera chapada de oro. Dentro de ese sarcófago, los arqueólogos descubrieron un tercer ataúd envuelto en lino rojo, pero, esta vez, era de oro macizo: de un espesor aproximado de tres milímetros y ¡pesaba más de una tonelada!

Por último, el 28 de octubre de 1925, se abrió ese tercer ataúd, que descubrió la máscara de oro fiel a la imagen del rey. Los parisenses pudieron admirarla con motivo de la exposición Tutankhamón en el Petit Palais, en 1967. Acudieron varios millones de visitantes en el transcurso del año para admirar ese fabuloso tesoro aureolado de misterio y de un aura mágica. La momia contenía un centenar de alhajas repartidas mágicamente entre las cintas.<sup>1</sup> Sobre el pecho del rey se extendía, con las alas desplegadas, el pájaro de las almas. Debajo de la cabeza, un pequeño apoya-nuca de hierro llevaba la inscripción: «Despierta de este desvanecimiento en que te encuentras, saldrás triunfante de todo lo que se te ha hecho... el dios Ptah ha vencido a tus enemigos; han caído, ya no existen.» Al disecar la momia, los médicos encontraron en el lugar del corazón (momificado con las otras vísceras y colocado en una urna funeraria) un pequeño escarabajo de piedra verde.<sup>2</sup>

Entretanto, Lord Carnarvon, que había financiado las excavaciones y había participado en los trabajos, había muerto... primera víctima de una larga serie de extrañas muertes. Carnarvon murió —se dice— como consecuencia de una picadura de insecto. ¡Esto parece anodino! A pesar de las negaciones de los escépticos, existen, no obstante, hechos curiosos. Cuando murió el mecenas británico, seis meses después de la apertura de la tumba, en el mismo instante de su muerte, todas las luces de El Cairo se apagaron durante cinco minutos. En el momento del drama, Suzy, la perra del imprudente investigador, moría en Inglaterra. El Lord actual, hijo del egiptólogo, declaró en 1967, a la Televisión francesa, que él no había visitado la sepultura de Tutankhamón y que su padre —en un mensaje postumo— lo había puesto en guardia contra una visita a la tumba real. También se dijo que Lord Carnarvon, antes de morir, había visto el fantasma del difunto faraón. Posteriormente, una docena de personas que habían tomado parte en las excavaciones o se habían acercado a la momia de Tutankhamón con motivo de su descubrimiento tuvieron un final trágico o sospechoso.

1, Esas alhajas constituían, sin duda, la «armadura mágica» simbólica del faraón, y la pantalla mágica «invisible» la constituía la estatua negra del Ka situada a la entrada de la

tercera puerta de la tumba. Unos estuches de oro recubrían las manos y pies de la momia, indicando las radiaciones y los fluidos que emanan de los dedos. . . .

2. El verde simboliza aquí a Osiris, dios de los muertos y «entidad cósmica» de radiaciones verdes.

=====59

¡Los periódicos de todo el mundo se hicieron gran eco de esta famosa «maldición»! Y todavía hoy se habla de ella, ya sea para negarla, o bien para confirmar su realidad. El egiptólogo Jean-Louis Bernard, por su parte, ha emitido varias hipótesis: «Según el tantrismo y la magia, se pueden dar muchas otras explicaciones de la macabra serie de muertes. Estas tres tesis deberán ser claramente separadas una de la otra, pues cada una comprende un orden de fenómenos particulares.

»En primer lugar, hay el ambiente psíquico de la tumba, la egrégora, que envuelve los objetos. Por el efecto de los ritos, el ambiente se vuelve incoherente: ¡se hace entidad! Vive, en cierta forma... Dormido desde hace treinta y tres siglos, el ambiente se despierta de pronto y, por instinto, se defiende contra la desintegración.

Los objetos y la momia que le sirven de soporte, ¿no van a ser dispersados y reagrupados en otra parte, sin preparación ritual? Añadiremos que las dos visitas de los antiguos ladrones<sup>1</sup> contribuyeron a descargar parcialmente y a debilitar la egrégora...

»Podría explicarse la picadura del invisible insecto por la magia... ¿Por qué no? El "insecto" sería una entidad enana, emanada de una estatua enana. Expliquémoslo. En cada sepultura importante, los egipcios colocaban varias pequeñas estatuas llamadas "asistentes". Cada una de ellas representaba la imagen de un pequeño dios Osiris, el juez fúnebre, pero simbólicamente representaba, además, al mismo difunto que, con la muerte, se había vuelto parecido a Osiris. Los asistentes tenían otra finalidad. Sobre ellos, unos sacerdotes-magos fijaban una entidad, creada artificialmente, un invisible pequeño robot, que sería el esclavo (el asistente) del difunto. Así, pues, ¡un asistente, "insecto psíquico", habría picado a Lord Carnarvon, inyectándole un veneno también psíquico!

»Las tres hipótesis son comunes en cuanto a los efectos. Ya se trate de la egrégora, del asistente o de la sombra, el resultado es la aniquilación de un organismo viviente. La apertura de la tumba despertó unos maleficios, todos ellos originarios de una ciencia perdida.

»No existe maldición del faraón. Sólo existe una regla de juego; ¡y tanto peor para aquellos que la ignoren!»<sup>3</sup>

No vamos a sacar ninguna conclusión, sino que sólo observaremos los hechos. Son suficientemente justificativos por sí mismos.

El público no se ha equivocado.

En cuanto al Valle de los Reyes, ciertamente todavía encierra hoy tumbas invioladas de faraones. Esperemos que esta vez se

1. Puede suponerse que se retiraron, aterrorizados por espantosas apariciones y visiones.

i. Jean-Lovus BERNAKD: op. cit., págs. 125-126.

60 =====

tomen precauciones suficientes para la apertura de las tumbas. Los muertos de Egipto merecen como mínimo un respeto igual al que otorgamos a nuestros difuntos en la actualidad.

#### 5. TEBAS Y JERUSALÉN

Así como Egipto y Palestina son países vecinos (¡todavía en la actualidad!) geográficamente en la época faraónica, asimismo entre las dos civilizaciones del Nilo y del Jordán existen afinidades espirituales. No olvidemos que el rey Akhenatón, antes de los hebreos, impuso a Egipto el culto de un Dios único en la forma del disco solar: Atón. Daniel-Rops, el gran escritor cristiano, no se equivocó al hacer del «rey, ebrio de Dios» un místico precursor de Jesús y de la religión cristiana.

Tal como hace observar el autor del Dictionnaire de l'Insolite:

1 «Sentimental, Akhenatón lo será hasta encerrarse en el sueño de una Humanidad ideal, irreal, y hasta crear con todo detalle la Jerusalén de su sueño: a partir del momento en que se confirman las fuertes resistencias a su herejía, abandona Tebas, ciudad de Amón, y se va a construir otra capital, Akhetatón, el "Horizonte de Atón", capital sin futuro. Edificará otras dos ciudades efímeras, una en Nubia y la otra en Siria.»

Egipto, Menfis y Tebas tuvieron el privilegio de ver nacer y crecer a Moisés, «salvado de las aguas» y gracias a cuyas enseñanzas llegó a ser el profeta y el guía del pueblo de Israel.

Esos lazos espirituales visibles se refuerzan con lazos invisibles tejidos en el mundo «astral». Así, Tebas es la ciudad de Amón, y Jerusalén, cuyo centro (el Jardín sagrado o Plateola) vivió la agonía de Jesús, fue la ciudad del hombre adámico, crucificado en el Árbol del Conocimiento. Existe algo más que una homofonía entre el gran dios Amón (Ra) y el Adam Kadmon de la cabala jerosolimitana. Pues Amón-Ra es el «Hombre Celestial» egipcio como Adam Kadmon es el «hombre primordial» de la tradición bíblica. El Arca de la Alianza, con sus dos «ángeles» de alas desplegadas, encerrada en el sanctasanctórum del Templo de Jerusalén parece provenir directamente de un santuario tebano, tanto por su forma como por sus motivos ornamentales. En todo

1. J. L. BERNARD: op. cit., pág. 154.

=====61

caso, se encontró una estatuilla idéntica a la del Arca de la Alianza en la tumba de Tutankhamón. ¡Curiosa coincidencia!  
¿También es coincidencia la «huida a Egipto», relatada por el Evangelio? ¿Es coincidencia la presencia del sumo sacerdote luya (en hebreo, José) originario de Siria, unos siglos antes, en la Corte del faraón, cuya pista se encuentra en el Antiguo Testamento? No puede creerse. Más bien se ha de pensar que la inmensa sabiduría de los templos egipcios halló en el pueblo de Palestina una acogida honrosa, favorecida por unos «enviados» constituidos por los sacerdotes de Tebas y Menfis. Así se transmitió la antorcha del conocimiento y la espiritualidad. Tebas la egipcia se convirtió en la Tebas judía, bajel de iniciación simbolizado por el Arca o Arco, como el Jesús Crístico (Cristo) sucedió al Osiris desmembrado de la tradición egipcia, y Jerusalén se convirtió en el nuevo crisol alquímico (Grial), donde se realizó la mística fusión del oro solar tebano (Amón) y de la plata lunar bíblica (ADonai) = ADam KAdmon.1

1. Conviene observar, a este respecto, que la masonería (ocultista) del siglo xvni tecuía, a la vez, a la tradición iniciática egipcia y a la hebrea, es decir, a Tebas y a Jerusalén (véase, especialmente, el rito «egipcio» de Cagliostro).



## II. JERUSALÉN, «CIUDAD SANTA»

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios (...).»

SAN JUAN, Apocalipsis, XXI, 1-2.

## Introducción

### LA CIUDAD IDEAL

Jerusalén fue una ciudad que, durante siglos, supuso para los humanos el arquetipo terrenal de una ciudad ideal. El nombre mismo del lugar delimitado por tres valles (Hinnón, Tyropeón y Cedrón) deriva de sus primeros ocupantes: los jebuseos.

Esta tribu, que ocupaba antes que los hebreos el lugar de Jerusalén, dio su nombre a la ciudad: Jebus/Salem = Jerusalén.

Pero, desde que el rey Salomón la conquistó a los jebuseos, toda la historia de Jerusalén se desarrolló sobre un doble aspecto: el primero, visible y religioso; el segundo, místico y oculto.

En el plano «visible» y si Roma tiene su Palatino, Jerusalén —como Lhasa— tiene su peña. Pero, ¡cuántos conquistadores en esa peña del monte Moriah! Recordemos, en efecto, que la Palestina actual debe su nombre a los filisteos (o «Peliocchim»), es decir, ¡a unos «invasores»...! Tierra de rivalidades y de sucesivas conquistas, la Palestina de la que Jerusalén es capital, es testimonio de ella ante la Historia.

En ese terreno político y lleno de acontecimientos, la ciudad es la cuna de las religiones hebraica, cristiana y musulmana: es, pues, un lugar espiritual eminentemente privilegiado, un punto de contacto entre diferentes planos de existencia, un lugar donde el Espíritu se percibe... (la colina de Sión).

Así, pues, no es nada extraño observar el encarnizamiento desplegado por los sucesivos conquistadores a fin de apoderarse del lugar «mágico». En efecto, Jerusalén es algo más que un simple punto geográfico en un mapa del Oriente Próximo, y aquí es don-

66 =====

de la Historia aparece como basada en la «geografía sagrada» y no profana; bajo esta óptica, Jerusalén es realmente un intermediario privilegiado entre el Cielo y la Tierra... entre los hombres y sus dioses.

En este segundo terreno, «invisible» y «oculto», el investigador es arrastrado, a pesar suyo, en una danza en la que los «prodigios» sobrenaturales se suceden con una cadencia impresionante...

A los «milagros» de todo tipo que la Historia nos cuenta y que están relacionados con el nombre de Jesús de Nazaret, se añaden las peripecias de la orden religiosa del Temple, por sólo citar la más famosa.

Finalmente, hay que observar que la Jerusalén terrenal se considera la prefiguración de la Jerusalén celestial que describe el Apocalipsis. Por otra parte, simbólicamente, también se sitúa en Jerusalén el lugar de la Resurrección y del Juicio que terminan con nuestro ciclo...

En el principio de los Tiempos, es decir, de nuestro ciclo humano actual, el Paraíso terrenal se hizo inaccesible a consecuencia de la «caída» del hombre.

Como ha subrayado Rene Guénon en su notable estudio: «La nueva Jerusalén ha de bajar del Cielo a la Tierra al final de este mismo ciclo, para marcar el restablecimiento de todas las cosas a su orden primitivo, y se puede decir que ella (Jerusalén) desempeñará,

en el ciclo futuro, el mismo papel que el Paraíso terrenal para éste.»<sup>1</sup>

Jerusalén... ¿Futura imagen del Paraíso terrenal, arquetipo del Paraíso perdido? Puede ser, pero con mayor seguridad todavía, el reflejo de algo superior, de algún conocimiento irremisiblemente perdido... Recordemos el Templo de Salomón y la cantidad de trabajo, de riquezas artísticas y ejecuciones técnicas que fue necesario para erigir ese monumento a la gloria del «gran arquitecto del Universo».

Recordemos asimismo, en la tradición musulmana, la comparación de Jerusalén con La Meca y Medina; el parangón de estas tres ciudades es un tema grato a los compiladores de tradiciones: generalmente, el valor de las plegarias se incluye en su informe: diez para Jerusalén, veinte para Medina y treinta para La Meca, pero algunos —como Anas Ibn-Malik— ponen a las tres en igualdad. Las expresiones no dejan de reflejar entusiasmo: «Aquel que, dice Makhul, va en peregrinación a Jerusalén montado a caballo, entrará en el Paraíso bien guiado, y visitará a todos los profetas, y ellos le envidiarán en su relación con Dios. Y toda compañía que parta hacia Jerusalén, será guardada por diez mil

1. Rene GUÉNON: L'Ésoterisme de Dante, París, Gallimard, 1957, págs. 68-69.

=====67

ángeles... Aquel que se ponga el Ihram (vestidura blanca) en piadosa visita a Jerusalén en el mes de Ramadán, vale tanto para él como diez campañas con el apóstol de Alá.» Se concibe que la ciudad haya sido, al menos para los peregrinos orientales, una etapa habitual de la peregrinación a La Meca.

Recordemos, finalmente, la epopeya del reino latino de Jerusalén pues, durante más de dos siglos, la Europa cristiana estará obsesionada por la reconquista de los santos lugares. El Occidente cristiano se apasionará por la hazañas de Godofredo de Bouillon, de Raymond de Saint-Gilés, de Ricardo Corazón de León y de san Luis.

La conversión «universal» predicha por san Pablo no tuvo lugar: el imperio latino, cuyo centro había de ser Jerusalén, se hundió como un castillo de naipes por los golpes del Islam...

Únicamente quedan las predicciones de Jesús referentes a la fortuna de la ciudad.

En sus relaciones con el Cielo, es decir, con el Universo trascendente, Jerusalén es una imagen del «centro del mundo» como es el centro de las tres grandes religiones monoteístas: el Judaísmo, el Cristianismo y el Islamismo, al igual que una esfera que difunde los rayos de una misma luz.

Lo que es válido en el plano tradicional religioso y exotérico, en un marco histórico, lo es también en un plano esotérico e iniciático, puesto que el simbolismo cósmico se aplica a la realidad en todas sus formas:

Así es cómo hay que explicar el nacimiento místico del esoterismo ligado a la orden del Temple, cuyo simbolismo iniciático gira en torno al santuario de Salomón, tomado en su sentido universal y trascendente, y de las otras órdenes caballerescas fundadas para defender Tierra Santa: Hospitalarios, Caballeros Teutónicos, del Santo Sepulcro y de San Juan. De la misma forma, la francmasonería ve en el Templo de Jerusalén el arquetipo fundamental que rige toda la «leyenda» masónica.

Todo esto debería hacernos olvidar las empresas de dominación material, como si la posesión efectiva de una ciudad confiriese una dignidad eminente e inviolable. La promesa de una ciudad ideal está reservada para aquellos que no están cegados por la preocupación de las conquistas de este mundo; el dominio «físico» sobre Jerusalén no es una prueba en sí; los judíos, los cristianos y los musulmanes han tenido de ello una amarga experiencia. Pero, ¡ay!, en ese terreno, como en muchos otros, parece que las lecciones de la Historia no han enseñado nada a nadie.

Primera Parte  
LA JERUSALEN EXOTÉRICA Y RELIGIOSA

## 1. LA JERUSALÉN HEBREA EL ARCA DE LA ALIANZA

La primera Jerusalén pertenece al judaísmo y a la religión hebrea. Y, de este modo, desde el más remoto origen, la ciudad del Jordán está considerada por la tradición judía como el centro por excelencia y el símbolo de Israel, igual que en este esquema, el Templo de Salomón representa el corazón de Jerusalén.

Así, pues, no es extraño que veamos que toda la tradición del pueblo judío, desde el rey David y los tiempos bíblicos, se construye en torno a ese «imán» que es el lugar muy santo que contiene el Palladium más sagrado del «Arca de la Alianza», hasta el punto de que la historia del Templo, de su construcción, de las ceremonias que allí tuvieron lugar, y de su desaparición final, constituye el núcleo alrededor del cual van a agregarse todos los acontecimientos sobrevenidos en Palestina, hasta la destrucción del santuario por el emperador romano Tito, en el año 70 de nuestra Era.

Después que David subió al trono de Israel, hacia el año 1000 a. de J.C., éste se hizo dueño de la ciudad jebusea de Jerusalén. Entonces era una ciudad fortificada, que albergaba una población bastante reducida. El rey tomó posesión de la «fortaleza de Sión», que se convirtió así en la «ciudad de David».

Poco tiempo después de la conquista, David decide transportar el Arca de la Alianza a Jerusalén (que ha convertido en su capital). En aquella ocasión, el soberano hizo el oficio de sacerdote y rey a la vez, ofreciendo él mismo el sacrificio y entregándose a una danza ritual. Los hebreos experimentaban un sagrado temor,

72 =====

lleno de respeto, por ese Palladium de la religión. ¿Qué era el Arca, y qué contenía en realidad, para que el sucesor de David, el rey Salomón, decidiera edificar un suntuoso templo para albergarla? «El Arca de la Alianza de Yavé» (I Reyes, VI, 19) simbolizaba la presencia real de Dios en medio de su gente. Se trataba de un modelo reducido de santuario, en madera de olivo, totalmente recubierta

de oro. A ambos lados había dos querubines con las alas desplegadas, también chapados de oro. Esos «ángeles» hacían el papel de divinidades tutelares, de guardianes del tabernáculo sagrado, al igual que los que velaban por el Árbol de Vida en el jardín del Paraíso (Génesis, III, 24). El conjunto estaba provisto de unas parihuelas para poderlo transportar. Si se piensa que, durante un largo período de tiempo, los hebreos fueron un pueblo nómada, se comprenden las razones de esta movilidad del Arca que David hizo colocar bajo un pabellón.

Ciertos historiadores, y hasta algunos sabios, han emitido la hipótesis de que el Arca, a la cual uno no podía acercarse sin ser deslumbrado y derribado al suelo (según el texto bíblico) era una especie de condensador eléctrico en sus orígenes, según la descripción del Antiguo Testamento que indicó a Moisés que construyera un tabernáculo siguiendo las instrucciones del Eterno:

«Harás un Arca de madera de acacia de dos codos y medio de largo, codo y medio de ancho y codo y medio de alto. La cubrirás de oro puro, por dentro y por fuera, y en torno de ella pondrás una moldura de oro. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en los cuatro ángulos, dos de un lado, dos del otro. Harás unas barras de madera de acacia, y las cubrirás de oro (...) En el Arca pondrás el testimonio que yo te daré.» (Éxodo, XXV, 10-16.)

Sin dar por cierta la tesis de la «pila eléctrica», sostenida particularmente por Robert Charroux,<sup>1</sup> no podemos descartarla, sin embargo, de una manera total sabiendo que Moisés fue instruido en la ciencia de los sacerdotes de Menfis.

Las historias se dividen en cuanto al contenido del tabernáculo del Arca. En el Deuteronomio se menciona la presencia de las Tablas de la Ley. Si bien para unos se encontraba, pues, un libro sagrado en el interior del Arca, para otros, se trataba de un objeto de origen «no humano» en el que se ha visto un betilo, piedra meteórica radiactiva «caída de los cielos», como las que los egipcios conservaban en sus templos, especialmente el de Amón. Esto explicaría que únicamente los levitas, o sea, los sacerdotes, pudieran tocar el Arca, con las manos enguantadas (la Biblia ex-  
1. Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans, París, Ed. R. Laffont, páginas



105-106.

=====73

plica que Oza, que tocó el Arca de Dios, cayó fulminado). Por otra parte, la explicación «egipcia» es la más verosímil, teniendo en cuenta todo lo que conocemos acerca de la «cautividad» de los hebreos, por la Biblia y otras fuentes. Se sabe que los templos de las orillas del Nilo contenían muchas veces, en el corazón o centro del santuario, una barca o un arca. Es el barco de las almas, conducido por los dioses, que flotaba (como el Arca de Noé) sobre las aguas celestes de la Vía Láctea. A los ojos de los sacerdotes egipcios, el Arca simbolizaba la ciudad divina: Heliópolis (la ciudad del Sol), planeta espiritual al que llegan las almas purificadas al final de su viaje cosmogónico que los conduce cerca de Osiris. Por eso dice en el Libro de los Muertos (cap. I, libro IX): «Soy el gran principio de la obra que reposa en el Arca sagrada, sobre el soporte.» Esta arca de madera de palmera que reposaba en la celda del templo contenía los Libros sagrados de Kermes sobre las ciencias humanas y divinas, mantenidas en secreto para los profanos. Esto nos lleva de nuevo al «Arca de la Alianza» de los hebreos y a la hipótesis más plausible. Dejemos, ahora, la palabra a Édouard Schuré que concluye en estos términos: «Ella (el Arca) encierra las Tablas de la Ley y el Libro de los principios cosmogónicos, los diez primeros capítulos del Génesis, escritos en jeroglífico, en la lengua sagrada de los templos, libro que será traducido más tarde por Esdras y los doctores de la primera sinagoga, los cuales no comprenderán más que dos o uno solo de sus tres sentidos. Esta arca portátil, colocada sobre el tabernáculo móvil, es la de Osiris, animada por los mismos principios, pero transformada por el genio de Moisés y adaptada a su nueva finalidad. He aquí el athanor del Dios vivo, el signo de su presencia en medio de este pueblo nómada.»<sup>1</sup> Fuera lo que fuese en realidad, el Arca santa simbolizaba claramente la Alianza entre Dios y su pueblo, verdadero «arco» o «puente» entre el Cielo y la Tierra.

#### EL PRIMER TEMPLO O TEMPLO DE SALOMÓN

El Templo de Jerusalén sólo se construyó para proteger su gloria y, desde su desaparición o pérdida, hacia el año 600 a. de J.C., es un hecho que el pueblo de Israel conoció las mayores desgracias.

Pero volvamos al Templo que hizo edificar el rey Salomón.

Puesto que hubo tres templos, uno de los cuales es descrito por la visión de Ezequiel.

1. Édouard SCHURÉ: Sanctuaires d'Orient, Perrin, 1926, pág. 355.

74 JEAN-MICHEL AMGEBERT

«Después de la muerte de David, su padre, y después de haber recibido las condolencias de Hiram, rey de Tiro, Salomón decidió extender su capital. Escogió la parte septentrional de la colina oriental, cuyo punto culminante (744 m) dominaba en unos veinte metros la antigua ciudad. Allí quiso edificar un conjunto arquitectónico digno de su poderío y del renombre que esperaba conquistar no sólo en su propio país, sino mucho más allá de las fronteras. Para poner en práctica unos proyectos tan ambiciosos, Salomón no podía hallar en Palestina, ni las técnicas necesarias, ni ciertas materias primas indispensables. Entonces inició negociaciones con Hiram y estableció con el monarca fenicio un acuerdo por el que este último había de suministrar no sólo maderas (cedro y ciprés), sino también obreros especializados: talladores de piedra y carpinteros, reclutados éstos en Guébal adonde, desde los comienzos del III milenio, Egipto iba a aprovisionarse.»<sup>1</sup> El gran complejo arquitectónico, obra de Salomón, comprendía, a la vez, el palacio del rey y el Templo, reunidos en el mismo recinto. La morada de Salomón es definida por la Biblia como la «casa del bosque del Líbano» que sucedía a la «sala de las columnas» y a la «sala del trono». Finalmente, el palacio contenía la «casa de la hija del Faraón», ya que Salomón se había casado, entre otras, con una princesa egipcia.

El inicio de la construcción del Templo se sitúa en el 959 a. de J.C. Los trabajos duraron siete años (cifra simbólica de la perfección).

Podemos imaginarnos la grandeza y magnificencia del Templo cuya arquitectura se inspiraba, a la vez, en las artes egipcias y fenicias. En primer lugar, la residencia privada; ésta era muy amplia para contener el harén real, que no comprendía menos de 700 princesas y 300 concubinas (I Reyes, XI, 3). La de las columnas era también la «sala de los guardias», artesonada de cedro y adornada con cientos de broqueles de oro, el arsenal y el depósito del «tesoro». En la sala de las pompas se alzaba el más bello ornamento: el trono de marfil chapado en oro colocado sobre un zócalo de seis peldaños. El conjunto debía de estar adornado con esfinges.

El Templo propiamente dicho fue objeto de numerosas reconstrucciones.

Era una edificación rectangular, orientada al Este y al Oeste, compuesta por un porche (ulam) y dos salas sucesivas (hecal y debir).

Al entrar en el vestíbulo, franqueando una doble puerta de bronce (de diez metros de ancho y cinco metros de profundidad), uno se encontraba frente a dos columnas (también de bronce) de

1. André PARROT: «Le Temple de Jérusalem», en Cahiers d'études  
d'archéologie biblique,  
n.° 5, pág. 10.

=====75

nueve metros de altura que soportaban un capitel que se abría en lotos y granadas (fruto de la abundancia). Estos fustes de columna tenían dos metros de diámetro. El de la derecha (Sur) había recibido el nombre de Jaquín, y el de la izquierda (Norte), el de Boaz. Estas columnas, al estar dispuestas por pares, recuerdan la disposición de muchos santuarios orientales: Tiro, Hiera

76 =====

polis. Se hizo de ellas dos gigantescas piras para incienso o portaantorchas, como indicadores permanentes del cálculo de los equinoccios. El arqueólogo R. B. Y. Scott intentó interpretar las dos palabras Jaquín y Boaz, que serían, para él, las primeras palabras de oráculos dinásticos inscritos en las columnas y que significarían:

¡Yavé fijará su trono para siempre!

¡En la fuerza de Yavé, que el rey se regocije!

Volveremos a hablar de este enigma a propósito del simbolismo masónico. Desde el porche, después de haber franqueado de nuevo una doble puerta de madera de ciprés, se accedía al hecal o «lugar santo» en oposición al debir o «lugar muy santo». La sala tenía 20 m de longitud, 10 m de anchura y 15 m de altura y estaba revestida de un magnífico artesonado en madera de cedro, adornado con riquísimas esculturas: querubines, palmas, guirnaldas de flores. Unas oberturas practicadas en la parte alta daban luz a la pieza. En el hecal había numerosas riquezas esparcidas profusamente: el altar de los perfumes en oro macizo, la mesa de los panes de ofrecimiento en madera de cedro chapada en oro, diez candelabros (cinco a la izquierda, y cinco a la derecha) así como unas lámparas de plata, copas para libaciones finamente cinceladas, cubetas sagradas y braseros que servían para celebrar el culto del sacrificio.

A continuación se entraba en el debir, el sanctasanctórum que albergaba el Palladium nacional de los hebreos: el Arca de la Alianza, rutilante de oro. Esta sala tenía de una forma natural (y simbólica) la forma de un cubo de 10 m de lado. Era una pieza sin ventanas y la luz no entraba en ella más que cuando se abrían los paneles de madera que cerraban el santuario, pues el Sin Nombre, ¿no debe «residir en la oscuridad», tal como se indica en el Libro de los Reyes!

Exteriormente, el Templo estaba cubierto por un tejado con terraza. La gran obra estaba montada en piedras de talla, abundantes en Jerusalén, pero los cimientos estaban constituidos por unos cruzamientos de maderas. Unos especialistas fenicios, los gibilitas, realizaron este doble trabajo de talla y colocación.

El edificio contenía numerosos anexos en sus tres lados, bordeando el muro exterior del Templo que estaba formado por una grada con tres rellanos. Estos edificios accesorios estaban reservados para los sacerdotes y servían, al mismo tiempo, de almacén y reserva. El «tesoro» había de esconderse en unos subterráneos practicados en el sótano.

El conjunto cultural estaba separado del palacio por un gran atrio que comprendía numerosas distribuciones. Había un altar

de bronce al aire libre en el emplazamiento de la peña de Ornar.

=====77

La ceremonia de consagración del santuario dio lugar a abundantes sacrificios. El altar descansaba sobre un zócalo más amplio, y el estrado estaba hecho del mismo metal.

En esta explanada, todavía estaba colocado el «mar de bronce», inmenso depósito sostenido por doce bueyes esculpidos orientándolos

de tres en tres en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Este pilón tenía un diámetro de cinco metros y una altura de dos metros cincuenta. Se estima actualmente que tenía una capacidad aproximada de cincuenta mil litros (según la Biblia de Jerusalén).

El «mar de bronce» que servía a los sacerdotes para las abluciones sagradas recordaba, por su presencia, el lago sagrado de los templos egipcios, es decir, en un sentido simbólico la «masa de las aguas más bajas que la tierra» (Éxodo) o las «aguas primordiales» de la tradición, representando asimismo el océano celeste, sostenido por los doce toros correspondientes a los doce signos del Zodíaco.

También hay que indicar la presencia, antiguamente, de las fuentes móviles en número de diez, provistas de ruedas, decoradas con relieves de leones, toros y querubines, que servían para transportar el agua de las abluciones y, alegóricamente, representaban la abundancia de los años de lluvia.

Todos los demás instrumentos de culto (jarros, paletas y vasijas de aspersión) eran igualmente de «bronce pulido», obra del fundidor de metales Hiram, el fenicio.

«Así era el Templo de Salomón, así era la residencia edificada "para el nombre" de Yavé. Había de subsistir casi intacta hasta 586 a. de J.C. "Capilla del palacio", sin duda, pero corazón religioso, hogar espiritual de la nación. Su proximidad de las otras residencias oficiales o administrativas, el papel desempeñado por el rey en el culto sacrificial,<sup>1</sup> todo ilustra y proclama esta unión íntima de la religión y el Estado. Todavía hay más: con el Templo, es Dios materialmente fijado en un punto de la Tierra y es para el hombre la posibilidad y la certeza de encontrarlo allí siempre. Se comprende fácilmente que al reflexionar, esta fijación material haya podido considerarse más tarde como un encadenamiento y una ofensa hecha al Dios de la creación. "Pero,

en verdad, ¿morará Dios sobre la Tierra? Los cielos y los cielos

1. Salomón oficia como rey y sacerdote, igual que los primeros reyes de la India y según el sacerdocio de Melquisedec, primer rey de la «mítica» Salem (morada de paz e

inmortalidad) cuya «leyenda» se relaciona con la tradición primordial del Rex Mundi. San



Pablo, en la Epístola a los hebreos afirma que Jesús «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (...) sin padre ni madre, sin genealogía, sin principio de sus días, ni fin de vida, se asemeja en eso al Hijo de Dios, que es sacerdote para siempre». También se le ha confundido con Henoc.

78 =====

de los cielos no son capaces de contenerte. ¡Cuánto menos esta casa que yo he edificado!" (I Reyes, VIII, 27), éstas son las palabras puestas en boca de Salomón, en el momento en que consagra a Yavé esta residencia terrenal, donde al menos todo será "su nombre" (I Reyes, VIII, 29).»a

Remontémonos un momento a veintisiete siglos atrás, cuando tuvo lugar la inauguración del Templo para admirar la joya que se eleva a más de setecientos metros, en el corazón de Jerusalén. «El monte Moriah se ha convertido en una especie de ciudadela que se alza en el centro de la villa. La plataforma lleva un naos bastante parecido, por su estructura general, a los templos egipcios. Un magnífico techo de cedro con cornisa de oro recubre el tabernáculo de pórvido. Con su cerco cuadrado de pórticos y murallas, la fortaleza sagrada alza su templo espléndido como una ofrenda al Eterno. La majestuosa ciudad, coronada por la ciudadela de David, está dispuesta hacia el Oeste. Una población inmensa se apresura por las calles y sigue un cortejo real que asciende hacia el Templo. En las terrazas de las casas, las hijas de Israel cantan salmos agitando palmas. Saludan al rey Salomón seguido de los oficiales de su casa y de los diputados de Israel. Cuando el Arca aparece en el atrio, resuenan las trompetas. Entre las dos columnas de bronce, en la entrada del tabernáculo, el gran sacerdote, vestido con el efod violeta y carmesí con el pectoral ' en el que relucen las doce piedras preciosas que recuerdan las doce tribus de Israel y los doce Elohim, poderes de Yavé, recibe el cortejo. El Arca de oro es depositada por los levitas en el Santo del Templo, entre el candelabro de los siete brazos y el altar de los perfumes. A continuación, el sumo sacerdote la lleva detrás del velo de lino bordado con jacinto y de púrpura al sanctasanctórum (pues él es el único que puede penetrar allí) y la deposita bajo las alas gigantes de dos esfinges colosales, llamadas Querubines, esculpidas en madera de olivo y totalmente recubiertas por láminas de oro.

1. La descripción detallada del pectoral del gran sacerdote la da el Éxodo (XXVIII, 15-21):

«Harás un pectoral del juicio artísticamente trabajado, del mismo tejido del efod, de hilo torzal de lino, oro, púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí. Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y uno de ancho. Lo guarnecerás de pedrería en cuatro filas. En la primera fila pondrás una sardónica, un topacio y una esmeralda; en la segunda, un rubí,

un zafiro y un diamante; en la tercera, un ópalo, un ágata y una amatista; y en la cuarta, un crisólito, un ónice y un jaspe. Todas estas piedras irán engarzadas en oro, doce en número, según el número de los hijos de Israel; como se graban los sellos, así se grabará en cada una el nombre de una de las doce tribus.» Hay que buscar el origen del pectoral en Egipto; conocemos numerosos ejemplos en forma de placas de oro colocadas sobre el pecho de las momias. Se atribuía al pectoral del faraón y a los de los sacerdotes un valor mágico pentacular en relación con las vibraciones luminosas del sol y la posición de los planetas que correspondía cada uno a un gema del «Racional». Los hebreos tomaron ese simbolismo utilizando el Zodíaco de doce signos.

2. A. PARROT: op. rít., págs. 40:41.

=====79

«Entonces el rey Salomón (esto era en el 960 a. de J.C.) después de la consagración del Templo, se vuelve hacia el pueblo e invoca al Dios de Israel en una larga plegaria que termina con estas palabras: "Escucha favorablemente al extranjero que te invocará aquí, a fin de que todos los pueblos de la Tierra conozcan tu hombre."» \*

Desde entonces, el Templo fue testigo de todos los acontecimientos que marcaron la historia de Jerusalén y Palestina, hasta su ruina total bajo los golpes de Babilonia. Pero había de resurgir  
TEMPLO DE SALOMÓN

1) Atrio de los paganos; 2) Atrio de las mujeres;  
3) Atrio de Israel; 4) Atrio de los sacerdotes;  
5) Pórtico; 6) El Santo; 7) El Sanctasanctórum  
de esas cenizas para desaparecer de nuevo, esta vez definitivamente, bajo el reinado de Tito.

El Templo duró hasta la invasión del rey asirio Nabucodonosor, que consiguió una victoria contra el faraón Néchao (—605) que le abrió las puertas de Palestina. El rey de Babilonia se llevó al rey consigo en cautividad a su capital, así como a los funcionarios y a los notables. Después de una segunda revuelta de Jerusalén, Nabucodonosor volvió a actuar con vigor, ocupó la ciudad (—588) y se apoderó de todas las plazas fuertes de Judea. El sitio duró un año. El rey Sedecias, que intentaba abandonar la ciudad  
1. Édouard SCHURÉ: op. cit., págs. 351-352.

80 JEAN-MICHEL AKGEBERT

de noche, cayó en manos de los asirios. Mataron a sus hijos delante de él, luego le reventaron los ojos y se lo llevaron cautivo a Babilonia. Así se cumplió la profecía de Jeremías: «He aquí que voy a entregar esta villa en manos del rey de Babilonia, y él la incendiará... Podrás mirar cara a cara al rey de Babilonia y hablarle boca a boca. Luego irás a Babilonia.»

La ciudad de Jerusalén fue incendiada y el Templo de Salomón destruido por completo después de la capitulación. Los habitantes, hombres, mujeres, niños, ancianos, fueron deportados. Se utilizó la mano de obra válida para los grandes trabajos de construcción emprendidos en Babilonia por el sátrapa oriental.

En el exilio, los judíos continuaron fieles a su religión y a sus ritos, pero, a partir de entonces, el pueblo hebreo se convirtió en un pueblo errante. La destrucción del Templo marcó el fin de una patria material. La tradición subsistió, pero se inmovilizó. La letra sustituyó al espíritu. Para que Israel recuperara la paz del espíritu y del alma, su centro de gravedad, era preciso que el Templo reviviera. Esto resultaba indispensable a los ojos de los jefes espirituales. Éste es el sentido de la visión de Ezequiel, el gran profeta, que describe el Templo resucitado renaciendo de sus cenizas, más magnífico y más venerado que nunca.

#### EL TEMPLO DE EZEQUIEL O EL SEGUNDO TEMPLO

Visión del profeta, ese Templo no fue construido jamás', pero su importancia, en el plano de la influencia espiritual, no es menos esencial.

En —572-571, Ezequiel, deportado desde hacía veinticinco años, tuvo la visión de Israel restaurado y del Templo levantado de sus ruinas. He aquí la nueva Jerusalén:

«El año veinticinco de nuestro cautiverio, al comienzo del año, el diez del mes, el año catorce de la toma de la ciudad, aquel día mismo fue sobre mí la mano de Yavé, que me condujo, en visión divina, a la tierra de Israel y me puso sobre un montón altísimo, sobre el cual había al mediodía como una edificación de ciudad. Llévome allá, y un varón de aspecto como de bronce bruñido, que tenía en su mano una cuerda de lino y una caña de medir, estaba en pie a la puerta. Díjome aquel varón: "Hijo de hombre, mira con tus ojos y atiende con tus oídos, y pon tu atención a lo que yo te vaya mostrando, pues para que te lo haga ver has sido traído, y para que se lo cuentes todo a la casa de Israel."»<sup>1</sup>

1. Ezequiel, XL, 1-4.

=====81

Ezequiel pone el acento en su descripción acerca de la santidad ritual del lugar. Aquí, el santuario está visiblemente separado del palacio con el que no tiene nada que ver. Las dimensiones de la casa de Dios se describen con detalle. El recinto tiene la forma de un gran cuadrado, cuyo lado mide quinientos codos (250 metros). Tiene tres puertas (anchura: 25 codos; longitud: 50 codos), orientadas respectivamente al Este, al Norte y al Sur. Por esas aberturas, se penetra en un primer atrio exterior que simula la forma de una herradura. Esta galería contiene otra en la que se penetra también por tres puertas fortificadas llamadas «de tenazas» para indicar mejor las restricciones en el acceso al santuario. Todo extranjero que penetre más allá mancillaría el santo lugar con su presencia y sólo el clero puede acceder a esta parte del Templo.

EL TEMPLO DE EZEQUIEL

(según Benzinger: Hebraische Archáologia)

6 — 3.404

82 =====

En el espacio así delimitado se encuentran el Templo propiamente dicho y el altar. Este último tiene la forma de zigurat (influencia babilónica) o «torre de pisos». Su base cuadrada de 18 codos de lado (9 metros) sostenía el conjunto de una altura de 11 codos. Cuatro picos adornaban los ángulos de la cara superior. Como en los tiempos de Salomón, el Templo comprendía tres partes, con el sanctasanctórum en el centro que ya no contenía el «Arca de la Alianza», perdida desde hacía siglos.

La longitud de ese edificio era de cien codos y el monumento se alzaba sobre una terraza, a la cual se accedía por una escalera de diez peldaños, enmarcada por dos hileras de columnas. El pórtico medía veinte codos por doce, el hetal, cuarenta por veinte, y el Santo de los Santos, veinte por veinte codos.

En cuanto a la decoración, Ezequiel nos dice que consistía en artesones que recubrían los muros, adornados con «figuras»: querubines y palmas. Ezequiel no habla ni de lujo ni de oro, ni de ninguna «luminaria». No hay necesidad de esta profusión alborotadora,

pues «la gloria del Dios de Israel», llegada de Oriente con un ruido similar al de la marea alta, debía llenar el Templo por completo (XLIII, 1-5).

Esta visión terminaba con un magnífico símbolo. Del Templo levantado de nuevo, iba a surgir esta fuente de agua viva, tan abundante

que formaría un torrente, que, por el valle del Cedrón, llegaría al mar Muerto, cuyas aguas volverían a ser sanas. Y esta región maldita conocería la fertilidad de un Paraíso: un follaje permanente, frutos en cada uno de los meses del año {Ezequiel, XLVII, 1-2}. Éste era el programa que proponía a sus compatriotas el profeta de la deportación «arrebatao de éxtasis», «a orillas del río Kebar». Su ambición había estado a la escala de su visión. Cuando llegó el momento de pasar a los actos, Ezequiel estaba indudablemente muerto y «sin haber obtenido las cosas prometidas, sino, solamente, habiéndolas visto y saludado de lejos...

».1 Otros iban a esforzarse por levantar las ruinas, pero en esta labor, los medios no estaban a la altura de las necesidades. El gran proyecto era irrealizable y se dedicaron a realizaciones más modestas.3

Después de que el rey Ciro permitiera a los judíos volver a Palestina en el 538 a. de J.C., éstos, dirigidos por Zorobabel, emprendieron

la reconstrucción del Templo. De reducidas dimensiones, era un modesto santuario mucho menos amplio y lujoso que el Templo de Salomón. A pesar de esto, el santuario conoció también el furor del pillaje, esta vez completado por una profanación.

1. San Pablo, Epístola a los hebreos, XI, 13.
2. André PAKROT: op, cit., pág. 50.



=====83

A la muerte de Alejandro Magno, Palestina había caído en manos de los Ptolomeos de Egipto y, posteriormente, de los seléucidas de Siria. Bajo la dominación griega, los judíos conocieron el encanto y la seducción de la brillante sociedad helénica. Jerusalén se embelleció con estadios y templos paganos, un hipódromo y lujosos palacios. Los jóvenes jerosolimitanos abandonaron el tipo de vida austera de sus antepasados y empezaron a llevar una vida más abierta y opulenta. El culto de Yavé fue abandonado por una parte importante de la población, atraída por los nuevos dioses: Júpiter y Apolo. Se formó, por reacción, un clan constituido por «puros» y suscitó la cólera de los reyes helenos. El seléucida Antíoco Epifanes decidió poner fin a la situación y la emprendió con el Templo, punto de mira y faro de todo Israel. En el 168 a. de J.C., el soberano ocupó Jerusalén, invadió el Templo y se apoderó del Candelabro de siete brazos, del Altar de oro y de todos los objetos preciosos. Un año más tarde, profanaba el Templo de Yavé poniendo en él una estatua de Júpiter Olímpico. Era la «abominación de la desolación». El sacrificio fue interrumpido una vez más. Tres años después, una reacción de los judíos trajo consigo un cambio de la situación y el Templo recuperó sus antiguas prerrogativas; pero sólo por breve tiempo, puesto que los romanos, que habían partido hacia la conquista del mundo mediterráneo, volverían a interrumpir, bajo la dirección de Pompeyo, en el año 63 a. de J.C., las ceremonias del culto, adueñándose de Jerusalén. Sin embargo, el cónsul romano se abstuvo de saquear el santuario y el culto prosiguió al día siguiente. Pero los días del segundo Templo estaban contados, pues el rey Herodes el Grande iba a unir su nombre a la reconstrucción de un Templo de unas proporciones tan grandiosas como jamás se había visto en toda la historia del pueblo judío.

#### EL TEMPLO DE HERODES

Herodes, hijo de Antipater el Idumeo, no era judío. No obstante, fue rey de Judea por voluntad del Senado romano. A la cabeza de once legiones, el Idumeo se adueñó de la capital que arrebató a su rival Antígono. Reinó sobre los judíos desde el 37 al 4 a. de J. C, comportándose al tiempo como un gran rey y como hombre cruel. Si bien hizo construir una gigantesca fortaleza, la Antonia —en homenaje al romano Antonio— desde la cual podía vigilar su ciudad, también dio a Jerusalén un lustre todavía inigualado. La villa engrandeció apoyándose en la colina alta y los arrabales de Bezetha, pero no podía desbordar unos límites impuestos por los torrentes del Cedrón y del Hinnon (la Gehena).

Un cerco fortificado rodeaba la ciudad. Herodes hizo edificar su palacio en los barrios aristocráticos de la ciudad alta, protegido por tres torres cuadrangulares bautizadas con los nombres de Phasael, Hippius y Mariana. Construido en mármol, el palacio tenía un centenar de habitaciones y salas para festines y festejos. Los suelos estaban maravillosamente enlosados con piedras raras o cubiertos de mosaico. El mobiliario era lujoso y refinado. Pero, sobre todo, los jardines eran admirables, con suntuosos estanques y fuentes, construidas con mucho gasto. Se edificaron un teatro, un hipódromo y varias piscinas. Cada grupo o bloque de viviendas (había 180) tenía su propia sinagoga.

Príncipe helenístico, Herodes concibió la coronación de su obra con el engrandecimiento y embellecimiento del Templo, pobremente reconstruido al regreso del exilio. Creyó establecer así una relación con el fasto del antiguo Templo de Salomón y acercarse a un pueblo para el cual él era un extranjero.

Este proyecto grandioso se realizó con la ayuda de diez mil obreros que se afanaron en los trabajos diez años. Para construir el sanctasanctórum, que no debía ser mancillado por manos impuras, se enseñó a mil levitas el oficio de albañil. Se doblaron las dimensiones del antiguo Templo. Se hizo saltar la roca para nivelar una explanada suficiente, y en seguida se levantó un edificio espléndido en el corazón de Jerusalén, construcción no obstante efímera que había de ser destruida antes de siete años de haber sido terminada, bajo el reinado de Nerón.

Los cimientos del nuevo Templo requirieron unos trabajos colosales. La descripción del edificio por Flavio Josefo, contemporáneo de Tito, merece atención, pues nos hace revivir con intensidad la magnificencia del sagrado lugar:

«Se construyó encima una doble galería sostenida por columnas de mármol blanco de una sola pieza de veinticinco codos de altura, y cuyos artesones de madera de cedro eran tan perfectos, tan bien unidos y tan bien pulidos que no necesitaban la ayuda de la escultura ni de la pintura para embelesar la vista. La amplitud de esas galerías era de treinta codos, y su longitud de seis estadios, y terminaban en la torre Antonia.

»Todo el espacio que quedaba al descubierto estaba pavimentado con diversos tipos de piedras, y el camino por el que se iba al segundo Templo tenía a derecha e izquierda una balaustrada de piedra de tres codos de alto, cuya arquitectura era muy agradable, y en la que se veía, a intervalos, unas columnas en las que había grabados, en caracteres griegos y romanos, unos preceptos de continencia y pureza, para hacer saber a los extranjeros que no debían pretender la entrada en un lugar tan santo; pues ese segundo

Templo llevaba también el nombre de Santo; se subía

~W  
JERTOALEN EN TIEMPO DZ JÜSXJS Hipogeos  
y canteras  
ÍHaO  
P  
ET¿AM \'  
.o dei 1  
«La Plaza» » \*v  
4> X 7i° \>K2'º Jardín y sepultura1.  
\*>rde José de Anmatea \*.755  
<¿F GOLGOTA^  
"\*"^AÓ-Jnüro  
íALACIO uU- ?\*&\s&r~^i  
| DE HERODES PALACIO DE— T ; f XOS\*'  
LOSHASMONEOS ' '  
'<\*& l"uerta del valle 774. ' W l i \  
CIUDAD ALTA V  
«e transversal' m  
Peqjiefio \* 3 M sA  
Tuerta Jde jos\_ Jardines.»»'''  
Muro  
:g\ Huerto de "SÑ; :.  
S 1 'M GETSEMANÍ \ g  
{'Fortaleza  
\$\*' ^Vjptinütiva.'Se^,  
"«•S  
\ V  
Puerta ae.Slfin  
o HetyPaa» JTÍ,^.  
.Muralla  
Palacio de Caifas yAnás  
Fuente de la virgen  
76o4P  
CENÁCULO  
V/a  
omacabea de  
¿Puerta EsterquHina?  
V  
SKW^J  
c £  
H ^Rotre de SiloS  
"&' ¿640  
Puerta de la ? ,  
'Fuente -9 . 4 l  
•flfoab  
O i

# #  
# £ 0  
¿Puerta Esterquüina?^^' \f¿¿?  
((aAlfareria? /S3»  
¿Puerta —  
i  
g> .7\*4  
£85 «Nw ..YaMe de la Gehenna  
— m m . . | " " " " " " " "  
00—  
ia / 4.  
ESCALA: 1 = 5.000  
100 200 300 400  
4-ii H « \~  
TVIONTE DEL  
MAL CONSEJO ¿£.  
HACELDAMA  
metros  
Altitudes en metros  
/ : Z.A.vinunl.

86 =====

desde el primero por catorce escalones (...).

»Una vez se había subido esos catorce escalones, se encontraba un espacio de trescientos codos todo liso que llegaba hasta el muro. Entonces se subía todavía otros cinco peldaños para llegar a las puertas de ese Templo. Había cuatro hacia el septentrión, cuatro hacia el mediodía y dos hacia el oriente.

»La parte interior del Templo estaba separada en dos, y de esas dos partes, la que aparecía primero se elevaba hasta el límite. Su altura era de noventa codos, su longitud de cincuenta y su amplitud de veinte. La puerta del interior estaba cubierta de láminas de oro, tal como digo, y los lados de la pared que la acompañaban eran totalmente dorados. Se veían encima unos pámpanos de viña del tamaño de un hombre, de los que colgaban racimos de uva, y todo esto era de oro. Desde esta otra parte de la separación del Templo, la más interior era la más baja. Sus puertas, que eran de oro, tenían cincuenta codos de altura y dieciséis de anchura. Había en la parte frontal un tapiz babilónico de igual tamaño, en el que el azur, la púrpura, el escarlata y el lino estaban mezclados con tanto arte que no podía contemplarse sin admiración, y representaban los cuatro elementos, ya fuera por sus colores o por las cosas de donde originaban, pues el escarlata representaba el fuego; el lino, la tierra que lo produce; el azur, el aire; y la púrpura, el mar de donde procede. Asimismo estaba representado en aquel soberbio tapiz todo el orden del cielo, con excepción de los signos. Desde allí se entraba en la parte inferior del Templo que tenía sesenta codos de largo, igual de alto y veinte de ancho (.••) y se veían tres cosas tan admirables que uno no podía cansarse de contemplarlas: el candelabro, la Mesa y el Altar de las incensaciones. Ese candelabro tenía siete brazos sobre los que había siete lámparas que representaban los siete planetas. Los doce panes dispuestos sobre esa mesa indicaban los doce signos del Zodíaco y la órbita anual, y las trece clases de perfumes que se ponía en el incensario, de los que el mar —aunque inhabitable e incapaz de ser cultivado— produce algunos, significa que todas las cosas proceden de Dios y le pertenecen.

La otra parte del Templo —continúa el autor de Antigüedades judaicas— estaba separada por un velo y no había nada en el interior. La entrada no sólo estaba prohibida a todo el mundo, sino que tampoco estaba permitido verla. Se la denominaba el Santuario o el Sanctasantórum. En derredor había varios edificios de tres pisos (...). Como que la parte superior era más estrecha, no había ningún edificio parecido (...).

»Un gran altar estaba dispuesto delante del Templo y una balaustrada de piedras rodeaba a la vez el Templo y el Altar, separando el pueblo de los sacrificadores.

=====87

»Así era el gran Templo de Herodes del que Jesús había de decir, al contemplarlo desde el monte de los Olivos: "En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea demolida."

» x

## 2. LA JERUSALÉN CRISTIANA

### JESÚS DE NAZARET

Si bien la vida de Jesús el Galileo empieza en Nazaret, acaba en Judea, en Jerusalén, en el Gólgota, o «monte del cráneo». Y aquí volvemos a encontrar, en medio del drama de la Pasión, el Templo y todos los lugares «significativos» de la ciudad ligados a la «geografía sagrada»: el monte de los Olivos, el valle de Josafat, la colina de Sión, el calle del Cedrón, huerto de Getsemaní, y las etapas de la «Via Dolorosa» se desarrollan en el interior del «triple recinto» de Jerusalén.

Sabemos, por los Evangelios, que Jesús acudía a menudo al Templo de Herodes para enseñar a sus discípulos o hablar con los doctores de la Ley. En aquellos tiempos, los atrios del edificio sagrado veían reunirse a una multitud abigarrada y ruidosa. Se escuchaban allí a oradores, se discutía de religión, de política y hasta de negocios. El Templo era el centro viviente, el pulmón de la ciudad, en el cual se reunían las capas sociales más diversas, que se mezclaban sin problemas.

Quizá también el Templo se había convertido, por sus grandes riquezas, en un motivo de orgullo, de egoísmo y de tiranía sacerdotal. «Este esplendor —hace observar el historiador—, no es nada más que una guarida de fanatismo y superstición, un testimonio de servidumbre. El mugido de las bestias inmoladas que dura de la mañana a la noche, el humo acre de las carnes quemadas, el rostro duro de los doctores de la Ley, la mirada inquieta y suspicaz de los ricos fariseos delatan en qué se había convertido esta religión. No sólo Judea se convirtió en una provincia romana, gobernada por el cruel Herodes, que mata a toda su familia por miedo, verdadero sultán rojo de su tiempo; sino que también el

1. Mateo, XXIV, 2.

=====

pueblo perdió consciencia de su misión en la persona de sus autoridades religiosas (...).

»En el patio del Templo, se veía aparecer, a veces, un personaje extraño, que no se asemejaba a nadie. Venía del monte de los Olivos, atravesaba el torrente del Cedrón y trepaba por la abrupta rampa hasta la Puerta Dorada. Por la profunda poterna practicada en el grosor del muro de Jerusalén, se le veía desembocar en el recinto sagrado, al lado del pórtico de Salomón. Lo acompañaba un pequeño cortejo.»<sup>1</sup>

Ese hombre era Jesús. El Evangelio nos explica cómo predicó en el Templo, a todos los hijos de Israel, a los doctores de la Ley, a los escribas y a los fariseos. Bajo aquellos pórticos, enseñaba las parábolas. Esas discusiones no se producían sin altercados y el «Hijo del Hombre» se lanzó un día violentamente contra lo que él tachaba de hipocresía: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros encalados, hermosos por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia!»<sup>2</sup>

Y más lejos, Jesús prosiguió su ataque vengador: «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, porque vosotros que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas! Ya con esto os dais por hijos de los que mataron a los profetas. Colmad, pues, la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna? Por esto os envío yo profetas, sabios y escribas, y a unos los mataréis y crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad, para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo que todo esto vendrá sobre esta generación.»<sup>8</sup>

Y el Nazareno se lamentó de la suerte de Jerusalén y del Templo, ya que éste se hallaba destinado a la destrucción. Pues el santo lugar había sido ensuciado por la presencia de mercaderes y usureros que hacían allí sus negocios.

Jesús se había irritado con su presencia y los había expulsado a latigazos diciendo: «Escrito está: "Mi casa será llamada casa de oración", pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.

» 4

1. Edouard SCHDRé: op. cit., págs. 359-360.

2. Hateo, XXIII, 27.



3. Mateo, id., 29-36.
4. Mateo, XXI, 13.

=====89

De este modo, la destrucción del Templo, que ocurrió en el año 70 de nuestra Era, o sea, a menos de cuarenta años después de la crucifixión de Cristo, fue una gran desgracia para el pueblo judío, un desastre, podría decirse que irreparable, puesto que el Templo de Jerusalén era el único Templo de la religión de Israel, ya que todas las sinagogas de la Tierra santa y de la Diáspora no eran ni templos ni iglesias, sino, como indica la ley mosaica, casas de enseñanza, y el Talmud indica que se trata de construcciones provisionales que habían de desaparecer el día del verdadero regreso a Tierra Santa del pueblo judío dispersado. Por tanto, las sinagogas se llaman: Al-Tenai, es decir, «bajo condiciones».

El Nuevo Testamento precisa que cuando Jesús entregó su alma, «el velo del Templo (que se hallaba en el Sanctasantórum) se desgarró en dos, de arriba a abajo», significando esto que la alianza entre el Eterno y su pueblo había terminado.

Durante la Pasión es cuando se sitúa el episodio recordado por el Evangelio de Nicodemo, que se refiere a la sangre del Salvador y a los orígenes cristianos de la búsqueda del Grial.

Según el texto citado, en la copa que utilizó Jesús durante la Cena, José de Arimatea recogió la sangre del crucificado procedente de la herida en el costado hecha por la lanza del centurión Longinos. La «leyenda mística» del vaso sagrado y su historia son demasiado largas y exigirían un desarrollo demasiado amplio como para que pudiéramos relatarlas aquí.

Sin embargo, hay una hipótesis interesante que merece ser señalada.

Según el escritor Otto Rahn, que cita al historiador bizantino Procopio, el Grial habría sido escondido en el Templo de Jerusalén.

Así, el trovador Wolfram de Eschenbah, autor de un Parsifal, o leyenda del Grial, evoca a este respecto la «mesa de Salomón», el gran rey de los hebreos, cuya sepultura la leyenda sitúa entre el Altai y el Indukush. ¿Por qué el Minnesinger alemán habla con insistencia de un «aderezo» procedente del «tesoro de Salomón»? Hemos aquí de nuevo conducidos al Arca de la Alianza y a su misterioso contenido. El Grial, esa piedra viva, simboliza claramente

la Luz que ilumina el corazón del hombre, pero plantea también el problema de la «alquimia espiritual» y del «conocimiento gnóstico», como si Jerusalén tuviera que ser el punto de partida de una catarsis liberadora análoga a la explosión mística que, después de haber madurado dos siglos había de difundir por el mundo el mensaje del cristianismo.

Algún tiempo después, el historiador y astrónomo árabe Mohammed Nusa ben Hayan ibn Hassan aporta este inquietante detalle, sacado de un manuscrito debido a la pluma de un doctor judío, que enumera la lista de los tesoros encerrados en el Templo:

90 =====

«Allí se guardaban ordenadamente los testimonios de veneración, así como otros mil objetos preciosos. Se veían allí candelabros de oro, trompetas de electrum, cinturones de púrpura para los pontífices, carros de bronce incrustados de oro y plata, arneses... En un ángulo, aislada de los demás objetos, reposaba un arca de bronce, sostenida por dos serafines con las alas replegadas. Esta arca contenía un vaso de gran precio, pero cuya existencia no podía ser revelada, so pena de sacrilegio. Se trataba de una pátera o de un plato que había pertenecido a Jesús, pretendido rey de los judíos, donado al Templo por un tal Elias, hijo de José de Arimatea.»

Si esta hipótesis es cierta, el Grial no procuró felicidad al Templo de Jerusalén, ya que en el año 70, después de un sitio memorable, los soldados romanos, conducidos por Tito, habían de prender fuego, a pesar de las órdenes recibidas, al magnífico edificio que estuvo ardiendo durante dos días antes de desaparecer entre las llamas. Sobre las humeantes ruinas, la Décima Legión aclamó a Tito, que fue proclamado inmediatamente emperador. Por una ironía del destino, esta misma Décima Legión enarbolaba por emblema un jabalí o cerdo salvaje, el animal impuro por excelencia, ¡objeto de repugnancia para los semitas! Este hecho sobrepasa la simple anécdota histórica...

En aquella misma época, el cristianismo predicado por San Pablo (Saulo de Tarso) empezaba a extenderse en el Oriente Próximo. Una religión expulsa a otra.

En recuerdo de la destrucción del Templo, jamás reconstruido, los judíos continúan yendo a llorar delante del Muro de las Lamentaciones,

último vestigio de la muralla exterior del edificio. Esta muralla, formada por enormes bloques, tiene 28 m de longitud por 18 m de altura.

Los judíos piadosos recitan esta plegaria:

«Te damos las gracias, Dios de nuestros padres, por habernos mantenido con vida, por habernos resguardado y por haber permitido que nos acerquemos a Tu casa, que Tú escogiste y amaste entre todas las moradas de Jacob. Igual que nos ha sido dado ver sus ruinas, que podamos asistir a su reconstrucción por la Reunión de los Exiliados de Israel.»

No ha sido siempre así ya que, durante muchos siglos, se ignoró el emplazamiento exacto de este vestigio. Toda la muralla, según una costumbre ancestral adoptada por los cristianos, estaba enterrada debajo de un amontonamiento de restos y de inmundicias. El rabino italiano Eliezer Nayman Foa, muerto en 1461, informa que, durante el reinado del sultán Solimán, no se conocía dónde se alzaba antiguamente el Templo. El sultán ordenó a sus

funcionarios que hicieran unas investigaciones que resultaron infructuosas hasta el día en que uno de los investigadores encontró

=====91

a una mujer que llevaba un cesto en la cabeza. Cuando él le preguntó qué llevaba, ésta respondió: «Inmundicias», y cuando le preguntó de dónde venía, ella le respondió: «De Belén.» El funcionario no ocultó su extrañeza. «¿Cómo es posible? —observó él— ¿no hay ningún vertedero allá abajo? ¿Por qué haces ese viaje tan largo?» A lo cual, la mujer le contestó: «Una costumbre muy antigua exige que cada uno traiga aquí, al menos una vez al año, un cesto de inmundicias. No sé por qué razón.»

El funcionario hizo cavar en aquel lugar y descubrió el muro occidental del Templo.

En el siglo IV, el cristianismo se convertía en religión oficial del Imperio romano, y Teodosio abolía los cultos paganos.

A partir de entonces, Jerusalén fue rodeada de todos los cuidados y se convirtió en un punto importante de peregrinación. La posesión de los «santos lugares» fue considerada como un efecto de la Providencia, y el Gólgota, lugar de suplicio de Jesús, se convirtió, a los ojos de los creyentes y de los teólogos, en el «centro del mundo».

Colocado en ese «eje del mundo» que es la cruz, que representa al «hombre cósmico» descuartizado en el Árbol del Conocimiento, el Cristo es el iniciador por excelencia. Aquel que, al igual que el Sol de Egipto, sube al Cénit para bajar después al «Reino de los muertos» (carrera nocturna del astro), «reino de Osiris», y resucitar como sol invictus en su «cuerpo glorioso». La cruz es el símbolo mayor de ese drama universal, pues representa el punto central de la manifestación y la orientación total del hombre. En ese cuadro simbólico, Jerusalén es la representación de un verdadero mándala del que la cruz ocupa el centro, en el Gólgota convertido en el «corazón del mundo» antes de que el monte Tabor, lugar de la Transfiguración, represente la Montaña Polar, y la ciudad sagrada la triple barrera de la iniciación que permite el acceso al Plateóla (jardín sagrado) comparable al «Jardín de las Hespérides», en otro plano.

Así el Cristo toma una dimensión cósmica de Soter, de «regidor del mundo» que manda las cuatro dimensiones del espacio delimitadas por la cruz. Éste es el sentimiento que expresa Clemente de Alejandría cuando dice que «de Dios, corazón del Universo, parten las extensiones indefinidas que se dirigen, una arriba, otra abajo, ésta a derecha y aquélla a izquierda, una hacia delante y otra hacia atrás; al dirigir su mirada hacia esas seis extensiones como hacia un número siempre igual, él acaba el mundo; él es el principio y el fin (el Alfa y el Omega), en él terminan las seis fases del tiempo, y de él reciben su extensión indefinida; ahí está el secreto del número siete».

Un sentimiento análogo es expresado por Cirilo de Jerusalén,

92 JEAN-MICHEL ANGERBERX

para quien la cruz es el polo del mundo: Dios ha abierto sus manos sobre la cruz para abarcar los límites del ecumene, y, por esto, el monte Gólgota es el polo del mundo (Catequesis, XIII, 28).

La tradición cristiana dice que en el lugar del Suplicio se encuentra un jardín:1 aquí vuelve a aparecer el simbolismo.

#### EDIFICIOS Y MONUMENTOS CRISTIANOS

En el año 326, el emperador Constantino, que abrazó el cristianismo, ordenó construir, en el emplazamiento supuesto del Sepulcro de Jesús, una iglesia que conmemora el milagro de la Resurrección.

Habían pasado tres siglos desde la muerte del Galileo,

y Jerusalén, convertida en ciudad romana, había sido rebautizada como «Aelia Capitolina». Y Adriano había remplazado en

todas las partes los antiguos santuarios por templos dedicados a los cultos paganos. En el emplazamiento del sanctasanctórum se

alzaban dos estatuas, la de Júpiter y la del mismo Emperador. El

Sepulcro y el Gólgota estaban recubiertos en su totalidad por construcciones que Constantino hizo demoler a fin de restituir el

emplazamiento original. En seguida se construyó una magnífica basílica, una rotonda que albergaba el «Antro sagrado», según la

expresión del cronista Eusebio. En el 611, la iglesia fue incendiada

por los persas, los cuales se apoderaron de Jerusalén. Pero los

bizantinos restauraron el edificio. El atrio interior se convirtió en

el «Jardín Santo». El Calvario, que está cubierto por una iglesia,

recubre a su vez otra, convertida simbólicamente para los peregrinos

ortodoxos en la Iglesia y la «Sepultura de Adán». Desde el

Martirio, situado en el Gólgota, se descendía a una cripta donde

la emperatriz bizantina Santa Elena pretendía haber hallado el

madero de la «Vera Cruz».

En el campo de las correspondencias simbólicas, es interesante

observar varias cosas. Todo el mundo no está de acuerdo sobre

el emplazamiento del «Sepulcro». Los anglosajones, que hicieron

excavaciones por su cuenta, descubrieron otras sepulturas «posibles»: la Garden Tomb por ejemplo.

En cuanto al lugar del Calvario, también existen controversias

por la presencia del Gordon Calvary. En todo caso, es un hecho

sorprendente:

la colina que se halla al norte de Jerusalén, a 150 m

de la muralla actual, lleva el nombre de Ez-Zahira. Por su topografía,

sembrada de grutas y canteras, ofrece el aspecto de una calavera

(Gólgota: monte del cráneo). Si se estudia, por otro lado, la

forma de la antigua Jerusalén, se ve que es parecida a un esque-

1. El Plateóla que acabamos de evocar.

=====93

leto, descansando sobre el costado, con los pies en el lugar de la piscina de Siloé, el asiento en la cúpula de la Peña (lugar del sacrificio de Abraham) donde se alzaba el Templo, mientras que su cabeza se apoya en una de las colinas de Bezatha, fuera de los muros. Esto permitió al general Gordon decir en 1883 que se trataba del lugar del Calvario, cerca del cual debía situarse la sepultura cavada en la roca, ofrecida por José de Arimatea. La Iglesia romana, naturalmente, rechaza esta hipótesis que arruinaría quince siglos de práctica religiosa y peregrinaciones.

Durante la dominación de Bizancio, Jerusalén se llenó de iglesias ricas en mármol, en pórfido y en mosaicos, construidas en cada lugar que recuerda algún acontecimiento indicado por el Antiguo o por el Nuevo Testamento. Entonces los peregrinos afluyeron a Tierra Santa. La emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio II, favoreció la construcción de nuevos santuarios, uno de los cuales se erguía en el emplazamiento de la futura mezquita El-Aqsa (en unas excavaciones se pudieron hallar los cimientos). Otra iglesia, la de Juan Bautista, llegó a ser más tarde la cuna de la orden de los Hospitalarios. En el 451, Jerusalén recibió el título de Patriarcado, título que comparte con Bizancio y Alejandría. A partir de entonces, éstos son los tres grandes centros de la Iglesia de Oriente. Santa Sofía del Pretorio, San Pedro en el Palacio de Caifas, y la iglesia de Siloé fueron edificadas posteriormente mientras que, a las puertas de la ciudad, se eleva el Martirio de San Esteban. Casi todos estos monumentos de Tierra Santa desaparecieron en el transcurso de los siglos siguientes después de los incendios y destrucciones provocados por la invasión persa y, luego, por la dominación musulmana. Sin embargo, el Islam permitió la eclosión de otras obras maestras, entre las cuales está la célebre mezquita de Ornar. También para los musulmanes, Jerusalén es un lugar místico.

### 3. LA JERUSALÉN MUSULMANA

En el año 636, cuatro años después de la muerte de Mahoma, la religión del Profeta está en plena expansión y ha ganado para su causa a todo el mundo árabe a partir de los centros de Medina y La Meca. Los ejércitos mandados por el califa Ornar I se presentan ante los muros de Jerusalén y el patriarca Sofronio prefiere abrirles las puertas antes que provocar una matanza. Ornar I entra en la Ciudad santa montado en un camello, po

bremente vestido y sin escolta. Respeta los lugares de culto y permite a los peregrinos que continúen sus visitas al Santo Sepulcro.

La explanada del Templo es consagrada a la religión musulmana, pues el Islam reconoce el Antiguo Testamento y parte del Nuevo. Ese lugar se convierte en el Haram-el-Sherif, recinto sagrado para los semitas. Éste va a ser para los árabes el escenario del Juicio final.

En el 685, el califa Abd-el-Malek decide hacer de Jerusalén su capital religiosa y un centro de peregrinación competidor de La Meca. Destinando siete años de las rentas de Egipto a la erección de una espléndida mezquita, manda construir la Cúpula que recubre la peña sagrada del monte Moriah (piedra del sacrificio) destinada a convertirse en el rival de la piedra negra de la Kaaba. La magnificencia de la construcción llega hasta el punto de que la cúpula es cubierta de láminas de oro. Hoy se la llama mezquita de Ornar, aunque su verdadero nombre es el de mezquita El-Aqsa. Ornar fue el conquistador y precursor de la construcción, pues, como piadoso musulmán, buscó en Jerusalén los recuerdos de Mahoma, del que se contaba que «transportado por la yegua alada el-Baraq, en compañía del arcángel Gabriel, había llegado, después de una sola noche de cabalgar, al santuario de Jerusalén donde le esperaban Abraham, Moisés y Jesús».

Así encontramos dos mezquitas en el emplazamiento del antiguo Templo: la primera, la Cúpula, de forma octogonal, se llama el Qubbet es-Sajra (cúpula de la Peña) y está integrada en el conjunto más grande, acabado en el 780, que lleva el nombre de El-Aqsa. En esta concepción arquitectónica que apunta al simbolismo sagrado, el centro que cubre la «peña de los holocaustos» es redondo y pasa al cuadrado por el polígono que representa el cielo y la tierra unidos en ese lugar privilegiado. «Esa cúpula se eleva sobre el punto culminante de la explanada sagrada, sobre una plataforma

a la que se accede por todos los lados mediante amplias escaleras al final de las cuales se elevan unas arcadas, en árabe mawazen o balanzas, pues la leyenda asegura que de allí se colgarán las balanzas del Juicio final. Los muros, de diez metros de altura, están revestidos, en su parte inferior, de mármol gris, con vetas coloreadas. Unas cerámicas y unas porcelanas de Persia adornadas

con arabescos blancos sobre fondo azul, recubren la parte superior. La voz del almuédano, que vuela por encima de la explanada, llama a los fieles a oración tres veces al día. El recuerdo del sacrificio de Abraham, el del templo de Salomón, hacen de la Roca de Jerusalén un punto privilegiado de la Tierra. La tradición islámica asegura que sirvió de trampolín para la ascensión celestial de



Mahoma. En un batir de alas, su yegua Baraq lo depositó en el recinto sagrado, donde iba a rezar. La piedra se elevó bajo sus

=====95

pies en el momento en que empezó su ascensión y el arcángel Gabriel detuvo el movimiento. Y bajo la roca surgieron a partir de entonces los cuatro ríos del Paraíso.

»Otra leyenda designa la Roca como el lugar exacto donde sonarán las trompetas del Juicio Final y estará el trono de Dios. Tosco, desnudo, sombrío, a dos metros sobre el suelo, el peñasco ofrece un curioso contraste con la profusión decorativa del interior del templo, que revela el gusto por la ostentación de los Omeyas. Una doble hilera de columnas de mármol coloreado, con capiteles de estilo variado, limita el deambulatorio. Unos mosaicos cubren la más pequeña parcela de muro con una armonía de cobalto, turquesa y negro. Uno de los más célebres está formado por partículas de vidrio, incrustado de una especie de mármol. Por todas partes se repiten los mismos motivos: un jarro del que salen unas ramas que se escapan; unos medallones de flores y arabescos; inscripciones

coránicas en escritura cúfica; unas flores mezcladas con cruces y estrellas. Por encima de la peña, la cúpula tiene veinte metros de diámetro y otros tantos de altura. Alrededor, unas ventanas hechas en los siglos XVIII y XIX y adornadas con vidrieras, dejan penetrar la luz; debajo de la roca, una gruta llena de protuberancias

y agujeros, lugar de muchas leyendas; por una de sus puntas, la roca respondió a Ornar, que le saludaba: Aleik essalam (te saludo a ti). Mientras oraba, Mahoma se hizo daño en la cabeza con el techo de la gruta, que inmediatamente tomó la forma de su turbante. Bajo la cripta se encuentra el agujero de los muertos, donde, tres veces por semana, las almas se reúnen para orar. En el exterior, al este de la mezquita, un pequeño edificio octogonal, construido antes que la cúpula, para albergar la tesorería, sirvió de maqueta y reprodujo —según se dice— el plano y las proporciones del Qubbet es-Sekar: es el Qubbet es-Silsilé, donde se valorarán los méritos y las faltas de los hombres, tal como ya predecía una vieja tradición hebrea: David habría recibido del arcángel Gabriel una cadena (silsilé) que tendía entre las columnas. Cuando los litigantes tocaban la cadena, una campana sonaba para designar al inocente.»<sup>1</sup>

Sobre la explanada, de unos 145.000 metros cuadrados, de los cuales la mezquita ocupa sólo una pequeñísima parte, se alzan por todas partes numerosos edificios secundarios: al lado del Qubbet es-Silsilé, unas fuentes, entre ellas la del sultán mameluco Quaibbay, el pulpito de Burhan-Eddin, unos estanques y otros pequeños

edificios. Esta arquitectura, de estilo compuesto alterno, con la mancha sombría de los altos cipreses, los cuales dan, con

su presencia mediterránea, que uno se encuentra en un lugar me-

1. Flavio Josefo, Historia de Jerusalén.

morable donde, desde tiempos muy antiguos, los semitas han adorado a Dios al pie de los árboles sagrados.

En cuanto a la mezquita de El-Aqsa, fue profundamente modificada, en la época del reino francés, por la arquitectura militar y religiosa occidental, de inspiración templaria, y se hizo tan bien, que apenas se sabe, en este edificio, qué pertenece al Islam y qué al cristianismo. Sin embargo, los dos estilos se unen armoniosamente, al igual que los iniciados de los dos campos, ismaélitos y templarios, que llegaron a formar una única caballería esotérica.

A pesar de la intolerancia política de los turcos seljúcidas, que prohibían las peregrinaciones cristianas; las destrucciones que acompañaron a la invasión turca; la reconquista de Tierra Santa por las Cruzadas en 1099 y las matanzas que siguieron a la toma de Jerusalén por Godofredo de Bouillon, en la Edad Media se demostró que la ciudad del rey Salomón tenía vocación de unir en torno a sí las grandes corrientes espirituales que van de Oriente a Occidente, y recuperar su primer nombre de Salem, que significa «residencia de paz», haciendo de la «Ichbus-Salem» hebrea, de la «Jerosolima» cristiana y del «El Kods» mahometano, el equivalente

de «la morada de inmortalidad» legado por la tradición primitiva, que vamos a encontrar constantemente en el corazón de la Jerusalén iniciática y secreta.

Segunda Parte  
LA JERUSALÉN INICIÁTICA Y SECRETA  
7 — 3.404

## 1. ISRAEL

Etimológicamente, Is-Ra-El significa «el país del sol y del hielo», o, analógicamente, el país de los contrastes y de las oposiciones. ¿País del Sol, Galilea? En el sentido literal, ciertamente, pero también en el sentido simbólico, pues en esta región del mundo se han encontrado varios puntos megalíticos que se remontan a miles de años; la civilización de los crómlechs y los menhires se basa en una religión cósmico-solar, cuyo mejor ejemplo es el templo de piedras de Stonehenge. Por otra parte, ¿no se habla en la Biblia de las razas de gigantes que vivían allí antes que los hebreos? ¿No se hace mención en el Libro de Enoc, de un pueblo de «hombres transparentes»?

Todos estos datos son inquietantes hasta tal punto, que ciertos historiadores no han vacilado en ver el origen de la civilización de Palestina en un pueblo protolidio análogo a los etruscos, que se habría diseminado por toda la cuenca mediterránea, aportando un fondo de magia práctica cercano al chamanismo, que habría coexistido con el monoteísmo en la religión hebrea.

Si la religión original de Israel (Is-Ra-El) tiene una esencia solar, no es sorprendente encontrar un simbolismo zodiacal en las doce tribus de Israel, cada una de ellas asimilada a un signo planetario. En esta concepción de una cosmogonía proyectada sobre la tierra, Jerusalén representa el astro central, la «ciudad solar» radiante, en torno a la cual gravitan todos los «fenómenos» importantes.

Según el Antiguo Testamento y la tradición judía, las doce tribus de Israel están en correspondencia con los meses del año, las 22 letras del alfabeto hebreo —hay también 22 láminas del Ta-

100 =====

rot—, que tienen un significado esotérico, y los signos del Zodíaco.

He aquí el cuadro con este triple simbolismo (los cuatro grupos de letras son los del Tetragrama):

Letras

IOD

HE

VAV

HE

Tribus

Judá

Isacar

Zabulón

Rubén

Simeón

Gad

Efraín

Mannasseh

Benjamín

Dan

Asher

Neftalí

Meses

israelitas

Nisán

Ivyar

Siván

Tammuz

Ab

Elul

Tishri

Marshesvan

Kislev

Tebeth

Adar

Schevath

Signos

zodiacales

Aries

Tauro

Géminis

Cáncer

Leo

Virgo

Libra

Escorpión

Sagitario

Capricornio

Acuario

Piscis

La tribu más sagrada de Israel es la de Leví (levitas = sacerdocio), porque reúne en su estandarte los tres colores de toda gnosis alquímica: el negro, el blanco y el rojo (que encontramos en los egipcios). Por otro lado, en los textos sagrados se hace alusión a diez tribus perdidas de las doce; ahora bien, a este respecto apenas se habla más que de la tribu de Judá. ¡Esto haría once! ¿Por qué, en tal caso, el emperador de Etiopía Hailé Selassie, se llamaría el «León conquistador de la tribu de Judá»? A este díptico Judá-Leví es necesario añadir un tercer elemento para hacer Is-Ra-El, en este caso, la tribu de Benjamín, cuyo emblema simbólico es el Lobo (color negro).

En otro plano simbólico, el de los Pantáculos, el sello de los hebreos, el signo sagrado de Israel, es el hexagrama, llamado aún Sello de Salomón. Es una estrella de seis brazos, formada por dos triángulos entrecruzados que representan los planos de la divinidad y de la naturaleza, del microcosmos y del macrocosmos y, más exactamente, el elemento ígneo, o fuego (triángulo cuyo vértice está girado hacia abajo). En ese símbolo principal volvemos a encontrar una transcripción geométrica de Is-Ra-El, el país del hielo (el agua) y del Sol (el Fuego).

Ese signo resulta perfectamente aplicable al punto central que es Jerusalén, estrella brillante, ciudad sagrada y mágica, privile-



=====101

giada intermediaria entre las fuerzas cósmicas y telúricas (Tierra y Cielo) y ciudad de los pontífices (sacerdotes del Templo), que aseguran esta comunicación en un plano sutil.

Gracias a esta comunicación con las «fuerzas de arriba», los sacerdotes del Templo de Salomón descifraban el porvenir e interpretaban

los oráculos. Formaban un colegio de magos, que conocían las leyes cósmicas y terrestres.

«Los sumos sacerdotes —observa el historiador Francois Ribadeau-Dumas— consultaban al Señor sobre la tabla de oro, del arca santa, entre los Querubines, o esfinges con cuerpo de toro y alas de águila, e interrogaban, con el Urim y el Thumin, el cuadrado mágico de 12 números y 12 palabras llamadas Ephod. Los Terafim son los jeroglíficos sagrados (...). Se colocaban los cuatro vocablos sagrados: el ónice de la derecha significaba Geburah, o justicia y cólera; el ónice de la izquierda, Geduláh, decía misericordia y magnificencia.»<sup>1</sup>

En cuanto al simbolismo arquitectónico del Templo de Salomón, presenta más de una analogía con la geometría mágica egipcia: la altura de las salas va decreciendo, como en los santuarios de las orillas del Nilo, desde el pórtico hasta el santuario, de manera que el sanctasanctórum formaba un cubo sumergido en la oscuridad, según las prescripciones del esoterismo egipcio.

El historiador del Templo, Vogue {Le Temple de Salomón) hace observar lo siguiente, siempre a propósito de la geometría sagrada con respecto a la arquitectura del monumento:

«Se sabe que las relaciones matemáticas de los números y de las líneas desempeñan un importante papel en el simbolismo de los antiguos. En Egipto es donde se encuentran las primeras aplicaciones

de este sistema; allí es donde nació. Los triángulos constituyen el elemento principal de esas combinaciones y, entre ellos, dos triángulos terminados: el equilátero, figura perfecta, símbolo de equilibrio, de estabilidad, de regularidad, y el rectángulo, cuyos tres lados aparecen con los números 3, 4 y 5; es el más hermoso de todos, según Platón; la imagen de la naturaleza, según los egipcios, que, comparando la base con el principio hembra, la altura con el principio macho, y la hipotenusa con el producto de los dos principios, hacen de él el símbolo del Universo viviente. Otro triángulo, derivado de éste, desempeña un papel importante: el triángulo egipcio, cuya altura es igual a  $\frac{5}{8}$  de la base.

El Templo de Jerusalén, construido según esos números, es un ejemplo perfecto de la aplicación de ese sistema armonioso. Realmente existe en el Templo un profundo misterio, el de la iniciación a los símbolos y a las verdades fundamentales, ya se

1. Francois RIBADEAU DUMAS: Historia de la magia, Barcelona, Plaza & Janes, 1973

trate de los números sagrados, de la Palabra perdida (el mensaje original) o del Grial. Ese esfuerzo por comprender y penetrar el corazón del esoterismo y de la gnosis será intentado nuevamente por los templarios, orden sacerdotal y guerrera a la vez, guardián de Tierra Santa, que realizará la síntesis de las corrientes iniciáticas que se encuentran en Jerusalén, bajo el signo de Elie Artiste (Helios: el Sol), de la Media Luna (la Luna: símbolo del Islam) y de la Estrella (la de los magos y la del Corán) y, por último, de la Cruz (cristiana o no).

En los colores de ese prisma encontramos el rojo de la cruz templaria, el verde del estandarte del Profeta, el amarillo y el azul de Israel. La pareja de esmaltes oro-azur constituyen el complemento

de la pareja gules-sinople (heráldica).

## 2. LA ORDEN DEL TEMPLO Y LA JERUSALÉN INICIÁTICA

En 1118, nueve caballeros —entre ellos Hugues de Payns y Godefroy de Saint-Omer— decidieron fundar una orden caballerisca y religiosa, cuya misión sería la de proteger a los peregrinos de Tierra Santa. La Orden de los «Pobres caballeros del Templo de Salomón» nació así de la Orden del Hospital —que era sólo religiosa—, antes que la Orden Teutónica (fundada en 1129). Es, pues, el primero en reanudar la tradición de los «Caballeros del Cisne», de la tradición primordial.

En efecto, si bien eran los «Guardianes de Tierra Santa», los templarios entendían esta definición de una manera mucho más amplia que la que los denominaba unos «cruzados» ordinarios, encargados de proteger la Palestina medieval contra los invasores musulmanes. Rene Guénon nos da la respuesta a esta pregunta: «¿Qué se ha de entender, en realidad, por Tierra Santa, y a qué corresponde exactamente ese papel de "guardianes" que parece relacionado con un determinado género de iniciación, que puede llamarse la iniciación "caballerisca", concediendo a este término una extensión más amplia que la que se le da generalmente, pero que las analogías existentes entre las distintas formas de lo que se trata, bastarían de sobra para legitimar (...)?»; y el gran esoterista añade que la expresión «Tierra Santa» es aplicable a «cierto número de sinónimos: "Tierra pura", "Tierra de los Santos", "Tierra de los bienaventurados", "Tierra de los vivos", "Tierra de

=====103

la inmortalidad" (...). Estas designaciones equivalentes se encuentran en las tradiciones de todos los pueblos, y se refieren siempre, esencialmente, a un centro espiritual cuya localización en una determinada

zona puede entenderse, según el caso, literal o simbólicamente, o en ambos sentidos a la vez.»<sup>1</sup>

«Pero —añade Guénon— en el caso de los templarios hay algo más que considerar: aunque su iniciación fuese esencialmente "cabaleresca",

tal como convenía a su naturaleza y a su función, tenían un doble carácter, a la vez militar y religioso; y debía ser así, si figuraban —como tenemos razones para creer— entre los "guardianes" del Centro supremo, donde la autoridad espiritual y el poder temporal están reunidos en su principio común, y que imprime el carácter de esta reunión a todo lo que está relacionado directamente con él.»\*

Así, los templarios habían de asegurar el papel de «mantenedores» de la tradición primordial y, al mismo tiempo, mantener el vínculo con las tradiciones derivadas, lo cual explica sus contactos con los ismaelitas y otros grupos sáficos aún más secretos, que actúan bajo el signo de la rosa.

El autor del Rey del Mundo sacaba la siguiente conclusión a propósito del simbolismo templario, que podría extrañarnos ver tan cerca del esoterismo hebreo:

«En un mundo de tradición judeocristiana, una organización tal había de adoptar como símbolo el Templo de Salomón. Por otra parte, hacía tiempo que éste había dejado de existir materialmente y no podía tener, pues, más que un significado ideal, como una imagen del Centro supremo, del mismo modo que lo es todo centro espiritual subordinado; y la misma etimología del nombre de Jerusalén indica bien claramente que es sólo una imagen visible de la misteriosa Salem de Melquisedec. Si éste era el carácter de los templarios, para cumplir el papel que les había sido asignado y que se refería a una determinada tradición, habían de continuar exteriormente unidos a la forma de esta tradición; esto explica sus relaciones con ciertas organizaciones orientales y, sobre todo —como es natural—, con aquella que desempeñaba un papel similar al suyo.»<sup>8</sup>

La noción de templo es superior a la de iglesia, pues permite expresar no sólo la sacralidad del Santo Sepulcro, tan querido por los cristianos, sino que también recuerda a los judíos y musulmanes la idea del Templo de Salomón.

«La iglesia tenía tiempo —escribe Michelet—, el Templo no tenía tiempo. Queremos ver un ejemplo de esta comunicación suprema en el interior mismo de la Cúpula, o "mezquita de Ornar",

1. y 2. Rene GUÉNON: L'Esoterisme chrétien, París, éd. TraditionneUes, 1964, págs. 38-39.
3. Rene GUÉNON: Aper(us sur l'initiation, París, éd. TraditionneUes, 1964, pág. 39.

104 ===== que alberga la "Roca del monte Moriah" y que representa el "Corazón" del Templo, o asiento de la Schekinah, que se confunde con la "presencia real" de Dios o el "Conocimiento iluminador". La cúpula de oro de ese edificio religioso, de forma circular, puede compararse con el tholos que se alzaba allí anteriormente, prolongación de la basílica de Constantino. Los templarios, que modificaron ese santuario —aunque dejándole su carácter sagrado—, lo designaban con el nombre de "Monasterio del Templo del Señor". Su forma octogonal correspondía perfectamente al simbolismo de la Orden, ya que los 8 lados del edificio correspondían a los 8 huesos del cráneo del "primer Adán". Por otra parte, el número 8 se encuentra en numerosas construcciones edificadas por la Orden, tanto en Palestina como en Europa, y, por la misma razón, los iniciados del Templo escogieron como símbolo la cruz de 8 puntas o de 8 radios, roja sobre fondo blanco, uniendo así al blanco del conocimiento y de la luz, el rojo del "santo Amor", invocado en su grito de guerra. El 8 es a la vez, el símbolo del infinito y de la mediación, papel que los templarios cumplían con un doble sentido como guardianes del invariable centro, e intermediarios entre el "Centro supremo" y las tradiciones "derivadas", tal como se ha dicho. Digamos, finalmente, que el Templo del Grial del Titurel de Wolfram d'Eschenbach simulaba la forma radiante del octógono.»

En este sentido se ha de entender la presencia del Templo de Salomón —arquitectónicamente, lo que está representado es el Haram-Es-Sheriff— en el sello del gran maestro de la Orden.

Balduino II, rey de Jerusalén, prestó como residencia a los «pobres caballeros del Cristo» un ala de su palacio que estaba al lado de la mezquita El-Aqsa. En 1124, los templarios toman posesión de este edificio. El ala oriental de la mezquita fue arreglada para capilla. Su rosetón, típicamente franco, es todavía bien visible. Al Oeste, los monjes-soldados construyeron un amplio edificio abovedado, en ojivas, que les servía como sala de armas. Se encontró en un pilar una carta de excomunió lanzada contra un caballero desertor por el futuro gran maestre, Gérard de Ridefort, que murió en el sitio de Acre. Debajo de El-Aqsa se extienden unas amplias salas subterráneas, llamadas «Cuadras de Salomón», que albergaban la caballería templaria y quizá servían de lugares de iniciación.

Casi por la misma época, Hugues de Payns se dirige a Occidente para solicitar la confirmación de los estatutos de la orden. El celta san Bernardo redacta la regla de la santa «milicia», que se inspira, en parte, en la regla benedictina, con los tres votos de pobreza, castidad y obediencia y las tres categorías de hermanos: caballeros, sargentos y clérigos. Encontramos esta ley ternaria en-

=====105

\*»●●

Ttanta del Templo de Salomón

cabezando la jerarquía de la Orden, pues, si bien el colegio de elección del gran maestro estaba formado por doce miembros, el jefe soberano de la Muida Dei había de tener, regularmente, «dos hermanos caballeros por compañeros, que deben ser unos hombres tan buenos que no puedan ser excluidos de ningún consejo donde no haya cinco o seis hermanos».

Esta organización iniciática presenta más de una semejanza con la de los asesinos (o haschachin), homólogos musulmanes de los templarios cristianos.

Así, la iniciación de la secta ismaeliana no comprendía menos de nueve grados. Incluso los mismos colores de las dos órdenes son idénticos. Si los caballeros cristianos llevaban una cruz roja sobre su manto blanco, los «asesinos», a su vez, llevaban unas cin

tillas rojas sobre su hábito blanco. De la misma forma, la organización en grados y la evocación de un ritual iniciático nos inclinan a pensar que templarios y «asesinos» perseguían un objetivo similar: el rechazo de los dogmas y la implantación de una verdadera gnosis.<sup>1</sup>

La base del ismaelismo se halla en el sufismo islámico, que corresponde al verdadero esoterismo musulmán. Esta vía ascendente hacia la iluminación utiliza la iniciación cardíaca, o Vía del Corazón, que es la de los trovadores cataros que cantan las Leys d'Amor y el amor casto de la Dama ideal. En la mística hindú, esta práctica corresponde a la Bhakti-yoga. Esta teoría es asimismo la de los «Fieles de Amor», que contaba entre sus miembros a Dante Alighieri, el inmortal autor de la Divina Comedia, cuyo canto final, «El Paraíso», termina con la visión de la rosa divina. Los autores y poetas sufíes persas hacen constantemente alusión a la «flor admirable», que simboliza el amor ideal.

Los templarios habían comprendido bien el sentido de ese «lenguaje», que intentaba recrear en el interior del hombre el andrógino primordial descrito por Platón y revelado por el famoso Bafomet bisexuado.

La vía del «diamante en el corazón» aparece en los caballeros del Temple a través del culto mariano. En efecto, la devoción a la Virgen es una constante del ritual templario, y encubre la adoración a la eterna Isis, la «viuda inconsolable» por la muerte de Osiris. La aspiración al androginato espiritual toma como Shakti o esposa mística el arquetipo del eterno femenino que para unos (cristianos), adopta la forma de la Virgen, y para otros (musulmanes) es la «novia celestial».

Ese camino peligroso es el del amor platónico, que exalta el deseo casto según el versículo del Corán: «Aquel que ama, el que se abstiene de todo lo que está prohibido, el que mantiene su amor secreto y el que muere con su secreto, ése muere mártir.»

Denis de Rougemont traduce admirablemente el espíritu esotérico común al Islam y a la gnosis cátaro-templaria:

«Una breve revisión de los temas "cortesés" de la mística árabe hará sentir hasta qué profundidades llegan los orígenes de su paralelismo,

y hasta en qué detalles se refleja (...). Según el maniqueísmo iranio —en el que se inspiraban los místicos de la escuela iluminativa de Sohrawardi—, una deslumbrante muchacha espera al fiel a la salida del puente Cinvat y le declara: ¡Soy tuya! Así, pues —según ciertos intérpretes de la mística de los trovadores—, la Dama de los pensamientos no sería otra sino la parte espiritual y angélica

1. Véase, al respecto, nuestro libro anterior: *Le Livre de la tradition*, París, éd. Robert



Laffont, 1972.

=====107

del hombre, su verdadero ego.»<sup>1</sup>

Y Joachim de Flore, el monje calabrés que vivió desde 1145 hasta 1202 —o sea, en pleno florecimiento de la Orden del Temple—, comentaba el «Evangelio eterno...» a Ricardo Corazón de León, antes de que éste partiera para la Cruzada. Este mismo monje cisterciense es quien anunciaba la Era del Paráclito, o Espíritu Santo, encarnado en una mujer: Sofía.<sup>2</sup>

Añadamos que la regla del Temple comprendía 72 artículos (o sea, esotéricamente, 9). La tradición primordial atribuye 72 vasallos al «Rey del Mundo».<sup>3</sup> Recordemos que la Orden de los asesinos comprendía nueve grados (reducción de 72).

Si se quiere continuar en esta vía del simbolismo de los números, se descubre que el templario tenía tres caballos a su disposición, que combatía «a uno contra tres»; que ayunaba tres veces; que sufría tres tipos de castigo. Con los múltiplos de tres se obtienen: los nueve fundadores del Temple, que continuaron en el mismo número durante nueve años; la fecha del concilio de Pisa, que completó la regla: 1134, si se descompone esta fecha, da:  $1 + 1 + 3 + 4 = 9$ . Por último, la Orden fue organizada en nueve provincias. Con «12» obtenemos los doce electores del gran maestro, como Cristo y los doce Apóstoles.

El encuentro de los iniciados templarios en Jerusalén no era producto del azar, ya que la Ciudad Santa es venerada por las tres grandes religiones monoteístas, comprende tres recintos, vio la sucesión

de tres templos y ha de contemplar cómo se cumple el ter-

1. Denis de ROUGEMONT: *L'Amour et l'Occident*, París, éd. Plon, 1962, pág. 88.

2. Uno de los símbolos principales del Temple (así como de los cataras) corresponde a

la representación del signo de la vida (runa: Y )> cuando pasa a la casa de Leo: el Corazón

resplandeciente (grafitos del castillo de Chinon).

(grafitos del castillo de Chinon).

3. Pensemos también en los 72 discípulos de Cristo,

108 =====

cer Reino, que es precisamente el del Espíritu Santo (femenino), en forma de la Jerusalén mística.

El «templo ideal» fue la finalidad y la esperanza de la Orden del Temple, cuya divisa era Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam (No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para la gloria de tu nombre). En el sentido literal y en el sentido espiritual, los monjes-caballeros fueron los constructores. Hoy están claramente establecidos sus vínculos con la Cofradía y las hermandades de «masones». Por esta razón, legaron a la masonería operativa, que se hizo especulativa, la herencia del simbolismo jerosolimitano

presente en el Templo de Salomón. Esta Jerusalén es por completo espiritual y rebasa infinitamente las tradiciones religiosas particulares que se relacionan con la ciudad histórica.<sup>1</sup>

### 3. LA NUEVA JERUSALÉN

Celestial ciudad de Jerusalén,  
bienaventurada visión de paz,  
que, construida con piedras vivas,  
te elevas hasta los astros.

Y, como una esposa, estás rodeada  
de miles y miles de ángeles...

Bajo los impulsos del saludable cincel,  
que martilla a golpes redoblados,  
él martillo del obrero, las piedras  
se pulen y componen este edificio:  
bien mamposteadas,  
se elevan hasta la cima?

1. Puede decirse que la Orden del Temple desapareció «oficialmente» con la muerte, en la hoguera, de Jacques de Molnay, que llegó a ser gran maestro, el 18 de marzo de 1314.

Pero Palestina se había perdido hacía ya mucho tiempo.

Por su parte, Rene Guénon concluía:

«Después de la destrucción de la Orden del Temple, se reorganizaron los iniciados en el esoterismo cristiano —de acuerdo con sus iniciados— en el esoterismo islámico, para mantener, en la medida de lo posible, el vínculo que había sido aparentemente roto con esta destrucción...»

2. Himno de Vísperas (Conmemoración de la Consagración)

=====109

Esta misma Jerusalén mística era invocada con todos sus deseos por los templarios, y su protector, el gran san Bernardo, explica este deseo de la Jerusalén espiritual:

«Realmente habitan en el Templo de Jerusalén, y aunque —en cuanto a su construcción— no sea el mismo que el antiguo y venerado templo de Salomón [el suyo], no es inferior en cuanto a su gloria... La belleza del primero estaba hecha de cosas percederas, mientras que la del segundo es la belleza de la gracia, del culto piadoso de los que habitan en él y de la más simétrica de las moradas (ordinatissima conservatio).»<sup>1</sup>

Según la mística visión de los musulmanes, encontramos el equivalente de la Jerusalén celestial en la montaña Qaf, que es la «montaña de los santos», «la montaña blanca», situada en la «isla Verde», a la que no se puede llegar por tierra ni por mar. El esoterista Pierre Ponsoye subraya que, a los ojos de algunos, la montaña Qaf «está formada de una sola esmeralda, de la que proviene el azul celeste; para otros, este color proviene de la roca (sakhra) que hay en su base y que forma la clave de la bóveda celeste (...). Cerca de ella hay dos ciudades de esmeralda, construidas al estilo cuaternario, como la Jerusalén Celestial, Jabalsa hacia Oriente y Jabalqa hacia Occidente. Sobre ellas hay una tercera ciudad, Hurquliya, que dio su nombre al conjunto de esta tierra misteriosa».<sup>2</sup>

Veamos, en paralelo, la descripción del Apocalipsis de san Juan: «[El ángel] me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios. Su brillo era semejante a la piedra más preciosa, como la piedra de jaspe pulimentado. Tenía un muro grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas, doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel: de la parte de Oriente, tres puertas; de la parte del Norte, tres puertas; de la parte del Mediodía; tres puertas, y de la parte del Poniente, tres puertas. El muro de la ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

»E1 que hablaba conmigo tenía una medida, una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. La ciudad estaba asentada sobre una base cuadrangular, y su longitud era tanta como su anchura (...).»

Añadiremos que la medida del muro da ciento cuarenta y cuatro codos, o sea, el cuadrado de doce. Pero prosigamos el relato:

«Su muro era de jaspe y la ciudad, oro puro, semejante al vi-

1. San Bernardo: "De Laude novae militiae ad milites Templi, cap. V.

2. Pierre PONSROYE: L'Islam et le Graal, op. cit., pág. 68.

110 JEAN-MICHEL ANGERBERX

drio puro; y las hiladas del muro de la ciudad eran de todo género de piedras preciosas: la primera, de jaspe; la segunda, de zafiro; la tercera, de calcedonia; la cuarta, de esmeralda; la quinta, de sardónica; la sexta, de cornalina; la séptima, de crisólito; la octava, de berilo; la novena, de topacio; la décima, de crisoprasa; la undécima, de jacinto, y la duodécima, de amatista. Las doce puertas eran doce perlas, cada una de las puertas era de una perla, y la plaza de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente.» (Apocalipsis, XXI, 18-21.)

Esta descripción merece cierta explicación por nuestra parte.

La «nueva Jerusalén» no debe confundirse con el «Paraíso» ni con ninguna otra morada celestial. Es el cumplimiento de la promesa del «tercer reino», según la cual, la «ciudad primordial» (asimilable a la Luz bíblica o a la Tula hiperbórea) tiene que manifestarse nuevamente al final del actual ciclo terrestre, después de haber permanecido oculta durante milenios. Por eso el número que la caracteriza es «12», o el cuadrado de «12»: 144, que es la cifra del cumplimiento o de la plenitud, presente asimismo en el Grial, esmeralda tallada en «144» caras. La «nueva Jerusalén» es cuadrada porque tiene que «descender a la tierra» y convertirse o reconvertirse en una realidad física, pues si perteneciese al mundo puramente ideal, sería redonda, ya que sólo es divino el círculo. Las doce perlas de las doce puertas simbolizan la comunicación con el «reino de los Cielos» y representan la «luz intelectual en el corazón» o la «visión beatífica». El príncipe de Oriente, de los Hechos de Thomas, parte asimismo en busca de la «Perla» asimilada con el Grial. Es curioso observar que el blasón tradicional de la ciudad de Toulouse, ciudad sagrada de los tolosanos, contiene también doce perlas, como la cruz del Languedoc.

En cuanto a los colores de las hiladas de «Jerusalén», simbolizadas por piedras preciosas, pueden reducirse a siete, que son precisamente los colores del arco iris, que constituye el puente entre el cielo y la Tierra (el negro, sardónica, no es un color). Nótese que, en la visión juaniana, el verde es el color dominante, pues está representado por tres piedras: la esmeralda (cuarta piedra), el crisólito (séptima piedra) y la crisoprasa (décima piedra).

El simbolismo del lapidario divino nos llevaría demasiado lejos para que podamos evocarlos en unas líneas.

A través de la espléndida evocación apocalíptica aparece la «ciudad transparente», la «ciudad de cristal» o de «hielo» (Ys ó Is), que contiene el tesoro de la Sabiduría eterna, como el Castel del Grial o el Revolving Castle, que, al girar, muestra sus numerosas «facetas», cuyos reflejos aparecen en el espejo que constituyen las «ciudades mágicas». Así se opera la transmisión iniciática entre Jerusalén y Roma, de lo cual diremos algo.

=====111

#### 4. JERUSALÉN Y ROMA

En un plano oculto y simbólico, las dos ciudades tienen más de un punto en común. Si nos referimos al cristianismo, Roma y Jerusalén son, cada una, el centro de una Iglesia: «La Ciudad eterna es el asiento de la Iglesia de Pedro, visible, oficial y temporal; la Ciudad santa alberga la Iglesia de Juan, invisible, intangible y mística. La primera está ligada al tiempo, la segunda está por encima del tiempo; una es la imagen de una época, de un "ciclo humano"; la otra es "eterna". Que el Papa, soberano pontífice de la Iglesia católica, apostólica y romana, esté instalado en Roma, significa justamente que la ciudad del Tíber es la ciudad de los pontífices —y en esto, el jefe de la Iglesia no hace más que suceder a los pontífices romanos—, que gobierna las leyes de la Acción y del Poder en el mundo. Roma está ligada al Imperium terrestre, a la púrpura, a la "Magia ceremonial", mientras que Jerusalén sólo tiene importancia en un plano "invisible" y "no manifestado": es una escrucijada del esoterismo y un "punto de estallido" de las fuerzas espirituales; la ciudad ha vivido demasiadas dominaciones sucesivas como para que se conceda importancia a su "posesión material".»

Estas diferencias constituyen menos una oposición que los aspectos complementarios de una única realidad. Si Jerusalén es femenina (Sofía, Espíritu Santo) y Roma masculina (el Sol y la púrpura), las dos ciudades están indisolublemente unidas en pareja eterna.

¡Los templarios ya lo sabían! Lo sabían tan bien que —cristianos de formación y por tradición— quisieron restablecer las grandes corrientes iniciáticas entre Occidente y Oriente, entre Europa y Palestina. Escogiendo como sello dos caballeros en un mismo caballo desde su «retorno» a Tierra Santa, la Orden del Temple enlazó de tal forma con la tradición primordial de los Gemelos divinos, conservada en Roma por los Dióscuros (Castor y Pólux) y presente secretamente en Jerusalén con los dos Juanes (Bautista y Evangelista), guardianes de las «puertas del Cielo».1

1. Estos personajes sagrados aportan el «fuego del Cielo» a la Tierra (fuegos de San

Juan o fuego de San Telmo de los marinos), ese fuego que, precisamente los templarios, mantenían puro y alto, antorcha de la iniciación tangible alumbrada con la llama del Cosmos.

Como los gemelos de la mitología grecorromana, los «Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón» son hijos del cisne y del rayo (Zeus había adoptado la forma del ave palmípeda).

112 =====

Esa herencia común pagano-cristiana es sólo el ligero vínculo entre Jerusalén y Roma, aunque existen otros, si pensamos que el Mediterráneo fue la cuna de cierta forma de magia, presente en los pueblos egipcio, lidio, galileo y etrusco. El Lacio y Palestina son tierras igualmente sagradas.

III. ROMA, LA «CIUDAD ETERNA»

¡Oh!, ¿qué nombre, «entre los tres» que te pertenecen, elegiré Italia?

GIOVANNI PASCOLI, Himno a Roma

8 — 3.404



Primera Parte  
MAGIA DE LA ROMA ANTIGUA

## 1. EL MISTERIO DE LOS ORÍGENES DE ROMA

Pero ¿quiénes eran esos misteriosos romanos?

Esta interrogación tiene importancia, pues he aquí que durante más de un siglo se confunden los nombres de las cosas, tomando los efectos por las causas: de esta forma, el rosacruciano Francis Bacon decía que la historia es como una tabla que queda flotando después de un naufragio, y... ¡queda bien poco, si se piensa en todo lo que llegó a desaparecer!

¿Dónde empezó la civilización romana? Esta pregunta queda sin respuesta, al menos por parte de la llamada ciencia oficial; en cambio, la doctrina esotérica aporta detalles al respecto que están confirmados por la arqueología, dígase lo que se diga. Asimismo, los escritos de los antiguos constituyen para el arqueólogo un elemento precioso de reconstitución de la historia «oculta», a la luz de la antigua sabiduría.

En efecto, según ciertos historiadores, los romanos descenderían de los atlantes, que se instalaron en el emplazamiento de la futura Roma, cuando se encontraron sin patria.

Según estas fuentes, en una época muy lejana (—2.500 a — 3.000), las siete colinas de Roma serían volcanes activos. A partir del siglo xxv a. de J. C, una raza de hombres de elevada estatura, los mesios, se habría instalado en aquel lugar telúrico, donde fundarían refugios y poblaciones fortificadas. Sus jefes se llamaban los titanes y dominaban el fuego de Vulcano (herrereros). Las tribus estaban divididas en clanes nómadas (pastores), cultivadores y guerreros (como los escitas). Su campamento, de forma rectangular, se denominaba el troth, de donde derivaría la ciudad de Troya. Esos urthusk o toscos (o tusco-lidios) se instalaron, pri

mero, en el Aventino, el Capitolino y el Esquilmo, y luego en el Palatino. A continuación ocuparon las otras colinas.

Los descendientes de los titanes, los «ramnas», serían los fundadores de la Roma Quadrata de Rómulo.

Para otros, los romanos procederían de dos razas distintas, lo cual explicaría su división en clases.

Otros historiadores afirman aún que el pueblo romano descendería de los pelasgos...

A todo esto hay que añadir el «misterio» del origen de los etruscos, pues ciertos nombres de lugares del Lacio revelan influencias etruscas, griegas, celtas y de muchos otros pueblos, que sería prolijo enumerar.

En cambio, la fundación de Roma nos interesa principalmente: allí encontramos toda una serie de prácticas mágicas, que confirmarían —si fuera necesario— la importancia tradicional del emplazamiento de la Ciudad Eterna.

Sin embargo, tal como indica el historiador italiano Massimo Scaligero, para comprender ese misterio de la fundación de Roma no sólo hay que evocar los ritos que acompañaron a la fundación de la ciudad. Se ha de señalar también que el romano de la antigüedad, a través de la técnica del rito, reunía en sí la función del poder real y sacerdotal, lo cual implicaba la acción de una voluntad consciente, «solar» y «lunar» a la vez, en relación con las fuerzas magnéticas del Cosmos que actuaban psíquicamente sobre él. Existía una ciencia de esta interacción que, a diferencia de la acción «mecánica» que todo hombre puede poner en movimiento —pudiendo ser accionada tanto por el ignorante como por el sabio—, suponía una dignidad espiritual que no todos tenían; en efecto, suponía la existencia de cualidades psíquicas, en su sentido dinámico y excepcional, dependientes de una moral superior y que no tiene nada en común con la de un místico o un sacerdote. De esto no se ha de deducir que para el romano la existencia se reducía a una limitación en el terreno contemplativo y misteriosófico —como en el ejemplo del orfismo o del pitagorismo, tan conocidos de los pueblos mediterráneos—, sino que, muy al contrario, partiendo de un plano de conciencia «suprahumana

», era preciso dar una realidad al plano propiamente humano, al real, a la vida de cada día, a la misma política. Se trataba, pues, de una existencia eminentemente «religiosa», que venía a confirmar la presencia del rito: así, la raza romana era perpetuamente modelada «iniciada», bajo la dirección de aquellos que estaban encargados de darle forma y sustancia, a través de las rigurosas técnicas del ritual del que eran depositarios y directores. Se trataba de los sacerdotes, de los flaminios y de los

pontífices. Su sabiduría era la tradición heroica y sacerdotal, cuyo

=====119

conocimiento estaba reservado a los herederos de la antigua «raza solar» que nos precedió.

Con la fundación de Roma, este tipo de sacerdocio se convirtió en parte integrante de la armonía natural, complemento de la acción guerrera, no limitándose ya al esteticismo de las antiguas comunidades misteriosóficas occidentales (Dionisos, Orfeo), ni sirviendo

ya de soporte a las orgías y al «afroditismo» de los anteriores regímenes mediterráneos de tipo matriarcal. En efecto, este tipo de sacerdocio comportó una nueva disciplina interna, presta a traducirse en actos, en afirmaciones, en conquistas, obligando a lo indefinido a revestir forma, a actualizarse en realidad finita... en Imperium.

Todo esto no determina ninguna poesía o mito. En efecto, la resonancia mágica del mito en la vida de Eneas, tal como Virgilio nos la describe, o en la de Rómulo (hijo de una vestal y del dios Marte), sólo puede considerarse a modo de un velo humano tendido sobre el profundo simbolismo de la fundación de Roma. Así, según el antiguo ritual etrusco, los augures tenían que levantarse, pasada la medianoche, en silencio, para esperar la aurora. Así, pues, no es extraño observar que Rómulo y Remo se levantaran también post mediam noctem y subieran a dos alturas distintas (tabernacula capiunt, templa capiunt): a partir de esta indicación, se puede afirmar, legítimamente, que el destino de Roma y sus habitantes estaba trazado. En efecto, historiadores y poetas coinciden en recordar que Rómulo tenía la costumbre de subir al Palatino, mientras que Remo, por su parte, subía al Aventino: dos lugares diferentes, dos símbolos opuestos.

El blanco disco de la Luna se esfuma en la claridad del alba, y he aquí que surge el más perfecto de los presagios: el águila de Júpiter aparece a la izquierda —es ya el signo evidente de la realeza «olímpica», propia de la raza «solar», que se manifiesta claramente a los padres fundadores de los futuros dominadores de Occidente— y, mientras que el disco solar hace su aparición, surgen también doce buitres. Rómulo, el primero en verlos, fue consagrado rey, sumo sacerdote y jefe de la nueva raza: el pueblo romano exulta y festeja a su nuevo dios...

No hay duda de que aquí nos encontramos en presencia de una técnica mágica que se aplica precisamente para la erección de nuevas ciudades. En efecto, refiriéndose al antiguo ritual etrusco —tal como nos lo han descrito los autores latinos, como Catón o Servio—, Rómulo (iniciado en una ciencia superior que hace de él un guerrero y un fundador de civilización), va a ofrecer un sacrificio, encender el fuego ritual, cavar una fosa de forma circular llamada mundus y a echar en ella un puñado de tierra, ligando

simbólicamente a los futuros ocupantes del emplazamiento de

Roma con los padres del suelo que va a convertirse en su patria: los Terra Patrum.

En su Vida de Rómulo (XI-XII), Plutarco nos describe así el proceso: «Rómulo se encargó de edificar la ciudad. Había hecho venir de Etruria a unos hombres, los cuales le enseñaron las ceremonias y las fórmulas que se hablan de realizar para la celebración de los Misterios...»

Esta frase de Plutarco es esencial, pues sabemos que, en la cosmogonía antigua —y más exactamente entre los etruscos—, la ciudad simbolizaba un lugar de comunicación privilegiado entre los hombres y sus dioses: bajo esta óptica, la Vrbs se presentaba como el «templo ampliado», la «imagen» del centro primordial.<sup>1</sup> No ha de extrañarnos ya encontrar, en la leyenda de la fundación de Roma, todas esas prácticas mágicas que presiden la elección y delimitación misma del emplazamiento.

En efecto, los pueblos itálicos, ya sea para fundar una ciudad o para instalar un campamento, tenían la costumbre de tomar primero las medidas bajo la dirección de un augur.

A este fin, aquél se colocaba en el centro del terreno, desde ese punto giraba hacia el Este y, con ayuda del lituus,<sup>2</sup> trazaba dos líneas en el aire: una, de Levante a Poniente, y la otra, de Norte al Mediodía. Esas dos líneas llevaban los nombres de cardus y decumanus: el lugar de la intersección ideal se llamaba mundus, palabra que revela un origen etrusco.

Plutarco nos describe así las operaciones:

«Hicieron cavar una fosa... Se echaron en ella las primicias de las cosechas. Al final, cada uno puso un puñado de tierra del país de donde venía; después de esto, se mezcló todo. A esa fosa, como al Universo, se dio el nombre de mundus. Después, alrededor de la fosa se trazó el recinto de la ciudad, en forma de círculo.

El fundador, poniendo una reja de bronce a un arado, enganchó un buey y una vaca y trazó un profundo surco sobre la línea marcada. Le siguieron unos hombres, que se ocuparon de volver a echar dentro del recinto todas las clases de tierra que el arado había levantado, procurando no dejar ninguna fuera. La línea trazada marcaba el contorno de las murallas, y, suprimiendo algunas letras, se llamó pomerium, es decir, "lo que está detrás" o "después del muro". Cuando se quería hacer una puerta, se quitaba la reja, se detenía el arado y se interrumpía el surco...»

Estas líneas de Plutarco destacan maravillosamente el valor que los antiguos daban al simbolismo del «centro»: comparado

1. La tradición hace del legendario rey etrusco Numa Pompilio el fundador del colegio

de los augures romanos. El nombre de este rey significa «el divisor que ordena la marcha

celeste...». Aquí volvemos a encontrar el Zodíaco.  
2. Lituus: bastón, cetro (raíz indoeuropea).



=====121

con la ciudad, este último era el punto de contacto privilegiado entre las tres regiones cósmicas, representadas, respectivamente, por el Cielo, la Tierra y los Infiernos.

El ritual de la fundación de Roma, tal como se nos ha transmitido, es rico en símbolos. El autor francés Beigbeder (*La Symbolique*, París, PUF, 1957), reconstruyó, según el procedimiento seguido por Rómulo, el ritual usado para simbolizar la unión de los tres reinos cósmicos: el surco, que conduce a los infiernos; el altar, erigido en una segunda fase, para simbolizar la unión con el Cielo; y, por último, el plano cuadrado, trazado sobre el terreno (los cuatro puntos cardinales), símbolo evidente de la Tierra. «Los más antiguos santuarios griegos (toloi) —nos revela Beigbeder— obedecían a esta exigencia...»

No obstante, la tradición releva a la llamada ciencia «profana» cuando se trata de dar toda su importancia a este acto sagrado... Para sellar esa unión «temporal» con el espacio en el que va a insertarse la nueva ciudad, el fundador tiene que hacer «descender» las fuerzas del Espíritu sobre ese lugar, a fin de consagrarlo: así, obtendrá una consagración «espacial», que dará una eternidad efectiva al lugar designado por el Cielo. Una gran piedra, la lapis manalis, va a cerrar esa fosa circular. Así queda constituido y limitado ese «mundo inferior», que acogerá a las almas de los difuntos (no a sus cuerpos) y del que saldrán, tres veces al año, para penetrar en el mundo de los vivos. Después de este emplazamiento, se erigió una columna de forma cónica y una pirámide: las dos fueron consagradas a los manes del fundador, y así se materializó la fuerza divina, que se casó con la tierra romana para que ésta fuese inmortalizada a su vez. Después de su ascensión a la esfera divina, el fundador (o sea, Rómulo), espiritualmente presente en ese «mundo inferior», podrá ser venerado a partir de entonces por los habitantes de la ciudad como hijo de los dioses, «nombre» entre los «nombres», héroe y padre de la nueva raza que él contribuyó a establecer.

Una vez consagrados el mundo «inferior» y el mundo «superior», se trataba de proceder a la constitución ritual de la topografía de la ciudad propiamente dicha, siempre en el espíritu de ese antiguo secreto ceremonial que Rómulo conocía bien. De ese ceremonial no nos han llegado más que las modalidades exotéricas; pero, para quien las quiera comprender, también hablan un lenguaje. El jefe —vestido de blanco y con la cabeza cubierta, según la costumbre sacerdotal— acopla al arado un buey y una vaca blancos y robustos, desciende de la colina acompañado de auxiliares silenciosos e, invocando, con ayuda de misteriosas fórmulas, el favor de las fuerzas divinas, empieza a trazar el surco ritual. En el emplazamiento de las futuras «puertas» de la ciudad,

levanta la reja para no arañar la tierra. Luego delimitará los muros de la ciudad siguiendo el surco del arado y, prosiguiendo el mismo sistema en el exterior, materializará el foso de protección; partiendo de esos surcos, los dos pomerii: % el uno, interior, y el otro, exterior; dos espacios de terreno que no se podrán cultivar ni habitar. En lo sucesivo, nadie podrá modificar la anchura de esas murallas consagradas, y ni siquiera restaurarlas, sin permiso de los pontífices.

Habiendo fijado los límites de la ciudad y, una vez sorteadas las primeras casas entre sus futuros propietarios, el jefe, seguido de todos sus auxiliares, volvía a subir a las alturas. Desde allí gritaba el nombre divino de la ciudad, que era repetido en voz alta y por tres veces, por los asistentes, y, al fin, inmolaba el buey y la vaca sobre el altar dedicado a Júpiter. Entonces se iniciaban nueve días de fiestas, mientras que los objetos, utilizados para el ritual de la fundación de la ciudad, eran depositados en el mundus y considerados sagrados.

Este complejo ritual encierra las razones por las que se confirió la eternidad a la raza romana y de las que Roma saca su apelativo de Ciudad eterna. En efecto, se trata de una técnica secreta que tiende a someter los acontecimientos de acuerdo con una dirección única, la del nacimiento de una ciudad. Es la primera victoria de los romanos sobre el acontecimiento, victoria que abrió un nuevo ciclo en la historia de Occidente. A partir de este momento, ésta será la significación del Dies natalis urbis Romae. La fundación de Roma reviste, pues, un carácter constructivo, que obedece a una necesidad de orden interno: la de sentirse en lo sucesivo ligada, mediante un pacto religioso firmado por todos los habitantes, para constituir una «comunidad de destino», una «comunidad de plegarias», y poseer un punto de partida, un arquetipo al cual referirse, una «causa de las causas»: es el germen en la tierra y, como todo germen, ha de contener la fuerza de la futura generación...

Se trata, esencialmente, de una práctica «iniciática», de una operación de magia, puesto que debe someter el hecho a una dirección bien precisa: la del sitio delimitado por el nombre de mundus; esta pequeña fosa circular, cavada por Rómulo, recoge un puñado de tierra que él trajo consigo desde la ciudad de Alba (Plutarco, Ovidio, etc.) y, de la misma forma, recoge los terrones de tierra que cada uno de sus compañeros ha extraído del emplazamiento

donde ardía el fuego sagrado y donde estaban las almas de sus manes. Tenemos, pues, una tierra impregnada de fuerzas, ya que, desde esta perspectiva, se trata de una tierra dependiente

1. Pomerium: espacio libre que no puede ser habitado ni cultivado.

=====123

de la morada de los «genios», del espíritu de la raza. Así, pues, no se trata de poesía, sino de la constitución de un poderoso condensador

de fuerzas obtenido a base de un procedimiento cuyo método es muy desconocido, todavía hoy —siempre se trata aquí de técnica esotérica—, e ignorado de la misma manera que se ignora el significado del nombre sagrado y secreto de la ciudad, del Nomen Sacrum, de la palabra «seminal», del Logos Spermaticos, el verbo secreto, que corresponde a la propiedad original y personal de la ciudad...

## 2. EL NOMBRE SECRETO DE ROMA

En el antiguo Egipto, cada individuo recibía, ya al nacer, dos nombres, uno de los cuales se mantenía en secreto. Lo mismo se hacía en la India, donde, entre los brahmanes, cada niño recibía un nombre secreto...

Actualmente, en el África Central, todos los niños tienen, aparte el nombre de uso corriente, otro nombre secreto, que le ha sido conferido por los antiguos poco después del nacimiento y que es guardado celosamente.

Esto se hacía para proteger a la persona contra las influencias mágicas cuya evocación «resultaba eficaz sólo cuando entraba en combinación con el nombre verdadero...». Más aún: en ciertos pueblos, era tal la práctica consistente en dar el nombre propio, que todos se abstendían, no sólo de pronunciarlo en voz alta, sino hasta de murmurarlo, porque «cuando alguien deja pasar su nombre a través de sus labios, deshace una parte viva de su ser».

Dicho de otra forma: el nombre personal era para el hombre como una parte vital de sí mismo, y, por tanto, merecía un celoso cuidado. En efecto, ¿quién podía garantizar que los demás no intentarían,

a causa de la envidia, de los celos, de la enemistad o del rencor, hacer un uso maléfico de su nombre mediante prácticas mágicas?

Se creía que la protección desaparecía cuando los extranjeros pronunciaban el nombre de la persona en cuestión. Así, entre algunos pueblos existe la costumbre de que un esclavo o un asistente responda al nombre de su dueño.

En otras regiones (sobre todo, cuenca mediterránea), se tiene la costumbre de no pronunciar jamás el nombre de un hombre

que tenga que luchar o de un pescador que se entregue a su trabajo; la costumbre se lleva tan lejos, que no sería conveniente pronunciar el nombre del marido, de los padres y ni siquiera de un difunto, ¡por temor a que apareciese su espíritu!

Si del plano de los individuos pasamos al de los cuerpos constituidos, encontramos en Grecia la misma práctica mágica. En Eleusis, los nombres de los sacerdotes de culto no podían ser pronunciados

en vida. De dos inscripciones encontradas en aquellos parajes, se deduce que tales nombres eran confiados a las profundidades

submarinas: previamente aparecían escritos en tablillas de bronce o de plomo, que luego eran arrojadas a las aguas del golfo de Salamina.<sup>1</sup>

Esto no nos sorprenderá si sabemos que el hombre primitivo creaba los dioses a su propia imagen: así, por referencia, el hombre ocultaba su nombre con respecto al poder mágico de los chamanes —o hechiceros—. De la misma manera, los dioses observaban la misma precaución respecto a los otros dioses. Esta «superstición» encuentra un ejemplo elocuente en la forma legendaria en que la egipcia Isis, simple mortal, se habría convertido en la más poderosa de las diosas que, mediante una astuta estratagema, consiguió conocer el nombre secreto de Ra, el gran dios solar. En esta alegoría, vemos que el nombre secreto del dios, al cual está indisolublemente ligado su poder, se dice que está localizado en un punto determinado, de donde Isis consiguió extraerlo en una especie de operación quirúrgica, transfiriendo a su persona los poderes sobrenaturales del operado.

Esta creencia en la virtud mágica de los nombres divinos constituye para nosotros una verdadera revelación; nos ayuda a comprender, en su esencia íntima y su significativa respuesta, una costumbre característica de los romanos en guerra.

Sabemos que cuando montaban el campamento ante una ciudad para sitiarla, los sacerdotes se dirigían de una manera preventiva hacia la divinidad tutelar de la ciudad en cuestión y pronunciaban, según las reglas del ritual y con las ceremonias en uso, una fórmula convenida, mediante la cual invitaban a la mencionada divinidad a abandonar la ciudad sitiada y a entregarla sin resistencia a los romanos, que le rendirían los deberes de su culto y la tratarían de mejor manera que los que eran actualmente depositarios

de ella. Esta costumbre —nos revela Verus Flacus—

estaba consagrada por las leyes de los pontífices, mediante las cuales se mantenía en secreto el nombre de la divinidad bajo cuya

1. En ese punto del relato conviene subrayar que los magos egipcios estaban convencidos de que quien poseía el verdadero nombre de un hombre o de un dios, poseía también su esencia íntima y, en último extremo, podía conseguir hasta la obediencia por parte de una divinidad.

=====125

tutela reposaba Roma, a -fin de que ningún enemigo pudiera actuar como lo hadan los romanos.<sup>1</sup>

De ahí el celoso y permanente cuidado de recurrir a medios ocultos para preservar la ciudad de tal maleficio. De ahí también el hecho notable y sintomático que vale la pena de subrayar: el nombre de la divinidad tutelar de Roma era un nombre oculto-hermético sagrado...

Por esta razón, Solinus, escritor del Bajo-Imperio, comentador de Plinio el Antiguo, afirmaba claramente que el verdadero nombre de Roma «no ha llegado jamás al conocimiento del vulgo, ya que estaba prohibido pronunciarlo».

Con ocasión de misteriosas ceremonias, en el más profundo silencio, el nombre hermético era transmitido a los jefes del Estado, en el momento solemne del traspaso de poderes.

Sólo el pontifex maximus podía pronunciarlo en voz baja durante la ceremonia del sacrificio propiciatorio.

Macrobio nos ofrece con estas palabras otro testimonio autorizado: Ipsus vero Urbis nomen etiam doctissimis ignotum est.

Como ya hemos indicado, esto nos explica la superstición de los romanos, que daban un matiz religioso a cualquier expresión de su vida: se ponían enfermos sólo de pensar que los enemigos hubieran podido lanzar sobre Roma maldiciones susceptibles de traerles mala suerte, y por lo cual ocultaban celosamente el nombre auténtico de la Ciudad eterna.

Pero, ¿cuál era el nombre secreto de Roma? ¡Pregunta fascinante! ¿Y cómo pudo mantenerse en secreto tal «misterio»?

A decir verdad, las opiniones a este respecto son numerosas: un investigador llegó incluso a suponer que un misterio de tal

1. En los tiempos antiguos se encuentran invocaciones pronunciadas contra las ciudades

de Fregelle, Gabio, Vejo y Fidene, en Italia. En otra parte, contra Cartago y Corinto, así

como contra numerosos ejércitos enemigos, ya sean galos, españoles, africanos, moros, etc.

Los versos de Virgilio parecen referirse a una práctica así:

Excessere omnes adytis arisque relictis

Dii quibus imperium hoc steterat. {Eneida, II, 351}

(Todos los dioses se retiraron de sus santuarios

y abandonaron su lugar, ellos que habían protegido su Estado.)

Livio informa que, habiendo sido descubierto el nombre protector de la ciudad de Vejo

fue invocado así:

«Yo te conjuro, [oh, diosa Juno!, a ti, cuyo culto se celebra hoy en Vejo, que tengas a

bien seguir a los vencedores a Roma donde tu grandeza encuentre un templo digno de ti.»

Y la diosa, satisfecha, respondió que quería emigrar a Roma.

Así procedió Escipión en el último asalto a Cartago, cuando pronunció la fórmula que

conjuraba a los dioses para que desertaran de aquellos lugares, de aquellos templos, de

aquella ciudad, y que aceptaran la hospitalidad de Roma, la cual los acogería con respeto.

Estas prácticas mágicas se refieren a la doctrina de los «genios», divinidades que extendían

su sombra tutelar sobre las ciudades. En esta doctrina se ha de observar que cada

hombre tenía su genio, que lo acompañaba desde el principio hasta el final de su existencia

y cuya influencia, mala o buena, sentía constantemente... Hasta las divinidades tenían los

suyos, de la misma forma que los tenían las naciones, los pueblos, las ciudades, las familias,

las legiones, las casas, los ríos, los caminos, etc. Nullus locus sitie genio est («No hay

lugar sin genio»), declaró Servio, comentarista de Virgilio.

importancia había sido provocado para hacer que los romanos fueran más «nacionalistas».

Sin embargo, no faltan los testimonios interesantes, y las audaces suposiciones de los escritores de la época clásica dan fe de ello.

Macrobio nos revela que el nombre hermético se hallaba inscrito en libros de la época antigua, pero que los testimonios al respecto no eran concordantes.

Por último, otros afirman que el nombre hermético de la divinidad tutelar habría sido el de Júpiter; o bien el de la Luna, o el de Angerona, que, como hemos visto, procedía del silencio, e incluso de Ops consiva.

Pero todas estas suposiciones son falsas y están fuera de lugar, pues esta misma aura que envuelve el rito de fundación de un misterio insondable, nos hace pensar que el «genio de Roma» (y su misterio) deriva de la propia determinación de su sexo.

Sobre este punto existen pruebas y documentos irrefutables; ante todo, sabemos —lo cual no se ha negado— que en una pieza de bronce consagrada a Júpiter (en el Capitolio) estaba inscrita esta sintomática fórmula: *Genio urbis romae sive mas sive foemina* (carácter andrógino, pues, de ese «genio de Roma»).

Más demostrativa aún es la famosa existencia del «altar Calvinus», que constituye uno de los más singulares monumentos del Palatino, tomado en su conjunto, pues se encuentra una dedicatoria inequívoca: *Sei deo sei deivae sacrum...*

Se ha observado que el altar se apoya hoy sobre un basamento moderno, no sobre el lugar primitivo. Sin embargo, los arqueólogos están de acuerdo en que el sitio original no debía de estar muy lejos.

Se dijo que había sido restaurado, en el 125 a. de J.C., por el pretor Cayo Sexto Calvino, y que se trata del altar erigido sobre la infinta novena en recuerdo de la voz misteriosa que, en medio del silencio de la noche, lanzó la alarma entre los habitantes de la ciudad, para prevenirlos de la llegada de los galos. La voz fue atribuida a un genio local, que se denominó *Aius loquens*, o *Locutius*.

Nadie puede negar la excepcional importancia de este pequeño monumento. Intentemos ahora estudiar brevemente las diversas hipótesis relativas al nombre hermético de la ciudad.



=====127

### 3. EL CUADRADO MÁGICO DE ROMA

En todos los tiempos, el cuadrado ha significado inmutabilidad, estabilidad... Ya hemos recalcado su importancia en la utilización que se hizo de él para los «planos de urbanismo» en la Antigüedad. Su uso, en el ejemplo romano —recuérdese la cittá quadrata original—, encierra todavía un misterio inexplicado, y está íntimamente relacionado con el nombre sagrado de la capital italiana. Queremos hablar del descubrimiento del cuadrado mágico de Roma, en forma de grafito, descubrimiento que se hizo en Pompeya y cuya excepcional importancia nadie puede negar.<sup>1</sup>

Í  
S  
A  
T  
O  
R  
A  
R  
E  
P  
O  
T  
E  
N  
E  
T  
O  
P  
E  
R  
A  
R  
O  
T  
A  
S

Ese grafito fue encontrado, en Pompeya, en la pared de una casa situada en la calle comprendida entre los bloques VI y X (para los iniciados, sector número 1). Esta inscripción, cuyo con-  
1. El cuadrado ha sido considerado siempre como un símbolo fundamental, asociado a menudo al círculo. Así, Roma sería a la vez redonda (Mundus) y cuadrada (Urbs quadrata), representación visual de la «cuadratura del círculo» (perfección). El Mundus es el

centro que une la ciudad con el mundo de los espíritus, mientras que el cuadrado representa la primera piedra de los cimientos de una ciudad, la piedra angular. En cuanto al cuadrado mágico, simboliza el poder oculto, el sentido del secreto. Por su forma, moviliza el poder que desciende sobre la tabla o mesa del altar. El famoso cuadrado mágico (arriba) tiene 25 casillas. Se trata del ritual de fundación de una ciudad, pues su traducción significa: «El obrero con su arado dirige los trabajos» (traza el surco sagrado que delimita la ciudad).

128 =====

tenido reproducimos seguidamente, nos da el cuadrado mágico de Roma en su nombre profano y en su nombre sagrado:

ñ  
O  
M  
A  
O  
!  
I  
M  
M  
1  
!  
O  
A  
M  
O  
R

Antes de penetrar más profundamente en el esoterismo de ese testimonio irrecusable del «misterio» de Roma, veamos la importancia que se concede a tal género de representación gráfica.

En sus orígenes, la escritura fue mágica. Los primeros signos grabados sobre rocas, figuras mágicas o representaciones de divinidades,

eran ideogramas simbólicos, y cada signo representaba un término o un concepto.

En una palabra, la primera letra (y a veces cada letra) era un símbolo. Así, podemos imaginar una escritura emblemática y secreta, accesible sólo a los iniciados. ¿Quién no recuerda, por ejemplo, el gran empleo de los «alfabetos secretos» por parte de los cabalistas templarios o alquimistas, por no hablar de los gremios y de las órdenes iniciáticas?

Volviendo a la «magia» oculta de las cifras y las letras, nos bastará recordar nuestra costumbre de los exvotos..., práctica que ya era conocida por los etruscos, puesto que conocemos una fórmula mágica rítmica, que nos fue transmitida por Varrón de Sasena:

Terra pestem teneto,  
Salus hic maneto.

Lo cual significa: «Que la tierra retenga la enfermedad, y la salud se quede aquí.»

Se cree que el nombre de Roma no era sino esta misma palabra leída de derecha a izquierda, o sea, amor, como era costumbre entre los pueblos celtas prerromanos. La inscripción de Pompeya confirmaría esta hipótesis de trabajo.

Nos muestra el cuadrado mágico de Roma en su nombre vulgar

y en su nombre sagrado: se puede pensar que Amor es el

=====129

nombre hermético atribuido a Venus, divinidad tutelar, diosa venerada en secreto —cuya importancia especial nos habría sido transmitida por los autores clásicos—, cuyo nombre no existiría en lengua latina y no habría sido mencionado jamás en las poesías de los salios.

En los primeros tiempos de Roma, Venus era invocada públicamente con los nombres de Volupia, Angerona y Ops, y con el de otras divinidades, como símbolo de la Naturaleza creadora, pero nunca por su verdadero nombre.

Se hizo también una comparación entre los templos de Venus y de Roma y se vio que tenían las mismas dimensiones y que a estas dos divinidades se les ofrecía incienso.

Incluso el poeta cristiano Prudencio anota el hecho: Urbis Venerisque pari se culmine tollunt templa; simul geminis adolentur ture deabus.

Para otros, Amor, ese nombre oculto y sagrado de Roma, habría dado lugar a un distingo casi incomprensible, gracias al cual, leído al revés, se habrían obtenido las mismas palabras como resultado, porque en su composición se habría procedido al mismo agrupamiento de letras, aunque de distinta forma:

Signa te, signa: temeré me tangís et angis Roma; tibi súbito mortibus ibit amor.

Tal vez Augusto, último presunto concedor del nombre hermético, pudo establecer las bases del Imperio porque se consideraba hijo de Venus: *Almae progenium Veneris, canemus, cantaba Horacio.*

Otro apelativo de Venus, en el que algunos pretenden ver el nombre hermético de Roma, es el de Flora, que podemos situar en la misma época que el de Vitalia, originaria de Italia, pero sin relación con su significado «profano» de «tierra de los Vitelli», sino más bien relacionado con este sentido simbólico: «Región donde reside principalmente la vida.»

Por último, se ha de recordar que en la Antigüedad se llevaron a cabo numerosas investigaciones incluso por no iniciados, para descubrir el misterioso nombre de Roma.

Para terminar, quisiéramos dar una explicación personal del cuadrado mágico de Roma, que se nos muestra como la solución de uno de los enigmas ligados a esta figura. En efecto, una de las atribuciones del cuadrado mágico es la puesta en movimiento de las ondas de fuerza mediante la pronunciación de sonidos sagrados o mantras, que propagan las vibraciones del nombre secreto y facilitan el contacto con las deidades tutelares bajo su forma «egregórica».

Esas vocalizaciones «mágicas», pronunciadas por los pontífices en el mayor secreto, detrás del velo del santuario, para «aprisio-

9 – 3.404

130 ===== nar» a las entidades astrales y obligarlas a materializarse en una forma ígnea, podrían traducirse entonces por los siguientes sonidos: RA-OM, OM-RA, RA-OM, OM-RA.

Nótese que la sílaba OM es la más sagrada de todas, puesto que se utiliza para la meditación, tanto en la India como en el Tibet y en Occidente (Avm = Ave María: devoción «mariana» de los templarios), como el sonido místico por antonomasia (vocal femenina y consonante masculina), que marca la apertura y el cierre de los centros vitreos (exteriorización e interiorización). En otro sentido, la O es el círculo, y la M, la derecha).

En cuanto a la sílaba RA, es el sonido ronco de la garganta, una gutural que pone en acción el chakra de la garganta, pronunciado por los sacerdotes egipcios para llamar a las fuerzas cósmicas y solares. Pronunciadas sucesivamente, las dos sílabas, RA-OM, actúan sobre el corazón (anagrama: Amor). Ahora bien, la vía cardíaca es la de la casta real o guerrera, que es también la Vía romana.

Ahora, si se proyecta el «cuadrado mágico» tradicional y se descompone fonéticamente, se ve que las sílabas que acabamos de evocar surgen en seguida, y el cuadrado central marcado con cuatro barras significa sólo que se han de repetir dor veces las dos fórmulas por parejas, lo cual da:

®

Cuadrado mágica

R  
O  
M  
A  
O  
I  
!  
M  
'M  
1  
I  
O  
A  
M  
O  
R  
®

Cuadrado descompuesto

©  
R  
A

R  
A  
O  
M  
Ó  
M  
M  
O  
M  
O  
•  
A  
R  
i  
A  
R

Letras seguidas/de izquierda a derecha, desde la parte horizontal superior: A-B-C-D-A

Fórmula mágica, o manirá;

RA - OM, OM - RA

RA - OM, OM - RA

L



L

De todas formas, el misterio del *nomem mysticum* fue una fuente viva de inspiración, por ejemplo, para Giovanni Pascoli, quien hizo del mismo un motivo central de su Himno a Roma, primero compuesto en cien hexámetros, para ser convertido después en 400 versos, himno que el propio Pascoli hizo acompañar de una versión rítmica en lengua italiana. Felizmente, supo hacer ese misterio poético: *O quo nunc memorent Itali te nomine? Sanctum — Nunc effere licet solemnibus tempore nomen...*

Y en versos italianos:

O ma quál nome ora, dei tuoi tre nomi, dirá Vitalia?

Il nome arcano e tempo  
che si riveli, poi che il tempo é sacro.

Risuoni il nome che nessun profano  
Saprá quál fosse, e solo ne' misten  
segretamente s'innálza tra gl'inni.<sup>1</sup>

Sólo para recuerdo, evocaremos el problema de la supuesta fecha de la fundación de Roma, que merecería un desarrollo más amplio.<sup>2</sup> Se estima, casi unánimemente, en la época de la VII Olimpiada.

En Roma, tal aniversario se celebraba paralelamente a la «Fiesta de los Arnese».

#### 4. LA MAGIA ETRUSCA

Huelga subrayar los orígenes etruscos de Roma. El lector ya lo habrá observado. En efecto, toda la magia de los pontífices romanos reposa en el sacerdocio etrusco y el conocimiento de los Libros sibilinos transmitido por el rey Numa, el regente de la Roma espiritual, cuyo anagrama *da Manu* —raíz *veda* que significa «rey» o «regente»—. En la India, las Leyes del *Manu* se consideran como el código sagrado que contiene las reglas de vida de las castas elevadas: sacerdotes y guerreros, conocidas desde los

1. ¡Oh!, pero, ¿qué nombre, de tus tres nombres, escogerá ahora Italia?

El nombre hermético, es hora de  
que se revele, desde que el tiempo es sagrado.

Resuena el nombre que ningún profano  
consiguió conocer, y sólo en los misterios  
se alza secretamente entre los himnos.

2. Para más detalles, véase el anexo 2 del presente capítulo.

tiempos de los Vedas y de las conquistas arias. La presencia de Numa en la península itálica es un signo visible de esa gran fraternidad indoeuropea que extendió sus ramificaciones desde el Ganges hasta el Tíber y más allá.

Tras haber permanecido largo tiempo en el misterio, hoy se ha elucidado el origen del pueblo etrusco. El misterio de esta lengua ha sido ya descubierto gracias a los recientes trabajos de dos lingüistas de talento: Zacharie Mayani y Maurice Guignard, que han valorizado el origen indoeuropeo de los etruscos y su idioma.

Entre el 900 y el 700 a. de J.C., se desarrolló en Italia una brillante civilización, que permitió a Roma volver a coger la antorcha y realizar su destino imperial y divino. Los etruscos habían permitido esta eclosión «mágica», dado que manipulaban en la sombra las fuerzas desconocidas de la Naturaleza y los prodigios del Universo oculto.

Llegados a un país de bosques y pantanos, como pastores soterrados en sus chozas, secaron el suelo, dominaron los ríos, utilizaron los minerales y, partiendo del mar, elevaron un rosario de inexpugnables fortalezas, para ponerse al abrigo de los rudos indígenas.

Un primer milagro: sus moradas no eran nidos de águilas de potentados morosos y rapaces, que viviesen a costa de los campesinos de los alrededores, sino ciudades claras con calles rectilíneas, enriquecidas con templos dedicados a las diosas-madres anatólicas y una profusión de obras de arte inmortales...<sup>1</sup>

Los romanos deben a los etruscos numerosas aportaciones, especialmente

en el terreno de la religiosidad y de su origen mágico.

Llegada de la costa egea del Asia Menor, la civilización etrusca se hizo profundamente itálica, tanto, que los romanos tomaron de ella «el alfabeto, el calendario, la casa, el plano de los santuarios, el arte de los presagios, ciertos ritos, el arte del retrato, los juegos, las carreras y las insignias del poder (silla curul, toga, haz, etc.)».<sup>8</sup>

De origen ilirio, los etruscos dieron este proverbio a Toscana, cuyo paisaje modelaron: «Un torrente en su bajada, esto es la juventud.» Este país, antiguamente lleno de bosques, modelado por colinas y valles que bordeaban por un lado el mar Tirreno y por el otro los contrafuertes de los Apeninos, contempló la expansión de esta civilización mediterránea, que se ocupó con solicitud de la cuna de la naciente Roma.

El rito de la fundación de Roma que acabamos de describir es típicamente etrusco y correspondía a la acumulación, por el fundador, de las funciones sacerdotales y reales.

1. Z. MAYANI: *La Fin du mystère étrusque*, París, Maloine, 1970, pág. 19.

2. Id., op. cit., pág. 21.

=====133

Los primeros reyes de Roma fueron soberanos etruscos, desde Numa hasta Tarquino el Soberbio. Los antiguos dioses de la ciudad eran entonces sólo tres: Júpiter, Marte y Quirino, hasta que, a principios del siglo III a. de J.C., unos eruditos griegos y romanos decidieron «fabricar» un pasado para Roma, aunque sin apartarla de esta gran tríada divina. La función de soberanía está representada aquí por el reinado de los dos monarcas, que, en el plano terrestre, se asimilan a los dos primeros dioses. En efecto, Rómulo se presenta como el homólogo de Júpiter Fulgurante. La función principal de los sacerdotes etruscos era precisamente la de fulgurator (rayo), que consistía en manipular las fuerzas del rayo y crear tormentas magnéticas sobre el enemigo. Una inscripción sepulcral descifrada por Guignard indica que aquel sacerdote-mago había muerto fulminado... lo cual, sin duda, denota un error de cálculo. Esta ciencia se mantenía viva aún en el siglo V después de J.C., puesto que el rey Alarico renunció a la conquista de ciertas plazas fuertes del norte de Italia, porque se desencadenaron unas tormentas espantosas sobre su Ejército, y un halo de fuego rodeaba las montañas fortificadas...

El segundo panel del díptico estaba representado por el reino de Numa, rey legislador aconsejado por la profetisa Egeria, que fue el organizador del sacerdocio romano. Este monarca representa a los dioses asociados con Júpiter: Fides y Dius Fidius.

En cuanto al sucesor de Numa, Tulio Hostilio, fue la encarnación del avatar guerrero, como fundador del arte de la guerra y del Ejército (Marte): bajo su reinado se desarrolló el legendario episodio del combate de los Horacios y los Curiacios, en el que Georges Dumézil ve el «relato explicativo y justificativo de un ritual de iniciación guerrera»; este relato hay que compararlo con el de la leyenda celta, que pone en escena al héroe combatiente Cuchulainn, en quien se desencadena el «fuego» de la iniciación guerrera.

El rey etrusco Servio Tulio (578-534) construyó un nuevo cerco alrededor de la ciudad y englobó las siete colinas en su interior. Además, dividió al pueblo en cuatro tribus (que pueden compararse con los cuatro barrios correspondientes a las cuatro castas de las ciudades hindúes). El Senado romano, la silla curul y las fasces fueron creaciones o símbolos etruscos. Hasta el latín arcaico fue el fruto de la corrupción de los dialectos tusco-sabinos mezclados con dialectos griegos hablados en Italia. No obstante, todos los actos (sagrados) de la vida civil (nacimiento, matrimonio y defunción) fueron redactados, a la vez, en etrusco y en latín, hasta el siglo I después de J.C. Las participaciones de boda y de nacimiento se redactaban también en etrusco. El emperador Claudio fue el primer etruscólogo, pero se perdieron sus obras so

bre la lengua y la historia de ese pueblo.

Como ya hemos visto, Júpiter, dios tonante, era conocido por los etruscos con el nombre de Júpiter-TIN(I)A, asociado a una divinidad femenina (como Shiva y su Shakti para los indios). Juno es también una diosa etrusca, y se han hallado inscripciones dedicadas a la misma. Los dioses etruscos suelen ser hermafroditas, como Tui-Falda, la divinidad con dos capuchas, antecesora de la Jano bifronte romana. Se le llamaba también ANI, el «portero del cielo», que abre la vía «del carro solar». Hermes era TURMS, y se encuentra su imagen en espejos mágicos (ciencia hermética). El cetro de Hermes está adornado con dos serpientes, y el símbolo del reptil aparece constantemente en la iconografía etrusca, las pinturas sepulcrales y la magia funeraria.

El Libro de la Momia (LM) contiene encantamientos y fórmulas rituales destinadas a glorificar el «culto a los antepasados», tan practicado luego por los romanos con los dioses lares. El ritual prescribía al sacerdocio etrusco que pronunciara estas palabras: «Llamad a las sombras de los padres: ¡Revivid!»

La llamada a los difuntos tres veces consecutivas, es un hecho confirmado por todas las fórmulas mágicas, y podemos imaginar, a la sombra de las sepulturas animadas por formas fantásticas, a los sacerdotes, con la frente cubierta por la toga de los pontífices, pronunciando las palabras sepulcrales destinadas a hacer revivir, como en la magia egipcia, el «doble» del difunto:

Llama a las sombras de los padres...

Llama a las sombras de los padres tres veces.

¡(Al) banquete de los héroes poderosos y sublimes!

Llama a las sombras de los padres tres veces.

¡(Al) banquete de la fecundidad, de las vendimias, del crecimiento y de las cosechas!

(Llama) a las sombras de los héroes tres veces.

Estas palabras se despliegan cadenciosamente. Una sinfonía vieja y poderosa. Es un pueblo de pastores y viñateros el que canta. Inmediatamente después, y sin la más mínima transición, comienza de nuevo la descripción de las ceremonias o, más bien, la letanía de un sacerdote que parece describir cómo llegan las sombras, así despertadas e invocadas, y cómo participan del banquete funerario.

Una de las principales atribuciones concedidas a los etruscos es el arte adivinatorio y el don de la profecía, transmitidos a los sacerdotes romanos por el sacerdocio tradicional de Toscana y de Etruria. La adivinación de los Arúspices se realizaba mediante la inspección de las entrañas de animales y, especialmente, el hígado.

## XAS CIUDADES MÁGICAS 135

Se han encontrado hígados de bronce divididos en diferentes cuadros, cada uno de los cuales correspondía a un dios y a una región del cielo. Se tenía igualmente en gran estima el análisis del vuelo de los pájaros, especialmente el de los patos ( Y ) salvajes y de las grullas. Los relatos de autores latinos abundan en tales presagios. La Medicina mágica estaba muy desarrollada en Etruria, así como la adivinación por los espejos y las láminas de plomo (devotiones). Se ha de ver aquí el origen de la extraordinaria manía de los romanos por los textos proféticos etruscos, que gozaban justamente de una antiquísima reputación.<sup>1</sup>

### LOS LIBROS SIBILINOS

Según una tradición legendaria, una profetisa de origen lidio, la sibila de Cumas,<sup>2</sup> procedente de las colonias griegas de Asia Menor, trajo consigo a Italia nueve libros, que posteriormente fueron ofrecidos al rey etrusco Tarquinio el Soberbio, a cambio de trescientos felipes de oro. Podemos suponer, legítimamente, que el rey y la profetisa tenían en común el dominio de la magia tusco-lidia extendida por la cuenca mediterránea; el caso es que el rey encontró el precio demasiado elevado y se negó a adquirir el lote. Entonces, la propietaria quemó tres, de aquellos libros y luego otros tres, hasta que el rey, por último, pagó el mismo precio por los tres últimos libros. Las profecías estaban escritas en hojas de palmera. Los tres libros misteriosos fueron colocados en el templo de Júpiter Capitolino y confiados a la custodia de sacerdotes especiales: los duumviri sacri faciundis, que, más tarde, por ampliación del Colegio, se convirtieron en los decemviri y, por último, en los quindecemviri sacris faciundis. Estos sacerdotes podían consultar los oráculos sólo por orden del Senado, en circunstancias graves. Los libros fueron quemados en el año 671 de Roma, bajo la dictadura de Sila, durante el incendio del Capitolio. Fueron reconstituidos con ayuda de las profecías recogidas cerca de las sibilas del Asia Menor, de Sicilia y de Italia. Estas eran —aparte la sibila de Cumas— las sibilas de Delfos, de Eritrea y de Éfeso, que son las más conocidas. Profetizaban en nom-

1. Los etruscos, que cavaban sus sepulturas en la roca, en forma de hipogeos, tenían también santuarios subterráneos, los cuales formaban verdaderos laberintos, que surcaban toda Toscana, y cuyos vestigios se encontraron en recientes excavaciones. Esos subterráneos llegan hasta Roma, y en algunos puntos se comunican con las famosas catacumbas,

•utilizadas por los cristianos. , ,

2. El Libro de los destinos de Roma, transmitido a Tatquino, estaba redactado en lengua

tusco-lidia, parecida al etrusco, cuyos caracteres son afines a la escritura rúnica. Los libros sibilinos fueron encerrados en dos cofres y colocados debajo de la estatua de Apolo Palatino, comparable a la «voz cósmica». Estiliceno los destruyó en el siglo V para asegurar —según se dice— la ruina del Imperio.

136 ===== bre de Apolo, en competencia con las pitias:  
apareciendo sobre

su carro celeste, el dios solar «hiperbóreo» había transmitido tal don a la primera de las sibilas: Hierófila.

La importancia de estos textos mágicos no precisa de mayor énfasis si se quiere admitir que transmitían una ciencia de un triple sentido en forma de una cabala verde (raíz indoeuropea: verde = «girar»; Vertumno era el dios etrusco de las estaciones, el «dios que gira»).

##### 5. PREDESTINACIÓN Y FORTUNA DE ROMA

Para Guido de Giorgio,<sup>1</sup> que estudió la tradición romana, no hay nada más falaz que su denominación de «pagana», con la cual se indica su degeneración última, en función del adjetivo pagus. Sea lo que fuere de este juicio, sólo podría producirse un «retorno» del espíritu tradicional a la esfera occidental partiendo de Roma, porque esta ciudad es la guardiana del espíritu iniciador occidental y, en la tradición romana, está contenido el futuro desarrollo tradicional de Occidente, que sobrevivirá sólo mientras sobreviva Roma.

El crepúsculo dura desde hace siglos, y esta observación no es simplemente una imagen, sino una realidad, puesto que Occidente es el lugar crepuscular que se extiende entre el cénit de amplitud fulgurante y la Gran noche. Si ese crepúsculo ha podido prolongarse tanto tiempo, es que la Historia depende de un orden trascendente y suprahumano.

Para referirnos al concepto de Historia, diremos que el hombre no ha realizado nada que no haya sido deseado desde arriba: esto nos bastará para explicar la idea de «sanción» histórica. La verdadera Historia reside en la constante sumisión de los hechos al orden natural. Así, en esta visión, Occidente debe a Roma su existencia misma, y nada duradero ha sido realizado, nada de «santo», nada de «sagrado», que no haya sido hecho por Roma y en Roma: su permanencia, su presencia, su necesidad en el desarrollo occidental, su firmeza a través de un largo ciclo de victorias, de triunfos, de caídas, de hundimientos y resurrecciones, hacen que Roma aparezca como un polo en los momentos más críticos de la

1. La Tradizione romana, Milán, ed. Flamen, 1973.



=====137

Historia de Occidente; su función universalista, su imborrable poderío, su función de equilibrio, han sido considerados siempre como puntos de referencia en cada desarrollo histórico del mundo occidental. Todo esto nos ayuda a comprender mejor lo que es realmente la ciudad de Roma —decimos realmente, no figurativamente—:

Roma es el Oriente del Occidente...

El paso tradicional había de realizarse por y a través de Oriente, con la llegada de Eneas y del cristianismo, llegadas que abrieron el comienzo de dos ciclos, de los que sólo el primero ha pasado. Así pasaron, siguiendo el curso del Sol, desde el Este al Oeste, a través de ese Sur que es Italia, la Saturnia Tellus, la Genitrix y la Janitrix en el símbolo de Jano bifronte, que mira a la vez hacia el Este y hacia el Oeste, indicando de esta forma la apertura y el cierre de cada ciclo. Y esto nos hace comprender las fórmulas posvorta y antevorta sobre el pasado y el futuro, que corresponde a un restablecimiento de la unidad del eje tradicional sobre un plano mundial.

El nombre oculto de Roma está inscrito entre los dos rostros de Jano, y nadie puede aprehenderlo si antes no ha penetrado el misterio del dios de doble rostro. Los romanos quisieron que ese nombre permaneciera oculto, para que su ciudad fuese impenetrable

—y no pensamos sólo en las conquistas materiales—:

nos encontramos aquí ante el verdadero «poderío» de Roma, que es un punto de equilibrio entre el Este y el Oeste en la intersección del eje Norte-Sur, un centro inmutable en la evolución cíclica entre el nacimiento y el crepúsculo de las naciones, la muerte y la vida, el tiempo y la eternidad. Pues, partiendo de esta fuente oculta, se irradia la gran luz de Occidente en un flujo permanente de potencia que rige su destino: alejarse de ella sería vano, puesto que, fatalmente, existe un movimiento de reflujos, y si no existiera ya tal movimiento, Occidente peligraría y nadie podría salvarlo.

En estas líneas no hemos tratado de cuestiones humanas, supremacías materiales, rivalidades nacionales o políticas opuestas:

cuando se evoca a Roma, se encuentra uno ante una realidad en el orden sagrado, un centro hacia el cual todo ha de converger, todo lo que las dos tradiciones romanas han abarcado en el transcurso de los siglos. El milagro de la conquista romana (temporal) no se explica de otra manera, como tampoco se explica la dominación romana en la Edad Media (espiritual): las dos tradiciones, aparentemente divergentes, confluyen en Roma donde lo espiritual y lo temporal, desembocan en la misma fuente de su potencia máxima. Sólo en Roma recuperará Occidente su unidad y su

paz, cuando los pueblos y las naciones desaparezcan por una  
reintegración  
en la vía tradicional.

## SÍMBOLO DE JANÓ Y PUERTAS SOLSTICIALES

El templo de Jano se erguía sobre el Foro, y era de una sencillez extrema: parecía un pasadizo, un corredor entre dos puertas, con la estatua del dios, que tenía el cetro en la mano derecha, y las llaves, en la izquierda.

Un navio recordaba que Jano, reinando en Italia, había acogido a Saturno, el cual llegó por mar; la relación entre Saturno y Jano era tan estrecha, que el mes de diciembre se consagraba al primero, y el de enero, al segundo.

En la actualidad, si observamos que estamos relacionados respectivamente,

con el primero y el último mes del año, sacaremos

la conclusión de que nos hallamos en presencia de una «apertura» y un «cierre» cíclicos.

En el primer aspecto, las «saturnales», con la abolición de las barreras sociales durante la celebración de las mismas, nos ofrecen una fiesta puramente «edénica», recordando el origen no diferenciado de la vida en sociedad. Italia es calificada de «saturniana

» (Saturnia tellus), porque en ella surge y se desarrolla el último ejemplo tradicional occidental que inaugurará un nuevo ciclo con Jano, símbolo de la no-dualidad de los dos órdenes —humano y divino— nacidos, si puede decirse así, de la misma raíz divina y magníficamente simbolizados por esta bifacialidad.

El templo de esta divinidad estaba cerrado en tiempo de paz y abierto en tiempo de guerra, porque, durante la guerra contra los sabinos, la puerta del Viminal —que fue posteriormente llamada Janualis— no pudo ser cerrada a tiempo por los romanos, quienes fueron obligados a abandonar su defensa; pero cuando los sabinos se precipitaban para franquearla, fueron sumergidos en un océano de llamas, que brotaba del templo de Jano. Así, la «pequeña guerra» no es más que el símbolo de la «gran guerra» para la conquista de la verdad: la apertura del templo de Jano —con sus dos puertas, en estrecha relación con las dos caras de la divinidad— podría corresponder a las dos vías a las que tenemos acceso y que se abren ante aquellos que intentan la conquista de los estados superiores. Y como quiera que estos dos caminos se refieren al estado post mortem, no es una casualidad que el templo permaneciera abierto, y el dios, invisible durante la guerra.

Pero este hecho podría significar aún otra cosa: durante la paz —que es el símbolo de la gran paz realizada en la esfera divina—, la dualidad es rebasada, y cuando el dios Jano es invisible durante la guerra, que simboliza la dualidad por excelencia,

=====139

esto significa que está al lado de sus partidarios y es visible sólo para ellos.

Al simbolismo de las llaves se refiere la conquista de los estados superiores, que se puede llevar a cabo a base de conocimiento y abriendo las cerraduras de cada compartimiento de la esfera divina al que se quiere tener acceso. Se puede admitir que las llaves son en número de dos por analogía con las dos vías y con las dos especies de conocimiento. La primera —simbolizada por la llave de plata— permite el acceso al mundo intermedio de los Ritmos, al conocimiento de las leyes que los gobiernan, a su importancia sobre la evolución oculta de las Formas, cuando estas últimas quedan reducidas a lo que son en realidad, es decir, fijaciones, concreciones de sombra, aparentes condensaciones de vibraciones sutiles; la segunda —simbolizada por una llave de oro— rebasa la esfera de los Ritmos y abre la del Silencio, donde la liberación ya no procede de la multiplicidad, sino del propio enigma divino y de su conocimiento.

A estas dos llaves —divergentes y convergentes a la vez en cuanto a su conclusión en el terreno del conocimiento— se corresponde

el símbolo del cetro, símbolo eminente del poder del dios. Así, mientras la llave simboliza más bien el trabajo del «arte» —en el sentido tradicional del término—, que permite acceder a nuevos estados y a nuevos mundos, el cetro simbolizará, en cuanto a sí mismo, el «poder magistral» (en el sentido del dominio) de la Revelación, que permite actuar instantáneamente desde el interior hacia el mundo externo, para dominarlo. En otras palabras: la llave abre, y el cetro ordena esta apertura...

Más exacto aún es el simbolismo del navio, referente al viaje que debe realizarse para alcanzar la verdad: de las Formas, a los Ritmos, y luego, de los Ritmos al Silencio.

Si hay dos caminos, son innumerables los senderos que pueden recorrerse individualmente y que llevan a los estados de conciencia cuyo símbolo principal es la puerta.

En este sentido, es importante observar que el simbolismo de las dos puertas solsticiales —entrada y salida del Cosmos —puerta de los hombres y puerta de los dioses— solsticio de verano y solsticio de invierno— presente entre los griegos y los pitagóricos, se vuelve a encontrar precisamente en Roma con Jano. Tal como indica Rene Guénon:

«Jano, en el aspecto que tratamos ahora, es justamente el Janitor que abre y cierra las puertas (Januae) del ciclo anual, con las llaves que son uno de sus principales atributos; y, a propósito, recordaremos que la llave es un símbolo "axial". Esto se refiere,

naturalmente, al lado "temporal" del simbolismo de Jano: sus dos caras, según la interpretación más común, se considera que

140 ===== representan, respectivamente, el pasado y el porvenir; ahora bien, esta consideración del pasado y del porvenir se vuelve a encontrar, en un ciclo cualquiera, como el anual, cuando se examina desde ambos extremos. Por otra parte, y para completar la noción del "triple tiempo", es importante añadir a este punto de vista que, entre el pasado que ya no está y el porvenir que aún no ha llegado, el verdadero rostro de Jano, el que mira al presente, no es —se dice— ninguno de los que se pueden ver. En efecto, este tercer rostro es invisible, porque el presente, en la manifestación temporal, es sólo un instante intangible; pero cuando nos elevamos por encima de las condiciones de esta manifestación transitoria y contingente, el presente contiene, en cambio, toda la realidad. En otro simbolismo, el tercer rostro de Jano corresponde al de la tradición hindú, al ojo frontal de Shiva, invisible también, puesto que no está representado por ningún órgano corporal, y significa el "sentido de la Eternidad"; una mirada de ese tercer ojo lo reduce todo a cenizas, es decir, destruye toda manifestación; pero cuando la sucesión se transmuta en simultaneidad, lo temporal en intemporal, todas las cosas se encuentran y quedan en el "presente eterno", de tal forma que la destrucción aparente no es, en realidad, más que una "transformación".

»Volvamos a lo que se refiere más especialmente al ciclo anual: sus puertas, que Jano tiene la misión de abrir y cerrar, son únicamente las puertas solsticiales de que hemos hablado. No hay posible duda a este respecto. En efecto, Jano dio su nombre al mes de enero (januarius), que es el primer mes del año, aquel por el cual se inicia, cuando empieza normalmente en el solsticio de invierno; además —y esto es más claro aún—, la fiesta de Jano se celebraba en Roma en los dos solsticios por los collegia fabrorum (...). Como quiera que las dos puertas solsticiales dan acceso —según hemos dicho— a las dos mitades, ascendente y descendente, del ciclo zodiacal, que tienen allí sus respectivos puntos de partida, Jano, que ya hemos visto aparecer como el "dueño del triple tiempo" —designación que se aplica asimismo a Shiva en la tradición hindú— es también, pues, el "dueño de las dos vías", de esas dos vías, de la derecha y de la izquierda, que los pitagóricos representaban por la letra Y. [...] Según esto, se puede comprender fácilmente que las llaves de Jano son, en realidad, las mismas que, según la tradición cristiana, abren y cierran el "Reino de los Cielos"..., y tanto más cuanto que, en otro aspecto, esas dos mismas llaves —una de oro y otra de plata— eran también las de los "grandes misterios" y de los "pequeños misterios".

» '

1. Rene GUÉNON: Symboles fondamentaux de la science sacrée, París, Gallimatd, 1962,

págs. 251-252.

## 1AS CIUDADES MÁGICAS 141

Añadiremos que Jano es, en este sentido, el dios de la iniciación.

1

Es, pues, el dios por excelencia puesto que representa el intermediario privilegiado que conduce a las otras divinidades: asimismo, si esas otras divinidades son consideradas como símbolos de fuerzas cósmicas determinadas, Jano, en su indeterminación que permite todas las determinaciones particulares, debe ser reconocido

como el principio divino y fundamental de toda la tradición romana. La simplicidad de su templo, de su culto, la profundidad de su simbolismo, todo ello indica la absoluta prioridad de esta divinidad esencialmente itálica y romana, que contiene en sí misma una tercera vía, desconocida para nosotros, pues es oculta, y que hemos de imaginar como un punto mediano en la base de dos rostros originarios: aquí radica el secreto de la inmortalidad de Roma y de su invencibilidad.

La universalidad de la tradición romana reside igualmente en ese Jano bifronte que es la unidad en la polaridad: una de las vías — dirá Dante— conduce al Paraíso terrenal, y la otra, al Paraíso celestial.

Entre los dos rostros de Jano, que son, respectivamente, Oriente y Occidente, Roma se afirma como intermediaria soberana desde la llegada de Eneas al suelo del Lacio, llegada que puede considerarse como un traspaso de la ciencia sagrada de Oriente a Occidente. De Eneas a Rómulo se opera (a través de Alba) ese proceso de fijación tradicional que es el único en su paso simbólico: recuérdese la Loba amamantando a los gemelos (Remo y Rómulo) bajo el Ficus Ruminalis, árbol que produce -frutos y no flores y que es la imagen de la sabiduría sagrada, que asegura la única posesión de la verdad, la cual reviste dos aspectos, claramente representados por Rómulo y Remo: el sagrado y el profano, el divino y el humano.<sup>2</sup>

1. Esto permite comprender aquello, y especialmente el apelativo de los «talleres azules

» masónicos como «logias de San Juan». También merecerían explicarse las relaciones con la cofradía.

2. En la antigua tradición romana encontramos, desde el principio, el período de los

reyes, que son: Rómulo, Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio, Tarquino el Antiguo,

Servio Tulio y Tarquinio el Soberbio: siete reyes, como el Septimontium... Es decir, las

siete\_ colinas sobre las cuales se alzaría Roma. A este respecto, hay que recordar la referencia



«ártica» (las siete estrellas de la Osa Mayor). En la división del año atribuida a Rómulo, el primer mes (el de marzo) fue dedicado a Marte (Marzo = Marte), y el segundo, Abril, a Venus... Los romanos se llaman hijos de Marte por Rómulo y de Venus por Eneas.

Esto nos daría:  
RÓMULO ' REMO  
I 4-  
MARTE^ (ENEAS)  
^ W O Í ^ V E N U S  
anagrama de ROMA  
... Gemelos = Géminis  
los Dióscuros  
Castor y Pólux,  
los ashvinos en la India...  
más tarde, los templarios,  
pasando por los  
santos gemelos:  
Gervasio y Protasio.

Por su ambivalencia y su aspecto dualista, que tiende a crear un desdoblamiento en el espacio y en el tiempo, aunque conservando su unicidad primera, Jano se parece en muchos aspectos, por su significación simbólica, a los gemelos divinos: Castor y Pólux, esencialmente ligados a la suerte de Roma.

#### LOS DIOSCUROS

Conviene recordar, ante todo, su origen, el cual revela el profundo significado del simbolismo que se relaciona con ellos:

Los Dióscuros son los hijos de Leda. Pero mientras que Castor tenía por padre a Tíndaro, un mortal, Pólux era el hijo de Zeus; eran hermanos de Clitemnestra y de Elena. Joel Schmidt subraya que «sus existencias inseparables, su cariño fraterno, quedan testimoniados no sólo en los relatos de sus aventuras, sino también en las obras de arte, que los representan cogidos de la mano y, generalmente, con sus dos perfiles superpuestos en una medalla. En efecto, no se separaron jamás, y participaron en todas las grandes acciones legendarias».1

Nativos de Esparta, Castor y Pólux tomaron parte en la caza de Calidón, en la expedición de los Argonautas, y fundaron en Cólquida, la ciudad de Dioscurias: el navio Argos fue destruido por la tempestad, y Orfeo hizo un voto a las divinidades de Samotracia; entonces aparecieron unas llamas sobre las cabezas de los Dióscuros, que personificaban el fuego de san Esteban. Combatieron a los piratas del archipiélago y fueron a Ática para traerse a su hermana Elena, raptada por Teseo.

Invitados a la boda de las hijas de Leucipo, Febea e Ilaira, raptaron a las dos muchachas y tuvieron que librar un combate con sus prometidos, Idas y Linceo: Castor fue muerto por Linceo, y Pólux quiso compartir con Castor su inmortalidad. Con el permiso de Zeus, los dos hermanos pasaron, alternativamente, seis meses en la Tierra y otros seis en los infiernos. Finalmente, transportados al cielo, se convirtieron en la constelación de Géminis.

Su culto se extendió por el mundo griego, sobre todo entre los aqueos y los dorios. Eran los dioses de la hospitalidad, de los juegos atléticos, de la longevidad, de la navegación —se los confundía a menudo con los Cabirios—. Lucharon por los romanos en la batalla del lago Regule y, el mismo día, anunciaron la victoria en el Foro, donde se les elevó un templo: todavía quedan sus ruinas. Se les daba la forma de unos jóvenes vestidos con túnica

1. Joel SCHMIDT: *Victionnaire de la mythologie grecque et tomaine*, Larousse, 1965.

pág. 101.

=====143

blanca y capa de púrpura, tocados con un casco estrellado y armados con lanza. Sus gigantescas estatuas se alzan en Roma ante el Quirinal. Son comparables a los Ashvinos de la India.<sup>1</sup> Héroes titulares de Roma, que protegen con su simbólica presencia, los Dióscuros representan el doble aspecto de la iniciación, a la vez humana y divina. Pólux simboliza la parte divina, puesto que es hijo de Zeus, el señor del rayo, que sedujo a Leda bajo el aspecto de un cisne. Así, pues, el hijo de Júpiter (Zeus) es, a la vez, guardián de la doble iniciación: sacerdotal y real, reunida en la casta de los «Caballeros del cisne», de la tradición primordial. Castor simboliza la parte guerrera, «humana», asociada a la divinidad por el pacto iniciático y el vínculo de la sangre representado por la madre<sup>1</sup>. Leda.

Los dos son héroes marciales, que llevan las insignias de su casta: la espada y la lanza. Revestidos con el manto real, suelen ser representados sujetando por la brida o montando un caballo, lo cual intensifica su carácter caballeroso. Los casquetes cónicos que llevan en la cabeza pueden simbolizar las dos partes del huevo de oro del que nacieron, pero también las dos bóvedas polares, que marcan su destino sjprahumano, ligado al mundo estelar (constelación de Géminis).<sup>2</sup>

Sus atributos más importantes están relacionados con el dominio del fuego, ya se trate del despertar interior de la llama iniciática, ya de la manifestación del fuego de San Telmo (rayo), conocido por los marinos (culto a los Nautas). Aquí podemos hacer una asimilación con los templarios (caballeros que montan un mismo caballo) y los patronos de la cofradía: santos Gervasio y Protasio, que son héroes gemelos. Tradicionalmente, hay tres vías de iniciación para llegar al despertar espiritual. Los Gemelos o Dióscuros representan la vía guerrera, que es la de los Kshatryas de la India y la de Roma, potencia imperial y militar. La Fortuna no abandonará jamás a la Ciudad eterna, en tanto permanezcan en pie las estatuas de los Dióscuros, dice una tradición romana, muy viva aún.

1. Los ashvinos son dioses vedas, que corresponde a los Dióscuros griegos. Al ser gemelos, personifican la estrella de la mañana y la de la noche; curan los males.

2. Los Gemelos representan el tercer signo del Zodíaco, constelación que debe su nombre a sus dos estrellas principales, Castor y Pólux, cuyo respectivo tamaño es de 1,6 y 1,2.

Este grupo celeste está compuesto por numerosas estrellas, bastante brillantes. Debido a la

Precesión de los equinoccios, la constelación de Géminis corresponde ahora al signo de

Cáncer, que atraviesa el Sol entre el 22 de junio y el 23 de julio.

## 6. ROMA Y EL APOLINISMO

El culto a Apolo, el dios-sol, ha tenido siempre en Roma una gran importancia, pero fue especialmente estimulado por la proclamación

del Imperio, y el apolinismo se confundió entonces con la púrpura, reflejo solar del Imperium.

Sin embargo, se pueden descubrir influencias apolinianas en los etruscos, que fueron los padres del sacerdocio romano. Virgilio remonta el culto a Apolo a la llegada de Eneas a Italia, es decir, al 1300 a. de J.C. (después de la caída de Troya).

Pero se encuentran huellas concretas sólo a partir del 449 a. de J.C, y la primera consagración de un templo romano en honor de Apolo data del —443.

El cónsul Camilo, en vísperas de la batalla de Veies (—395), hizo el voto, en caso de victoria, de dedicar una décima parte del botín del enemigo al templo de Apolo Pitio.

En el culto a Apolo, Roma fue posteriormente asimilada a la nueva Troya, por referencia a los oráculos sibilinos originarios de Asia Menor.

Roma —convertida en la mayor potencia del Mediterráneo— se negó a reconocer la primacía espiritual de Grecia y acogió con benevolencia el «mito troyano». Sin embargo, esta filiación no estaba desprovista de fundamento. Si Troya fue honrada con el título de «célula madre», existían sus razones para ello, descartando incluso la probabilidad de un origen lidio común del esoterismo etrusco.

El mito de la nueva Troya —subraya Robert Mercier—<sup>1</sup> era claramente apolónico. Apolo había sido el gran dios troyano. Participó en la construcción de sus murallas y fue su principal protector. Favoreció a Eneas a lo largo de su odisea y al desembarcar en Italia.

«Los romanos se pasionaron tanto más por el apolinismo troyano, cuanto que sus aspectos originarios, "heterodoxos", les permitían conciliar su devoción religiosa y su deseo de poner distancias con Grecia.

»En efecto, el mito troyano parece haber sido la vertiente asiática del mito del Apolo hiperbóreo... Tendía a hacer de la ciudad

1. Robert MERCIER: *Le Retour d'Apollon*, París, ed. La Colombe, 1963, págs. 107-108.

=====145

de Príamo, enemiga de los griegos, una especie de Edén, de "Paraíso terrenal apolónico". En Troya, como en hiperbórea, Apolo era verdaderamente el "rey del mundo" [...].»

En el relato de la leyenda, la personalidad de Eneas era muy extraña: el hijo de Anquises no era sólo un héroe, sino también el guardián, el depositario de los secretos de la religión troyana, es decir, apoloniana. Fustel de Coulanges hizo observar que «Homero lo describía como un personaje sagrado, un "sumo sacerdote", que el pueblo veneraba igual que a un dios, y que Júpiter prefería a Héctor.

»En suma —indica el historiador—, es el símbolo de su alma inmortal. Pero Troya se considera como la cuna de una religión pura, y Eneas aparece como una personificación del alma humana, del resplandor y de la luz divinas. Dicho de otra manera: ese hijo de una diosa que va a los infiernos, ¿no habría constituido uno de los avatares terrestres de Apolo, la encarnación de Apolo "rey del mundo"?»

Así, Eneas «renueva en el Lacio la obra de Apolo en Troya».

Roma tomaba la sucesión al proclamarse la «nueva Troya». Apolo fue identificado a veces con el dios Jano, lo cual quiere decir mucho.

La influencia apolónica se manifestó principalmente entre los discípulos de Pitágoras, que exaltaban a Numa y proclamaban su divino maestro como «hijo de Apolo». Por asimilación, los neopitagóricos

de Roma confundieron «la edad de oro de Numa»

(Manu) con el «reino terrenal de Apolo».

Seguidamente damos la conclusión de Robert Mercier respecto a esa breve visión del «apolinismo esotérico»:

«Ese apolinismo místico experimentó importantes desarrollos; se descubrieron unos bajorrelieves con temas apolónicos en la basílica pitagórica de la Puerta Mayor.» \*

Y una égloga de Virgilio anotada por Jean Gagé atestigua que, «hacia el 41-40 a. de J.C.» —basándose en la fe de un oráculo que circulaba—, los supersticiosos y los místicos esperaban como signo y primera etapa de una renovación íntegra de los Tiempos «el advenimiento de Apolo».2

La égloga anunciaba la inminente venida de un «niño divino», que el poeta proclama como «hijo querido de los dioses», «gran engendro de Júpiter» (magnum Jovis incrematum).

«Ha llegado el tiempo último predicho por la sibila de Cumas», afirma Virgilio. Se inicia un nuevo gran período de siglos, y desciende de los dioses una nueva raza. No obstante, tú, casta Lu-

1. Véase el estudio de Jérôme CARCOPINO: La Basilique pythagoricienne de la porte

Majeure. (Nota de Robert Mercier.)

2. Jean GAGé: Apotton romain, ed. de Boccard, 1955.  
10 — 3.404

146 =====

ciña, favorece el nacimiento de este niño, que viene a anunciar al mundo el fin del siglo de hierro y el retorno de la edad de oro.

Ya reina entre nosotros su hermano Apolo.

Este ilustre niño vivirá la misma vida de los dioses.

Compartirá sus honores y regirá el mundo

pacificado por las virtudes de su padre.

(VIRGILIO, IV Égloga)

Autor de la Eneida, Virgilio asociaba su apolonismo con el mito de la nueva Troya. Lo identificaba con la esperanza de una nueva edad de oro.

«La extensión ocupada por este apolinismo místico, las semejanzas entre los temas de distintos autores y la flexibilidad con que el apolinismo —en aquella época— se acomodó a las fluctuaciones políticas y a los cambios de régimen, hace plausible la existencia de una "masonería apolónica". Esta "masonería" habría introducido a sus iniciados en los diferentes partidos, asegurando en todos los casos un apoyo temporal al apolinismo y desempeñando un gran papel en el triunfo de Augusto.»<sup>1</sup>

La profecía virgiliana benefició poco tiempo después al cristianismo, que trasladó a Cristo el mito solar de Apolo. Por tanto, la Iglesia católica, que lleva el título de «romana», heredó de la tradición iniciática de la Antigüedad latina un doble título: el de pontifex maximus, reservado al obispo de Roma, poseedor de las llaves (de san Pedro), como Jano, y el de guardián de los ritos de consagración de los emperadores, desde Carlomagno hasta Napoleón I.

1. Robert MEECIER: op. cit., págs. 109-110.



Segunda Parte  
LA ROMA INICIÁTICA ETERNA

## 1. LOS LUGARES SECRETOS DE ROMA LOS OBELISCOS, PIEDRAS MÁGICAS

Todo el mundo sabe que los obeliscos, monolitos de piedra tallados en cuatro caras (sección cuadrada) y coronados -por una punta piramidal, pertenecen al Egipto de los faraones. Lo que se conoce menos, o se finge ignorar muy a menudo, es su verdadero destino: esotérica y simbólica.

Ante todo, en su forma, el obelisco —plantado en tierra y erigido hacia el cielo— es comparable con los megalitos y, en especial, con los menhires, pues esos dos modelos de erección de «piedras elevadas» presentan, a través del tiempo y del espacio, la misma significación solar. Por ejemplo, hoy sabemos que el templo megalítico de Stonehenge (Somerset británico) estaba destinado al culto helíaco, lo mismo que otros conjuntos de la misma época. De forma similar, los obeliscos —que se erigían siempre por parejas y delimitaban un paso o una «vía», como las «avenidas» de menhires bretones— se llaman, en su dedicación, «el habitáculo del sol», designando con ello que el templo vecino estaba colocado «bajo la égida de la piedra elevada». ¡Cómo no pensar en la homofonía entre el Karnak de Egipto (obeliscos) y el Carnac bretón (menhires)!

Con esto llegamos a uno de los puntos más sagrados del simbolismo universal. En efecto, el obelisco está relacionado con dos mundos. Por su base toca el mundo telúrico, y por su cima (el piramidión —generalmente, recubierto de cobre o electrum—) toca L 1. Aleación de oro y plata, que atrae el Influjó cósmico (simbolizado por el rayo).

el mundo cósmico. Su punta culminante, «electrizada», es, pues, el punto en que se encuentran unas corrientes magnéticas subterráneas que surcan la tierra, y el influjo procedente del Zodíaco.

A este respecto, es interesante observar que la elección del emplazamiento

de los obeliscos —y del templo, que en general se levantaba frente a ellos— estaba reservada a los sacerdotes, o sea, a la casta sacerdotal, la única que podía escoger el lugar más «propicio» para atraer sobre el santuario y la ciudad los beneficios de la intervención «mágica» de los dioses. Poco a poco, bajo la conjugada influencia de las fuerzas cosmotelúricas, la piedra se «cargaba» de influencias sutiles; tanto, que después de muchos siglos, cuando los romanos dirigidos por César invadieron la «tierra sagrada de Egipto» y removieron varios obeliscos para transportarlos a Roma, persistieron las virtudes «mágicas» de los monolitos, pese a ser trasladados a otro lugar.

Todavía podemos contemplar los obeliscos que adornan las plazas de la Roma moderna, y cómo han marcado con su simbólica presencia la sacralidad de la Roma antigua.

El monolito más grande, procedente de Heliópolis (la ciudad del Sol), fue encontrado bajo las ruinas del Gran Circo (había sido transportado durante el reinado de Augusto). Fue erigido por Sixto Quinto, en 1589, en la Piazza del Popólo, donde todavía se yergue.

El segundo, levantado en Tebas por orden de Constantino, fue transportado a Roma por Constancio. Recuperado en 1587, adorna hoy la plaza de San Juan de Letrán.

Otro obelisco (también procedente de Heliópolis) se levanta en la plaza de San Pedro, ante el Vaticano.

Hay que señalar asimismo el de Caracalla, que decora la plaza Navona. Este monolito, de granito rosa y cubierto de jeroglíficos, alcanza una altura de veinticinco metros.

Finalmente, Roma se enorgullece del obelisco del Campo de Marte y de los obeliscos de la tumba de Augusto, que se encuentran, respectivamente, en la plaza de Montecitorio, en Monte Cavallo y detrás de la basílica de Santa María la Mayor.<sup>1</sup>

Así, los Papas, conscientemente o no, situaron los lugares importantes cristianos bajo el patrocinio espiritual de los monumentos solares del antiguo Egipto. ¿Sería esto un voto de protección, o un homenaje a una religión varias veces milenaria, que precedió a la venida del Cristo, «sol de este mundo»?

El origen heliopolitano de dos obeliscos romanos nos hace pensar en otro enigma: el relacionado con la famosa comunidad hermética de los «hermanos de Heliópolis», evocada por el alquitíoaáón^

bóT\*8 ?\* IO manossiete' como ^sietecollíasdeRo  
ma - ¿Azar o predes-

=====151

mista Fulcanelli, como si Roma hubiera sido, también en este sentido, escenario de misteriosos sucesos.

La presencia de la «puerta alquímica» en la plaza Víctor Emmanuel plantea el problema en términos sibilinos.

#### LA PUERTA ALQUÍMICA Y EL MISTERIO DE LA VILLA PALOMBARA

En un muro de la plaza Víctor Emmanuel hay un extraño pórtico, adornado con un friso en el que se ven motivos herméticos relacionados con el arte real. Este hermoso vestigio histórico data del 1680

Conservada en el jardincillo de esta plaza romana, la «puerta alquímica» es el simbólico resto de un conjunto antiguamente mucho más amplio. El alquimista Eugéne Canseliet estudió hace mucho tiempo este monumento a la gloria de Hermes, afirmando que el misterioso Fulcanelli, si lo hubiese conocido, no habría vacilado en incluirlo entre sus «moradas filosofales».

El marco en el que se inscriben los símbolos espagíricos está coronado por un «globo crucífero», en el estilo de finales del siglo xvi. El conjunto da una impresión de misterio, que traduce la presencia de un lenguaje oculto «a fin de disimularlo a los ojos de los profanos». El autor de los Deux logis alchimiques lo describe así: «En este encuadre de travertino, adornado simplemente con un curioso cilindro de mármol colocado en el dintel, hay repartidos, hasta en la piedra del umbral, unos signos jeroglíficos y unas inscripciones que constituyen toda la materia de un grueso tratado. Tales signos, que pertenecen a la notación normalmente utilizada en las viejas obras, dan, al completarse, una verdadera fórmula alquímica, y en que cada uno de ellos está subrayado por un aforismo latino. Ese lenguaje no podría ser dudoso para quien simplemente haya hojeado algún libro antiguo de alquimia; aunque no captaría su sentido, lo identificaría en seguida con el estilo y la terminología propios de una literatura inmensa que, por oscura que parezca, no por eso deja de poseer sus clásicos, como cualquier otra.»<sup>1</sup>

Esta «puerta» procede, en realidad, de una mansión del siglo xviii que había pertenecido al marqués de Palombara. La escultura fue milagrosamente salvada de la piqueta demoledora.

Pero la vivienda del noble romano estaba adornada con otros motivos alquímicos, de los que tenemos conocimiento en la actualidad gracias a los trabajos del erudito Francesco Cancellieri, que

1. Eugéne CANSELIET: Deux logis alchimiques, París, 1945, pág. 19.

vivió a finales del siglo xvm. Los epígrafes tomados por dicho investigador de los muros de la mansión Palombara son muy significativos

de los trabajos que se desarrollaban en su interior.

Si no, ¿por qué el primer «epígrafe» habría de empezar por esta frase —en latín—, que tanto dice acerca de la investigación de la «piedra filosofal»?

«En esta casa de campo, por el rocío del cielo, las vastas llanuras y las aguas de la Naturaleza, el suelo trabajado da su fruto, mientras que con el salitre y el sol se elevan los vapores del estiércol desparramado.»

Y la inscripción prosigue con estos propósitos enigmáticos, pero bastante claros para el adepto:

«Aquí, las abejas proporcionan los recursos indiscutibles de una dulce miel, siempre delicada... Mientras las piedras crecen del padre putrefacto, aquí también el tiempo sonríe, roe rápidamente los signos recién nacidos sobre esta puerta hecha de barro.»

Las alusiones a la obra del negro (estiércol, padre putrefacto), a la fase blanca y a la obra del rojo (fruto, miel, sol), son otras tantas etapas simbólicas de la transmutación en «oro filosofal» de los metales viles.

El marqués alquimista que vivía en aquella casa disimulaba sus trabajos herméticos bajo el pretexto de preparaciones botánicas.

La elección del sitio tenía su importancia: a medio camino entre «la sacrosanta iglesia de Letrán», «reina y madre de todas las iglesias del mundo», y la basílica de Santa María la Mayor.

Hay un misterio de la mansión Palombara, en el que se ocultaba, entre las esculturas y las murallas, un jeroglífico alquímico perdido en la actualidad.

No obstante, lo que queda está aún lleno de enseñanzas, y nosotros nos hemos tomado el trabajo de descifrar las inscripciones de la «puerta alquímica», situada en la plaza Víctor Emmanuel.

La primera contiene esta aparente perogrullada:

Si sedes non is, lo cual puede traducirse por: «Si estás sentado, no caminas»; seguido de estas líneas: Est opus occultum veri Sophi aperire terram ut germinet salutem pro populo: «La obra oculta del verdadero sabio, consiste en abrir la tierra, para que produzca la salvación del pueblo.»

Esta alusión al «V.I.T.R.J.O.L» alquímico no deja de recordar las incursiones intraterrestres de otro marqués romano (noble del Papa), san Ivo de Alveidra, el iluminado autor de Misión de la India. ¿Qué diríamos entonces si añadiéramos la hoy desaparecida inscripción que figuraba en una placa de mármol (quebrada por el hielo en 1801), que coronaba la gran puerta de la mansión?:

=====153

VILLAE IANUAM

TRAMANDO

RECLUDENSIASON

OBTINET LOCUPLES

VELLUS HEDAE

1680

«Jasón, al empujar la puerta de la mansión, descubre y conquista el precioso vellocino de Medea.»

## 2. LA ROMA MÁGICA DE LA EDAD MEDIA

### IMPERIO Y LEYENDAS

Desde la consagración del primer emperador (Augusto), Roma no dejó nunca de ser la capital a la que los monarcas de Occidente acudían a recibir la corona. Esta tradición continuó después de la caída del Imperio romano, cuando Carlomagno, enlazando con la Antigüedad, quiso hacerse consagrar emperador por el Papa y recibir así la consagración del obispo de Roma. Posteriormente, los emperadores germánicos, que deseaban ser «reyes de los romanos» por herencia de la Roma antigua, al mismo tiempo que soberanos del Sacro Imperio, no se estimaban verdaderamente reyes hasta haber pisado el suelo de la Ciudad eterna.

Así se inició una lucha secular entre el Papa (soberano espiritual) y los emperadores (soberanos temporales), ya que éstos consideraban que debían el Imperium y la púrpura no al Sumo Pontífice, sino a la tradición histórica e iniciática de los Césares. Roma era el campo cerrado de este enfrentamiento de floretes, que a veces degeneraba en conflicto abierto.

En esta confrontación, el pueblo de Roma estaba dividido en dos bandos: los partidarios del Papa, los negros, agrupados en torno a la nobleza papal, y los blancos, partidarios del emperador, que se reclutaban principalmente entre el pueblo y los nobles del

norte de Italia, especialmente Florencia, fiel a la tradición de lealtad hacia los «reyes de los romanos».

La historia de Roma y de la Italia medieval es rica en episodios exponentes de esta lucha, que terminó con la común derrota del César y del Papa, ya que uno perdió la realidad del poder después de Carlos V, y el otro vio desgarrar su Iglesia por la tempestad de la Reforma protestante.

Sea como fuere, la lucha entre el sacerdocio y el Imperio, tal como se ha indicado, se desarrolló a la escala de sus protagonistas. Si bien hasta Otón III papas y emperadores consiguieron entenderse, no sucedió lo mismo después. Es cierto que hasta entonces el poder del Papa distaba mucho de igualar al de los emperadores germánicos.<sup>1</sup>

Otón III había soñado —al conseguir que su amigo Gerberto accediera al Pontificado— con «resucitar el antiguo Imperio romano, en la forma nueva de un Imperio cristiano, en que el Papa y el emperador —"las dos mitades de Dios"—, instalados en Roma al lado uno del otro y fraternalmente unidos, serán los dueños del mundo».3

Federico II —casi el último de los Hohenstaufen—, se enzarzó en una lucha a muerte con el Papa Inocencio III. Dicho emperador, algo mago, especialmente aficionado a la ciencia y al eclecticismo, fue el último «sol» del declinante Imperio.

Todo esto dio origen a leyendas relacionadas con la mágica gloria de los monumentos de la Antigüedad pagana. En la Edad Media, los edificios imperiales son todavía muy numerosos, aunque la piqueta demoledora se haya ensañado considerablemente en ellos.

Con su imponente masa, el Coliseo domina el Foro hasta tal punto, que un cronista del siglo VII llega a decir: «Mientras el Coliseo permanezca en pie, Roma continuará en pie; cuando el Coliseo caiga, Roma caerá también; cuando caiga Roma, el mundo caerá igualmente»:

Quando stat Colisaeus stat et Roma.

Quando cadet Colisaeus cadet et Roma.

Quando cadet Roma, cadet et mundus.

Una aureola mágica envuelve al Capitolio, asiento de la grandeza romana y de la vieja religión destronada... El recuerdo de la antigua colina gloriosa no hace más que engrandecerse en la Edad Media, en que no se olvida la presencia del templo de Jú-

1. Eran apoyados por sociedades secretas templistas: «Fe Santa» y «Fieles de Amor».

2. Léon HOMO: Fome médiévale, pág. 88.



=====155

pitier, convertido en la «Casa Maggiore». Se reconocen allí a los Papas ante el pueblo reunido; con motivo de la revolución comunal, Cola di Rienzo, en 1347, héroe del pueblo y partidario del emperador, se erige en triunfador. El tribuno que Wagner escogió por héroe de uno de sus dramas líricos, muere allí, en su palacio en llamas.

Los romanos se acuerdan del pasado en las leyendas que evocan la Edad Media y que se refieren a los antiguos monumentos.

Volviendo al Coliseo (el antiguo Anfiteatro Flavio), éste se ha convertido,

en la leyenda popular, en un templo del Sol coronado por una cúpula dorada, célebre por sus mágicas ceremonias.

Otra leyenda especialmente conocida se refiere a la Bocea della vertía (la boca de la verdad), placa redonda que representa una máscara de tritón, que aún puede admirarse. Esta escultura formaba parte de una fuente, y ahora se halla empotrada bajo el pórtico de la iglesia de Santa María in Cosmedin.

«Esta máscara —se contaba—, en el tiempo de la Roma antigua, había poseído el maravilloso privilegio de denunciar los falsos juramentos y de sacar a la luz la verdad. Según esta leyenda, las personas que habían de prestar juramento ante el tribunal tenían que introducir su mano en la abierta boca de la máscara, y, en caso de perjurio, ya no podían sacarla jamás.»<sup>1</sup>

Algunas gentes pretendían haber visto el fantasma de Virgilio en el Viminal.

«Finalmente, en la evocación de la Antigüedad, corre mucho la imaginación de la Roma medieval. La antigua Roma —se decía— tenía la forma de un león, símbolo de su grandeza y de su poderío; representaba un mundo deslumbrante de oro y plata, o centelleante de piedras preciosas.»<sup>2</sup>

Se embellecieron los edificios, que adquirieron un aspecto maravilloso con el «Capitolio de oro», la «Puerta de oro», el «Castillo de oro», y el «Velo de oro».

«Los palacios de Trajano y Adriano —es decir, los monumentos del Foro de Trajano— son también notables tanto por la belleza de su construcción como por el lujo de su decoración. El palacio de Cromático —templum Holovitream, dicen los Mirabilia—, en el Campo de Marte, un producto del arte mágico, está construido de oro y cristal y contiene una representación de los cielos.

Los jarrones —cuyos restos constituyen la importancia del Testaccio— sirvieron antiguamente para el transporte de los tributos de oro y plata que los pueblos sometidos enviaban a la capital del mundo.

»Oro, plata, bronce, marfil, piedras preciosas —aurum, argen-

1. Léon HOMO: op. cit., pág. 185.

2. Id., pág. 189.

tem, aes, ebur—, otras tantas imágenes fulgurantes con las que termina la descripción medieval de la Urbs áurea, de la "ciudad de oro".»<sup>1</sup>

#### EL PAPA DE LAS TRES R

El más misterioso y más interesante de los pontífices romanos es, sin duda, Gerberto, el monje de Aurillac, que accedió al Solio Pontificio con el nombre de Silvestre II (999-1003). Este ex preceptor del emperador germánico Otón III fue, durante toda su vida, un fiel aliado del poder imperial, en la línea de los Papas de la alta Edad Media, que comprendían la necesaria primacía del Imperio romano, creador de orden y de paz.

Este hombre, que subió por sus propios méritos a la más alta dignidad sacerdotal, era un espíritu universal, que se interesaba tanto por las ciencias abstractas como por la magia, la astrología o las aplicaciones concretas del saber. De joven estudió, en el monasterio de Vich (Cataluña), Aritmética, Geometría, Mecánica, Astronomía, Acústica y Medicina. Su deseo de instruirse era insaciable, y nos hace pensar en el ilustre Federico II Hohenstaufen, con quien seguramente se habría entendido de maravilla.

Los cronistas nos informan que, apasionado por las ciencias ocultas, abandonó el palacio episcopal de Vich para ir a aprender su arte de los magos árabes.

«Algunos acusan a Silvestre II de necromancia... Otros pretenden que el diablo se apoderó de él», dice Sigebert de Gembloux.

«Se cuenta —nos dice gravemente Orderic Vital—, que en los tiempos en que él era escolástico (estudiante), sostuvo conversaciones con el "demonio".» ¡Guillaume de Malmesbury nos lo aclarará plenamente! Gerberto huyó de su monasterio una noche y fue a España «para estudiar con los sarracenos la astrología y las otras ciencias de esta naturaleza. Después de dos años, aprendió, bajo su dirección, lo que significan el canto y el vuelo de los pájaros; conoció el secreto de evocar las sombras de los muertos; por último, poseyó todo lo que la curiosidad puede conocer de nocivo y de saludable.»

Su «calificación» en el terreno de las ciencias ortodoxas no era menor, especialmente en cosmografía.

Ideó y fabricó un órgano de vapor (¡tal como suena!), animado por un movimiento hidráulico «que producía las melodías poderosas y suaves, las cuales se esparcían en ondas sonoras bajo las bóvedas de la basílica». Y su biógrafo añade: «Trasladémonos a 1. Id., pág. 189.

=====157

una época más avanzada y comprenderemos la influencia de Gerberto en el siglo x, comparándola con la que ejerció en el suyo el genio de un Newton o de un Pascal.» \*

De genio neopitagórico, Gerberto destacaba en Matemáticas y en Música, esta «armonía de las esferas», tan cara al Maestro de Crotona. El futuro Papa redactó un Abacos o Tratado de los números, según las tablas de Pitágoras; también inventó la ritmomagia y una máquina de calcular que, guardando las proporciones, era una maravilla para aquella época.

A todos estos talentos se le puede añadir el de músico emérito y constructor de relojes de péndulo, que dotó —se cree que por vez primera— de un sistema de campanilleo y de balancín.

La elección de un personaje tal para el Pontificado no dejó de suscitar celos. Fue tratado a menudo de «mago negro», porque siempre tenía en sus apartamentos una cabeza de metal (antepasado del Bafomet de los templarios), construida por él, animada como un verdadero autómatas y que respondía sí o no a sus preguntas. Esta «cabeza parlante» presenta más de una analogía con los cerebros electrónicos. Si pensamos que Silvestre II fue indudablemente

el inventor del cálculo binario —que hoy es el instrumento indispensable de la ciencia—, tendremos una idea más exacta del genio de aquel hombre, iniciado en los más secretos conocimientos.

El anciano benedictino, abad de Bobbio, recibió el sobrenombre de el Papa de las tres R, pues su vida se repartió entre Reims, Rávena y Roma. Si recordamos la inscripción secreta «RRR» grabada en la pared de un templo romano y acompañada del Fénix, comprenderemos mejor el destino de aquel Papa, iniciado en muchos otros misterios, aparte los de la Iglesia cristiana.

Este «hacedor de reyes» —tal como se le llamó—, ofreció la corona de Hungría a San Esteban el año 1000 y fue elegido Papa gracias a la amistad del emperador Otón III, su antiguo alumno.

Lo que refleja mejor la vocación esotérica de Silvestre II es el relato del cronista Guillaume de Malmesbury:

«En el Campo de Marte, en Roma, había una estatua de bronce que tenía abierto el dedo índice de la mano derecha. En la frente de la estatua estaban grabadas estas palabras: hic percute, "llama aquí..." Hasta entonces se había creído que esta cabeza de bronce encerraba un tesoro, pero se había buscado en vano, y el enigma subsistía. Gerberto, dotado de una mayor perspicacia, observó el lugar del suelo sobre el que se proyectaba la sombra del dedo índice, en el momento en que el Sol pasaba por el meridiano, y a la noche siguiente, provisto de una linterna, fue al lugar acom-

1. Duque de La Salle de ROCHEMAURE: Gerbert, Sylvestre II, Emile-Paul, 1914, pág. 100.

panado de un paje. Haciendo uso de la magia —cuyos secretos conocía totalmente—, Silvestre II vio cómo se entreabría la tierra, y por aquella entrada improvisada penetró en una ancha sala, cuyas riquezas cegaron sus ojos durante unos instantes. Era un palacio cuyos muebles, paredes y artesones eran de oro; unos caballeros, en importante número, servían de escolta a un rey y a una reina, también de oro macizo (*Regem metallicum cum regina discubentem*). Por todas partes brillaban los metales preciosos y las más raras pedrerías. En un extremo de la sala resplandecía un rubí, cuyos destellos servían ya para iluminar todo el palacio; al frente, en el ángulo opuesto, se erguía un arquero, cuyo arco extendido estaba cargado con una flecha. Todas esas estatuas vigilaban los tesoros confiados a su custodia, y, al menor movimiento que se hiciera para apoderarse de algo, amenazaban con precipitarse sobre el temerario ladrón. Gerberto, presintiendo el peligro, se abstuvo de tocar ninguno de los objetos que le rodeaban; pero el paje no tuvo la misma precaución; esperando no ser visto, ocultó en su traje un pequeño cuchillo que encontró sobre la mesa. En seguida se animaron todas las estatuas, lanzaron horribles clamores, y el arquero disparó la flecha contra el rubí, que, al apagarse, dejó el palacio sumergido en una completa oscuridad. Esto habría acabado con los dos imprudentes si obedeciendo a una inspiración de Dios, el paje no hubiese devuelto el cuchillo robado. Gerberto y su compañero pudieron salir entonces sanos y salvos de aquella cueva encantada.»<sup>1</sup>

Y el biógrafo de Silvestre II concluyó:

«No sólo durante una noche, sino durante toda su vida, Gerberto exploró la cueva encantada, llena de riquezas y seducciones que, para su espíritu ávido de conocimiento, eran los arcanos de la ciencia. Más feliz que en su emblemática exploración del subterráneo del Campo de Marte, volvió cada día con las manos llenas de tesoros intelectuales, los cuales repartió magníficamente entre quienes quisieron tomarlos.»

A esta leyenda, Guillaume de Malmesbury añade otra más lúgubre todavía y más difamatoria para el pontífice. Nos muestra a Silvestre II jugando astutamente con Satán, vencido al fin, por Belcebú. Recogida con avidez por todos los cronistas, corrió de monasterio en monasterio, adquiriendo así una popularidad universal y convirtiéndose quizá en la más conocida de las leyendas relativas al gran Papa-filósofo.

Se sabe que a Gerberto no le costaba ningún trabajo solucionar los más difíciles problemas de Matemáticas, encontrar respuesta a las cuestiones de Filosofía o de Física más oscuras. En efecto, no

1. Guillaume de MALMESBURY: *De gestis regnum anglorum*, libro III, cap. X.

=====159

tenía más que interrogar a la cabeza que había fundido en el instante preciso en que todos los planetas iban a iniciar su recorrido, para recibir de ella un «sí» o un «no» lacónico, pero infalible. Por supuesto que en todas sus peregrinaciones no se separó jamás de un colaborador tan valioso, y que la cabeza-oráculo estaba cuidadosamente

escondida en el rincón más oscuro de Letrán. Cuando, una vez, le preguntó: «¿Seré Papa?», la cabeza respondió energicamente:

«¡Sí!» Vagamente inquieto por su increíble ascenso, ansioso de conocer el plazo que Dios o el diablo había asignado a su vida, Gerberto recurrió a la cabeza-profeta. Como sólo contestaba por un monosílabo afirmativo o negativo, tuvo que multiplicar las preguntas antes de encontrar la fórmula satisfactoria. Tan inspirado por Dios como su paje cuando éste dejó en la cueva encantada el cuchillo que se había escondido, acabó por dar con esta pregunta: «¿Moriré antes de decir misa en Jerusalén?» «Nó», contestó categóricamente el oráculo. Esto suponía la inmortalidad, porque nada podía obligarlo a pontificar ante el sepulcro del Cristo. De hecho —y como nos informa el monje-cronista—, la profecía se cumplió realmente, puesto que Silvestre II sintióse enfermo cuando decía misa uno de los tres domingos que se llaman Statio ad Jerusalem, y murió unos días después, a la edad de 58 años. ¿Qué se hizo de los venerables restos mortales del pontífice? Incluso post mortem, Gerberto tuvo un destino poco corriente. Una leyenda pretendía que de su sepultura —situada en la basílica de Letrán— se escapaba agua en abundancia. En realidad este fenómeno puede atribuirse, no a una magia cualquiera, sino a la humedad ambiente.

En el siglo xvii se hizo necesario reparar la basílica, y el Papa Inocencio X, temiendo un derrumbamiento, se vio obligado a proceder a una reconstrucción total. Entonces hubo que tocar los sepulcros de los Papas situados en la nave y debajo del pórtico.

Entre ellos se hallaba el de Silvestre II. Se procedió a su apertura en 1648, lo cual permitió «recuperar» unas reliquias del muerto, que sirvieron de testimonio de su época. Un canónigo de Letrán, César Rasponni, tuvo la feliz iniciativa de iniciar una especie de atestado de las excavaciones, a título de comisario pontificio. He aquí el circunstanciado relato de esta exhumación' que, en más de un aspecto, reviste un significado juaniano y premonitorio si pensamos que el Papa del año 1000 (el de las tres «R») prenunciaba los tiempos apocalípticos y el renacimiento del año 2000:

«Cuando se cavó debajo del pórtico —nos dice el informe oficial— se encontró el cuerpo de Silvestre II entero, acostado en un sepulcro de mármol, de una profundidad de 12 palmos (un

1. Se piensa en la apertura del sepulcro de Carlomagno.



metro). Estaba cubierto con los ornamentos pontificales, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza cubierta con la tiara sagrada. La cruz pectoral colgaba todavía de su cuello, y el anular de la mano derecha llevaba el anillo pontifical. Desde que se le cambió de lugar, la acción del aire lo hizo deshacerse en polvo, y se expandió alrededor un olor dulce y agradable, sin duda a causa de los aromatizantes que se habían utilizado para embalsamarlo. No quedaron más que los huesos, una cruz de plata y el anillo del pescador.» (Tomado de *De Basílica et patriarchio Lateranensi*, del canónigo Cesar Rasponni, Roma, 1656, pág. 76.)

El féretro de Silvestre II fue entonces empotrado en un enorme pilar que está frente al altar mayor, donde todavía se encuentra. Sin duda, no dio a conocer todos sus secretos, pues Gerberto fue un gran iniciado, precursor de los rosacrucianos cuya ciencia igualaba, por la influencia que ejerció en los hombres de su tiempo.

Después de él finalizó la serie de los pontífices que «sabían». Se podría haber grabado este epitafio en su piedra sepulcral: «No os sorprenda que el vulgar ignorante me haya tomado por un mago: yo estudié la ciencia de Arquímedes y la Filosofía cuando no saber nada era una gran gloria. ¡Así, pues, yo era un hechicero para los tontos! Mi sepultura os dirá cuan piadoso, honesto y religioso fui.»<sup>3</sup>

### 3. EL SIMBOLISMO ETRUSCO DEL HAZ

#### EL SIMBOLISMO DEL HAZ, POR ARTURO REGHINI\*

«En lenguaje de Derecho público romano —nos dice el *Dizionario epigráfico de VAntichita romana* (Ettore de Roggiero, 1922,

1. En el interior del anillo estaba grabada la inscripción: *Sic transit gloria Mundi*

(«Así pasa la gloria del mundo»).

2. Estas palabras fueron aplicadas a Silvestre II por un poeta anónimo que conoció

bien al Papa-iniciado:

*Ne mirare magnun fatui quod inertia vulgi*

*Me, veri minime guara, fuisse putat.*

*Arquimedis studium quod eram sophiaequae sequuntur*

*Tum cum magna fuit gloria scire nihil,*

*Credebant magicum esse rudes. Sed busta loquuntur*

*Quam pius, integer et religiesus eram.*

3. Tomado de la revista *Docetis*, 1934, XIII, núms. 10-11, Impr.

Ambrosini, Roma,

1934-XIII.

=====161

pág. 37)—, los fasces son unos manojos compuestos por un hacha (securis) y mimbres o varillas (juncos), atadas por una correa, según informe de Lydus (De Mag., I, 32), de color rojo, que servían como signo distintivo, especialmente para los magistrados superiores.

»

La palabra fasces —cuyo significado etimológico se advierte aún en el italiano fascio y fascina— sirve para indicar el carácter fundamental

de dicho símbolo, como el vínculo y la reunión de distintas varillas del haz en una sola unidad, que refuerza el imperio de la Justicia, representada por las varillas.

Los romanos utilizaban la palabra fasces en plural, «las fasces», porque, en general, los lictores que las llevaban y precedían a los pretores (magistrados encargados de administrar justicia), cambiaban de número, aunque salvo en raros casos, los lictores eran siempre más de uno. Así, los lictores que procedían a los cónsules eran doce, número que se convirtió en el signo de la dignidad consular...

Al principio, según Plauto (Asin., III, 2, 29; II, 3, 74), las fasces eran confeccionadas con brotes de olmo joven; pero, más tarde, Plinio nos dice (Nat. Hist., XVI, 75) que eran de abedul. En cuanto al origen de las fasces romanas, la tradición nos enseña claramente que se trata de una costumbre derivada de los etruscos.

Entre los escritores que remontan las fasces romanas a la tradición etrusca, podemos citar a Dionisio de Halicarnaso, Estrabón, Macrobio, Silvio Itálico y Diodoro de Sicilia.

El famoso etruscólogo Pericles Ducati nos revela a este respecto (Etruria Antica, I, 137): «Hemos de aceptar el origen etrusco del símbolo más célebre de la justicia romana: el haz licitor. En efecto, remitámonos a Silvio Itálico, el cual, en su canto VII, verso 485 y siguientes de las Púnicas, nos dice: "Vetulonia fue la primera ciudad en adoptar las doce varillas y el hacha." Y es curioso que se descubriera (en 1897) en Vetulonia, una tumba, del siglo VII a. de J.C., llamada "del licitor": En ella se vieron los restos de un interesante ejemplar de haz, constituido por varillas de hierro, de las que emergía un hacha de doble filo, o "biponne" (Florenia, Museo Arqueológico), y que revelaba en su forma, la persistencia, en pleno siglo VII, del tipo de hacha de doble filo, observada ya en las investigaciones sobre la antigua civilización prehelénica o cretomicénica. Así, este descubrimiento arqueológico aporta un nuevo apoyo a las precisiones de Silvio Itálico. Sea como fuere, esas precisiones y esta confirmación arqueológica constituye una prueba indudable de los orígenes etruscos del haz del licitor romano.

»Por otra parte, hasta el número de lictores es etrusco: los doce lictores que seguían al rey, además de los dos cónsules, nos hacen

11 - 3.404

162 ===== recordar las doce ciudades etruscas...»

Algunas páginas más adelante, Ducati supone que los romanos copiaron no sólo los nombres, sino también el modo de reparto en tres clases, reparto típicamente etrusco, y demuestra que a esta «tripartición» corresponde la triple puerta que debía de existir en la ciudad etrusca: el triple templo de Júpiter, Juno y Minerva del comentario de Servio a la Eneida (Servh. M. Grammat. En: 1. Haz romano antiguo, recuperado por el régimen mussoliniano. 2. Haz de la República Francesa, 3. Haz etrusco primitivo.

«Aen.», I, 422: Servius indica que, para la perfección de la ciudad, le hacían falta tres puertas, tres calles y tres templos, dedicados a Júpiter, Juno y Minerva). Todo esto se basaba en el número 3, que es un submúltiplo de 12. A este respecto, Ducati informa que hay una nota de Servio en ese mismo comentario a la Eneida (X, 202), según la cual, «en Mantua, ciudad que conservó sus caracteres etruscos hasta la época de Plinio, la población estaba dividida en tres tribus», cada una de las cuales comprendía cuatro curias, y cada una de éstas tenía un jefe ( $4 \times 3 = 12$ ). Por tanto, la cifra de 12 hctores que hemos atribuido a cada ciudad etrusca, vuelve a aparecer en Roma como un elemento eminentemente etrusco. Observemos, asimismo, que no sólo había doce lictores, sino

=====163

también doce varillas en la composición de cada haz.

Giovanni Battista Vico subrayó también, en sus *Principii di Scienza Nuova* (1853, pág. 341), algo más sobre el simbolismo de las fasces romanas. Según este autor, las fasces sólo serían los bastones de los augures. Si esta opinión de Vico corresponde a la verdad, el haz tendría también un papel mágico y religioso. El lituus —o sea, el bastón del augur— le servía al augur etrusco —pues estaba prohibido utilizar las manos— para determinar el *Templum* en el espacio celeste en correspondencia con el espacio terrestre, y Rómulo empleó dicho bastón durante las ceremonias celebradas con motivo del nacimiento de Roma. Por tanto, esta varita tenía un carácter eminentemente mágico...

Esta coincidencia del número 12 con la «Gran Obra» de la tradición hermética<sup>1</sup> nos llevará a hacer algunas observaciones. Una de las representaciones de la piedra filosofal es el cubo, que corresponde

a la tradición de la «piedra cúbica» en la masonería.

Actualmente, el cubo es un poliedro regular, que tiene 12 aristas y posee la singular propiedad de poder llenar todo el espacio sin dejar vacíos. De hecho, como se puede comprobar fácilmente, sobre las seis caras de un cubo se pueden disponer otros seis cubos iguales, y así se procede de forma que cada cubo sea adyacente a los otros seis. En el simbolismo geométrico, cada piedra cúbica es apta para ocupar perfectamente su emplazamiento en él templo.<sup>1</sup> La propiedad común de llenar sin vacíos todo el plano la poseen tres formas de polígonos regulares: el triángulo equilátero, el cuadrado y el hexágono, que tienen, respectivamente, 3, 4 y 6 lados, números todos submúltiplos de 12 (este descubrimiento se debe a Pitágoras, y nos informa de él Eudelos, discípulo de Aristóteles; la confirmación la suministra Proclo en su comentario a Euclides). Pero lo verdaderamente curioso es que la propiedad de llenar todo el espacio la tiene no sólo el cubo —según Aristóteles, el tetraedro regular—, sino también otro poliedro: el rombo dodecaedro.

Este poliedro está constituido por 12 caras romboides tales, que dos de ellas, adyacentes, forman un ángulo de 120°. Esto es notable tanto geométrica como cristalográficamente. Clémence Royer (*La constitution du monde*, París, 1900) asegura que, si escogemos unas esferas iguales en grosor y resistencia, las disponemos

1. Nos bastará recordar las 12 puertas de Ripley, las 12 llaves de Basilio Valentín,

los 12 tratados del célebre *Ve Lapidè philosophorum*, etc.

2. La masonería no es la tónica organización especulativa que reverencia secretamente

la piedra cúbica.

Ya que la Iglesia de Roma es la heredera indirecta de ese mensaje geométrico, se explica el famoso «Tú eres Pedro (Petrus) y sobre esta piedra (Lapis Manalis) edificaré mi Iglesia». Como quiera que el Papa es también el heredero del pontifex romano, o «constructor de puentes», «el descubrimiento» de la «tumba» de Pedro por Pío XII reviste un sentido claramente simbólico...

164 =====

una al lado de la otra y luego las sometemos a una fuerte presión, se deformarán; y la única forma simétrica que podrán tomar (bajo la fuerza de su mutua presión) será, precisamente, la del dodecaedro

de caras romboides, iguales y simétricas.

Sin dejarnos llevar por ilusiones fantásticas, ya es curioso y digno de subrayar el hecho de que los dos únicos poliedros que tienen esta propiedad de llenar el espacio presenten, tanto el uno como el otro, el mismo número de aristas y caras, que es 12 en ambos casos. Y también hemos de indicar que los platonianos y los pitagóricos habían elegido como símbolos y correspondencias con los cinco elementos, los cinco poliedros regulares de la geometría euclidiana, y que el símbolo del Universo, tanto para los pitagóricos como para los platonianos era precisamente el dodecaedro regular. El dodecaedro era conocido por los etruscos, pero fue Pitágoras quien resolvió el problema geométrico de la construcción del dodecaedro regular y de su inscripción en una esfera de un radio dado, e hizo de él el símbolo del Cosmos. Según Plutarco, el motivo de esta elección, residía en el hecho de que si se trazan las diagonales y los diámetros de las caras del dodecaedro, se obtendrán unos triángulos, es decir, 30 triángulos rectángulos por cara, y de esta forma toda la superficie del dodecaedro quedará descompuesta en  $12 \times 30 = 360$  triángulos rectángulos, «360» es también el número de los días del año egipcio y el número de las subdivisiones del Zodíaco.<sup>1</sup>

1. Es evidente que, en este punto preciso de la demostración, podemos preguntarnos de dónde conocían los etruscos esta propiedad. Se hace realidad en este campo la hipótesis de un cataclismo que destruyera a una Humanidad que había llegado a las más altas cimas del conocimiento.

Para convencerse de ello basta mencionar las investigaciones emprendidas en este sentido bajo el régimen mussoliniano. Esa «cristalografía» mágica, directamente surgida de los conocimientos etruscos, ha sido muy evocada por Jacques Bergier en su obra Los libros condenados, Barcelona, Plaza & Janes, 1973. «Desde finales de 1943 hasta el armisticio del 8 de mayo de 1945, existió en Italia una República dirigida por Mussolini. La historia secreta de esta República es mucho menos

conocida que la del III Reich. Mussolini, como Hitler, tenía a su disposición consejeros ocultos, magos negros. Éstos viven aún, pero las leyes de la difamación impiden citar sus nombres.

»Por orden de dos de ellos, una unidad especial fascista quemó, en 1944, 80.000 libros y manuscritos pertenecientes a la Sociedad real del Saber, de Ñapóles. La operación tenía por objeto impedir que documentos mágicos de considerable importancia cayesen en manos de los aliados.

»Algunos de estos documentos eran antiguos; otros, modernos, se referían a investigaciones mágicas realizadas en tiempos de Mussolini, y lo que he podido averiguar sobre estas investigaciones es lo bastante apasionante como para hacerme lamentar la destrucción de la biblioteca y para que me esfuerce en encontrar copias. Uno de tales estudios tenía, al menos, el mérito de ser absolutamente original, cosa rara en este campo. Un mago, valiéndose de un telescopio, concentraba sobre agua la luz procedente de una estrella, y, de este modo, había obtenido agua-Sirio, agua-Vega, agua-Antares, agua-Aldebarán, etc. A continuación cristalizaba en esta agua sustancias particularmente sensibles a los efectos meteorológicos y cósmicos, como, por ejemplo, el nitrato de uranil, pues hay otras.

»Algunos organismos científicos estudian los fenómenos de esta clase.

\_ Pero el mago obtuvo unos resultados que no eran en modo alguno científicos. Las sales cristalizadas en el



=====165

Esta función especial del número 12 y, de una forma general, el respeto de los pitagóricos por esta cifra, es más notable aún si se los compara con su filosofía numérica, totalmente dominada por la década («10»).

Así, hemos demostrado y expuesto la existencia de una especie de «consensus» tradicional en lo que concierne al número 12, tanto en el terreno del simbolismo cósmico, como en el del sacerdocio y la realeza.

A la división del año por 12 hay que añadir la del día y la del Zodíaco. Y, por lo mismo, es fácil dar idéntico paso en el plano de las ideas, con la agrupación de los doce aditias y los grupos de las doce divinidades caldeas, egipcias, griegas, etruscas y romanas. En el campo de la iniciación, la composición de los colegios sacerdotales y esotéricos, reales y guerreros, se basaba también en el número 12. En estos colegios, las dos características, espiritual y temporal, son tan pronto distintas y separadas, como complementarias. El carácter iniciático y sacerdotal emerge en el círculo supremo del Agartha, en el consejo circular del Dálai-Lama, en el colegio de los Hermanos Arvali y en el de los Salios, mientras que el carácter real y guerrero se encuentra en la Corte suprema del gran Jan y en el séquito de los 12 lictores etruscos y, posteriormente, romanos. En el caso de los lictores etruscos, el aspecto espiritual del haz es menos aparente, pero preexiste siempre y ha sido integrado en el aspecto propiamente temporal; en realidad, los lictores etruscos son al mismo tiempo sacerdotes, guerreros y magistrados.

Este doble carácter —espiritual y temporal— lo encontramos también en la institución de los 12 grandes pares de Francia, institución que se remontaría a los 12 pares atribuidos a Carlomagno por los romanos del ciclo carolingio. En la Canción de Roldan —en la que aparece la más antigua mención de esos 12 pares— se designan con el vocablo de los 12 «compañeros», y forman una asociación, que se presenta como una verdadera «cofradía». Es evidente que esta asimilación intensifica el carácter mismo de los 12 pares de Carlomagno...

Nos ha bastado poner de relieve la antigüedad, la universalidad y el carácter sagrado y esotérico de este símbolo, el número 12, así como el uso de una división, por doce, del espacio (Zodíaco) y del tiempo (otras consideraciones interesantes en este sentido las sugieren las huellas existentes, en las lenguas germánicas, de un sistema de numeración basado en el número 12). La composición por doce de los colegios de sacerdotes y de reyes; de los lieagua expuesta a la luz de las estrellas, formaban agrupaciones, y estas agrupaciones, según

dibujos que he visto, se parecían extraordinariamente a los símbolos esotéricos de las estrellas en cuestión.» (págs. 135-136).

tores etruscos y del consejo del Dalai-Lama; de los Hermanos Arvali y los discípulos de Lao-tsé; de los 12 pares de Carlomagno y los 12 barones del gran Jan... todo ello refuerza la existencia de una realidad y una concordancia tradicional, que podríamos calificar de composición sagrada en lo que concierne a la existencia de la jerarquía terrestre y de su círculo interior.

¿Hasta qué punto los lictores etruscos y los sacerdotes romanos podían tener conciencia y conocimiento de lo que hemos expuesto?

Es una pregunta a la que no podemos responder. El lema *Rebus sic stantibus* nos parece, pues, adecuado en lo que se refiere al haz del lictor, haz que se presenta no sólo como el símbolo de la justicia y del Imperium, sino también como el símbolo etruscorromano por excelencia de esta tradición sagrada.

EL INICIADO DEL PALACIO DE VENECIA, O

«EL ESCENARIO Y LOS BASTIDORES»

En una obra recientemente reeditada, que lleva por título *Introduzione alla magia* (por el «Grupo de Ur», ed. Bocea, Roma 1955), se puede ver en el tomo III (cap. XII), un curioso relato, firmado por un tal Ekatlos:

«Hacia finales de 1913 empezaron a manifestarse unas señales verdaderas de que algo "nuevo" reclamaba las fuerzas de la tradición itálica. Estas señales pudimos percibir las directamente.

»En nuestra estancia de trabajo, y sin que pudiéramos explicar por qué caminos nos llegó, descubrimos entonces un folio de papel. Había trazados en él los esquemas de una calle, una dirección, un lugar. Una calle distinta de las de la Roma moderna; un lugar en el que —en el seno de augustos vestigios—, vive la presencia de la antigua Urbs.

»Unas indicaciones sucesivas, recogidas por medio de comunicaciones metafísicas, señalaron el lugar, precisaron una misión y una fecha, confirmaron la identidad de una persona.

»Esto ocurrió en el período sagrado del renacimiento solar, después que éste hubo llegado a la casa mágica de Aries: en el período del *Natalis solis invicti* y durante una noche lluviosa, con un tiempo amenazante. Se recorrió el itinerario indicado y se localizó el lugar descrito.

»Que nadie advirtiera lo que podía haber de raro en aquella salida nocturna; que nunca recordáramos quién nos condujo; que no se produjera ningún encuentro, puesto que la reja de la arcaica sepultura fue encontrada abierta, y el guardián, ausente. Como es natural, todo esto indicaba el azar. Una pequeña muesca reveló una cavidad en la pared. En el interior de aquélla yacía un ob-

=====167

jeto de forma oblonga.

»Se necesitaron muchas horas para deshacer el envoltorio externo, parecido al betún y endurecido por los siglos; pero, al final, apareció lo que escondía: una banda o cinta enrollada y un cetro. En la banda se describían los detalles de un ritual. Y el ritual fue celebrado mes tras mes, cada noche, sin tregua. Y sentimos, maravillados,

cómo ocludían fuerzas de lucha y triunfo; y vimos brillar en la luz las viejas, pero augustas figuras, de los Héroe de la raza romana; y un Signo inconfundible fue sellado en ese sólido puente de piedra que los iniciados construían en él profundo silencio de la noche, día tras día, para permitirles manifestarse.

»La inminente guerra, que estallaría en 1914, inesperada para el profano, la presentíamos nosotros. Conocíamos su desenlace. La una y el otro eran esperados allí donde se encuentran las cosas antes de convertirse en realidades. Y nosotros percibimos la poderosa acción que expresaba una fuerza oculta, a partir de un misterioso sepulcro romano; y poseíamos, y poseímos, el breve símbolo real que abre herméticamente los destinos del mundo de los hombres.<sup>1</sup>

»1917. — Vicisitudes variadas. Y luego, el hundimiento: Caporetto. Llegó un amanecer. En un cielo de limpidez romana, sobre la colina sagrada del Capitolio, la visión de un águila; luego, llevadas por su vuelo triunfante, dos centelleantes figuras de guerreros: los Dióscuros.

»Una visión de grandeza, de resurrección, de luz. En el desorden total en que nos habían sumergido las dolorosas noticias de la Gran Guerra, esta aparición nos confirmaba el acontecimiento que se estaba gestando: un anuncio triunfal ya inscrito en los faustos itálicos.»

«Más tarde: 1919. Fue el "azar" el que, por medio de las mismas fuerzas, de las mismas personas, vino a comunicar el anuncio al que había de asumir el cargo gubernamental —a la sazón director de un periódico milanés—: "Usted será cónsul de Italia." Fue también el "azar" el que le hizo transmitir la fórmula ritual del augurio, la misma que llevan las llaves pontificias: Quod bonum faustumque sit.

»Más tarde. Después de la marcha sobre Roma. Hecho significativo, ocasión aún más significativa. Entre las personas que presentaban sus homenajes al jefe del Gobierno, una de ellas, vestida de rojo, se adelantó y lo obsequió con un haz. Las mismas fuerzas quisieron ese acto; y quisieron que el número exacto de las varillas, la forma del filo y la trenza ritual de la cinta roja... fue-  
1. ¿Eí lituus de la fundación de Roma?

ran conformes; y esas mismas fuerzas quisieron finalmente, "por azar", que el hacha de aquel haz fuera la de una arcaica hacha etrusca, como si hubieran de conducirnos hacia unos caminos igualmente misteriosos.»'

«Hoy se está trabajando en un gran monumento, en cuyo nicho central será depositada la estatua de la Roma arcaica. ¡Que este símbolo pueda revivir con todo su poder! ¡Que su claridad pueda volver a brillar!

»En una calle cercana, muy céntrica, de la vieja ciudad, en la parte que correspondía al lugar donde se celebraba el culto isíaco en los tiempos de la "Roma de los Césares" —en tal emplazamiento se descubrieron restos de obeliscos egipcios—, se yergue un extraño edificio. Una sola particularidad es notable en este testimonio histórico: como si fuera una indestructible certeza del posible renacimiento de la Fortuna romana, en la parte más secreta de esta construcción se inscribió un signo, que aún puede verse y que, en aquellos tiempos, era de carácter hermético: el fénix coronado, que resurge de entre las cenizas. En el interior del signo, estas letras:

R.R.R.

I.A.T.C.P.»<sup>8</sup>

Así termina el curioso artículo del misterioso Ekatlos. Quizá se trataba del profesor A. Reghini, al que ya nos hemos referido, o, mejor aún, de uno de sus discípulos.

Nuestras investigaciones personales no nos han permitido averiguar más acerca de ello... Quizá la clave de este misterio resida en la campiña romana, en uno de esos castillos de la nobleza negra que, en ocasiones, parecen servir de asiento a las nubes.

1. Este hecho se comunicó en una nota de Prensa, que puede leerse en *Il Piccolo*, de Roma, con fecha 24 de mayo de 1923, en la que se dice, a propósito del haz ofrecido:

«El hacha de bronce procede de una tumba etrusca bimilenaria y tiene la forma sagrada...

Se conservan algunos ejemplares similares en el museo Kircheriano. Las 12 varillas de

abedul, según la prescripción ritual, están unidas por unas correíllas de cuero rojo que

forman, en el extremo, un nudo corredizo, para poder sujetar el haz, como puede observarse

en el bajorrelieve de la escalera del Palacio Capitolino.» (Nota tomada de *Introduzione*

*alia magia*.)

2. R.R.R. significa, sin duda, Roma renovatus resurgid Compárese con Silvestre II, el

«Papa de las tres R...».

/  
JWfSFÍ  
,'.A/  
..-f'f^.%fr\*»;\_i,!rf''\*\*\* ;V  
ilMIJil A  
\*ff\*ó  
¥, tf>

Tebas, la ciudad real.

Necrópolis de Tebas. El templo de la reina Hatshepsut.

(Foto Roger-Viollet.)

Jerusalén, la ciudad santa.

Muro de las Lamentaciones. (Foto Roger-Viollet.)



k

<4

u n ! •-,

§SÜ

v'.' Vi

ÍfjT

íré'n

í

I r S \*-•>

.% , „ \_ , : ,

Praga, la ciudad de las cien torres.

El Hradschin representado sobre la mesa de mosaico de Rodolfo II.

(Biblioteca Nacional, Viena.)

A

,

/ - % \* \* J

Machu-Picchu, la ciudad perdida de los Andes.  
(Foto X, colección del autor.)

Benarés, la ciudad sagrada. (Foto Langevin, colección del autor.)

Lhasa y su doble: Schamballah.

El «Rey del Mundo», en su trono, en el centro de la ciudad secreta de Schamballah. (Museo Guimet.)

#### 4. LOS TIEMPOS FUTUROS

Como ya habrá supuesto el lector, las profecías no dejan en la sombra a la Ciudad eterna. Hasta se podría decir que proyectan una viva luz sobre Roma, transformando la lámpara de las catacumbas en el «sol espiritual» prenunciado por Malaquías.

La profecía de Malaquías se refiere al destino de la Iglesia católica, apostólica y romana, pues la historia de la cristiandad parece indisolublemente ligada a la presencia del Papa en la capital del antiguo Imperio Romano.

El texto mesiánico fue publicado por vez primera, en 1595, a cargo del monje benedictino Arnold Wion; predijo que 112 Papas se sucederían en el trono de San Pedro antes de la llegada del «juez temible», es decir, la venida de los tiempos apocalípticos. La profecía tiene de original el hecho de que, en la mayor parte de los casos, sólo puede comprobarse más tarde, y cada soberano pontífice (futuro) es definido por un lema en latín. Hasta aquí, Malaquías<sup>1</sup> no mintió o, en todo caso, no se le ha encontrado ningún fallo. Así, por citar sólo algunos ejemplos recientes, Benedicto XV, que vio estallar la Primera Guerra Mundial durante su pontificado, se reconoció en la fórmula Religio depopulata (la cristiandad despoblada). Asimismo, Pío XI pudo contemplar cómo se le aplicaba el lema Fides intrépida (Fe a toda prueba), a él que condenó los regímenes totalitarios. Según ese calendario profético Pablo VI sería De medietate lunae (La mitad de la Luna), lo cual podría explicarse por la exploración de la Luna («Misión Apolo») durante su pontificado, el 109.º después de la profecía. En cuanto al próximo Papa, debería de ser De labore solis, es decir, el «Papa del Sol». Finalmente, después de su sucesor De Gloria olivae (La Gloria de la oliva), tiene que llegar el último Papa, «Pedro, el Romano». Aquí el texto profético se hace más claro, ayudándose con este comentario:

«En la última persecución de la Santa Iglesia Romana, habrá un Pedro romano que apacentará las ovejas en medio de muchas tribulaciones; una vez éstas hayan pasado, la ciudad de las siete

1. Malaquías, el monje amigo de san Bernardo, vivió entre los siglos xi y XII (1094-1148). Obispo de Armagh y primado de Irlanda, fue una de las grandes figuras religiosas de su tiempo. Los benedictinos, de filiación celtocristiana, recogieron, sin duda, el libro de sus profecías.

colinas será destruida, y un juez temible juzgará al pueblo.» Por su parte, el famoso mago provenzal Nostradamus, en el cuarteto 72 de la décima centuria, precisa que un «gran rey espantoso» vendrá del cielo en «julio de 1999».1

Por otra parte, el Apocalipsis de san Juan cita el «666» como la «cifra de la Bestia». Si volvemos este número del revés, obtenemos, igualmente, «999».

No obstante, es deseable que la Ciudad Eterna dure aún más tiempo, pues, de todos modos, el apocalipsis no debe confundirse con el «fin del mundo», sino que debería de corresponder sólo a una época de grandes conmociones.

Otras profecías hablan de la venida de un «nuevo emperador» romano, que unificará Occidente y que se presentará en Jerusalén, «donde depositará su corona y su cetro».

Ese «gran monarca», ese «gigante» que Nostradamus llama el «Nuevo Hércules», ¿no tendría una relación con el destino de Roma? En efecto, el recinto sagrado de la ciudad tiene la figura de una cabeza, lo cual confirmaría la leyenda del gigante Olus, cuyo cráneo fue encontrado al cavar los cimientos del templo de Júpiter Capitalino.2 Así, el santuario tomó el nombre de Caput Olis (la cabeza de Olus), que se convirtió en Capitolio.

Ahora bien, los gigantes están siempre presentes en el nacimiento o en el renacimiento de una ciudad sagrada, aunque a menudo se trate de Titanes espirituales. Recordemos el Gólgota, o «Monte de la Calavera» en Jerusalén, y el paso de Heracles (Hércules) a Roma en el episodio mitológico.

En el mismo orden de ideas, Praga, que durante un tiempo albergó en el castillo del Hradschin las insignias del poder imperial (el cetro, la corona y la espada), está situada en el corazón de la Europa Central, sobre la meseta de Bohemia, con sus bosques encantados, en un lugar que las leyendas consideran como la morada de los gigantes y enanos; los unos habitan en los «montes cristalinos» y los volcanes, y los otros, en las grutas y cuevas misteriosas de donde se extraen los metales y las gemas.

Si bien Roma es el templo que el hombre supo elevar con su genio, forzando al destino a encarnarse en el nombre de la ciudad, Praga es el templo natural donde las influencias de los «genios» emanan del mismo suelo. Esto es lo que hace de ella una «ciudad mágica», de aspectos un poco sombríos, aunque un brillante pasado de civilización y de esplendor haya podido darle ese inmutable aspecto barroco que aún tiene.

1. Teniendo en cuenta que en la época en que vivió Nostradamus no se había hecho

aún la reforma del calendario gregoriano (1582), la fecha exacta sería no el 29 de julio

de 1999, sino el 11 de agosto de 1999, que correspondería a un eclipse total del Sol en París.

2. Fue un sacerdote etrusco quien reveló que se trataba del gigante Olus.



#### IV. PRAGA, LA «CIUDAD DE LAS CIEN TORRES»

Introducción

#### OJEADA A LA CIUDAD

«Quien posee Bohemia, posee Europa.» Esta frase de Napoleón nos vino a la memoria cuando, desde lo alto del palacio real del Hradshin, corazón de la ciudad, contemplamos el grandioso panorama de Praga, capital y núcleo de Bohemia, encerrada en su protección natural de montañas y bosques.

Hasta el siglo xx, el Hradshin es el fiel reflejo de la historia, no sólo de Bohemia, sino de Austria e incluso de Europa. A través de la larga serie de corredores, las grandiosas salas, las torres macizas y oscuras, los caminos de ronda, las escalinatas y los jardines de este universo de palacios, nos parecía oír el eco de aquellas voces ancestrales, reconocer la sombra de los grandes personajes que frecuentan este castillo, tan grande como una ciudad. Poco a poco, un universo de fantasmas cobraba vida, los cuadros se animaban y salían de sus marcos, los pesados brocados se levantaban, los parques resonaban al paso de los cortesanos y, bajo los techos suntuosamente dorados, centelleaban las lámparas de cristal.

En la sombra de una torre me pareció reconocer la maciza silueta de Otakar II, el «rey de hierro», el Stalin medieval, revestido con su cota de mallas y la espada al cinto. Este despiadado autócrata consolidó el dominio y los títulos de la dinastía de los Premyslidas, los primeros soberanos de Bohemia. Hizo ampliar la pequeña fortaleza que dominaba la ciudad, para tenerla mejor entre sus garras.

174 ===== En la catedral gótica de San Vito, encerrada en las murallas

del Hradschin, no podemos por menos de evocar el recuerdo del gran Carlos IV, protector de las Letras y las Artes, que hizo de Praga la maravilla que hoy conocemos, cubriendo la ciudad de iglesias, palacios y monumentos. En 1355 proclamó la independencia, la integridad y la individualidad de los territorios bohemios, ampliando el reino de Silesia y Brandeburgo. Bajo su reinado se creó la Universidad de Praga. Quería hacer de ella la capital de Europa.

Devastado por un incendio, el Hradschin fue reconstruido por este soberano, amigo de Francia, según el modelo del Louvre. Las siniestras Torre Blanca y Torre Negra, construidas por Otakar y que servían de prisión, constituyen, con sus calabozos y subterráneos, los únicos vestigios de la época anterior.

El Hradschin es también la magia, con su «Calle de los Alquimistas», o «Calle Dorada», estrecho callejón por el que se deslizaban los espagiristas antes de meterse en su laboratorio, para vigilar la cocción del «huevo filosófico» en el atanor.

Gnosis, magia y astrología se identifican aún con el retrato de Rodolfo II, emperador de Austria durante el Renacimiento, quien escogió estos palacios como lugar de residencia, porque en ellos se hallaba aislado del mundo y podía entregarse a sus experimentos.

Ese rey aficionado al ocultismo hizo acudir a su Corte a todos los magos y alquimistas de la época. Su finalidad era encontrar el oro potable y el polvo de transmutación que permite obtener el metal precioso y el elixir de la inmortalidad.

En las amplias salas, ricamente adornadas con frescos y artesonados, aparece la silueta de la gran María Teresa, que fue coronada aquí, según sus deseos, como reina de Bohemia, en 1743.

¡Qué mujer! ¡Qué emperatriz!

Convendría recordar también las horas sombrías, cuando la tempestad de la Reforma religiosa soplaba sobre Praga con Juan Hus, rector de la Universidad Carlos, que, en 1411, levantó el estandarte de la revuelta contra el Papado y los excesos de la Iglesia.

Un acontecimiento trágico, el de la «defenestración de Praga», tuvo como escenario el ala sur del castillo cuando, en efecto, el 23 de mayo de 1618, dos grandes oficiales católicos del reino fueron precipitados desde una ventana por unos protestantes furiosos.

Más allá se encuentra el salón de las fiestas, donde los grandes prestaban juramento al rey; inmensa estancia de bóvedas góticas, con artesonados, que antiguamente resonaban con el tumulto de los torneos, junto a la célebre «escalera de los caballeros».

Más próximo a nosotros, el Hradschin recuerda la visita de

=====175

Chateaubriand al rey Carlos X en el exilio, a quien el emperador de Austria había ofrecido un ala del castillo. El autor de las Memorias de ultratumba, al contemplar la vieja ciudad de Praga desde las alturas de la colina, cree tener una visión mística, ver en la ciudad una Jerusalén celestial. Desde luego, Praga no tiene siete puertas, como la ciudad del Apocalipsis, pero sí está construida sobre siete colinas, como la Ciudad Eterna, Roma.

Y el puente Carlos, que atraviesa el Moldava (en checo, Vltava), tiene 14 arcos y 30 estatuas, lo cual, para la ciudad de los cabalistas, tiene un sentido esotérico especial si reconocemos que la reducción de 14 da 7, y la reducción de 30, 3. Dejamos que los aficionados a la cabala numérica saquen sus conclusiones mágicas. Antes de dejar atrás el imponente monumento que extiende su sombría silueta por encima de la ciudad, pensaba en los trágicos sucesos de 1939 y en la entrada de las tropas nazis en Praga. Antes de que el Gobierno hubiera abandonado el palacio, Hitler ya estaba allí, contemplando —como un águila su presa— la ciudad de Praga, desde el balcón del Hradshin, donde tantos personajes

ilustres habían asomado su rostro. ¡Cómo no pensar también en el drama nacional de Checoslovaquia en 1968, que tuvo como marco (parcialmente) los salones, recubiertos de fieltro, del castillo donde se jugaba la suerte del país!

Anochece cuando regresaba a mi hotel. Una suave brisa agitaba los tilos. Praga, en su esplendor barroco, se ofrecía a mi vista.

¡Cuántas maravillas, con un pasado evocador de viejos encantos, en aquellas calles de la «pequeña ciudad» (Mala Strana), con sus iglesias, sus palacios discretamente disimulados entre oscuros jardines, sus casas patricias, donde el blasón esculpido de las nobles familias añade a los frontones una nota de orgullo...! Barrio de los conventos, de los jardines melancólicos y de los pabellones de amor, decorado maravilloso de una ópera de Mozart, por donde le gustaba pasear al compositor de la Flauta mágica. Pensaba que Mozart había tocado el órgano en la iglesia barroca de Nuestra Señora de Loreto... ¡Cuántos recuerdos relacionados con los palacios Wallenstein, Lobkowitz, Sternberg y Czernin, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores!

¡Cuántas historias, dramáticas o íntimas, evocan las soberbias moradas que bordean «la ruta sagrada», utilizada por los reyes de Bohemia para penetrar en la vieja ciudad y a lo largo de la cual se alinean la Torre del Polvorín (Prasna Brána); la calle Celetná, tan estrecha y llena de comercios; la plaza del Ayuntamiento y, por último, el laberinto medieval de callejuelas «que se abre súbitamente, como por arte de magia, ante la plaza de los



176 =====

Caballeros de la Estrella Roja, rodeada de iglesias»! \*

En la calle Naudoava, número 37, reconozco la casa patricia donde Mozart y Jaime Casanova se reunieron varias veces en 1787 y 1789, después del estreno de Don Juan. Dicha calle, que sube hacia el castillo de Praga, es una maravilla de arquitectura: todas las casas han mantenido sus fachadas de los siglos xvn y XVIII.

En las aguas del Moldava se reflejan los campanarios románticos de la «ciudad de las cien torres». Hay que detenerse en el hermoso puente de Praga, el puente Carlos, que se remonta al siglo xvi: las fisuras de sus musgosas piedras se ornan con pequeños heléchos. ¡Cuántos personajes ilustres lo cruzaron, desde el mariscal de Bassompierre, en el siglo xvn, hasta el Reichsprotector Heydrich, en 1942, el cual pereció a dos pasos del lugar, en un atentado organizado por la Resistencia checa, cuando circulaba en su «Mercedes» blindado.

A continuación hay que dirigirse hacia la iglesia de Belén, en la que predicó el reformista Juan Hus, en revuelta contra la Iglesia. No lejos de allí comenzaba antes el barrio judío, aislado por sus murallas y sus puertas macizas, que se cerraban a la hora del crepúsculo. Aquí se alza la más vieja sinagoga de Europa, llamada «Vieja-Nueva», construida en 1270. Muy cerca se esconde el viejo cementerio judío, tan sombrío y cubierto por el musgo, que se diría algún jardín inglés o algún museo lapidario de esculturas medievales, con sus piedras sepulcrales finamente cinceladas, algunas de las cuales datan del siglo XIII. Hasta el siglo xrx, Praga fue el refugio de los judíos de Europa Central, y los rabinos cabalistas de la ciudad eran famosos en todo el mundo.

No dejaría uno de pasear por las calles de Praga, para nosotros, la más bella capital de Europa, junto con París y Viena. Su atractivo encanto está hecho de magia, de arte barroco y de recuerdos que nos asaltan a cada esquina. Aquí, cada piedra está llena de historia, que evoca constantemente Bohemia, el Sacro Imperio, Austria, el Gotha de los mecenas, los escritores y los artistas de toda Europa, desde Beethoven hasta Dvorak, sin olvidar a Mozart, Goethe y Chateaubriand. Praga no podría definirse mejor que diciendo que es una ciudad europea al igual que Salzburgo, Cracovia o Estrasburgo.

Pero lo que le da originalidad entre todas las ciudades y capitales de la Europa Central es su mágico pasado, la continua presencia en su seno de cabalistas, astrólogos, alquimistas y magos, desde la Edad Media hasta la época moderna.

Esta túnica color noche está cubierta de estrellas: el doctor

1. Emmanuel CENKOV: *Trague dans Vhistoire*, París, sin año, pág. 4.

=====177

Fausto, el mago Cornelio Agrippa, el emperador Rodolfo II, el alquimista John Dee o, más cercano a nosotros, ese escritor de lo maravilloso que fue Gustav Meyrink, autor de Golem y de La noche de Walpurgis.

En geometría sagrada, Bohemia tiene la forma de un pentágono, y en él se inscribe la estrella mágica o pentagrama, o pentáculo, que el rabino cabalista Yeduka Low había situado en la frente del Golem para darle vida...

En el pentágono de Bohemia:

la estrella de 5 brazos'l

o pentagrama.

Bohemia"

1. PRAGA EN LA EDAD MEDIA:

EL GOLEM Y LA CABALA OCULTISTA

Praga era ya famosa en la Edad Media por su «Universidad de las Cuatro Naciones», donde se enseñaba Letras y Medicina, por sus bibliotecas y sus sabios, astrólogos y hermetistas. En el barrio judío, floreciente, brillaba toda la noche la luz de los copistas.

La ciudad de Bohemia acogió en sus muros a los espíritus más brillantes de su época, sin ningún ostracismo. El alemán y el eslavo, el italiano y el francés se codeaban y se mezclaban sin problemas. Praga era llamada ya la «ciudad de las cien torres»

12 — 3.404

por sus campanarios, sus palacios y sus fortalezas. Una vista aérea de la metrópoli imperial permite distinguir las cúpulas de sus iglesias románicas: Santa Cruz, San Martín, San Longinos. Pero lo que atrae más extranjeros a Praga es la magia y, principalmente, la cabala, enseñada por unos maestros que transmitían su saber a algunos discípulos. Desde que se perdió y se dispersó después de la destrucción del templo de Jerusalén, la cabala fue reconstruida en España gracias a las investigaciones de Averroes. Desde allí, médicos judíos y rabinos la llevaron a Praga, donde se desarrolló libremente a partir de entonces, perfeccionándose sin cesar. El historiador francés Francois Ribadeau Dumas hace la justa observación de que «la cabala (del hebreo Kabbalah) ha sido el crisol en el cual, durante la Edad Media, se fundió la herencia particular de los pueblos de raza blanca del Occidente europeo, con las tradiciones de todas las razas y religiones. De ello ha resultado un curioso conjunto metafísico y filosófico, en el que los resurgimientos paganos, propios de Italia y Grecia; las tradiciones pitagóricas llevadas por los gremios y los oficios; las supervivencias celtas en el tradicionalismo y la hechicería popular y rural, así como el esoterismo gnóstico cristiano, han formado ese extraño "clima" del que surgió la magia medieval, en lo que más tarde se denomina "el ciclo faustiano".»<sup>1</sup> Podría uno preguntarse en qué es original la magia de la cabala. ¿Qué la diferencia de los otros esoterismos?

En hebreo, Kabbálah significa tradición y, en este caso, tradición esotérica. Su origen sería asirio, y los judíos habrían recibido su enseñanza durante la cautividad de Babilonia. Y puesto que, en la interpretación de los textos sagrados, la cabala se aplica a los números (cabala numérica), a las letras (cabala literal) y a los sonidos (cabala fonética), podríamos establecer una semejanza entre kabbálah (hebreo), kbl (asirio) y Kamballah<sup>2</sup> (ciudad oculta del Argartha y, en consecuencia, en la base de la tradición primordial), si recordamos que los hebreos atribuyen a esta doctrina un origen «celestial», pues habría sido «revelada» por el arcángel Raziel, de rostro verde, como Osiris, el dios de las radiaciones verdes.

La enseñanza cabalística está contenida totalmente en el Zohar, o Libro del Esplendor. Dado que se trata de una obra muy importante, por su extensión y contenido, que ha permanecido mucho tiempo en secreto, un estudiante no puede interpretarla y comprender fácilmente su texto. Los sabios cabalistas y rabinos de Praga —que eran parcialmente autores de la misma— estaban allí para guiar a los discípulos, dar su interpretación, enseñar sus glo-

1. Francois RIBIDEAU DUMAS: Historia de la magia, Barcelona, Plaza & Janes, 1973.



2. Pronunciado erróneamente (S)cbamballab.

=====179

sas a través de su experiencia del psiquismo y de la magia operatoria. La base de esta doctrina oculta era la Biblia, y la cabala era una «llave» que permitía abrir las «puertas del misterio», o sea, los diferentes sentidos del texto sagrado. Esta «apertura» coincide con la «iluminación», en la que el conocimiento y la mística se unen en perfecta armonía. Sería demasiado prolijo y complicado exponer aquí este sistema de interpretación, y nos parece suficiente con entender su principio. Lo cierto es que en el Universo en cuyo seno «nada se crea, nada se pierde, todo se transforma», existen infinitas combinaciones, que constituyen la emanación de una única verdad: el Ein Soph, o espíritu eterno, no creado e incognoscible. Podemos comprobar su existencia sólo por su forma manifestada, que es «energía, luz y vida», así como por la magia experimental.

Uno de los objetivos de los cabalistas era, pues, el de «crear la vida» simplemente tomando una parcela de la energía del Ein Soph. De esta forma hay que imaginar el Golem, o «ser animado», creado por el hombre mediante procedimientos mágicos.

Praga tuvo el privilegio de ver manifestarse al Golem por vez primera en los anales de la Edad Media.

Esta «criatura» fue obra del rabino de Praga Juda Low Ben Bezazel. En la cabala aplicada se utilizan mucho los pentáculos, los talismanes, los filtros y el famoso tetragrama, o «sello de Salomón». Juda Lów quiso ir más lejos y crear una especie de autómatas —de zombi se diría actualmente—, de robot animado, que le obedecería en todo.

La idea del cabalista era la de que el cerebro humano es un receptor de la «luz astral», única cosa que permite crear la vida inteligente. En primer lugar, nuestro hombre modeló con arcilla un cuerpo humano, de tamaño natural, tan perfecto como le fue posible. ¿Podemos imaginarnos, en una cueva oscura, ese simulacro de hombre, en actitud yacente, con las manos juntas y los ojos cerrados, en su melancólica y gris inmovilidad? Lo que no suele precisar la tradición judía es que el rabino, a guisa de armadura del Golem, había utilizado un esqueleto humano; que había mezclado con la tierra diversos productos elaborados en redomas y alambiques, productos que —mediante progresivas y complejas «sublimaciones»— habían dado a la arcilla la flexibilidad y aspecto de la carne humana.

¿No nos dice la Biblia que Dios hizo al hombre con el barro de la tierra? Adán, hombre rojo, quizá no corresponda sólo a un mito. Golem, en hebreo, significa, a la vez, feto y «materia informe».

1. Para más detalles sobre la cabala, véase nuestra obra *Le Livre de la Tradition*, París,

Robert Laffont, 1972, págs. 121 a 141.

Utilicemos de nuevo la cabala fonética. Si, tal como creemos, Adán proviene del sánscrito adima (véase el pico de Adán en Ceilán), este último término significa el primero y, en alquimia se sabe qué significan las palabras Materia Prima.

El maniquí de arcilla permaneció algún tiempo en la cueva del barrio judío. Cada día se parecía más a un ser humano sumergido en un profundo sueño. ¡Por fin, llegó el gran día! La cripta fue iluminada.

«Yacía como un cadáver sin movimiento. Y el rabino ordenó al sacerdote que diera la vuelta siete veces al cuerpo de arcilla, empezando por la derecha, y él le confió, en secreto, los zirufim<sup>1</sup> que había que pronunciar.

»Una vez terminado esto, el cuerpo de arcilla se puso rojo como el fuego.

»Y el rabino ordenó al levita que hiciera como el sacerdote, pero empezando por la izquierda, y le comunicó también los zirufim que correspondían al elemento que representaba. Y cuando éste hubo terminado, se extinguió la rojez, y afluyó el agua al cuerpo de arcilla; los cabellos crecieron en la cabeza, y en los dedos de las manos y de los pies crecieron uñas.

»Esta vez fue el propio rabino quien dio la vuelta alrededor del cuerpo de arcilla; le puso en la boca un schem escrito sobre un pergamino, y los tres, inclinándose hacia Oriente y Occidente, hacia el Sur y el Septentrión, pronunciaron juntos estas palabras: "...y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado".<sup>2</sup>

»Y los tres elementos, el fuego, el agua y el aire, actuaron e hicieron que el cuarto elemento, la arcilla, cobrara vida. El Golem abrió los ojos y miró a su alrededor con extrañeza...

»Y el rabino le dijo: "¡Ponte de pie!" Y él se levantó.

«Entonces lo vistieron con los hábitos de un schames, y en seguida cobró el aspecto de un hombre cualquiera... sólo le faltaba la palabra. Pues las palabras reveladas al rabino por el cielo no tenían la fuerza suficiente para hacer actuar los zirufim que podían dar la palabra al Golem.»<sup>3</sup>

El trabajo del Golem debía consistir en proteger a la comunidad judía contra las persecuciones, en trabajar para el rabino Low y en realizar diversas labores manuales y domésticas. «Has de saber —dijo el rabino, apostrofando al robot— que te hemos formado de un montón de tierra. Tu misión será la de proteger a los judíos contra las persecuciones; te llamarás José y pasarás la noche en la cámara de los rabinos. Tú, José, deberás obedecer mis

1. Especie de manirás, o palabras mágicas, que producían unas vibraciones especiales.

2. Génesis (II, 7).

3. Chajim BLOCH: Le Golem, París, Hertz, 1928, págs. 40-41.

=====181

mandatos e ir a todas partes donde te envíe, tanto al fuego como al agua, y aunque te ordene que te tires desde lo alto de un tejado o te mande al fondo del océano.»

Pero se había de procurar también que el Golem fuese inofensivo por la noche, cuando toda la ciudad estaba dormida y su dueño no podía vigilarlo. Por esto, el cabalista había colocado en la boca del autómeta un papel que contenía una fórmula mágica de vida. Cuando él retiraba esta fórmula, el Golem volvía a la inmovilidad

y era sólo una estatua de arcilla inanimada.

El rabino sólo tenía que deshechizar al Golem (quitándole el papel de la boca) antes de que llegara la noche; de lo contrario, éste escaparía a su control, para convertirse en juguete de las «fuerzas astrales errantes».

Todo fue bien durante varios meses, hasta el día en que se olvidó de su Golem y de quitarle la fórmula mágica. En seguida se convirtió en un monstruo incontrolable. Huyó por las calles, como un ser que se hubiera vuelto loco; y como tenía una fuerza enorme, la empleó ciegamente, y varios judíos del ghetto perecieron bajo su cerco de hierro. Las muertes causadas por el Golem se hicieron famosas hasta tal punto, que el ghetto estaba totalmente agitado, y todos decían haber visto la sombra del Golem en la esquina de una calle.

El rabino consiguió encontrar a su Golem y retirarle el pergamino de la boca. Inmediatamente, el autómeta cayó inanimado.

Mas por el ghetto, siguió circulando una leyenda: no había sido destruido el Golem, sino sólo una grosera efigie hecha a su imagen. Durante las noches erraba por las callejuelas oscuras. Era la desgracia de los que lo encontraran en su camino. Todavía en el siglo xix, los supersticiosos judíos de Praga temblaban al hablar del Golem, ya que para ellos se trataba de una operación de «magia negra», que se revolvía contra su autor. Se le atribuyeron varios incendios terribles, que arrasaron al ghetto. Si se analiza un poco, se ve que el Golem representa el alma colectiva materializada del ghetto, con todos sus aspectos sombríos, morbosos y fantasmagóricos.

Éste es también el sentido de El Golem, debido a la pluma de Gustav Meyrink. Según la tradición judía, las dos palabras mágicas que dieron vida al Golem eran ghimel y lamed, simbolizadas por las dos letras G y L.

Otra versión dice que la palabra ritual fue escrita en la frente del Golem, o que su poder residía en un pentáculo en forma de estrella de cinco puntas, colocado sobre su pecho.

Sea lo que fuere, parece ser que si hubo Golem, éste tuvo la forma de una entidad invisible, correspondiente a un arquetipo del

esoterismo judío. ¡No obstante, siempre habrá gente que crea en la realidad física del Golem! Después de todo, ¡quién sabe!

## 2. RODOLFO II, EMPERADOR Y MAGO

El Renacimiento fue la época de los descubrimientos científicos y geográficos (América, exploración de la India y del Pacífico), pero sin que declinara por ello el apogeo de las ciencias herméticas: astrología, magia y, sobre todo, alquimia.

Nunca floreció tanto el arte de Hermes como en esta época, en que se multiplicaban los tratados alquímicos y las oficinas de los «artífices de oro». Hasta los soberanos se interesaban por la transmutación

de los metales: Federico II fue uno de esos emperadores a quien ningún fenómeno curioso dejaba indiferente.<sup>1</sup>

En esta línea de los emperadores del Sacro Imperio, Rodolfo II de Habsburgo fue un apasionado de la magia, de la cabala y del hermetismo.

Poco después de su coronación, en 1576, el emperador germánico decidió abandonar Viena, donde se aburría, para instalarse en Praga, ciudad en la que estaba seguro de encontrar un clima esotérico más de acuerdo con sus gustos. En una palabra, Praga correspondía a su estado de ánimo.

El monarca hizo que le explicaran la legendaria historia de la fundación de la ciudad por Libussa, reina de Bohemia, que buscaba una capital para su reino y un marido para ella. Un misterioso caballo blanco<sup>2</sup> la guió hacia un claro del bosque y le hizo descubrir el lugar marcado por su pezuña, donde debía alzarse Praga. Al mismo tiempo, la reina encontró en aquel lugar a un hermoso caballero, llamado Premzil, que se convirtió en su esposo y que daría origen a su dinastía. Esta historia daba a la ciudad un mágico prestigio a los ojos de Rodolfo.

Í. J.-M. ANGEBERT: LOS místicos del Sol, Barcelona, Plaza & Janes, 1974 (véase el capítulo dedicado a Federico II Hohenstaufen).

2. En el simbolismo tradicional, el caballo viene del mundo telúrico, del interior de la

tierra, pero, hijo de la noche, el caballo, puesto que aquí es blanco, toma un vestido de

luz solar, imagen de la belleza realizada y de la majestad. Entonces es la representación de

la pareja tierra-cielo, que prepara la mística boda del rey y la reina.

El caballo —cuyo motivo simbólico aparece constantemente en el arte del Asia Central—

pertenece al mundo del Agartha, centro primordial que enlaza el Universo cósmico y el

mundo telúrico.

Así, pues, no es extraño que aparezca el corcel «solar» en la leyenda de la fundación

de Praga, que se encuentra en correspondencia oculta con el centro supremo (Agartha),  
lo mismo que otras «ciudades mágicas»...



=====183

Como una diadema realizada por el verde aderezo de sus bosques, Praga elevaba aún más su palacio real, el Hradschin, morada solitaria y majestuosa, aislada de las multitudes.

El historiador Philippe Erlanger observó el «extraño» aspecto de esta ciudad de la Europa Central. «Esta tierra —escribe parecía atraer las manifestaciones de lo sobrenatural. Las tradiciones paganas se mezclaban allí con las de la cabala judía y con las creencias del cristianismo. Pululaban los demonios, los fantasmas, los hechiceros, los magos... El suelo, propicio para sus trabajos gracias a sus riquezas minerales, hacía proliferar a los alquimistas, quienes en ninguna otra parte llevaron tan lejos sus investigaciones. Todo esto fascinaba a Rodolfo.»<sup>1</sup>

Esta época fue la de su fundador epónimo: Fausto, que frecuentó las calles de Praga antes de escandalizar al mundo con los prodigios de su arte. A tres siglos de distancia, el «diabólico» personaje inspiró el genio de Goethe y de Schiller. El doctor Fausto, pintado por Rembrandt en su gabinete, por haber querido «escalar el cielo», fue el Prometeo de su tiempo.

Por eso fue precipitado a los «Infiernos»...

Rodolfo escapó por los pelos a tan penosa suerte, si bien es verdad que oficialmente siguió siendo católico.

En su sueño de romanidad renovada y de Imperium, Rodolfo deseaba ser el digno sucesor de Augusto, como sus predecesores Federico Barbarroja y Federico II. Gran amante de los objetos de arte, la pieza maestra de su colección era —no nos sorprendamos— la gema augusta, camafeo que representaba la apoteosis de Augusto.

El monarca se identificó con su personaje hasta el punto de adoptar su signo zodiacal: el Capricornio, con cola de pez (signo de tierra, ascendiente Acuario = aire). Por orden suya, este emblema fue reproducido en numerosas obras. Otros objetos llevan la inscripción *Astrum fulgit Caesarum*, que significa «la estrella imperial brilla».

Una de sus pasiones era la de coleccionar piedras preciosas, que guardaba en cofres. El soberano veía en ellas virtudes mágicas disimuladas en los colores. No olvidemos el simbolismo de las gemas, tan extendido en aquella época. Así, en astrología, cada planeta corresponde a una piedra, cuya benéfica influencia se propaga a quien la lleva: al Sol, el carbunco y el color amarillo; a la Luna, el cristal de roca; a Mercurio, el ágata y los colores irisados; a Venus, la esmeralda y el verde; a Marte, el rubí; a Júpiter,

1. Philippe ERLANGER: *Rodolphe 11 de Habsbourg*, Albín Michel, París, 1971, pág. 99.

## EL HRADSCHIN

U, RSÍ?,,,Í? intíada monumental que hace de soporte de un grupo  
aleeórico <ñ

tío XVIII); 2. Puerta de San Matías (1614); 3. SaÚ española (1601)7°.

Galería % óin. é\*L&%ft coleccionres áetodoljoll); 5. Capilla-de la  
SantaCruz (sigoXVm-

6. Fuente del tiempo de Leopoldo I; 7. Puente del Polvorín; 8. Torre  
Mihulka" 9 Torre

Blanca; 10. Dalikorba; 11. Torre Negra; 12. La callejuela dorada, \*  
caliTitíos Alai

ZT!tJ3^laCÍ0 ^°bk°w,Uz » » « • Poso 'de los Ciervos; 15.Jarán de Pç

ralso; 16. Vieja escalera del castillo; 17. Nueva escalera del castillo- 18  
Jardines extra.

hs?v). EleSía d(t T0d°5 Í0S Satlt0S <mism ""P"1' \*\* ^\$Ínti?m™dlc£-

=====185

el zafiro, y a Saturno, el ónice.<sup>1</sup> El emperador buscaba especialmente las esmeraldas, de las que poseía los más bellos especímenes, procedentes de Persia.

Instintivamente, Rodolfo sentía que de aquellas gemas emanaban ondas benéficas. Le gustaba deslizar entre sus dedos aquellos frutos de la alquimia natural. Curiosamente, cuatro siglos más tarde, el nazi Goering, que vivió como un sátrapa oriental, experimentará la misma insólita atracción por las piedras preciosas. ¿Se trataría de una característica propia del alma germánica?

Ello era causa de que el romántico monarca se sumergiese a menudo en accesos de una melancolía inexplicable, de los que sólo conseguía sacarlo algún nuevo astrólogo invitado a la Corte, que anunciaba un nuevo decreto de la Providencia, leído en las estrellas.

En los comienzos de su reinado, el emperador se dedicaba a la práctica de las ciencias ocultas, que había aprendido en España, aunque no olvidaba los asuntos del reino.

Sin embargo, después de unos años de poder, y disgustado por el difícil giro que tomaba la situación política, se encerró en el Hradschin, para dedicarse sólo a la astrología y a la búsqueda de la piedra filosofal.

En Astronomía, Rodolfo había tenido por maestro a nombres gloriosos: Tycho Brahe y Kepler, que, al mismo tiempo, eran astrólogos. Tal como observa Louis Figuier, «había recibido las primeras lecciones de alquimia de sus médicos habituales, Thaddeus de Hayec y, más tarde, Michel Mayer<sup>2</sup> y Martin Ruhland. En el castillo de Praga, todo el personal era espagírico. Hasta los ayudas de cámara del príncipe se dedicaban a sus trabajos de laboratorio; entre estos últimos figuran Hans Marquand, de sobrenombre Dürbach; Yon Frank y Martin Rutzke. Uno de los ayudas de cámara del príncipe, el italiano Mardoqueo de Delle, desempeñaba un empleo más noble todavía. Poeta de la Corte, celebraba con rimas alemanas las gestas de sus cofrades y traducía en verso muchos escritos alquímicos; los artistas de la Corte ilustraban sus manuscritos». <sup>3</sup>

En el palacio imperial se sucedían sin interrupción los espagi-

1. Si tomamos ahora los signos del Zodíaco, tenemos: para Aries, el sardónice; para

Tauro, la cornalina; para Géminis, el topacio; para Cáncer, la calcedonia; para Leo, el

jaspe; para Virgo, la esmeralda; para Libra, el berilo; para Escorpión, la amatista; para

Sagitario, el jacinto; para Capricornio, la crisoprasa; para Acuario, el cristal de roca, y

para Piscis, el zafiro. . .

2. El alquimista Michel Mayer (1568-1622) es autor de numerosos tratados de alquimia, entre los que figura *Atalante fugitive* (*Atalanta fugiens*). Nacido en Holstein, este conde alemán vivió principalmente en Praga, adonde se había retirado con su maestro, el emperador Rodolfo, cuyo médico y consejero de Estado era. Se dice que Michel Mayer fue un hermetista rosacruciano.

3. Louis FIGUIER: *L'Alchimie et les Alchimistes*, París, Denoel, 1970, pág. 160.

ristas, artífices de oro, alquimistas, pero también «soplones» y otros simuladores. Infatigable, el emperador quería hablar a cada uno de ellos y, sobre todo, tratar de arrancarles sus secretos. Algunos pagaron muy cara su audacia y acabaron en un calabozo, situado en la parte más profunda del castillo. El orfebre Gustenhover aprendió por propia experiencia que no se puede bromear con el Ars hermética. La noticia de las transmutaciones que había operado en Estrasburgo llegó a oídos del emperador-alquimista, el cual ordenó inmediatamente que le trajeran al adepto. Admitido a presencia del soberano, Gustenhover reconoció que poseía el «polvo de proyección»<sup>1</sup> ofrecido por el célebre alquimista Alexandre Sethon, pero fue incapaz de llevar a cabo una transmutación. El desgraciado artista fue atrapado cuando emprendía la huida, y encerrado en la Torre Blanca, donde el emperador Rodolfo lo tuvo prisionero toda su vida.

Sin embargo, por lo general el emperador dispensaba la mejor de las acogidas a los discípulos del «arte real», a cuya disposición ponía un fastuoso albergue. Los alquimistas otorgaron al príncipe coronado el título de Hermes de Alemania, y su reputación atravesó las fronteras del Sacro Imperio.

«Rodolfo —añade Louis Figuier— fue incluido por los escritores entre los felices adeptos que poseían la piedra filosofal. Por otra parte, este hecho pareció quedar fuera de duda después de la muerte del emperador, en 1612, cuando se encontraron en su laboratorio ochenta quintales de oro y sesenta quintales de plata, colados en pequeñas masas, en forma de ladrillos. Junto a este tesoro había una cierta cantidad de un polvo color gris. Nadie dudó de que tal producto secreto constituyera los restos de la piedra filosofal del emperador. Pero el acontecimiento demostró que dicha creencia estaba mal fundada. El ayuda de cámara, Rutzke, se había apresurado a robar el tesoro, que dejó en herencia a su familia. Cuando se quiso hacer una prueba con ella, la piedra filosofal del emperador no reveló virtud alguna.»<sup>2</sup>

A fin de tener a su alcance a los «artífices de oro», Rodolfo II instaló a algunos en una estrecha avenida del Hradschin (a lo largo del muro del castillo), a la que dio el nombre de «Callejuela dorada», o «Calle de los alquimistas». Todavía puede verse esta arteria, bordeada de tiendas de orfebres y de «espagiristas», que trabajaban antes por cuenta de su huésped real.

El famoso Sendivogio, que tiene fama de haber realizado numerosas «proyecciones», honró con su visita a Rodolfo II y le

1. El polvo de proyección se describe en los tratados de alquimia como una sustancia

granulosa, de color rojo rubí. Al echar este polvo en el plomo en fusión, se transformaba

en oro.

2. Louis FIGUIER: op. cit., pág. 161.

=====187

remitió «una pequeña cantidad de su polvo, con el que el propio emperador realizó una transmutación en oro».1

Para conmemorar este acontecimiento, Rodolfo hizo empotrar en el muro de la estancia donde había realizado la operación, una mesa de mármol con esta inscripción latina, compuesta por propia mano:

Faciat hoc quispiam alius

Quod fecit Sendivogius Polonusí

El titulado poeta de los «artífices de oro» en la Corte, Mardoqueo de Delle, celebró este recuerdo en un poema compuesto a petición de su imperial señor. Y, para honrar al alquimista, el príncipe otorgó a Sendivogius el título de consejero y le impuso la medalla, presente que el filósofo hermetista exhibió desde entonces con ostentación en todas las circunstancias.

La aventura más extraordinaria es la referente a dos ingleses, John Dee y Edward Kelley.

El primero fue un auténtico hermetista; el segundo «recordaba» algo al tipo del charlatán. Sin embargo, Kelley fue quien recibió todos los honores.

John Dee, famoso en Inglaterra por sus trabajos filosóficos, había recibido un don maravilloso en forma de cristal negro, tallado en facetasa y montado en oro. Gracias a esta piedra, el hermetista inglés evocaba a una entidad astral que él llamaba el «ángel verde» y que, en sus apariciones, le llevaba una esfera de oro, que contenía el polvo de proyección.

Gustav Meyrink recuerda así esta operación de «magia ceremonial»:

«La mesa de cinco puntas, cuyo espejo llenaba casi toda la estancia, centelleó cuando Kelley —titubeando como un borracho— encendió los cirios, uno tras otro, con un tizón. Nos sentamos, según el orden prescrito, en las cátedras de alto respaldo. Las dos puntas inferiores del pentagrama estaban orientadas hacia Occidente, es decir, hacia la ventana abierta, por la que penetraba el aire frío de una clara noche de luna... Entonces, de pronto, mi boca se puso a hablar sola y pronuncié la fórmula ritual con una voz atronadora y cavernosa, que me pareció de un ser absolutamente extraño a mí.

»Un frío de muerte cayó de pronto sobre la estancia, las llamas del cirio se quedaron inmóviles, como si hubieran sido alcanzadas por un soplo fúnebre... en un instante, como un geiser que

1. Ibid., pág. 299.

2. Este cristal provenía de la tumba de san Dunstan, originario de Glastonbury.

surgiera del suelo hasta alcanzar una altura impresionante, apareció algo que tenía forma de hombre, pero que no parecía nada humano. Se solidificó en una masa color esmeralda, transparente como el berilo; se advertía en ella la implacable dureza del mineral, una dureza más evidente, más perceptible para el sentido interior, que la dureza de un material terrestre cualquiera. Se separaron del bloque los brazos, y luego la cabeza y el cuello... La aparición, con la mirada clavada en el infinito, sin mover las pestañas, permanecía inmóvil, inexpresiva. De aquellos ojos emanaba algo terrible, paralizante, mortal y, sin embargo, indeciblemente turbador y sublime... Yo sentía frío hasta en los huesos...

»Los labios del ángel, de un rojo rubí, se alzaron ligeramente por las comisuras, para esbozar una sonrisa que no era de este mundo.»<sup>1</sup> A la pregunta: «¿Quién eres?», respondió la aparición: «El mensajero de la puerta de Occidente.» John Dee pidió al ángel que le diera la piedra filosofal, y éste declaró: «Has hecho bien en buscar por el Oeste, en el reino verde. Esto me place. ¡Pienso darte la Piedra!»

El ángel reapareció a continuación y dio al alquimista el polvo rojo que tanto deseaba. La fama de John Dee y de Edward Kelley —que, en realidad, se llamaba Talbot— llegó hasta el palacio de Rodolfo II, el cual mandó llamar a los dos hermetistas. Dee y su compañero se entrevistaron con el emperador varias veces. Rodolfo quedó rendido ante el encanto de Kelley, que ejercía sobre él una verdadera fascinación. John Dee, lleno de repugnancia ante la vida fastuosa y las indignas astucias que desplegaba su acólito, huyó de Praga y regresó a Inglaterra.

En cuanto a Kelley, consiguió que Rodolfo compartiera su fe en el «ángel verde» y realizó varias transmutaciones en oro gracias al polvo rojo que se le había entregado. Además, Rodolfo tuvo extrañas visiones en su presencia.

Por orden del emperador, el espagirista fue nombrado barón de Bohemia y del Sacro Imperio y ante el altar de la iglesia recibió las insignias caballerescas de manos de los caballeros de Malta.

Kelley, convertido en mago titular, compuso un Elixir vitae del que, al parecer, se mostró muy satisfecho Rodolfo. Posteriormente, el espagirista cayó en desgracia y acabó sus días, en 1597, en un calabozo del Hradschin.

Con la misma finalidad el alquimista Sebaldschenser —que hasta entonces había trabajado por cuenta del Elector de Sajonia, otro apasionado del hermetismo—, fue atraído a la Corte de Praga en 1591. El emperador lo ennobleció y lo nombró director de

1. Gustav MEYRINK: *L'Ange a la Fenéire d'Occident*, París, La Colombe, 1962, pág. 185.



=====189

las minas de Bohemia. ¡Aquí, al menos, la historia acaba bien!  
No todos los que franqueaban el puente del «Foso de los Ciervos» estaban seguros de poder volver a cruzarlo en sentido inverso. Entre los calabozos de la «Torre Blanca» y el retiro forzoso al siniestro monasterio de Strahov, junto al palacio, el visitante podía preguntarse qué destino le esperaba si provocaba la ira del irritable soberano. Todavía en la actualidad, al subir a lo largo de la majestuosa rampa de acceso abierta en la montaña por los audaces arquitectos del Renacimiento, se siente cierta intranquilidad. La sombra de Rodolfo II flota aún en medio de la niebla, en el parque por el que le gustaba pasearse. Unos grupos mitológicos esculpidos en piedra adornaban el fantástico jardín. Aquí está representado Sansón luchando contra el león, más allá, Hércules derribando al león de Nemea, al pie del Belvedere. El león era el animal preferido del emperador, hasta el punto de que poseía un león beréber... a guisa de perro domesticado. Otra obsesión de Rodolfo era la de coleccionar relojes, cuya mecánica lo fascinaba tanto, que había llenado de ellos todo el palacio.

Esta pasión por la alquimia y las ciencias ocultas ponía a la Iglesia católica en una situación incómoda, puesto que el emperador profesaba, oficialmente, la religión romana. El Papa hizo grandes esfuerzos por «convertir» a Rodolfo, cuando la «herejía» protestante empezaba a extenderse por toda Europa.

Pero en aquel caso el emperador no admitió que se ejerciera ninguna presión sobre él y, para dejar clara constancia de su independencia,

nombró vicescanciller de asuntos eclesiásticos a un «calvinista frustrado» (Christoph Zelinsky), según la expresión de Caetani, nuncio apostólico. Era, en realidad, un «hermano moravo», y en consecuencia, un hereje: el Hermes Trismegisto de Austria y de Alemania no temía al diablo.

En enero de 1612, el emperador cayó gravemente enfermo. Pese al elixir que le administrara el alquimista Sethon, compuesto de ámbar y bezoar (concreciones calcúscas producidas por los jugos gástricos de los pájaros), la muerte se llevó a Rodolfo el 20 de enero de 1612. Su Majestad Imperial fue enterrado fastuosamente.

El féretro de plomo (metal de Saturno) que contenía los restos mortales fue depositado en la cripta de la catedral de San Vito.

La oración fúnebre fue pronunciada por un sabio, quien escribió en su diario:

«...Rodolfo II, gracias a cuya sabiduría se mantuvo la paz en el Imperio; que no tuvo ningún mal pensamiento; que despreció lo ordinario de la vida y amó sólo lo extraordinario y milagroso...»

190 JEANT-MICHEL ANGEBERT

### 3. UN INICIADO DE PRAGA: GUSTAV MEYRINK

Además de un emperador (Rodolfo II) y de numerosos alquimistas, sabios y cabalistas, Praga contó, entre sus habitantes más famosos, con el escritor alemán Gustav Meyrink, gran hermetista, autor de «novelas» o cuentos esotéricos extraordinarios y adepto de la magia tradicional.

Nacido en Viena, el autor de *El ángel de la ventana de Occidente*, *El Golem* e *Historia de los fabricantes de oro*, sentía verdadera predilección por Praga, donde encontraba el clima esotérico indispensable para su inspiración de novelista. En efecto, en la capital bohemia, Meyrink sintió ese clima a la vez barroco y romántico, extraño y familiar, que constituye el encanto de la ciudad.

Este iniciado fue miembro de la logia *La estrella azul*, de Praga, de la que llegó a ser uno de sus dirigentes. Se escribía con Annie Besant, presidenta de la Sociedad teosófica, a la que se debe la primera difusión del hinduismo y del budismo en Occidente. Alumno de un discípulo de Ramakrishna, en el Himalaya, recibió las enseñanzas y la iniciación secreta del Bhakti Yoga. Sus poderes de «videncia» llamaban la atención de amigos y conocidos. «Su biógrafo, Edward Frank, recuerda, en particular —según el mismo Meyrink—, una serie de hechos que confirman en nuestro autor unos intensos poderes paranormales: unos, innatos, y otros, adquiridos. El primero de esos hechos se refiere a un fenómeno llamado de raps: Cierta noche de 1895, en Praga, habiendo decidido trasladarse "en espíritu", durante el sueño, a casa de un amigo, el pintor Arthur von Rimay, y manifestársele mediante determinados sonidos, Meyrink se durmió con una caña en la mano. Después de unos diez minutos de profundo sueño, aunque sin soñar, se despertó bruscamente, bañado en un sudor frío y con el corazón laténdole violentamente. Tenía la impresión de que la experiencia había triunfado. Anotó la hora. En efecto, Meyrink se enteró, al día siguiente, de que el amigo y su familia habían sido despertados a aquella misma hora por unos golpes rítmicos, que parecían resonar en una de las mesas del piso. »Años más tarde, y prometido ya con la que sería su segunda esposa, Meyrink consiguió también entrar en comunicación tele-

=====91

pática con ella, en pleno día, mientras se encontraba en el tren que lo llevaba de Dresde a Praga. Se le apareció en el pulido marco de un armario para comunicarle unas importantes instrucciones, que se había olvidado de decirle por carta. Aquí también había tenido que pasar por un sueño profundo, del que despertó con la sensación de una victoria completa. Esta vez, su pulso era extremadamente lento: cuarenta pulsaciones a lo sumo.

«Todavía un tercer hecho más extraño: Sentado, desde hacía horas, en un banco frente al Moldava, Meyrink tuvo una noche la impresión de que el enlentecimiento del pulso, obtenido gracias al entrenamiento yóguico, iba acompañado de fenómenos de videncia de tipo más general, en el sentido de que esta vez se trataba, en plena ciudad, de esa apertura del ojo interior que ignora las limitaciones corporales: Meyrink veía claramente ante él un reloj que daba la hora, cuando, en realidad, el reloj estaba detrás de él.

»En el curso de las experiencias siguientes, durante las cuales vio en el cielo una serie de signos geométricos, tuvo la clara certeza de que veía aquellos signos desde todos los lados a la vez, o sea, de que había conseguido la visión de todas las partes.»<sup>1</sup>  
El reflejo de esas experiencias se encuentra en sus libros, que a menudo tienen por fondo la vieja ciudad de Praga, cuya atmósfera sabe evocar admirablemente. Así, nos da esta descripción del Hradschin en el siglo xvi: «Unos palacios negros en el camino parecen guardar el amenazador secreto que emana del Hradschin... Ante nosotros se yerguen, en su arrogante verticalidad, las torres de un monasterio: "el Strahov", me apunta la voz interior; el Strahov, que encierra tantos muertos vivientes tras sus mudas murallas, alcanzados por el rayo de los decretos que dispensan los sombríos ojos del emperador —aún felices de ver que su camino termina allí y no en aquella otra callejuela estrecha que desciende desde el castillo hacia Dalikorba, adonde podrían haber sido conducidos de noche, para ver por última vez en esta vida la luz de las estrellas. En doble y triple hilera, he aquí las habitaciones del personal imperial, unidas las unas a las otras como nidos de golondrinas en la roca, cada una apoyándose en el techo de la anterior: los Habsburgo quieren estar muy cerca de sus guardias de corps alemanes; no se fían en absoluto de la marea de ese pueblo extranjero que hormiguea allá abajo, al otro lado del Moldava. Con su masa compacta, llena de edificios fortificados, el Hradschin domina la ciudad...»<sup>2</sup>

«[...] No tarda en precisarse la doble muralla maciza, dentada,  
1. Raymond Abellio en el Prólogo a *La Nuit de Walpurgis*, de Gustav Meyrink, Paris, La Colombe, 1963, págs. 14 y 15.

2. G. MEYRINK: L'Ange a la Fenêtre d'Occident, op. cit., pág. 232.

de una fortaleza. Delante, colgada en la roca, se perfila la silueta de un estrecho edificio: es la casa del guarda, la portería; detrás, una torre enorme, robusta, maciza, sobre la cual, a guisa de una enorme veleta de hierro negro, gira el águila doble de los Habsburgo. Más arriba aún, detrás de un jardín de recreo, el enorme cubo de una segunda torre, que alza sus seis pisos, de ventanas góticas, tan altas como las ojivas de un coro; una torre, mitad fortaleza, mitad catedral, guardiana de cosas santas: Karluv Tyn —el castillo Karl Teyn—, tal como lo designó el carbonero: la caja fuerte, donde reposa el tesoro del Sacro Imperio Romano, refugio venerable y amenazante control de las joyas del Imperio...

»1

En otro lugar, Gustav Meyrink hace aparecer al héroe de su historia en el marco pintoresco y extraño a la vez del barrio judío: «Me levanté. Quería echar un vistazo al castillo a través de las rejas del parque —tras cuyas ventanas dormía ella—, antes de meterme en el sombrío ghetto. Volví a coger el camino por el que había venido, tanteando entre la espesa niebla, a lo largo de las casas, atravesando las dormidas plazas, mientras surgían los monumentos

negros y amenazadores y veía las banderas solitarias y las gárgolas de las fachadas barrocas. El frío resplandor de una farola que surgía de la bruma se agrandó, formando fantásticos y enormes círculos, con los colores del arco iris, y luego palideció como un ojo amarillo medio cerrado y se extinguió completamente detrás de mí.

»Mi pie tanteaba unos grandes escalones de piedra cubiertos de arenilla. ¿Dónde estaba? ¿En un camino de soto, escalando una abrupta pendiente?

»¿Unas paredes lisas de jardín, a derecha e izquierda? Las despojadas ramas de un árbol cuelgan por encima, llegadas del cielo: el tronco queda disimulado tras el pliegue de una nube.

»Rozadas por mi sombrero, unas pequeñas ramitas crujen al quebrarse, se deslizan por mi abrigo y caen al agujero gris que me oculta los pies.

»Luego vi un punto brillante: una luz en la lejanía, en algún lugar entre el cielo y la tierra, solitario, enigmático.

»Me he debido de equivocar de camino. Esto sólo puede ser la "vieja escalera del castillo", que costea las pendientes del jardín Fürstenberg...

»Luego, unas grandes extensiones de tierra arcillosa... un camino pavimentado.

»Se yergue una sombra maciza, de cabeza tocada con un gorro puntiagudo y negro: la Dalikorba, la Torre del Hambre, en la que

=====193

murieron unos hombres en otro tiempo, mientras los reyes cazaban allá abajo, en el "Foso de los Ciervos".

»Una estrecha y sinuosa callejuela con almenas, apenas lo bastante ancha como para que pudiera pasar de frente, y me encontré ante una hilera de casitas, ninguna de las cuales era más alta que yo.

»Me bastaba alargar el brazo para tocar los tejados. Estaba en la calle de los artífices de oro, donde, en la Edad Media, los adeptos de la alquimia calentaban la piedra filosofal y envenenaban los rayos de Luna.»'

En este campo privilegiado del esoterismo, Praga ejercía, por su magia, una gran atracción sobre el escritor. Las influencias siderales, proyección egregórica de la ciudad, no dejaban de resonar en aquel iniciado, que había despertado parcialmente sus chakras al fuego cósmico de Kundalini.

Aparte las tradiciones europeas de iniciación, cabalistas o hinduistas, Meyrink logró conocer la vida «interior» del Tao chino, que es la vertiente oriental de la alquimia, con su «disolución del cadáver y la espada», admirablemente evocada en *Le Dominicain Mane*. Los alemanes han estudiado siempre muy de cerca el «camino del cinabrio».

En este sentido Meyrink pensaba —y quizá tenía muy buenas razones para ello— que Praga se hallaba en correspondencia oculta con el «reino de Agartha» y el «mundo subterráneo». No es extraño ver en la «ciudad mágica» de Bohemia rebrotes tan manifiestos de la tradición primordial como los que hemos mencionado.

En una de sus novelas esotéricas, el célebre escritor evoca la existencia, en el corazón de los subterráneos de la vieja ciudad, de un foso, el «Pozo de san Patricio», que se hunde hacia el interior de la tierra y cuya profundidad nadie habría podido sondear.

En otra parte menciona, en unos términos mal disimulados, la correspondencia de los jardines del Hradschin con una de las «entradas» del Agartha.

Por otra parte, este tema del «centro supremo» regido por unos seres superiores desconocidos —cuyos «esclavos inconscientes» serían los hombres corrientes— es constante en la obra de Meyrink, con el «poder del nombre» (cabala fonética) y «cierta concepción de la herencia».

Al decir de Edward Frank, sus escritos son «como radios distintos de una misma esfera...».

La propia muerte de este iniciado parece como surgida directamente de una novela expresionista que hubiese escrito en el

más allá. Murió en Starnberg (Baviera), a orillas de un profundo

1. Gustav MEYRINK: *Le Golem*, París, ed. Stock, 1969, págs. 162-163.

13 — 3.404



lago de aguas verdes, el 4 de diciembre de 1932, sentado en un sillón, con los ojos abiertos y mirando hacia Oriente, hacia la luz de un pálido sol de otoño, que entraba por la ventana abierta...

Al igual que Roma con sus siete colinas, Praga es un Mándala, o «imagen del mundo». Por tanto, no es sorprendente que en este espacio mágico se desarrollaran fenómenos supranormales, tales como los de Gustav Meyrink. Esta predisposición «mediúmnica» está muy extendida por la Europa Central, tanto en Alemania del Sur (véase el ejemplo del austríaco Hitler) como en Hungría o Checoslovaquia.

Durante mucho tiempo, la nobleza checa ha tenido fama de ejercer unos poderes de «videncia». Según esta tradición, en el seno de ciertas familias se transmitirían en herencia «poderes ocultos». Esta magia correspondería, más exactamente, a la facultad de «desdoblamiento» —igual que, al parecer, la nobleza de sangre magiar sería víctima, durante largo tiempo, del fenómeno del vampirismo—/ así como al poder hipnótico, gracias al cual se puede imponer la propia voluntad a los demás.

En parte gracias a estos contactos con las «entidades astrales», se desarrollan en Praga extraños fenómenos. Así, el espectro de un famoso héroe —el patriota Ziska, que, en el siglo xv, luchó contra los disidentes hussitas y los Ejércitos del emperador—, se aparece periódicamente en la capital checa cuando van a producirse grandes acontecimientos. Esta aparición del guerrero montando un corcel salvaje, de un héroe furioso, sable en mano, es comparable a la visión de los Dióscuros, Castor y Pólux, héroes marciales vistos en Roma en unas condiciones análogas. En el recuerdo de las multitudes, el espectro de Ziska está relacionado con los sucesos de 1848 y 1918, fecha de la abdicación del último emperador Habsburgo.

Otro sentimiento que ha dominado mucho tiempo a los habitantes de Praga es el de tener la impresión de que estaban situados, en cierto modo, fuera del tiempo o en un tiempo «distinto».

Hasta comienzos del presente siglo, la ciudad parecía perseguir un sueño interior, perpetuado desde el Renacimiento en un decorado a la vez extraño e inmutable. El Hradschin, el ghetto, el cementerio judío, los bellos barrios, los puentes sobre el Moldava, nada había cambiado y la Historia parecía haberse detenido en 1. La famosa leyenda del vampiro Drácula, popular gracias a las numerosas películas

basadas en la novela de Bram Stoker, tiene su origen en la historia auténtica de un noble

de Transilvania, perseguidor de los bohemios, que vivió en el siglo xvi y cuyas crueldades



ensangrentaron los Cárpatos. Este voivoda tenía «sangre azul» magiar  
en las venas, o sea,  
tártara.

=====195

sus viejos muros del siglo xvi. En alemán, se habla siempre de Praga como de «la ciudad que no se ha movido».

Lo extraordinario de esta ciudad, es que uno está siempre en el límite —indeciso— de la magia blanca y la magia negra y es muy difícil establecer una línea divisoria.

En la Edad Media, las tentativas de crear el homúnculo y el Golem (a veces a base de esperma y sangre humana) estuvieron muy cercanas a las prácticas «diabólicas» y a la necromancia. Más tarde, la locura colectiva pareció apoderarse de una parte de la población, con la multiplicación de las sectas religiosas más o menos milenaristas (es decir «apocalípticas»). Los taboritas estaban animados por un fanatismo que rozaba la demencia y los adamitas, que iban desnudos por las calles, se lanzaban al cuello de los husitas, a quienes daban dentelladas antes de perecer como fieras bajo el puñal de sus verdugos.

En los siglos xviii y xix, Praga fue el núcleo del martinismo, disputando el primer puesto a Baviera y a sus «grandes iniciados», cuya sede se encontró sucesivamente en Munich y en Nuremberg. Aquí, como en otros lugares, hubo dos martinismos, una «montaña blanca» y una «montaña roja», sin evocar el «martinismo negro».

Junto con Roma, Praga es, principalmente, una de las dos ciudades sagradas de Europa. La «ciudad mágica» fue una de las capitales del Sacro Imperio Romano Germánico, sucediendo a la Ciudad Eterna en esta dignidad. Durante largo tiempo, las insignias imperiales fueron depositadas en una de las torres del castillo: el cetro, la corona y la espada de oro. Actualmente, el reino de Bohemia vive todavía en el corazón de los habitantes de Praga ya que, más allá de las vicisitudes presentes, Praga pudo enorgullecerse de poseer la más antigua corona de Occidente, sino del mundo: la de san Wenceslao, que reposa, resplandeciente de gemas, en la cripta de la capilla del mismo nombre, sobre su cojín púrpura bordado de escudos adornados con leones, junto con las otras insignias de los reyes de Bohemia.

Siete llaves,<sup>1</sup> cada una de ellas confiada a los principales dignatarios del Estado (presidente de la República, arzobispo de Praga, presidente del Parlamento, alcalde, ministros), permiten abrir los siete cerrojos sucesivos de la «Cámara de la corona», donde resplandece

el símbolo del antiguo «Reino de Bohemia».

Una tradición ancestral permite pensar que la antigua ciudad imperial está llamada a resucitar de su letargo para convertirse

1. La cifra siete oculta profundas resonancias esotéricas, pues es el símbolo de un

dinamismo total y una de- las llaves del Apocalipsis (7 iglesias, 7  
estrellas, 7 espíritus da  
Dios, 7 sellos, 7 reyes, etc.). Siete es el número de los cielos (7 estrellas  
de la Osa Mayor).

La ocupación alemana (iniciada en marzo de 1939) terminó el 7 de  
mayo de 1945 en Praga.

196 =====

en uno de los puntos luminosos de la Tierra, el día en que se enciendan los focos subterráneos que jalonan los «centros de fuerza» de nuestro planeta: entonces, la corona de oro de Praga se transformará en corona mística, bajo el signo alquímico de la renovación por el fuego.

V. MACHU-PICCHU,  
LA «CIUDAD PERDIDA DE LOS ANDES»

## INTRODUCCIÓN

De todas las ciudades que hemos tenido que seleccionar por su majestuosidad impresionante o su grandioso pasado, Machu-Picchu resulta, realmente, la más impresionante porque es, a la vez, la más antigua y la menos conocida.

La más antigua, pues arqueólogos de renombre hacen remontar su fundación a más de seis mil años; la menos conocida porque no fue descubierta hasta 1911 por el norteamericano Hiram Bingham, después de mil dificultades.

Rodeada de barrancos y cumbres vertiginosas por todas partes, que hacen de ella una ciudad suspendida en el cielo, a 2.200 metros de altitud, Machu-Picchu es un enigma para el arqueólogo y para el historiador. Si bien se reconoce, en efecto, en sus murallas perfectamente lisas, de bloques ciclópeos, la mano de alguna «raza de gigantes», no se sabe casi nada de sus habitantes hasta la conquista española del Perú por Pizarro, en 1532. Al menos esto es lo que nos enseña la arqueología oficial.

Para los defensores del esoterismo y de la tradición primordial no ocurre lo mismo, teniendo en cuenta las investigaciones y conocimientos

más recientes. A través de la lengua sagrada, las distintas leyendas y mitologías, la religión y las costumbres de los incas del siglo xvi, podemos reconstruir un pedazo del rompecabezas formado por las antiguas civilizaciones preincas del Perú.

En verdad los incas fueron unos conquistadores tardíos, que se impusieron sólo unos siglos antes de la llegada de los españoles. Hasta entonces, se había extendido una brillante civilización por toda la meseta andina, teniendo por capital Tiahuanaco, sobre el lago Titicaca.

200 =====

Antes de esto, otros hombres llegados del otro lado del mar, de la parte de Oriente, habían ocupado esta costa colombiana y, como eran blancos, se les había tomado por dioses. Esta historia es la que queremos explicar a través de los maravillosos relatos de la religión y del pasado incas, pues explica la prodigiosa evolución de Machu-Picchu, surgida del suelo en pocos años, para ser el santuario del Sol.

#### 1. LOS INCAS Y SUS GRANDES ANTEPASADOS

Los incas han ejercido siempre en el mundo moderno una verdadera fascinación provocada por el misterio de los fabulosos tesoros escondidos en alguna «ciudad secreta de los Andes» y por su religión solar, dirigida totalmente al astro del día y al «oro vivo».

Ciertamente, la civilización inca fue una de las más brillantes del Nuevo Mundo. Habiendo llegado a la cumbre de su poderío, los soberanos, que tenían su capital en Cuzco, dominaban toda la parte oeste de América del Sur, desde la actual Colombia hasta el Norte de Chile. La forma del poder era la monarquía hereditaria, ya que los incas auténticos eran de sangre «noble» como conquistadores

del país. Afirmaban que la tierra pertenecía a Dios.

Los incas se basaban en una administración de funcionarios meticulosos,

que vigilaban la estricta aplicación de las leyes. Bajo el gobierno de los incas, el campesino vivía feliz y no le faltaba nada.

#### LOS QUIPOS O LENGUAJE DE LOS NUDOS

A pesar de su avanzado grado de civilización, parece ser que, extrañamente, los incas no conocían ni la escritura ni la rueda. Se comunicaban mediante cordones llenos de nudos de distintos colores cuyas combinaciones infinitas permitían crear un auténtico lenguaje escrito en forma de «código» o de «escritura binaria».

Esos cordeles, cuyo secreto no se ha descubierto todavía, se llamaban quipos.

Erland Nordenskjold, especialista en la materia, facilita los

=====201

siguientes detalles a propósito de este instrumento cuya simplicidad nos desconcierta:

«El quipo está compuesto por un cordón principal blanco-gris y enrollado con dos cuerdecillas. De ese cordón cuelgan 48 cuerdecillas secundarias, divididas en cinco grupos. A algunas de esas cuerdecillas están fijados unos hilos auxiliares... En total hay 87 cuerdecillas.»

Cada quipo correspondía a una de las actividades especiales de la administración; el conjunto de los quipos relatava toda la vida y la actividad del Imperio.<sup>1</sup>

Si bien los incas ignoraban la escritura, sabían pintar y tejer admirablemente; también sabían construir, en piedras macizas talladas impecablemente, monumentos, palacios, templos, terrazas, gigantescos. Cuzco, Tiahuanaco, todavía ofrecen testimonio de ello con sus ruinas grandiosas, situadas en lugares montañosos, desafiando las leyes naturales; pues no olvidemos que la civilización inca, se desarrolló entre 2.000 y 4.000 m de altitud, a veces más. Los aventureros españoles que descubrieron Tiahuanaco, antes de que el vandalismo de los conquistadores hiciera estragos, quedaron asombrados y llenos de admiración ante esta ciudad situada en un lugar de una inefable belleza.

«El más bello monumento —escribe el cronista Garcilaso—, es una colina hecha por la mano del hombre: con esta obra, los indios habían querido imitar la Naturaleza, y para evitar que las tierras se derrumbasen, habían asegurado los cimientos con masas de piedras bien cimentadas. Por otro lado, se veían dos gigantes de piedra, vestidos con un largo atuendo y con un gorro en la cabeza. En otros lugares, también se veían muchos edificios curiosos y, sobre todo, unas grandes puertas, a veces construidas con una sola piedra.»

El padre Diego de Alcobaca, en la misma época, quedó igualmente maravillado: «Entre los edificios de Chuquiyitu, al borde del lago, hay una plaza de quince brazas al cuadrado (24 m<sup>2</sup>) y, a un lado de esta plaza, una sala cubierta, de cuarenta y cinco pies de longitud. La plaza y la sala son de una sola pieza: esta obra maestra fue tallada en la roca... Las gentes del país creen que esas construcciones están dedicadas al Creador del Universo. En ese lugar todavía se ven muchas estatuas que representan a hom-

1. Berttand Flornoy, especialista en cuestiones amerindias, aporta las siguientes precisiones al respecto: «Se sabe que en cada una de las cuerdecillas, los nudos estaban hechos empezando por el extremo inferior, es decir, que la primera serie de nudos representaba las



unidades, la segunda las decenas, la tercera las centenas. Las cuerdecillas eran de colores. Reuniendo los datos ofrecidos por los cronistas, se puede suponer que el negro significa el tiempo, el rojo el ejército o el rey, el verde los enemigos, el amarillo el oro, el blanco la plata. Había cuerdecillas de varios colores cuya disposición tenía realmente sentido.» {VAventure des Incas, Amiot-Dumont, 1960.)

202 ===== bres y mujeres y son tan perfectas que se diría tienen vida.»

Actualmente, el viajero se queda asombrado ante la misteriosa «Puerta del Sol», en la que ha querido verse un calendario cósmico, la huella de la venida de seres extraterrestres, los vestigios de una civilización de gigantes que hubiera precedido a los mismos incas en varios miles de años.

Simone Waisbard, que vivió mucho tiempo en el Perú, cree, por su parte, después de profundas investigaciones, en la existencia de varias ciudades sumergidas bajo las aguas del lago Titicaca (dividido entre Bolivia y Perú). Se trataría de ciudades fundadas por el primer inca, perteneciente a la fabulosa estirpe de los «enviados del Sol». Hasta la fecha se han realizado varias inmersiones de reconocimiento, sin que se haya obtenido ningún éxito, pero no olvidemos que el fondo del lago está cubierto de algas de dos metros de altura y de una capa de limo de treinta a cuarenta metros de espesor. En todo caso, se ha descubierto «una vía enlosada, admirablemente pavimentada en varios centenares de metros, paralela a la costa del Titicaca».1

Si hemos hablado de «extraterrestres» a propósito del lago Titicaca y de Tiahuanaco, ¿qué diremos entonces de los gigantescos dibujos del desierto de Nazca, algunos de los cuales tienen varias decenas de kilómetros de longitud, aunque sólo pueden ser distinguidos desde un avión? Se diría que un punzón gigantesco trazó en la arena esas colosales figuras, arañas, águilas: fantástico bestiario. Esos dibujos, ¿serían una imagen de las constelaciones del Zodíaco, una especie de balizas para los visitantes «venidos de otros lugares»? En todo caso, podemos hacernos la pregunta, puesto que el Perú precolombino plantea muchos enigmas sin solución; sobre todo si consideramos la religión inca, totalmente vuelta hacia el pasado y «los grandes antepasados», míticos o no. La ausencia de textos escritos (la cual nos parece realmente extraordinaria) que relaten la historia de los incas, nos obliga a proceder de forma distinta, como si los últimos emperadores hubieran querido suprimir, al desaparecer ellos mismos, toda huella de sus orígenes «sagrados». ¿Quién sabe si «la escritura» no habría sido «prohibida» por los príncipes incas, tal como nos lo cuenta el cronista Montesinos? En cualquier caso, los españoles, en 1583, quemaron todos los quipos (las cuerdecillas que ocultaban un lenguaje misterioso), suprimiendo así una posibilidad única de conocer el pasado peruano.

1. Simone WAISBARD: Tiahuanaco, París, R. Laffont, 1971, pág. 133.

=====203

#### VIRACOCHA, EL «GRAN DIOS BLANCO»

Una cosa sorprendió a todos los historiadores y etnólogos: los nobles incas no eran indios, en todo caso el color de su piel era mucho más clara. Se parecían mucho más a los europeos que a los orientales.

Ya se había observado en América del Norte la presencia de «indios blancos» al oeste de los Grandes Lagos, a partir del siglo XVIII. El explorador francés Samuel de Champion declaró, con asombro: «Los salvajes con quienes estamos en contacto... nos dijeron varias veces que unos prisioneros les explicaron haber visto, a cien leguas, unos pueblos parecidos a nosotros en su blancura, y otras cosas, habiendo visto por sí mismos la cabellera de esos pueblos, que es muy rubia, y que ellos estiman mucho más porque dicen ser como nosotros. Sobre esto no puedo pensar más que se tratara de gentes más civilizadas que ellos y que dicen que se nos parecen.»

Podríamos multiplicar los testimonios. Hoy en día, el misterio de los «indios blancos», al menos para América del Norte, está disipado. Esos «indios» eran vikingos. Navegantes intrépidos, los escandinavos, en sus drakkars, conquistaron primero Groenlandia y, posteriormente, desembarcaron, sin duda en el siglo X, en las costas septentrionales de América, a la altura de Maine y de la actual Nueva York. Se han hallado restos de construcciones y fortificaciones que establecieron en esta región. Para algunos, es difícil admitir el descubrimiento de América por vulgares «bárbaros» cinco siglos antes de la llegada de Cristóbal Colón. Pero es así. Los historiadores tendrán que admitirlo... La cosa está demostrada hoy en día.

Por otra parte, se encontraron «blancos» aislados en México, y de ello nos han dado testimonio los conquistadores.

El dios mexicano Quetzalcóatl, la «serpiente de plumas», representada en sus figuras antropomórficas con el rostro de un europeo, habría sido escogido por referencia a los drakkars, provistos de remos, con su proa en forma de cabeza de dragón que, de lejos, parecían reptiles emplumados.

Ahora descendamos a América del Sur. Ahorraremos al lector los testimonios de exploradores referentes al descubrimiento de «indios blancos» (por el coronel Fawcett y otros muchos) entre los arawaks, así como en Venezuela.

Si nos concentramos en el Perú y en Bolivia (que comprenden la parte más grande del Imperio inca) tenemos, en primer lugar, el testimonio del conquistador Pizarro, quien observó que los

miembros de la aristocracia inca tenían la piel más blanca que la de los españoles y los cabellos de color del trigo maduro. Pizarro añadió que los indígenas consideraban a los individuos blancos y rubios como los «hijos de los dioses del Cielo». Izaguirre, en sus compilaciones, menciona la presencia de «aquellos infieles blancos y rubios», «blancos y rubios a nuestra manera».1

Otro caso, muy palpable, se refiere a las momias peruanas. El descubrimiento de varias tumbas precolombinas, en 1925, a 18 km de Pisco, reveló una sorpresa importante: entre cuerpos de indios aceitunados, braquicéfalos y con cabellos negros, se descubrieron varias momias de gran estatura, con el rostro alargado, delicocéfalos de cabello castaño y, a veces, incluso rubio «paja». Jacques de Mahieu, profesor de la Universidad de Buenos Aires, que se dedicó exhaustivamente a este tema, saca la siguiente conclusión definitiva:

«La presencia en el Perú precolombino de blancos de biotipo nórdico no puede ponerse en duda. El problema consiste en saber a qué época pertenecen las momias que lo prueban. Como siempre que se trata de cronología prehispánica, las divergencias de opinión se cifran por siglos, y hasta por milenios. Thor Heyerdhal menciona con prudencia que el método del carbono 14 sugiere que las momias de Paracas datan del año 500 a. de J.C., con un margen de error de doscientos años más o menos... así, pues, hay dos posibilidades: o bien la datación es tan fantástica como tantas otras efectuadas sobre una base distinta, y las momias rubias pueden pertenecer, entonces, a descendientes de los escandinavos

y de los islandeses del Vinland y del Huitramanaland, o a sus predecesores inmediatos del mismo origen; o bien el carbono 14 tiene razón, y habrá que admitir una inmigración nórdica, muy anterior a la que la historia indica, que se remontaría al siglo xu a. de J.C., cuando los hiperbóreos invadieron Europa central y meridional, atacaron Egipto sin ningún éxito durante el reinado del faraón Menepthah, de la III dinastía, y se replegaron a Palestina, donde la Biblia los menciona con el nombre de filisteos. Los hiperbóreos venían de Dinamarca y del sur de Noruega, de donde habían sido expulsados por cataclismos naturales. Eran unos marinos excepcionales y poseían navios de alta mar; no sería extraño que algunos de ellos se hubieran dirigido hacia el Oeste.»2

Por nuestra parte, sólo añadiremos esto: ¿por qué esas migraciones blancas no serían aún más anteriores? Los vestigios de

1. Podría hacerse también un estudio de los orígenes «blancos», muy lejanos, de los polinesios.

2. Jacques de MAHIEU: Le Grand Voyage du Dieu Soleil, Ed. Spéciales,  
1971, páginas  
59-60.

=====205

la civilización preincaica revelan, en efecto, un pasado mucho más lejano. Denis Saurat emite una hipótesis seductora y fantástica a la vez. Ese discípulo de Horbiger piensa que el antiguo Perú se hallaba casi al nivel del mar, mientras que, en la actualidad, la altitud media es de 3.000 m.

Según él, se produjo una gigantesca marea, que fue provocada por la caída de la «tercera luna».1 Al verse disminuida la gravedad terrestre por la proximidad de la masa lunar, cada vez más cercana a nuestro Globo, habría provocado la subida de los océanos, formando una especie de «burlete de agua». Esta antigua costa, según Denis Saurat, pasaba delante de las ruinas de Tiahuanaco, que era entonces un puerto. Al mismo tiempo, el autor postula la existencia de una «raza de gigantes» que habría efectuado esas construcciones colosales. La presencia de bloques de gres de más de cien toneladas, de piedras de nueve toneladas labradas en seis caras de muescas inexplicables plantea, efectivamente, un problema a los arqueólogos quienes, hasta ahora, ¡han sido maravillosamente discretos!

Esos gigantes habrían sido únicamente los reyes-pontífices (constructores) de pueblos de talla normal. Dado que aquí tocamos un terreno que, en ciertos aspectos, se parece a la «ficción», no es sorprendente que se elaboren otras hipótesis, especialmente la del profesor Louis-Claude Vincent, partidario convencido de la existencia de Mu, la isla-madre de todas las civilizaciones. Para él no hay duda: las inmensas ciudades cuyos vestigios conocemos existían antes del hundimiento del continente de Mu, o sea, antes del Diluvio «hace más de 12.500 años». En aquella época, Tiahuanaco «era entonces un gran puerto, establecido a orillas del Pacífico, y que hoy se encuentra elevado a 3.812 m de altitud, en la orilla sur del lago Titicaca, y a 40 km al noroeste de La Paz, capital de Bolivia».

Las tradiciones de los incas indican que cuando sus antecesores llegaron a las costas del lago Titicaca, encontraron las ruinas de Tiahuanaco y los indígenas les dijeron: «Que existían desde hacía mucho tiempo y que esta importante ciudad había sido habitada antiguamente por blancos, desaparecidos súbitamente a consecuencia de un inmenso cataclismo que no podría ser más que el Diluvio.»2

1- Horbiger postula la existencia de varias «lunas» sucesivas. Cada vez, la luna atraída por la órbita terrestre, se acerca más y más a nuestro Globo, provocando con su masa un aligeramiento de la gravedad. Ciertas razas sufren una mutación y se convierten en «gigantes».

La civilización se desarrolla. Luego, la luna, al acercarse demasiado, levanta los océanos y provoca catástrofes inauditas... Se termina un ciclo, la luna estalla en pedazos y una «nueva luna» es atraída por la tierra. Así, la última luna que se desintegró sería el tercer satélite de la Tierra, mientras que el astro actual sería el cuarto.

2. Louis-Claude VINCENT: Le Paradis perdu de Mu, tomo II, ed. La Source d'Or, Marsat,

Esto nos lleva a los «iniciadores» blancos venidos, al parecer, en varias oleadas sucesivas, de las que la última, en el siglo X, habría fundado la primera dinastía inca propiamente dicha. Encontramos un eco de estos acontecimientos históricos en la leyenda religiosa de Viracocha.

En la religión inca, la isla del Sol, en el centro del lago Titicaca, ocupa un lugar eminente y esto es muy normal, dado que sus habitantes eran considerados como dioses por los indígenas. Se les daba el nombre de Atumuruna o Atumaruna lo que, en lengua quichua, significa «hombres con cabeza de luna», término equivalente a «rostro pálido» entre los indios de América del Norte.

El jefe divino de los primeros habitantes de Tiahuanaco se llamaba Viracocha (se pronuncia Huirakacha). Se ha traducido esta palabra por «Espuma del mar». Pero es completamente fantástico.

Si consideramos al quichua derivado del viejo escandinavo (teniendo en cuenta la hipótesis de la venida de los vikingos o protovikingos) todo resulta claro. Huitr, en antiguo escandinavo, significa «blanco» y God (Gott) = Dios. Como que el sonido T no existe en quichua, los indios pronunciaban ch. Así, pues, Viracocha sería el «Dios blanco». Es, a la vez, sacerdote y guerrero; sacerdote, puesto que oficia y sirve de intermediario entre los dioses y los hombres, los quichuas lo describen como un sacerdote blanco y barbudo cubierto con un atuendo blanco que le llegaba hasta los pies, y llevando un libro en la mano; guerrero, puesto que fue un gran conquistador que sometió el país entero.

He aquí lo que dice la leyenda: cuando después del Diluvio, las aguas se retiraron, el Creador supremo Viracocha se fue a residir a Tiahuanaco; modeló con tierra unos muñecos que representaban a los hombres de diversas tribus. Los vistió con el traje y los adornó con las insignias que tenían que llevar. Luego les insufló su aliento para que se convirtieran en seres vivos. Entonces, les ordenó que se metieran debajo de la tierra y que salieran por los sitios que él indicaría. Allí sería donde tendrían que fijar su morada.

Unos aparecieron en la cima de los picos, otros en las cuevas, en las fuentes, en los árboles. A partir de entonces, cada uno de aquellos lugares fue venerado como lugar sagrado o «Huica». Pero, en aquel tiempo, reinaba la noche. Entonces, el Creador supremo ordenó al Sol, a la Luna, a los planetas y a las estrellas que se elevaran del lago Titicaca y subieran al Cielo para prodigar su luz sobre la Tierra. La Luna era la más bella, irradiaba la claridad más deslumbrante. El Sol se sintió celoso de ella y le tiró a la cara un puñado de cenizas: desde entonces, ella se puso triste y pálida. No obstante, una pareja se había salvado del Diluvio: Manco-Capac y su hermana, Mamá Oello. Antes de subir al Cielo,



=====207

el Sol les comunicó que tendrían una larga posteridad. Ellos engendraron

una raza y fundaron un imperio, pero no olvidarían nunca que eran sus hijos. Dicho esto, el Sol subió al Cielo. Viracocha ordenó a la pareja que desapareciera bajo la tierra. Obedecieron y salieron en un lugar llamado «Paccari Tampu», lo que significa «Albergue de la Aurora». En efecto, desde allí, al alba, partieron para cumplir su cometido.

Los atumrunas perdieron su poder, expulsados por las armas. Entonces empezó una época de anarquía hasta el día en que un nuevo ejército conducido por un blanco, Manco-Capac, reconquistó Cuzco y las otras ciudades. Él y su hermana, Mamá Oello, con quien se casó, fundaron la primera dinastía inca o «inga» que, en escandinavo antiguo, significa «de la estirpe de...» (ing). En las tradiciones indígenas, había cuatro hombres blancos llamados Ayar (los señores escandinavos se llamaban Yarl). En cuanto a Manco-Capac, hay que ver ahí la raíz man (hombre), y ko la abreviatura de konungr que en los dialectos escandinavos significa «rey». Capac es comparable a Kappi (héroe, caballero).

Así, pues, Manco-Capac sería el «rey-caballero» llegado en la barca solar para ocupar la «isla en medio del lago».

Los descendientes del primer inca constituyeron una casta aristocrática: los incas de sangre real, que no se casaban más que entre ellos mismos. En cuanto a los miembros de la familia imperial se unían solamente entre hermanos y hermanas, a fin de conservar pura la sangre de los «hijos del Sol».1

Cuando los españoles descubrieron en las tumbas incas las momias reales, «dos les parecieron excepcionales: una por sus cabellos de un rubio muy pálido —era la de Huirakocha, llamado así a causa de su aspecto físico— y la otra, la de su mujer, porque era "blanca como un huevo"».

Los fundadores y los habitantes de la ciudad más sagrada pero también más secreta, Machu-Picchu, en el corazón de las montañas de la cordillera de los Andes, no eran distintos. La «Ciudad perdida» hallada por Bingham era la de las «Vírgenes del Sol», de los sacerdotes y reyes de los primeros tiempos, que regresaron después de siglos de ausencia, esta vez por vía marítima y luego por camino terrestre, mientras que sus lejanos predecesores, antepasados míticos, habían venido, indudablemente, del «cielo».

1. Op. cit., pág. 81.

## 2. EL DESCUBRIMIENTO DE MACHU-PICCHU

El arqueólogo norteamericano Hiram Bingham estaba convencido, desde hacía tiempo, de la existencia de una «ciudad secreta» de los incas cuando organizó una expedición para descubrir esta «ciudad mágica» en el corazón de las montañas andinas. Bingham se puso en camino en julio de 1911, acompañado de otros dos sabios, el profesor Harry Ward Foot de la Universidad de Yale y el doctor W. M. G. Irving pasando por el extraordinario cañón de Urubamba situado al pie de la fortaleza de Salapunco, cerca de Torontoy.

Pero cedamos la palabra al hombre que protagonizó el descubrimiento. Así trataremos de sumergirnos en la atmósfera tan particular creada por esos grandiosos horizontes.

«En ese punto —informa Bingham—, el río se labra un camino a través de gigantescas montañas de granito. La carretera transcurre por un paisaje de un encanto inigualable. Tiene la majestuosa grandeza de las montañas canadienses, así como la belleza de Nuuanu Pali, cerca de Honolulu, por no citar las encantadoras perspectivas del Koolan Ditch Trail, mi tierra natal. Por la variedad de su encanto y el poder evocador de esos lugares, pienso que no existe ningún otro lugar en el mundo que pueda compararse con él —no sólo por sus grandes picos cubiertos de nieve que atraviesan

las nubes hasta alcanzar más de tres mil metros por encima de ellas; por sus precipicios vertiginosos abiertos en las masas graníticas que se elevan a centenares de metros sobre rugientes cascadas; sino, sobre todo, por su vegetación abundante y la misteriosa atracción de la jungla.

»Y, por encima de todo ello, todavía existe la fascinación de encontrar aquí o allí las huellas de una civilización desaparecida y estar atento al rumor de los antiguos constructores que, hace ya varios siglos, se refugiaron en esta región que les pareció un lugar eminentemente propicio, un santuario inviolable para los seres oprimidos en que se habían convertido.»<sup>1</sup>

La aventura que se anunciaba bajo felices auspicios tuvo una fastidiosa continuación. Ante los obstáculos naturales cada vez

1. Hiram BINGHAM: Lost City of the Incas, Nueva York, Duell, Sloan y Pierce, 1930, págs. 159-160.

=====209

más grandes que se alzaban en su ruta, los días que pasaban y no aparecía nada, los compañeros de Hiram Bingham terminaron por cansarse y decidieron abandonar la búsqueda.

Nuestro arqueólogo, animado por una fe inquebrantable en el resultado, continuó su ruta acompañado de su único guía indio. Y, posteriormente, en un claro, aparecieron de pronto unos muros gigantescos, templos en ruinas medio ocultos por la abundancia de la vegetación tropical.

Latiéndole el corazón, Hiram Bingham tomó la escalera monumental que daba acceso «a las ruinas de los dos conjuntos monumentales más bellos de la América precolombina». Aquellas construcciones no estaban hechas por hombres, sino por gigantes; las paredes, en magnífico granito blanco, estaban aparejadas con bloques ciclópeos más altos y más anchos que un hombre. «Cada construcción —escribe Bingham— tenía sólo tres paredes y estaba totalmente abierta por una parte. El templo principal tenía unos muros de cuatro metros de altura adornados con unos nichos de exquisita factura... Debajo de los nichos del fondo había un monolito rectangular de cuatro metros veinte de largo, quizá se trataba de un altar de sacrificios, pero, con mayor probabilidad, de un trono para las momias de incas desaparecidos, expuestas a la adoración. Parece ser que la construcción no había tenido nunca ningún techo. La línea de la techumbre, aparejada en bloques lisos de una gran belleza, no ofrecía ninguna disposición para recibir un techo, así el Sol podía ser recibido por los sacerdotes y las momias. Apenas podía creer lo que veía al examinar los bloques más grandes de la parte inferior y estimaba que debían de pesar de diez a quince toneladas cada uno. ¿Creería alguien en mi descubrimiento? Por suerte, en este país donde los relatos vividos no son precisamente privilegio de los viajeros, yo tenía un buen aparato fotográfico y el sol brillaba alto en el cielo.

»El templo más importante está cara al Sur; en él hay una pequeña plaza o una especie de patio. Al lado de la plaza había otra construcción asombrosa: las ruinas de un templo perforado con cuatro grandes aberturas que miraban hacia el Sol levante a través del cañón. Como sus vecinas, es única en todas las ruinas incas. En ninguna otra parte se puede encontrar nada igual en cuanto a la concepción o la ejecución. Sus tres ventanas de tamaño notable, realmente demasiado grandes para ser de uso corriente, estaban magníficamente construidas con una solidez y un esmero muy especiales.

»Sin duda, era un edificio sagrado con un significado muy especial. Que yo sepa, ningún otro monumento del Perú posee una estructura similar, tan peculiar como "una pared de albañilería

14 — 3.404

con tres ventanas". Recordaremos que Salcamayhua, el peruano que efectuó el recuento por escrito de las antigüedades del Perú, en 1620, decía que el primer inca, Manco el Grande, ordenó "que se realizaran unos trabajos en su lugar de nacimiento, que consistían en una pared de albañilería con tres ventanas". ¿Se trataba de mi descubrimiento? Si era así, no se trataría de la capital de los incas sino de la ciudad natal del primer inca. No se me ocurrió que podía ser las dos cosas a la vez. (...)

»Quizá se trata de la "principal ciudad" de Manco y de sus hijos, que Vilcapampa, la "universidad de la idolatría", estaba allí, a la ciudad que fray Marcos y fray Diego habían intentado llegar.»<sup>1</sup>

En efecto, hay que precisar que el verdadero nombre de la «ciudad perdida de los Andes» no es Machu-Picchu. De hecho, si no se trata de Vilcapampa, no sabemos cómo se llamaba la ciudad en realidad. Machu-Picchu es el nombre de la cumbre que, junto con Huayna-Picchu (la ciudad gemela), enmarca la ciudad. Actualmente, el emplazamiento de Machu-Picchu ha sido despejado de la vegetación tentacular que la rodeaba y el viajero puede acceder a la ciudad por un pequeño tren de cremallera, digno del siglo pasado, que, partiendo de Cuzco, se cuele por los desfiladeros a través de un paisaje de extraña belleza, hasta llegar a la pequeña estación de Machu-Picchu después de un viaje de varias horas.<sup>2</sup>

También puede llegarse por una carretera, que parece más bien una pista, y por los propios medios. Desde luego, esto resulta mucho más romántico. Es también el trayecto tradicional de los primeros exploradores y arqueólogos, o incluso de los aficionados a las emociones fuertes. Jean Raspail, que tomó parte en la expedición Marquette, cuenta así su llegada:

«Al salir del dificultoso camino en zigzag que atraviesa los quinientos metros de desnivel desde el torrente hasta la ciudad, contemplamos panorámicamente la ciudad aérea, colgada sobre sus dos colinas, y que recorta la línea de sus templos sobre un contorno de montañas. El corazón se nos para unos instantes, sobrecogido de respeto, de temor místico y de admiración. ¡Jamás he sentido una emoción igual como el día en que vi Machu-Picchu por vez primera!

»El lugar es salvaje, grandioso, rodeado por todos lados de una imponente barrera de sombríos picos montañosos amenizados por los reflejos más claros de una devoradora jungla. En las lejanías, al Sur, se alza la blanca masa de las nieves eternas del

1. Op. cit., págs. 166-167.  
2. \_ El tren tiene tres clases, más un vagón-salón muy del siglo xix que ha de ocupar

el turista europeo.

=====211

macizo de Salcantay. Al Norte, frente a frente, asoman las puntas de otros picos de la cordillera de Vilcapampa, desde donde Manco el sublevado dirigió la revuelta inca durante casi diez años. A ochocientos metros por debajo de las cimas del Machu-Picchu<sup>1</sup> y del Huayna-Picchu<sup>2</sup> que enmarcan la ciudad, corre el Vilcanota, gruñendo por estar prisionero de tan profundos desfiladeros. Con sus aguas oscuras saltando por encima de los peñascos, describe una amplia curva cuyos dos bucles se vuelven casi a juntar y rodean el doble promontorio rocoso donde están suspendidas las dos ciudades-fortalezas de Machu-Picchu y Huayna-Picchu.»<sup>8</sup> Esta vía de acceso es reciente y no corresponde a la ruta trazada por los incas, adosada al flanco de la montaña, y que aborda la ciudad por el lado Sur donde se halla la puerta principal de la fortaleza-necrópolis.

Las dos rutas incas enlosadas, que parecen vías romanas y que provienen del Machu-Picchu, contornean la montaña para reunirse formando una monumental escalera de piedra que conduce a las puertas de la ciudad.

Lo curioso es que esa red de carreteras del Machu-Picchu es completamente autónoma y no está relacionada con la red inca que, sin embargo, es muy densa. Uno piensa inmediatamente en la gran antigüedad de la ciudad, que ya era referida en las tradiciones locales, en el tiempo de los incas. El último descendiente de la prestigiosa dinastía, Manco II, eligió —no obstante— «nido de águilas» inexpugnable como base de repliegue y resistencia al invasor español, que nunca consiguió descubrir su acceso.

La puerta de la ciudad es monumental, de forma trapezoidal, rematada arriba por una gigantesca piedra rectangular. Un bastión avanzado protegía el lugar contra los eventuales invasores. Una muralla de cinco metros de altura constituye el recinto sur de la ciudad que puede dividirse en tres partes o barrios que corresponden a las tres castas tradicionales.

Pues hay que tener en cuenta que Machu-Picchu no era una ciudad como las demás, sino un «alto lugar espiritual» que, por su posición «aérea», estaba en contacto con el imperio de los dioses.

La ciudad entera estaba orientada hacia el culto solar, la más vieja religión del mundo, las ceremonias religiosas y funerarias que hacían de ella un inmenso templo-necrópolis.

Había, pues, tres barrios. El primero, fuera del recinto sagrado, estaba reservado a los campesinos que suministraban víveres

1. Machu-Picchu, en quichua, significa: «Vieja cumbre».

2. Huayna-Picchu significa: «Joven cumbre».

3. Jean RASPAIL: terres et Peuples Incas, París, Julliard, 1954, págs. 86-87.



a la ciudad. Todavía pueden verse las casitas de piedra y los terraplenes que señalan las huellas de este habitat.

En el interior de la ciudad, en la falda del Machu-Picchu, estaba la «villa noble» cuyos templos y palacios están contruidos en granito fino. Las construcciones se detienen bruscamente sobre un promontorio rocoso que se desploma en una perpendicular de cuatrocientos metros dominando el torrente que se desliza abajo. Allí se hallan la «plaza sagrada» y el observatorio del Sol. Ese barrio estaba reservado a la casta sacerdotal, a los sacerdotes del Sol. Todavía se encuentra allí la inmensa piedra plana de los sacrificios y, en el centro de la plaza, confundiéndose con un menhir, la piedra que —midiendo el Sol— al mismo tiempo marcaba la hora, y, por último, el templo con las tres ventanas trapezoidales. El barrio «aristocrático», o de dominio, comprendía los edificios para la defensa y los palacios, rodeando el «campo del Sol» en el centro, dominado por el templo-mausoleo semicircular que oculta una cueva.

Hay que observar que la ciudad poseía una importante red de traída de aguas formada por canales y conducciones de piedra partidos por todos los clanes de la ciudad. Debe señalarse que, aparte las tres clases que acabamos de evocar, la población, al igual que en Roma, estaba dividida en clanes, los cuales poseían cada uno sus bloques de vivienda.

Más de cien escaleras permitían el paso de uno a otro barrio en esta ciudad construida en gradas para servir, como la fabulosa Poseidonis de la Atlántida, de anfiteatro a las fiestas solares. El sumo sacerdote oficiaba en el «Templo del Sol», que alzaba sus tres muros intactos sobre la plaza sagrada. Desde allí, subía por la gran escalera sagrada tallada sobre el flanco del precipicio que conducía al Intihuatana {Inti = sol y Huatana = = observatorio). Allí todavía se encuentra el altar tallado en un sólo bloque de piedra. Las aristas del monolito indican las grandes direcciones geográficas. Se trata, pues, de una «tabla de orientación» con un destino sagrado, que señala el «corazón secreto» de la ciudad donde se juntaban las corrientes telúricas y cósmicas.

1 Con ocasión de las ceremonias grandiosas del solsticio de invierno, los grandes sacerdotes, mediante sus invocaciones, «detenían» el curso del Sol hacia el horizonte y le permitían volver a tomar su ruta «ascendente». Luego se encendía un nuevo fuego por medio de un espejo de oro cóncavo, que indicaba el renacer  
1. Este emplazamiento, rodeado de muros, pero destacado hacia arriba, constituía un reloj de sol, un intihuatana, es decir un lugar donde se aprisionaba al Sol. Según las últimas

investigaciones, esta construcción, que recuerda un altar, constituiría el microcosmos del mundo inca.

=====213

del astro. Si el día era demasiado oscuro, se recurría a la fricción de las dos varillas del arado primitivo.

El emblema del disco de oro estaba presente en el Gran Templo, y llevaba grabado en medio de sus reflejos un rostro humano; el de la Luna, que lo acompañaba en los santuarios, símbolo de las polaridades complementarias, Era de plata; los estrellas formaban parte del recorrido del astro del día. Como en la India védica, la Luna tejía con sus rayos una tela de gloria para vestir al bienaventurado en el Paraíso. El arco iris de siete rayos también era objeto de gran veneración.

En la época del esplendor preincaico sólo los nobles, los sacerdotes y las sacerdotisas, las novicias y las «Vírgenes del Sol», vestales guardianas del fuego sagrado, estaban autorizados a franquear el recinto sagrado de la ciudad-santuario.

En el secreto de la noche, los reyes-sacerdotes, por medio de la gran esmeralda mágica, la diosa verde, captaban el poder de las estrellas.<sup>1</sup>

Hiram Bingham veía en Machu-Picchu la gran ciudad legendaria de Tampu Tocco, «especie de Jerusalén andina, réplica de un Eldorado». Pizarro y sus ávidos compañeros buscaron durante mucho tiempo el emplazamiento de la Ciudad Santa, ansiosos de nuevas riquezas. Pero no descubrieron nada. El misterio continúa, puesto que la leyenda atribuye a Machu-Picchu la custodia de tesoros fabulosos encerrados en subterráneos cuyas salidas están cuidadosamente disimuladas. Se dice asimismo que, en sus flancos, conserva la inmensa cadena de oro del rey Huáscar, de doscientos metros de longitud.

Pero volvamos a la «ciudad secreta» y a sus templos misteriosos. Cerca del «mausoleo real» que acabamos de evocar se hallaba un templo extraordinario, verdadero santuario donde, como en Egipto, se ejercía un culto mágico en torno a las momias. Seis grandes nichos de la altura de un hombre adornan los muros del templo mortuario. Allí estaban expuestas las momias veneradas de los príncipes y de los sacerdotes. En Cuzco, los incas sentaban a las momias imperiales, cubiertas de oro y de joyas, como reliquias, sobre unos tronos preciosos, en el Templo del Sol.

Las vísceras habían sido retiradas mediante una incisión y, como en Egipto, colocadas en unos jarros separados; mientras que  
1. Las excavaciones emprendidas por Bingham en Machu-Picchu permitieron descubrir en las tumbas unas curiosas piedras verdes en forma de animales (piedras mágicas) que acompañaban como talismanes al muerto durante su viaje al más allá. El arqueólogo norteamericano

les atribuye una antigüedad muy anterior a la de los incas, pero no puede dar ninguna explicación satisfactoria al respecto (fueron encontradas en gran cantidad cerca de la peña de la Serpiente, el lugar de sepultura más antiguo de la ciudad); en ninguna otra parte del Perú se encuentran esas piedras.

214 =====

en el cuerpo se instilaba un licor vegetal, destinado a impedir que las carnes se corrompiesen. Por último, se disecaba el cadáver al sol o por medio de unos humos sabiamente combinados. En aquel momento se daba al cuerpo la posición replegada «como un feto», característica de las momias peruanas. A continuación el cuerpo era colocado en un fardo, una especie de huevo que indicaba el retorno del muerto a la matriz original, rodeado Sección de una momia, rodeada de su «fardo» de cintas hasta formar una especie de «muñeco de nieve», sobre el que se ponía una cabeza postiza. Esos muñecos enfajados tiene algo siniestro, como lo testimonia la aventura ocurrida a Roger y Simone Waisbard durante sus investigaciones en las tumbas incas y preincaicas: «No faltan amigos, en efecto —explican— que nos avisen de las misteriosas venganzas de las momias que, ya ahora, nos persiguen en sueños. Hecho, por otra parte, todavía más incomprensible, al principio de nuestra intrusión en su mundo desconocido, mientras que pudimos conseguir las fotografías

=====215

de cerámicas, de tejidos y otros objetos exhumados de la waca "Pan de azúcar", ¡no conseguimos que apareciera en la foto ninguna imagen de momia! Y lo que es peor, el decorado que rodeaba al personaje en su sarcófago de tela aparecía muy claramente, pero únicamente un halo blanco marcaba el emplazamiento de la momia y el arqueólogo que la presentaba tenía entre sus manos... ¡el vacío! O bien nuestro aparato fotográfico se bloqueó, o el flash que a veces tuvimos que utilizar se negó a funcionar... Finalmente, y con riesgo de que se burlen de nosotros, esperábamos el resultado de nuestras fotografías<sup>1</sup> con cierta aprensión.»

Pero dejemos un instante las momias y su magia para admirar las ruinas de Aclahuasi o «Casa de las hijas escogidas», es decir, de las «Vírgenes del Sol». Cuando el Imperio inca estaba en su apogeo, había unos colegios de vestales en Cuzco, en una isla del lago Titicaca y en Pachacamac, en la costa del océano Pacífico. Debiendo permanecer castas bajo pena de ser enterradas vivas, como en la antigua Roma, las «Vírgenes del Sol» tenían que velar día y noche el «fuego sagrado» que no debía apagarse nunca. Otra obligación era cocer el «pan sagrado» y preparar el licor de maíz fermentado para las grandes fiestas que se daban en honor del Sol. Tenían que confeccionar unos preciosos vestidos para la Corte del inca. Eran las doncellas de una divinidad o las esposas místicas de los ídolos sagrados.

El inca, de vez en cuando, elegía a algunas compañeras entre esas vírgenes, pues su persona era sagrada. La vestal así elegida se convertía en la esposa del dios vivo.

Podemos imaginarnos el templo de las vestales de Machu-Picchu en los tiempos de su esplendor, con sus paredes interiores cubiertas de oro puro reflejando la llama del fuego sagrado que era mantenido por las muchachas vestidas en lino blanco, mientras que resonaban los himnos en honor del disco solar.

Todos los templos estaban orientados, siguiendo los principios de la geografía sagrada, según los puntos cardinales.

La ciudad gemela de Huayna-Picchu que corona la cima frente a ella, es el paredro místico de Machu-Picchu, consagrado al «reino de los muertos». Se accede a duras penas por un laberinto de escaleras y de calles que nacen en el barrio de los sacerdotes. Por esas escaleras megalíticas, de abruptos escalones tallados en la roca y medio invadidas por la vegetación tropical, se llega —sobre abismos vertiginosos de setecientos metros—, a la ciudadanecrópolis.

Pero escuchemos la narración del explorador Jean Raspail:

«Del fondo del desfiladero, sube un ruido de trueno arrollador

1. Simone y Roger WAISBARD: *La Vie splendide des momies péruviennes*, París, R. Juffiard, 1960, págs. 22-23.

que sólo interrumpe el silencio. Como antítesis del montañero, yo estoy solo, colgado en medio del cielo y poco seguro, pero tengo la impresión de avanzar paso a paso hacia una ciudad estelar e impalpable.

«Entre dos matorrales, surge ante mí la puerta del infinito. Levanto los ojos y no veo más que el crudo azul del cielo ahora limpio. La ciudad está allí, a dos metros sobre mi cabeza, y no la veo. La puerta es un estrecho paso a través de la muralla de la primera terraza. Me encaramo por ella trabajosamente, y logro la recompensa de todos mis esfuerzos. Escalando las filas de terrazas que se recortan sobre la última cima de la montaña, una larga escalera, muy estrecha y casi vertical, desemboca en pleno azul hacia lo desconocido. Viracocha, el dios, en su llameante esplendor, vendrá a esperarme al final de los escalones. Lentamente, continúo subiendo, y, en mi esperanza, me comparo con los constructores de la torre de Babel. ¿Qué voy a encontrar? Sin aliento, me siento en mitad de la escalera. A treinta metros debajo de mí, el primer escalón parece un balcón sobre el vacío. No vengo de ningún sitio y no voy a ninguna parte, ¡esta escalera no tiene ni principio ni fin! Dejando mis ensoñaciones, reemprendo la subida hacia la muralla principal de la ciudad. Sin duda, se penetraba por un subterráneo, que hoy está destruido. Trepando por entre los peñascos, me encuentro, como por encanto, en el recinto mismo de la ciudad. Algunas pocas casas atestiguan que esta ciudad era, más bien, un lugar sagrado y una ciudadela que una auténtica ciudad. Cada vez más estrecha, cada vez más vertical, rodea la roca por unos pasillos inquietantes. Apenas encuentro espacio para colocar un pie después del otro en los escalones, y, a mi derecha, ochocientos metros de precipicio conducen directamente al torrente. ¡Cuántas muertes terribles debió de suponer la construcción de esa diabólica escalera! Sólo el torrente podría responderme, y yo no me atrevo a mirarlo. Me aprieto contra la pared y, soplando y sudando, continúo mi ascensión. »Por fin, el objetivo está ahí. Es un caos, un caos gigantesco de enormes peñascos, de cavernas y de sepulturas. ¿Qué cataclismo o qué acto voluntario desesperado arruinó así la ciudadela de Huayna-Picchu? Durante media hora, escruto la oscuridad de las sepulturas, interrogo sin resultado esos nichos vacíos, ocultos debajo de la roca y a esos altares de piedra. »Esta ciudad es un desafío a los hombres, y ¡oh, Dios Sol de los incas!, me siento abrumado por la inconmensurable grandeza de tus adoradores.»<sup>1</sup>

1. Jean RASPAIL: op. cit., págs. 100-101.

=====217

Huayna-Picchu es una ciudad intacta, sus sepulturas y sus criptas están enterradas bajo el musgo de muchos siglos.

Es extraño que el Gobierno no se interese más por el destino de esta ciudad, así como por el de su vecina, Machu-Picchu donde, después de la tercera expedición de Hiram Bingham, no se ha llevado a buen término ninguna excavación de envergadura. El misterio permanece. ¡Y sin embargo! ¡Ya se han descubierto unas ciento cincuenta momias a principios de este siglo y luego nada más! No podemos imaginar que esa ridícula cifra corresponde a los miles de habitantes, sacerdotes, nobles e incas que encontraron allí su sepultura sagrada.

La ciudad al aire libre debe ser realmente el doble de una ciudad subterránea que alberga inmensas criptas e hipogeos que están por descubrir y que, sin duda, encierran el secreto de los orígenes de Machu-Picchu.

Durante la visita de la expedición Marquette, un derrumbamiento provocó el hundimiento del suelo en un pequeño jardín de la ciudad, y el descubrimiento de una galería que se hundía profundamente en el suelo. Por falta de tiempo y de medios, no se pudo proseguir la exploración. Esto revela la existencia de toda una red de subterráneos que duplican los templos exteriores. Las grutas y cavernas son numerosas en los flancos de la montaña y debían comunicar con el interior de la ciudad, o ¡quizá con otros «mundos»!

Toda una red de sepulturas rodea la ciudad. Revueltas por los investigadores, profanadas por los buscadores de tesoros, esas sepulturas

todavía hechizan con sus sortilegios a más de un arqueólogo. Actualmente son de nuevo presa de la sobreabundante vegetación. Todas esas grutas están situadas al borde del precipicio de Vilcanota y en la cima de la ciudad alta, a poca distancia de la plaza sagrada.

Entre los hallazgos de momias, hay tres que intrigan a los arqueólogos. Se trata de cuerpos exhumados por la misión Bingham a doscientos metros aproximadamente de la puerta de la ciudad. Al lado de ellos, se descubrieron collares de yeso, pendientes de bronce, piedras preciosas y «una especie de bandeja o plato de cristal verde ahumado». Los esqueletos estaban intactos y la piel todavía estaba adherida a ellos. ¿Qué habían ido a hacer a la «ciudad secreta» de los Andes aquellos tres enviados misteriosos, blancos, según la hipótesis de los descubridores? Machu-Picchu plantea más de un problema, sobre todo por su prodigiosa antigüedad: ya casi abandonada en tiempos de los incas, fue ocupada de nuevo por el último soberano Manco II, perseguido por los españoles. Éste hizo de ella un centro de resis



tencia al ocupante, estableciendo allí nuevamente el colegio de las «Vírgenes del Sol» mientras que escogía por capital a la ciudad de Víteos, no lejos de allí. Manco no ignoraba, pues, la existencia de Machu-Picchu. ¿Qué fue, entonces, de los últimos habitantes de la ciudad? ¿Cuánto tiempo duró el culto al Sol hasta su abandono definitivo y el descubrimiento en 1911? Los inmensos tesoros de los incas, los archivos de la civilización preincaica y unos «iniciadores-gigantes», ¿no reposarán sus cuerpos momificados y suntuosamente embalsamados, todavía intactos, en una inmensa cripta disimulada bajo los pavimentos lisos de los templos colosales? Esperamos que los arqueólogos valerosos se atrevan a dedicarse a fondo a este problema tanto más cuanto que ningún historiador, hasta la fecha, ha podido explicar la pobreza de los descubrimientos funerarios considerando la prodigiosa antigüedad de la ciudad, su extensión y su poderío en el pasado. Imaginamos las dificultades que debieron superarse para transportar, a más de cuatro mil metros de altitud, esos bloques enormes que pesan diez, cien toneladas y más, hasta las vertiginosas cimas a través de los senderos que bordean el abismo.

Hay algún secreto relacionado con el transporte y la erección de los gigantescos monumentos de Machu-Picchu, el «techo del mundo» que recuerda, en tanto que faro espiritual y «guardián de las cumbres», la posición de Lhasa y de todos los santuarios cosmotelúricos que se prolongan en una cadena iniciática desde Montsegur hasta el monte Pamir.<sup>1</sup>

El mundo precolombino está ligado al Oriente místico.<sup>2</sup> La India, con el paraíso de Indra, situado en el corazón del Himalaya, está relacionado también con la «montaña polar» de la tradición. Shiva, divinidad tutelar de Benarés no es en vano «el asceta de las cumbres».

Así, franqueando de un salto la cordillera de los Andes y cruzando el Pacífico de Este a Oeste, encontramos los mismos lugares sagrados, dedicados a otros dioses, que manifiestan la relatividad del Oriente y el Occidente geográficos, con respecto al «punto inmutable» alrededor del cual gravita el mundo terrestre.

1. El cual está representado en el museo Guimet (París) sobre el misterioso «Mándala de Shamballah»...

2. Según varias versiones acreditadas desde hace poco por investigadores e «iniciados», el sello del «rey del mundo»: una sortija de oro adornada con un rubí (que Gengis-Jan llevaba en el dedo), estarla en América latina, en algún lugar situado entre Bolivia y Perú.

¿Quién poseería este anillo? No sabríamos decirlo así sin más, solamente haciendo uso de esta «versión».

## ANEXO

### EL ESOTERISMO DE LOS DIOSES PERUANOS

Las cuatro grandes potencias del esoterismo precolombino en el Perú son: Viracocha, Mama-Cocha, Pachacamac y Manco-Capac. Viracocha corresponde al Indra del panteón védico (el señor del rayo), pero la leyenda que lo rodea reviste un aspecto diferente; en lugar de atravesar las nubes con el Vajra (poder del trueno y del relámpago) para hacer surgir de ellas la lluvia fecundante, rompe la urna (urna = runa) que contiene el agua del cielo que su hermana Mama-Cocha lleva sobre su cabeza. Al repartirse sobre el suelo, el agua fecunda la tierra nutricia. Es muy explícito un viejo himno cantado con motivo de las fiestas en honor de la divinidad:

«Bella princesa, hoy tu hermano golpea tu urna y la rompe. Con ese golpe, trueno, relampaguea, la nube resplandece. Pero tú, oh, princesa, derramas y extiendes tus aguas. Tú envías al mismo tiempo la nieve y la granizada. Viracocha que forma el mundo te ha destinado y te ha consagrado a esta función.»

Pachacamac representa el «Espíritu de Dios» que «anima la tierra»; corresponde, pues, al Poseidón de los griegos y a Vishnú-Hari (que sacude la tierra). Se le atribuían el color verde y la esmeralda. El cronista Garcilaso de la Vega considera a Pachacamac «el dios del Espíritu que solamente se adoraba en su corazón, sin templo ni sacrificios».

La trinidad inca comprendía, pues:

1. Viracocha.
2. Pachacamac.
3. Manco-Capac.

El ser supremo;

El Espíritu santo;

El antepasado de los incas, el rey-pontífice.

Garcilaso evaluó su reino hacia el año 1000, lo cual corresponde a lo que hemos expuesto anteriormente a propósito de la hipótesis «vikinga». Si el inca supremo era, pues, el «hijo del Sol» o del logos, participando de su esencia, su esposa, la reina, correspondía en las creencias al astro de la noche, es decir, a la Luna. Se vene

raban otros astros por los recuerdos «míticos» relacionados con ellos: la constelación de las Pléyades (en la constelación de Taurus) así como el planeta Venus. Las piedras meteóricas (piedras del rayo) constituían talismanes preciosos.

En cuanto a la organización de la jerarquía religiosa, era la siguiente:

En la cima estaba situado el sumo sacerdote, siempre elegido entre la familia del inca. Debía presidir las ceremonias religiosas y cumplir con los ritos sagrados llevando una vida ascética de renuncia. Se abstenía de carne y bebidas alcohólicas.

Por debajo del jefe supremo del clero, ese pontífice que debía prescribir la construcción de los templos, nombrar al historiador oficial del Imperio, vigilar los cultos, etc., había un colegio de diez sacerdotes compuesto asimismo, en su mayoría, por parientes del soberano, y encargados de la dirección de los templos (del rayo, de la luna, etc.).

Una segunda clase de sacerdotes estaba compuesta en su mayoría por oráculos, que predecían el porvenir mediante el vuelo de las aves, y el arúspice (como en los etruscos y Roma) correspondía a la adivinación mediante el examen de las entrañas de animales sacrificados (llamas).

Se dedicaban al «vaticinio», mediante drogas (coca) y otros alucinógenos. Esos sacerdotes también estaban encargados de administrar

la confesión, que era practicada más o menos en los mismos términos que en la Iglesia católica.

La más importante de sus funciones sacerdotales era el servicio del templo, que no podían descuidar jamás.

Por último había un clero «regular» compuesto de religiosos que habitaban en monasterios de montaña, dedicados al ascetismo y únicamente a ocupaciones místicas. Algunos vivían en ermitas, en cavernas practicadas en el flanco de la montaña. Antes hemos hablado de las «Vírgenes del Sol» y no hacen falta que insistamos. Ésta era, a grandes rasgos, la organización religiosa del Perú precolombino.

La mitología inca reúne a los grandes arquetipos de la creación, ya sean bíblicos, vedas o extremo-orientales, y reflejan la conservación, más o menos alterada, de la tradición primordial.

El historiador Th. W. Danzel caracteriza así su cosmología:

«Creían en una especie de Cielo para los buenos y en un Infierno para los malos. Según otras fuentes, el alma del inca ascendía hacia el Sol después de la muerte, las almas de los nobles iban al Cielo, y las de los simples mortales al reino subterráneo.

»El camino que conducía al reino de los muertos desembocaba en una gran extensión de agua (como en la mitología del antiguo

México y de la antigua Grecia), que no podía atravesarse más que

=====221

con la ayuda de unas marsopas. Según otras versiones, eran unos perros negros (en México eran rojos) los que servían de guías a las almas de los muertos a su lugar de reposo. El inca era acompañado a su tumba por mujeres y servidores.

»Los relatos concernientes a la creación del hombre son muy diversos. Uno de ellos dice que los humanos —los antiguos mexicanos dicen lo mismo— salieron por unas profundas grutas del cuerpo de la tierra. Luego también se decía que habían caído tres huevos del cielo, uno de oro, el segundo de plata y el tercero de cobre. El huevo de oro había dado nacimiento a los seres de calidad, el huevo de plata a las clases medias, y el huevo de cobre al pueblo. Había una gran cantidad de divinidades, que reflejaban exactamente la imagen de la estructura social del imperio de los incas.»<sup>1</sup>

1. Th. W. DANZEL: *Magie et science secrete*, París, Payot, 1939, págs. 90-91.

## VI. BENARÉS, LA «CIUDAD SAGRADA»

## INTRODUCCIÓN

El núcleo de la tradición brahmánica y también del budismo que florece en la India se halla al pie del Himalaya, en el valle del Ganges cuyo centro más sagrado, bañado por el río divino, es Benarés (en indio: Váranasi), la ciudad venerada de la tradición hindú.

En Benarés se encuentran los maestros y los discípulos de todas las escuelas filosóficas y religiosas (y Dios sabe lo numerosas y diversificadas que son): vedantistas, jainistas, musulmanes, shivaístas, sin contar las escuelas secretas de yoga, las sectas tántricas, tan numerosas como las ramas del Banyan sagrado, el Árbol Bodhi (de la Sabiduría). Allí vemos mezclarse, sin distinción de casta, a los gurús y sus chelas, los ascetas, a los sannyasin (brahmanes mendigos), los faquires, los astrólogos, los magos y los peregrinos de todas las sectas, pues el agua «pura» y sagrada del Ganges lava todas las manchas y borra todas las distinciones. Todo este mundo está reunido por la presencia de los «santos lugares». En todas esas escuelas hay que distinguir la doctrina conocida, abierta, exotérica, de la corriente secreta, esotérica, reservada a los «puros», a los iniciados. En los distintos yogas, cada maestro tiene su interpretación del «Quinto Veda», su manera de enseñar, su método y sus secretos; y la magia tántrica puede tomar múltiples aspectos y formas. Benarés refleja la extensión de ese misterio y de ese fervor religioso, esa sed de conocer, esta aspiración hacia la verdad que busca un alimento espiritual. Al mismo tiempo, la ciudad no oculta sus llagas, su miseria, sus ignominias, su riqueza, su oropel, su belleza o su fealdad, ornamentos eternos del velo de

15 — 3.404



226 ===== Maya, la «Madre de las formas» así como también el «principio de la ilusión».

Por el momento, volvamos un instante a la religión más antigua, el brahmanismo, todavía hoy la más extendida, y tratemos de ver claro antes de penetrar en el microcosmos de la India que es Benarés, la «ciudad de las cien puertas». Todo indio está bajo la influencia omnipresente de los dioses.

#### LAS RELIGIÓN Y LAS CREENCIAS BRAHMANISTAS

No se puede comprender nada del hinduismo (o brahmanismo) si se ignora la creencia común de la reencarnación existente en la India. Ahí está el fondo y la explicación, quizá definitiva, de la mentalidad india.

La reencarnación es la creencia según la cual el alma humana, a la muerte del cuerpo físico, transmigra y se encarna en otro cuerpo para realizar un ciclo evolutivo de perfeccionamiento hasta la liberación final del mundo material. El Karma es la serie de reencarnaciones que forma nuestra «individualidad inmortal», con su carga de buenas y malas acciones, de acontecimientos felices o desgraciados que han seguido al alma en sus vidas sucesivas. Así, todo acontecimiento de nuestra vida, incluso el que nos pareciera más injusto, halla su significado en la doctrina del Karma, que nos sigue desde nuestra primera encarnación humana; el hombre no tiene una sino varias vidas, una infinidad de vidas, hasta que consigue purificarse totalmente y liberarse de la «cadena de reencarnaciones

» para recuperar la «esencia suprema» y la no-dualidad al perder su conciencia individual para fundirse en la «conciencia cósmica». Esta alta especulación filosófica es una creencia común de los brahmanistas y los budistas y cuenta en el mundo con más de 700 millones de adeptos, lo cual da que pensar. Para corregir este aspecto demasiado abstracto y especulativo de las creencias, el brahmanismo, que ha absorbido una infinidad de cultos desde su nacimiento, se muestra acogedor y tolerante en grado sumo. Es una religión que, prácticamente, no tiene dogmas. Su concepción unitaria del atmán, del brahmán o de la esencia suprema (que no puede compararse en Occidente más que con el monoteísmo), coexiste con una infinidad de dioses, de deidades y de divinidades que representan los aspectos múltiples e infinitamente variados de la Creación. Esos dioses adorados y venerados en el pueblo son transitorios. Incluso la gran Trinidad hindú (la Trimurti) compuesta de los tres grandes dioses: Brahma (el Creador), Vishnú (el Conservador) y Shiva (el Destructor) no debe durar eternamente, sino renovarse al final de un gran ciclo de varios miles y

¿

=====227

miles de millones de años. El objetivo de todo esto es el de mostrarnos que no hay que adherirse a consideraciones formales sino tratar de llegar a la realidad suprema que se sitúa más allá de Dios mismo, si es que es posible, sin la idea de sacrilegio, hacer penetrar este concepto en un espíritu occidental. La gran tolerancia de los hindúes en cuanto a cualquier culto y religión proviene del hecho de que creen en la relatividad de todas las cosas, aunque lo sagrado sea para ellos un valor fundamental que baña todos los actos de su vida. La idolatría se codea en la India con la metafísica más etérea sin que a nadie le sorprenda. Son numerosas las vías que pueden desembocar en el camino de la verdad. Por otra parte, el absoluto no puede explicarse tan fácilmente a las almas sencillas que son las más numerosas. No obstante, esta diversidad, esta disparidad añadiríamos nosotros, lejos de llevar al individualismo y al repliegue sobre sí mismo, ha desarrollado, por el contrario, un agudo sentido de la solidaridad. Cada hindú observa el Dharma (la ley) ayudando a los pobres, realizando actos de caridad, sin esperar a cambio el menor reconocimiento. Tal como escribe Hermann de Keyserling en su Diario de viaje de un filólogo: «Él sabe que hace el bien en su propio beneficio. Por esto hay mucho menos resentimiento entre los pobres con respecto a los que poseen, mucha menos exageración en el valor que se da a la riqueza, mayor independencia con respecto a las necesidades materiales y a su satisfacción. Ningún miserable tiene dificultad en aceptar ayudas; a ningún sacerdote se le ocurre agradecer especialmente las ofrendas que le aportan; la existencia de un santo que, sin hacer nada, es alimentado por su prójimo es en ellos algo muy natural.»

Esta observación, que se remonta a 1919, no ha perdido nada de su actualidad. Pero volvamos a la idolatría que podría sorprender a los espíritus occidentales poco habituados a esta lógica. A los ojos de los indios más evolucionados, se trata de la etapa más elemental para alcanzar gradualmente concepciones más elevadas. Ramakrishna decía al respecto: «Observemos a las niñas cómo juegan con las muñecas, ¿cuánto dura este juego? Hasta que se casan. De la misma forma, el hombre tiene necesidad de ídolos y símbolos, hasta tanto que no ha reconocido a Dios en su verdadera esencia. Dios mismo ha elegido las distintas formas de culto, que corresponden a las diversas etapas de la madurez espiritual y de la sabiduría.»

En efecto, son numerosos los ritos, las plegarias, las adoraciones de imágenes, las ofrendas a las divinidades. Después de la primera ablución a la salida del Sol, el hindú recita una plegaria

de adoración al Sol que repite al mediodía y por la tarde. Deberá hacer los cinco sacrificios cotidianos que comprenden la ofrenda

-

a los dioses, al fuego, a los antepasados, y a los santos, pero la lectura de los Vedas está reservada a las tres primeras castas: los «nacidos dos veces». El culto principal se refiere a las cinco divinidades protectoras: Shiva, Parvati, Surya, Vishnú y Ganesha.

En resumen, al hindú se le enseñan tres tipos de obligación desde su más tierna edad en homenaje a los ancianos sabios y «videntes

», los Rishis, que enseñaron los Vedas a los hombres: aprender los textos sagrados que le permitirán estar en armonía con el orden cósmico; dar gracias a los dioses ordenadores «de la buena marcha del Universo» mediante sacrificios rituales y ofrendas de flores, de azafrán indio, los puja, que el sacerdote consagra ante la imagen sagrada; celebrar el recuerdo de sus antepasados fundando un hogar y teniendo, al menos, un hijo.

Sería demasiado largo describir y explicar la mitología y el culto de las múltiples divinidades del panteón brahmanista. Nos bastará con evocar al paso la figura de Shiva, el tercer elemento de la Trimurti hindú, puesto que se trata del culto más honorado en la India, porque, precisamente, Shiva es el dios tutelar de Benarés.

Al contrario de Brahma que anima al Universo con su aliento y crea el mundo, y de Vishnú, guardián de la Tradición y conservador de las cosas, Shiva es el gran dios destructor que renueva el mundo en la disolución periódica de todas las cosas. Shiva es, en este sentido, una divinidad ascética que proporciona, a la vez, el sufrimiento y la alegría; el sufrimiento porque pone fin a todas las ataduras humanas; la alegría porque libera de todas las trabas y de todos los servilismos. Por esto a Shiva se le llama, a la vez, el Yogui «divino» y el «Bailarín». Modelo y asceta supremo de los dioses, vive en un espléndido aislamiento en la solitaria cima del Himalaya, sumergido en el vacío absoluto de una perfecta meditación totalmente límpida, en su esencia divina. Los creyentes y adoradores de Shiva lo invocan bajo cien nombres distintos. No obstante, la multitud de sus manifestaciones puede reducirse a cinco principales: 1.º la forma benefactora; 2.º la forma destructora; 3.º el mendigo errante; 4.º el maestro de los bailarines; 5.º el gran señor. Entre sus numerosos títulos hay que destacar: el «Dios que tiene la Luna en sus cabellos» (Shiva lleva una larga cabellera sobre sus hombros, contrariamente a los ascetas que, generalmente, se afeitan el cráneo), el «Portador del Ganges», el «Esposo de la diosa», el «Maestro mitad mujer», el «Señor de la cúspide», el «Destructor del tiempo», el «Benefactor», el «Aullador».

En el culto popular, Shiva es adorado en su forma más expresiva que es el lingam (falo). Este aspecto sexual y tántrico de la

adoración shivaíta se remonta a una época muy lejana y simboli-

=====229

za la energía creadora, «macho» de la divinidad. Las imágenes antropomorfas de Shiva son consideradas por la religión brahmanista como «móviles» y «cambiantes», por esto se les confiere expresiones tan variadas. Se las lleva con motivo de las procesiones solemnes y en las ceremonias. Los grandes templos subterráneos tallados en la roca en Elefanta, cerca de Bombay, están adornados con numerosas estatuas de Shiva. El santuario central de ese vasto conjunto religioso adopta simbólicamente la forma de un cuadrado que comprende cuatro entradas en los cuatro lados, cada una de ellas defendida por una pareja de divinos guardianes de las Puertas.<sup>1</sup> En el interior, representado el centro y el eje de esta «figuración del mundo», se encuentra un lingam, que los hindúes —sin ningún pensamiento obsceno— comparan con el «Santísimo», en el centro vital de la cueva sagrada.

Esta cámara o celia central simboliza el receptáculo femenino de este emblema, y los dos representan el casamiento sagrado de los dos principios. Ya se les nombre Shiva y Parvati, Zeus y Hera, Urano y Gea, Yang y Yin: la significación es la misma. Los textos sagrados de la India, los Puranas, reflejan muy bien ese papel cósmico de Shiva que se desarrolla en el movimiento universal de las cosas, marcado por tres grandes funciones cósmicas: creación, conservación, destrucción.

«Shiva aparece en el lingam, engrandecido, realzado, como el elemento fundamental que contiene todas las cosas. El papel del destructor no es más que una de sus tres manifestaciones esenciales. Al lado de Brahma el Creador y junto con Vishnú el Conservador, Shiva el Destructor coexiste en Shiva el Supremo.»<sup>2</sup>

La significación esotéricas de Shiva ofrece para nosotros un gran interés junto al mito de su «aparición», pues el gran dios de la «destrucción» es también la divinidad tutelar de Benarés en su calidad de «Señor del Ganges»,<sup>3</sup> y «Señor de la cumbre» (el río desciende del Himalaya) y «dios protector» de los ascetas y de los yoguis, los cuales casi todos invocan el apoyo de la iniciación shivaíta. En toda la India es una deidad muy popular que posee numerosísimos santuarios y se beneficia de un culto mucho

1. La forma cuadrada se considera en la India la más sagrada porque el cuadrado es una figura geométrica que, para los hindúes, corresponde al absoluto o brahmán, para el que el arte arquitectónico es un medio de acceso. La expresión de ese diagrama esotérico es el mándala del templo. En la concepción aria de la India (tradicional), el cuadrado mágico

es, a la vez, la tierra cuadrada salida del círculo y el cuerpo de Purusha, el hombre

«primordial» o «cosmos personificado».

2. Heinrich ZIMMER: *Mythes et Symboles de l'Inde*, París, Payot, 1951, págs. 125 y 126.

3. El Ganges, sin el cual quizá no habría nacido una de las más bellas civilizaciones

del mundo, es la encarnación de la diosa Ganga, que contiene toda la Creación: el Cielo,

la Tierra y los Infiernos. En el cielo, Ganga es la Vía Láctea; en tierra, el río; bajo tierra,

es el influjo de una fuerza invisible que corre por debajo del Himalaya (corrientes magnéticas).

más extendido que sus homologas de la Trimurti: Brahma e incluso Vishnú.

Acabamos de ver que, en Benarés, esta fama se explica por la vocación ascética de Shiva. Pues Shiva es, al mismo tiempo, el dios que reside sentado sobre el Chakra coronal (en la cima del cráneo). Ahora bien, la apertura de los «centros de fuerza» o «Chakras» del cuerpo humano mediante el despertar del fuego-serpiente (o energía cósmica latente) es la finalidad de la escuela del yoga indo-tibetano. Por este medio, la energía activada por diversos ejercicios de concentración se eleva progresivamente a lo largo de la columna vertebral (fuerza de Kundalini) e irradia todos los chakras (en número de siete) desde el Muladara-Chakra (o Chakraraíz) hasta el Chakra cerebral, centro cuya abertura (el loto) marca la plena realización espiritual del yogui.

Shiva es el arcano fundamental del tantrismo hindú, que utiliza la energía sexual para fines espirituales, puesto que el principio que se pone en acción de esta forma, de negativo se transforma en proceso positivo. Shiva destruye lo que virtualmente está muerto y que la tradición mantenida por Vishnú no sabría conservar en el más allá. Las imágenes del dios nos lo muestran a menudo como un personaje que baila en medio de un círculo de llamas y pisoteando a los demonios. El círculo ígneo representa el «corazón del cielo», sede de la constelación del León (o Leo) de donde surge el fuego cósmico y el «gozo cósmico de Shiva». Divinidad tántrica, Shiva tiene cuatro brazos que simbolizan la bipolaridad de las energías sexuales, cuyo objetivo es alcanzar el androginato espiritual, la introversión erótica. En el tantrismo tibetano, la Shakti (aspecto femenino o esposa mística) de Shiva está simbolizada por la diosa Tara. En sus estatuas, Shiva sostiene en uno de sus brazos a su Shakti, en otro a su tridente (la triple joya o triple corriente de energía del tantrismo) y en su tercer brazo al rosario (su emblema como asceta); en la mano que le queda libre, sostiene por último el lingam coronado con una flor de loto. Estos cuatro emblemas simbolizan los cuatro poderes principales del dios.

Al descender por el Ganges sagrado con Shiva, no podemos dejar de llegarnos a Benarés, que se halla a mitad de camino del curso del río hacia el mar, al pie de los picos vertiginosos que son la morada del «Señor del rostro centelleante». Benarés fue elegida también por Buda, el gran reformador religioso de la India, para pronunciar el sermón que había de poner en movimiento «la rueda de la ley», lo cual significa que los más antiguos vestigios de la ciudad se remontan a la época budista.



Primera Parte  
BENARÉS Y EL BUDISMO

En la época en que Buda empezó su predicación, los kasis, primeros colonos arios de la región de Benarés, se habían convertido en vasallos de los kosalas, y tenían su capital en Savatthi, en el actual Nepal.

Benarés, en ese lejano pasado, se extendía al igual que hoy sobre la ribera izquierda del Ganges, pues la ribera derecha, desierta, era considerada maléfica.

Los sakias, clan noble al que pertenecía el mismo Buda, estaban sometidos asimismo al reino de Kosala. Antes de que el príncipe Siddharta conociera su despertar, antes de que naciera, Benarés ya era un gran centro religioso e intelectual hindú. La ciudad se extendía a lo largo del río, entre los afluentes formados por las riberas Barna y Asi.

Antes de pronunciar su célebre discurso de Benarés que revolucionó la India y todo el Extremo Oriente, Buda tuvo una vida totalmente dedicada a la reflexión sobre el mundo. La tradición india nos da el año 543 a. de J.C. como el año de su nacimiento que tuvo lugar en Kapilavatsu, capital del principado de los sakias, en el norte de la India. Hacia los veintinueve años, Buda, cansado de la fastidiosa vida de la Corte, abandonó todo, riquezas, mujer, hijos y dejó su palacio para vivir la vida de los monjes errantes llamados «sannyasis». Siddharta Gautama fue a estudiar con los brahmanes y frecuentó las distintas escuelas filosóficas, pero quedó decepcionado porque no obtenía la respuesta que buscaba. Las prácticas ascéticas, los ayunos y las mortificaciones no le satisficieron lo más mínimo. Entonces Buda, animado por un intenso fervor espiritual, hizo el siguiente voto, antes de alcanzar su iluminación:

«Aunque mi piel se seque, mi mano se corrompa y mis huesos

se disuelvan, mientras no haya podido descubrir la ciencia, no me moveré de este lugar.»

Recibió su iluminación o consiguió el «despertar interior» mientras meditaba a la sombra del árbol Bodhi. Entonces llegó a experimentar el «Nirvana» y se convirtió en un «Buda» que significa «despertado».

Después de permanecer siete días en ese estado de felicidad suprema, el Buda se puso en camino hacia Benarés adonde llegó, acompañado de algunos fieles, para pronunciar su primer discurso sobre las «cuatro verdades» y para «poner en movimiento la rueda de la ley». Las Crónicas nos relatan las circunstancias de su llegada:

«Y el Bienaventurado, viajando de etapa en etapa, llegó a Benarés, al parque de caza Isipatana, donde vivían los cinco monjes.

Y los cinco monjes divisaron desde lejos al Bienaventurado que se aproximaba... Oh Monjes —les declaró— aprended que toda existencia no es más que dolor: el nacimiento es dolor, la vejez es dolor; todo como la muerte, como la unión con lo que no se desea, como la separación de lo que se ama o la imposibilidad de satisfacer un deseo. En el origen de este dolor universal está la sed de placeres que experimentan los cinco sentidos exteriores e incluso la sed de morir.»

Cuando se le preguntó quién era, y cuál era su casta, Gautama respondió:

«No soy un brahmán, no soy hijo de un príncipe, no soy un burgués y, en definitiva, no soy nadie.»

A los que le saludaban por su nombre de Sakia Muni, el Buda respondía alzando la mano: «Ya no soy Sakia Muni, sino que soy el Buda. Escuchad mis palabras con atención. Quiero predicaros la doctrina con la cual conseguiréis la liberación. Pues la liberación se ha encontrado.<sup>1</sup>

»Antes que nada, he fijado mi pensamiento en un solo punto.

Y, después de haberlo fijado, he conseguido la primera meditación, apartada de las doctrinas viciosas y corrompidas, pero acompañada de juicio, de acción, de recuerdo y dotada del júbilo y del bienestar nacidos del espíritu.

»Luego, suprimiendo el juicio y la acción, he alcanzado la segunda meditación acompañada del recuerdo y dotada del júbilo y el bienestar del espíritu. Y allí me he quedado.

«Suprimiendo el júbilo y el bienestar nacidos del espíritu, y no conservando más que el bienestar nacido del cuerpo y el recuerdo, he llegado a la tercera meditación y me he quedado.

1. Q. AVELINE: La Merveilleuse Légende de Bouddha, París, ed. Artisan du Livre, 1928, pág. 135.

=====235

»Luego, después de haber abandonado el bienestar nacido del cuerpo y el recuerdo, he alcanzado la cuarta meditación, que comprende

la contemplación totalmente pura... y me he quedado.

»El que reconozca la doctrina será puro entre todos... la paz no le abandonará ya nunca más, siguiendo la huella de sus pasos.

»Sólo el "yo" es la causa de toda ilusión y de todo mal. Y, sin embargo, no es más que una ligera sombra febril, mientras que la Verdad es sana, sublime, eterna.»J

Durante cincuenta años, Buda enseñó la «Ley» con su buena palabra y cuando murió, a la edad de ochenta y un años, su doctrina había conquistado a las multitudes de la India. Las primeras comunidades monásticas budistas se fundaron mientras él vivía, pero después de su muerte tuvieron un prodigioso desarrollo. Sakia Muni no había querido crear una nueva religión, sino reformar el brahmanismo. Su pensamiento fue interpretado por sus discípulos y dio nacimiento al budismo, pues los brahmanes rechazaron las enseñanzas del maestro. El budismo, convertido en una religión separada, se extendió a Ceilán, China, Indochina, Tíbet y hasta Japón, donde la suerte le fue muy favorable.

Benarés se convirtió entonces en un centro de peregrinación para los budistas del mundo entero que iban a seguir los pasos del maestro y a conmemorar el aniversario de su primer discurso público. Los antiguos anales nos cuentan que la ciudad poseía un gran claustro, especie de locutorio abierto para todos adonde iban a discutir sobre cuestiones religiosas y filosóficas. Fueron numerosos los chatrias (casta a la que pertenecía Buda), que se convirtieron a la nueva fe. Algunos miembros de la comunidad Sangha, que Gautama había establecido, se instalaron en el mismo lugar del «Sermón de Benarés» en el «Parque de las Gacelas» en donde construyeron

sencillas cabañas como ermitas: todo el espacio que circunscribía el parque se cubrió de stupas o santuarios votivos de piedra, algunos de los cuales encerraban reliquias, otros simplemente indicaban un lugar relacionado con los acontecimientos que marcaron la vida de Buda.

La primera narración histórica precisa sobre Benarés y sus alrededores nos la proporcionó el peregrino chino Fo-Hian, que visitó la India en el siglo V a. de J.C., con el fin de recoger informaciones exactas sobre la vida de Buda. Hiuen-Tsang, otro peregrino chino que fue allí doscientos cincuenta años más tarde, dejó una descripción muy interesante de los principales stupas y monasterios que tuvo ocasión de contemplar en el curso de su viaje.

«La capital que Hiuen-Tsang iba a atravesar no difería apenas de la recorrida por el viajero moderno. Había el mismo laberinto

1. Cl. AVELINE: op. cit., págs. 136-141.

de calles estrechas y tortuosas, por las que circulan con plena libertad las vacas y los monos sagrados. Había los mismos palacios de una blancura resplandeciente, los mismos templos de piedras esculpidas y de madera ricamente pintada, en forma de pirámides rojas con puntas de oro, en los que resonaban día y noche las trompetas sagradas. Había los mismos árboles frondosos de hojas color verde oscuro, de donde se escapan volando bandadas de cuervos con ensordecedores graznidos.»<sup>1</sup>

Alrededor de Benarés, Hiuen-Tsang pudo contemplar un gigantesco stupa elevado en honor del Perfecto, de cincuenta metros de altura, en forma de torre. Ese monumento era obra del emperador Asoka, convertido al budismo y a la «buena ley». Muy cerca de allí se alzaba una columna en piedra de color azul, perfectamente lisa y brillante, tallada en un solo bloque de lapislázuli. Nuestro devoto visitante sostiene que allí se veía reflejada la imagen de Buda. No lejos de allí, cerca del Parque de las Gacelas, se erguía otro stupa edificado por Asoka, ya medio enterrado por el tiempo pero aún tenía en aquella época cien pies de altura. Ese monumento fue construido para indicar el lugar exacto donde Buda «después de haber conseguido el conocimiento perfecto» empezó a enseñar a sus discípulos la verdad que él había alcanzado bajo el árbol Bodhi, en Gaya. Delante del stupa, Asoka había elevado también una columna conmemorativa de setenta pies de altura, «lisa como un espejo» de tal forma —nos dice la leyenda— que «todos los que rezaban con fervor a sus pies, verían, según el grado de pureza de su meditación, unos signos de buen o mal augurio». Otro stupa sin aberturas designaba el lugar donde los cinco discípulos del maestro se pusieron a meditar después de haber dejado que Buda continuara solo su camino hacia las montañas de Vindhyan. El peregrino chino vio muchas otras maravillas, especialmente en el recinto del parque de Isapattana.

«Cerca del topa de Sarnath se ven todavía las ruinas del convento de las Gacelas y los restos de un bosque de ciruelos salvajes, el jardín de los monjes, donde el peregrino chino debió de descansar de sus fatigas y meditar. En el siglo vn, el Parque de las Gacelas había mantenido el aspecto de una selva sombría, poblada como en tiempos de Gautama, de gamos, ciervos y gacelas. El convento, habitado

por mil quinientos religiosos, ofrecía a los peregrinos un agradable asilo. Cuatro galerías, reunidas en ángulo recto, rodeaban los pabellones de doble piso, cuya elegancia arquitectónica asombró a Hiuen-Tsang, y la pagoda de grandes escalones de piedra adornada en la parte superior con un fruto de mango en cobre.

A lo largo de los muros exteriores, cien hileras de nichos en ladrillo.  
1. H. VALENTINO: Le Voyage d'un pèlerin chinois dans l'Inde des  
Bouddhas, Paris,  
ed. Maisonneuve, 1932, págs. 162-163.

=====237

lio, dispuestos unos encima de otros, contenían cada uno una estatua dorada de Buda. En el interior del santuario, el Perfecto estaba representado predicando la ley. Más lejos, en el mismo lugar donde Gautama puso en movimiento la rueda de la Ley se levantaba el stupa y la columna en piedra pulida, brillante como el jade, cuyos fragmentos han podido ser hallados.»>

Alrededor de la columna, fueron retirados por los arqueólogos, a principios de siglo, los restos de importantes construcciones entre las cuales había magníficas esculturas budistas que representaban escenas de la vida del maestro y las distintas fases de su despertar espiritual: en primer lugar con los rasgos de un Bhiksu errante, luego sentado en postura de meditación, en otro lugar sumergido en un éxtasis divino, y, por último, predicando la doctrina de la iluminación. Otras excavaciones descubrieron un espléndido capitel al estilo de Persépolis (Irán) que representaba cuatro leones adosados, que antes estaba en la cúspide de un gran monolito. En otro tiempo, esta escultura estaba acompañada de los símbolos budistas representativos de Buda, el Dharma (la ley) y la Shanga (los discípulos). Se han encontrado los fragmentos de la rueda que simboliza el Dharma y los motivos del capitel hacen creer que éste estaba coronado por otros tres símbolos correspondientes

de la sílaba mística AUM de la Trinidad hindú.

La rueda es un elemento del simbolismo búdico, pues representa admirablemente la misión del maestro y su soberanía universal. Debajo de los cuatro leones orientados hacia los cuatro puntos cardinales, se encuentra un friso cuyos cuatro paneles están asimismo separados por ruedas. Los motivos consisten en esculturas de relieve irregular que representan los cuatro animales sagrados: el león, el caballo, el toro y el elefante.

En tiempos de Hiuen-Tsang, puede imaginarse cuál sería el esplendor de aquellos lugares animados por el fervor y el celo religioso de millares de peregrinos. Los monumentos sagrados son tan numerosos, escribe Hiuen-Tsang, que no se pueden enumerar. Sobre unas bases de piedra azul, donde se pasean los cuatro Budas que hacían ejercicio después de su sermón, se colocó una estatua de Buda en actitud de un hombre paseándose. Su cuerpo tiene una talla sobrehumana y todo su exterior respira una imponente majestuosidad. Saliendo del cono carnoso que sobresale, de su cabeza se escapa un mechón de cabellos flotantes. Día y noche se suceden unos prodigios celestes.

«Bajo el sol de fuego, en medio de la selva de palmas, entre los mangos y los banianos brillaban las pagodas con estatuas de oro, las columnas de piedras raras coronadas de dragones, de ele-  
1. Henri VALENTINO: op. cit., págs. 164 y 165.



fantes o de leones fantásticos. Alrededor de los mástiles adornados de oriflamas, de las estatuas policromas de los santos y de los genios, se apresuraba la multitud de los religiosos vestidos de amarillo y de los fieles de las cuatro castas, vestidos con hábitos de colores llamativos. Día y noche se oía el sonido de los gongs, de los platillos y de las conchas marinas, mientras que los monjes salmodiaban unas plegarias y, a grandes gritos, los comerciantes hacían propaganda de los amuletos, los cirios, el incienso y los rosarios de ciento ocho bolitas, con los cuales los devotos contaban las cualidades de los Budas.»<sup>1</sup>

Hasta los descubrimientos que tuvieron lugar hacia el 1900, el principal centro de interés de Sarnath era el gran stupa en ruinas de sesenta metros de altura, conocido por el nombre de Dhamek, que el general Cunningham hace derivar del sánscrito: «Dharma-Desaku» o «Predicador de la Ley». Ese monumento fue el último de los edificios elevados por los budistas en el interior del Parque de las Gacelas, pues la escultura del pedestal fue bruscamente interrumpida

por la primera ola de invasión musulmana, a principios del siglo xi, y continuó inacabada.

Bajo el asalto conjunto de la intolerancia mahometana y de la oposición brahmanista, el budismo no tardó en declinar en la India, hasta el punto de desaparecer casi completamente en el siglo xm. No obstante, continuó como religión dominante en su forma hinayanista (Pequeño Vehículo) en Ceilán, y en su forma mahayanista (Gran Vehículo) en Birmania y en el Nepal. Entre tanto, los misioneros de la «Buena Ley» partiendo del valle del Ganges habían atravesado el Himalaya para llevar el mensaje de Buda al Tíbet y al «Imperio del Centro», desde donde llegó al Japón y a Corea. Así el budismo permanece como una fe viva por todas partes, con excepción (o casi) de su país de origen. Si se reflexiona bien, el caso es muy parecido con el cristianismo, lo que confirma el adagio: «Nadie es profeta en su tierra.»

1. H. VALENTINO: op. cit., pá«. 166.

Segunda Parte  
BENARÉS Y EL HINDUISMO

Es muy difícil reconstituir la historia de Benarés entre la época de la predicación de Buda y el nacimiento del hinduismo moderno. El historiador de Benarés E. B. Havell<sup>1</sup> indica al respecto únicamente que el reino de Kosala, que había absorbido el clan de los jcasis, primeros colonos arios de Benarés, fue absorbido a su vez, hacia el año 300 de nuestra Era, por el gran imperio de Magadha que tenía por capital a Patáliputra, la moderna Patna. Asoka, tercer emperador de la dinastía de Magadha, abrazó la ley budista o Sangha e hizo del budismo una religión de Estado, enviando misioneros a Cachemira, a las regiones himalayas, al Afganistán, a Birmania, a India meridional y a Ceilán. Sabemos ya que él hizo construir las magníficas stupas y los monasterios de Sarnath, entre otros. Los alrededores de Benarés y el Parque de las Gacelas, santificados por el paso de Gautama, son entonces los lugares sagrados por excelencia. De todos modos, es probable que la importancia religiosa de la ciudad misma declinase con el retroceso del brahmanismo, aunque ese lapso de tiempo fuera bastante corto. Un brahmán desconocido nos ha transmitido una crónica, el Kasijanda, en la que relata la historia mítica de Benarés en la época de la «ocupación» de la ciudad por el clero budista. La leyenda cuenta que Divodas, habiendo recibido de Brahma el título de Raja de Benarés, expulsó a Shiva y a los otros dioses hindúes de la ciudad. Era un hombre puro y sin mácula y, como que era experto en la ciencia del sacrificio, los esfuerzos de los dioses por suplantarlo fueron infructuosos durante mucho tiempo. Brahma, disfrazado de asceta brahmanista, se las arregló para quedarse en la ciudad; pero había sido precedido en su acción por Ganesha, el dios de la Sabiduría, que logró engañar á Divodas mediante una hábil

1. E. B. HAVELL: Benarés, the sacred City, Londres, «Blackie and Son». J905

16 — 3.404

242 ===== astucia, lo cual permitió a Shiva y a las otras divinidades volver

a ocupar su puesto en la ciudad.

Los elevados ideales de las ocho vías de la doctrina de Buda no siempre fueron comprendidos por los fieles y —al menos en India— se perdieron en el transcurso de los siglos, en la corriente de las supersticiones populares; pero, purificaron las aguas cenagosas por donde navegaban los sacerdotes y desembarazaron numerosos obstáculos al progreso de la verdadera religión. Buda fue integrado en el panteón hindú como una de las encarnaciones de Vishnú, el Protector y el Conservador, pero, a partir del siglo VIII, cuando el brahmanismo consiguió reafirmar su autoridad, la totalidad de la enseñanza religiosa del Perfecto impregnó a su vez las doctrinas hinduistas de forma duradera.

Con la aparición del gran reformador hindú Sankaracharya, Benarés volvió a ser el gran centro de la actividad religiosa de la India. Entre los cambios notables introducidos por esta reforma podemos señalar la supresión de las matanzas de animales como parte integrante de los ritos de sacrificio (con excepción del culto de Kali, diosa de la muerte y de la destrucción, culto que continuó siendo sangriento). La doctrina de la reencarnación fue precisada y codificada por las ársanas o escuelas de filosofía, así como la ley del Karma. Sankaracharya declaró una guerra despiadada a las formas supersticiosas del budismo y a las repugnantes prácticas de ciertas sectas hindúes; pero convencido de la vanidad de todo esfuerzo que consistiera en llegar a la completa sustitución de las viejas formas populares del culto por las grandes especulaciones intelectuales de los brahmanes, llegó a un compromiso.

Buda había instaurado una ética que ofrecía un terreno de comunión y de cordialidad a todas las razas, castas y sectas de la India, pero había dejado de lado el problema de la causa primera y del origen del poder supremo en el Universo. Sankaracharya y los maestros del brahmanismo tuvieron el mérito de aportar una base metafísica común a las distintas creencias religiosas del pueblo, aunque dejando la mayor libertad en las formas exteriores del culto. Asimismo se debe al gran reformador hindú la generalización del culto de Shiva que se transformó en un dios muy popular.

El culto de Shiva existía ya, en realidad, desde el siglo vm a.

de J.C. y quizá sea más antiguo que el mismo hinduismo. Uno de los nombres de Shiva: Rudra, es el nombre védico de la tempestad divina. El nombre de Shiva se cita varias veces en el Mahabharata. De todas formas, fueron las enseñanzas de Sankaracharya las que instauraron el shivaísmo como la forma principal del hinduismo moderno.

=====243

## 1. PASEO POR BENARÉS

El carácter sagrado que los hindúes asignan a Benarés no se limita a los alrededores de la ciudad del Ganges. La influencia de la divinidad tutelar se extiende al conjunto de la ciudad cuyo plano reproduce la forma de la media luna situada encima de la cabeza de Shiva. Allí es donde el gran dios, el «Señor del rostro centelleante» cuya morada está cerca del monte Kailas, en el Himalaya tibetano, llevado por el soplo del viento, murmuró al oído de un moribundo la sílaba misteriosa y sagrada cargada de una fuerza eterna que dispensó al hombre de sus reencarnaciones. Por esto, el que oye esta palabra puede morir en paz y ver su cuerpo quemado sobre las leñeras de Manikarnika Ghát, el «Graderío de la oreja de Shiva».

La ciudad se encuentra en la orilla izquierda del Ganges (la orilla sagrada) entre sus afluentes: el Barna al Norte y el Asi al Sur, así como por la gran carretera de Panchkosi. Ésta describe casi un semicírculo alrededor de la aglomeración, cuyo centro está ocupado por el pozo sagrado de Manikarnika, primer lugar de peregrinación, y el radio abarca once kilómetros aproximadamente.

En el aspecto esotérico, es interesante observar que al atravesar la ciudad de Shiva, el Ganges describe una curva majestuosa que le hace correr en dirección al Norte, hacia el Himalaya, morada del «Señor de las Montañas». El hecho de que la orilla habitada esté de cara al sol levante, es decir, al Oriente, contribuyó indudablemente

a la elección del emplazamiento por los fundadores arios de la ciudad, adoradores del dios-sol Surya, presente en las más antiguas esculturas hindúes.

En un pasado lejano, la ciudad se extendía a la vez a lo largo del río y en la dirección de la «ruta de Gran Trono» y todavía hoy, los peregrinos devotos llegan por el mismo camino que millones de hindúes piadosos hicieron durante siglos, tanto en coche como en barca, o simplemente a pie. En el momento en que divisan la «ciudad santa», los peregrinos la saludan con gritos como ¡Jai! ¡Jai! ¡Kasinath! (Alabado sea, alabado sea el Señor de Kasi) y este último nombre designa el barrio Sur de la ciudad que el lenguaje popular emplea para designar la ciudad en general. Los hindúes, en su gran mayoría, llegan hoy por tren, en automóvil o en autocar. Aparte los barrios modernos y administrativos construidos des

de hace unos cincuenta años, el espacio comprendido entre el Chowk (la arteria comerciante más importante) y el río está ocupado por un verdadero laberinto de callejuelas, una red de pasos y travesías de una anchura justa para permitir la circulación de los peatones y las bicicletas, donde se apiñan innumerables templos, santuarios, altares y otros lugares santos, llenos de evocaciones para el creyente hinduista.

Temprano por la mañana, en especial con motivo de la gran fiesta hindú o el día considerado favorable para el baño sagrado, los sannyasin, con su vestido color azafrán, los faquires medio desnudos, los peregrinos venidos de los cuatro rincones de la India, una abigarrada muchedumbre de hombres, mujeres y niños se apresura en todas direcciones, dando codazos a las cabras, los toros y las vacas sagradas, animales grasos de pelo reluciente de salud. Cada tres o cuatro pasos se descubre un templo o un altar sobre el cual los transeúntes van a derramar el agua sagrada del Ganges o a depositar guirnalda de flores. Los puestos de los artesanos rebosan de vasijas de cobre destinadas a las abluciones rituales. Las callejuelas están bordeadas de tiendas de floristas lo que llenan todo de un fuerte perfume. Aquí se venden las ofrendas florales destinadas a las divinidades: coronas de maravillas doradas o de jazmín virginal, pétalos de rosas y espléndidas flores de malvasisco con tonalidades carmesí, y también hojas del árbol bel, dispuestas para formar el tridente de Shiva. Otros comerciantes

tratan con imágenes santas, estatuillas de divinidades y objetos de culto, desde los rosarios utilizados por los sectarios de Shiva hasta los cordones sagrados reservados a las castas superiores de los «nacidos dos veces».

El pez sagrado que salvó a Manú de las aguas, símbolo de la buena fortuna, y el león, montura de la diosa Durga, están esculpidos en todas las casas o en el frontón de cada fachada. Unas graciosas pinturas que representan a los dioses y las diosas, Rama y Sita entre otros, y los grandes combates del Mahabharata, decoran los muros. Donde quiera que la construcción haya querido dejar libre un rincón de tierra crecen mangos y banianos (el árbol sagrado), que albergan bajo su sombra tutelar una pirámide sagrada hecha de piedras arrancadas de santuarios en ruinas. Uno no puede perderse en ese laberinto cuando ha comprendido que esos callejones están todos ellos orientados hacia el río o siguen direcciones paralelas. Al llegar al río, todos ellos terminan en unas gigantescas escalinatas, en gradas que forman los ghats, las «raíces de la ciudad» según expresión de Pierre Loti. Un gran número de palacios principescos bordean la ribera, con sus propios muelles y estanques privados que permiten bañarse al abrigo de

las miradas.

=====245

«Mágicos palacios en los que se siguen todos los estilos de la India, pues cada uno de ellos fue construido por un raja de la península para sus peregrinaciones o para los de su pueblo; palacios rajputas y mahrattis, palacios del Nepal, de Punjab, de Deccán, de los príncipes de Gwalior, de Nagpur y de Benarés, palacios del Norte y del Sur, que evocan todas las maravillas soñadas del Oriente. Kioscos turcos, fachadas moriscas, cúpulas bizantinas, bulbos persas, almenas, porches árabes, se alinean detrás de los árboles reverdecidos de los santuarios shivaítas, conviven con el shivala semichino del Nepal, con los minaretes conquistadores, con las dos agujas erguidas al cielo de una alta mezquita mogol.»<sup>1</sup> Este fresco se exhibe en una longitud de cuatro kilómetros, y corona, a una altura de noventa pies, la curva del Ganges. Sin embargo, en comparación con otras grandes ciudades tradicionales de la India, Benarés, con excepción de sus palacios, no ofrece al turista las maravillas arquitectónicas que tendría el derecho de contemplar. El encanto y la belleza de Benarés se deben, principalmente, a su ambiente religioso, a la atmósfera de sus templos, a la vida sagrada que la anima. Casi todos los templos no datan más allá del siglo xviii, es decir, que en su mayor parte reflejan el estilo del período mogol. En efecto, la ciudad fue saqueada y devastada en varias ocasiones, en 1194 por los afganos, luego en 1300 por Aladino, el mahometano, que, según se cuenta, destruyó un millar de santuarios hinduistas, y finalmente, en el siglo xvii, por Aurangzib quien, en su fanatismo religioso, blandió la «espada del Islam» y arrasó los templos, utilizando las piedras de éstos para la construcción de mezquitas.

En la actualidad se pueden contar en Benarés, aproximadamente, mil quinientos templos hinduistas, sin contar los santuarios de menor importancia. Aunque lleven nombres distintos, esos edificios religiosos están casi todos dedicados —con excepción de algunos dedicados a Vishnú— al culto de Mahadiva: «el gran dios» que designa a Ishwara o Shiva, y que lleva en la parte superior su emblema: el tridente.

No puede uno darse cuenta de la magnificencia de Benarés más que si va hasta la orilla del río. Sólo allí se llevará una imagen del esplendor védico que brilla siempre a través de los aspectos sórdidos y vulgares de la ciudad moderna. Estamos en una mañana de diciembre, a la temprana luz del alba.

Una luz cupurífera aparece por Oriente; los ashvinos, heraldos mellizos de la aurora, surgen por el horizonte. Unas volutas en espiral de la bruma del calor se elevan del río tranquilo y un manto de niebla láctea se extiende sobre la arena desnuda por el retro-



1. André CHEVRILLON: Sanctuaires et paysages d'Asie, Hachette, 1920, pág. 106.

246 ===== ceso de la oleada del monzón. El rey Soma, en forma de Luna, se

mete detrás de los ghats y, en la pálida luminosidad de sus rayos plateados, aparecen las formas fantásticas de los monasterios y los palacios cuyas siluetas macizas emergen de la niebla, desplomándose

sobre el Ganges. Algunas embarcaciones cruzan la ciudad santa. La luz del día brilla como Ushas, la encantadora diosa de la aurora, amada de los poetas vedas, vestida de azafrán y de rosa, abriendo bruscamente las puertas del cielo. Ahora pueden distinguirse con mayor claridad los detalles de los ghats, los tramos de escaleras de dimensiones colosales, los gigantescos pilares, las escolleras de madera que avanzan entre las aguas sagradas, sombrillas hechas de hoja de palmera, enormes champiñones bajo los que se resguardan los ghatiyas (niños de los ghats) dispuestos a prestar pequeños servicios a los bañistas. Más lejos se ven los innumerables bulbos de los templos hindúes, dominados por los orgullosos minaretes de la mezquita de Aurangzib.

Por último Surya, el Sol, aparece en su opalina incandescencia por encima de los bancos de nubes de la noche. Las neblinas miasmáticas,

como espíritus maléficos —los perversos Asuras— se encogen y se abarquillan para desvanecerse en el aire ligero, mientras que el astro, atravesando el río con sus rayos, ilumina los nichos de los santuarios cavados en los ghats como si fueran cuevas, haciendo centellear las jarras de cobre de los bañistas.

Parece como si todo el anfiteatro, sobre una circunferencia de cuatro kilómetros, resplandeciente con la luz solar, se transformara súbitamente en un inmenso templo del Sol.

«El antiguo culto védico, cuya tradición ha sido conservada por Benarés mejor que el resto de la India, el culto ario de las potencias naturales ha empezado. Un amplio rumor surge de esta franja humana esparcida al pie de las arquitecturas a lo largo del agua divina: susurro infinito, inmensa y vaga palpitación como la de los insectos pululantes que empuja sobre la arena la oleada de la marea que sube.»<sup>1</sup>

Los brahmanes murmuran sus mantras más santos, las misteriosas invocaciones al Sol del Rig-Veda (las famosas Gayatri).

«El nombre que invocan ahora sus labios mientras que sus manos imploran al astro, es Mitra, es el nombre del dios solar que Occidente, hasta la Galia, conoció al mismo tiempo que el Crucificado. Desde Persia, India, el ya fabuloso Oriente, su gloria había alcanzado y atravesado el Imperio romano. Todavía prevalece en Benarés. "Mitra —cantan los brahmanes—, Mitra sostiene la tierra y el cielo, Mitra con su ojo inflexible contempla a todas las criaturas. ¡Ofreced a Mitra el sacrificio de la manteca!" (...). Uno

=====247

se asombra, después de las gentes ordinarias de piel oscura de los bazares y de la calle, de encontrar allí reunidos ese pueblo de brahmanes, esos blancos, esos europeos extraviados —¿desde cuándo?—

bajo los trópicos, extrañamente mezclados con la población de la India j y tan distintos de ella! Antiguos hermanos, fieles a los primeros cultos arios, y cuya frente y rasgos intelectuales anuncian la raza filosófica, aquella que, al contemplar el Universo, se puso a pensar en él.»<sup>1</sup>

Si se observa a los bañistas de más cerca, se aprecia que algunos de ellos realizan unos misteriosos ritos que no se parecen a ningún otro. Algunos saludan al sol derramando agua con sus manos en dirección a él, otros toman el líquido purificador en el hueco de su mano y lo vierten sobre su cabeza para liberar el cuerpo de la mancha del pecado. Otros, finalmente, ceñidos con el Upavita sagrado, o cordón brahmánico, lo hacen pasar de un hombro al otro y, cogiendo agua con la mano derecha, la dejan deslizarse por sus dedos. Luego, colocándose el cordón en el cuello, dejan deslizarse el agua sobre el dorso de su mano, entre el pulgar y el índice doblado. Esos ritos están dirigidos a los Devas y a los Rishis: las divinidades y los sabios. Muchos se contentan con desgranar su rosario murmurando la sílaba sagrada Aum o las fórmulas santas que evocan los nombres de los dioses; las Ram, Ram, las Shiva, Shiva, Shiva. Algunos son invisibles, encerrados en uno de esos cubos de piedra que se alzan sobre el último escalón del ghat; y no se descubre su presencia más que al oír de pronto el sonido de una voz que sale de la piedra. Algunos se untan el cuerpo con ceniza procedente del fuego del sacrificio o inscriben en su frente el signo de Shiva. En otro lugar, un brahmán ejecuta un «ejercicio de respiración» que consiste en cerrar sucesivamente cada uno de los orificios de la nariz, suprimiendo alternativamente la respiración, mientras que una de sus manos, oculta en un saco rojo, se ocupa en entrelazar misteriosas figuras: el jabalí, la sogá, el pescado, las diez encarnaciones de Vishnú. Todas esas ceremonias forman parte del Sandhya cotidiano de los brahmanes, ejercicio espiritual que intenta poner el alma en relación con el mundo suprasensible y prepararla para la meditación. No todos los bañistas pasan por ese complicado ritual y, entre los millares de peregrinos que representan a todas las razas y todas las costumbres de la India, son numerosos los sencillos campesinos ignorantes que sólo repiten la fórmula mágica que les ha sido facilitada por sus gurús, los médicos espirituales. Otros, en cambio, están allí para cumplir un voto o para puri-

i. na., pág. ii6.

ficarse de alguna mancillación. Castas altas y bajas, brahmanes y sudras<sup>1</sup> se bañan juntos, pues el Ganges sagrado que baja del cielo y cae sobre la frente de Shiva, el «dios de la garganta azul» como las cimas nevadas del Himalaya, no sólo borra las distinciones de casta sino que ofrece una panacea para casi todos los males, físicos o espirituales, que pueda padecer el hindú en apuros. El agua preciosa se recoge en jarras de cobre para servir en las innumerables ceremonias del culto familiar, para rociar los altares sagrados y para beber. Numerosos peregrinos, que vienen de muy lejos para visitar la Ciudad Santa, no se marchan sin llevarse al menos una jarra del agua del Ganges hacia su país, con gran alegría de parientes y amigos. Para los hindúes, unas gotas del precioso líquido en los labios de un moribundo tienen la misma virtud que un baño en el Ganges.

Al igual que el musulmán que va a La Meca y el cristiano a Jerusalén, el hindú que muere en Benarés se considera afortunado, pues él es transportado inmediatamente al paraíso de Shiva en el Himalaya, en el monte Kailas, al norte del lago Manasa, donde el gran asceta del tercer ojo que ve el Pasado, el Presente y el Futuro, está en profunda meditación, y posee el dominio perfecto de las pasiones físicas. Para obtener ese «pasaporte» al cielo, los ancianos, hombres y mujeres, que han dejado atrás las vanidades del mundo, van a pasar los últimos días de su vida a la ciudad de Shiva para dedicarse íntegramente a la observancia del ritual brahmánico.

En esos mismos graderíos que bordean el río es donde se procede a la incineración de los muertos, al Manikarnika Ghat. Allí arden día y noche las siniestras piras fúnebres. «¡Que sean pequeños y bajos! ¡Esto basta para devorar la forma humana! Pero las llamas lanzan unos vivos penachos, y los torbellinos de chispas chisporrotean en los grasos vapores de la carne que se funde. El lugar es siniestro, negro como un incendio. Las altas paredes desportilladas

lo envuelven con tristes taludes de polvo. Sobre el cielo, unos cadáveres envueltos en muselinas color de rosa esperan su turno en un húmedo semillero de brasas extinguidas y de tizones: cuatro momias largas y rígidas liadas en el estrecho sudario. En la orilla extrema de la playa, se mojan en el agua plana, santificadas antes de pasar por el fuego, por esa onda donde, en seguida, los parias de piel negra encargados de las tareas funerarias estimularán sus cenizas.»<sup>3</sup>

A lo largo de todo el año se desarrollan unas magníficas ceremonias, que tienen el Ganges por escenario. Además habría que

1. Los sudras pertenecen a la última de las cuatro castas: la de los artesanos, de los

trabajadores manuales.

2. A. CHEVRILLON: op. cit., págs. 121-122.

=====249

evocar la maravillosa «Fiesta de las Lámparas» que tiene lugar en el mes de Kartik (octubre-noviembre) en honor de Lakshmi, diosa de la Fortuna. Al crepúsculo, unas graciosas jóvenes, envueltas en sus saris multicolores, descienden silenciosamente hacia los ghats, y llevan unas lamparitas de aceite hechas de arcilla, las cuales encienden y ponen delicadamente en el agua. Si la luz arde bien hasta el centro de las aguas, todo va bien y habrá felicidad abundante para la que ha lanzado el frágil esquife. Pero si la luz vacila o se apaga, iesto significará la desgracia en el año siguiente! Estos cientos de luces parpadeantes que salpican el río lo cubren de un manto estrellado parecido a la Vía láctea, para adornar su atuendo terrestre.

Una visita a los ghats tiene que empezar por las graderías de Dasasamedh, el «Ghat del Sacrificio de los diez Caballos»,<sup>1</sup> lugar donde convergen las principales arterias de la ciudad. La visita de este ghat, al cual corresponde una leyenda brahmánica, forma parte de los cinco lugares que el hindú piadoso debe honrar al ir a Benarés.

No obstante, al europeo le interesará más el amplio anfiteatro de los ghats que se extiende entre los ríos. Así y Barna (generalmente se hace derivar el nombre de Benarés de una combinación de las dos palabras: Barna y Asi). Allí, en medio de esa monumental media luna es donde se despliega todo el fervor religioso de los hindúes, a veces no desprovisto de cierto frenesí místico.

Durante el mes de Kartik (octubre-noviembre), el último día del Kali-Puja (fiesta de Kali) se desarrolla una imponente ceremonia en el ghat de Dasasamedh, en que las imágenes de la terrible diosa son precipitadas al río, una vez cumplidas las ceremonias tradicionales. El cortejo sale generalmente de una casa determinada, donde se guarda de un año al otro la otra imagen de Kali.

La estatua de la diosa, una figurilla negra y repugnante, provista de cabellos auténticos, como una muñeca infantil, sacando la lengua con una espantosa mueca, representa la divinidad pisoteando el cuerpo postrado de Maha-Kal (el Tiempo). La estatua es transportada sobre un palanquín de ceremonial, acompañada de músicos, de una procesión de elefantes, de camellos y de carromatos, en medio de un gran despliegue de multitudes, hasta el ghat. Entonces el ídolo es depositado en tierra; se le retiran las joyas que

1. Ese ghat se llama así por el sacrificio ritual de caballos que —según la historia legendaria—

hacía Divodas, el raja de Benarés. Shiva, que estaba entonces excluido de la ciudad,

habiéndose presentado al soberano disfrazado como un viejo brahmán, pidió al raja que

hiciera el sacrificio de los caballos, que es uno de los más complicados del ritual brahmánico.

Divodas, que era un experto en la práctica religiosa, salió victorioso de la prueba sin

cometer ninguna falta. Pero, más tarde, fue engañado por una astucia de Ganesha. Brahma,

admirando el valor de Divodas, procedió él mismo al sacrificio de los caballos en el ghat

donde todavía se conmemora este acontecimiento.

250 =====

lo adornan, se le cortan algunos mechones de cabellos y luego, cuando se pone el sol, se le lleva a bordo de una barca en medio de la corriente y allí se le precipita al agua.

Siguiendo al ghat de Dasasamedh se encuentra el ghat de Sitila, llamado así a causa del templo que se recorta sobre la orilla.

Ese santuario está dedicado a la diosa de la viruela, muy temida por los hindúes.

A continuación se llega al ghat de Munshi, serie de gradas macizas de cimientos colosales levantados para prevenir la subida de las aguas durante las grandes crecidas de la estación de las lluvias. Es uno de los pocos lugares reservados para los bañistas musulmanes, desde los tiempos en que el orgulloso sultán Aurangzib rebautizó Benarés —durante un tiempo muy corto— con el nombre de Mohammedabad. Más lejos está Rama-Ghat, el puerto reservado para los brahmanes errantes que son mantenidos gracias a la generosidad de los ricos hindúes.

Remontando el río, el próximo ghat interesante es el de Chauki, donde, a la sombra de una espléndida higuera sagrada, se oculta un pequeño santuario rodeado de varios monolitos admirablemente esculpidos con unos frisos de serpientes enlazadas alrededor del lingam, vestigios de un antiguo culto telúrico. El árbol de magníficas ramas está protegido por un reborde de piedra, señal de su dignidad sagrada. En efecto, la *Ficus religiosa* se asocia a las grandes ceremonias religiosas desde los tiempos védicos más lejanos.

Su madera se utiliza para la fabricación de varillas que sirven para producir el fuego sagrado de Agni, así como para diferentes recipientes destinados a los sacrificios. Los filósofos y los hombres santos consideraron siempre su sombra como un lugar propicio para la meditación. Entre los budistas, es especialmente venerado como el árbol Bodhi, el árbol de la Sabiduría bajo el que su gran maestro recibió la iluminación. En la imaginación popular se le llama «brahmán de los árboles» (el equivalente de la encina en nuestras regiones).

Después, hay otro ghat del fuego, que corresponde a la parte sur de la ciudad. Muy cerca de allí vivía todavía hace algunos lustros, en una celda de piedra que se desplomaba sobre los graderíos, un sannyasi de la secta de los aghori cuyo nombre, que puede traducirse por «horrible», revela sus intenciones.

Considerando que todas las cosas emanan del alma del Universo o brahmán, llevan muy lejos la doctrina vedantista afirmando que no hay nada realmente impuro, incluyendo los excrementos y los cadáveres en descomposición. ¡A veces añaden el gesto a la palabra para demostrar su buena fe!

Un poco más lejos, a cierta distancia por encima del curso de agua, el ghat de Shivala y su fortaleza presentan una fachada im-



=====251

ponente delante del río. La fortaleza era la antigua residencia del Maharajá de Benarés, y fue ocupado por Chet Singh en la época de Warren Hastings. Un estambre amarillo flota sobre las frondosidades en el interior del recinto septentrional de la vieja fortaleza, marcando así la presencia de varios ascetas hindúes. Se trata de un Math o monasterio, habitado por una quincena o una veintena de discípulos de Kapila, el fundador reputado de la escuela de filosofía Sankhya que, según se cree vivió en Benarés hacia el 700 a. de J.C.

Dejaremos un momento a Shivala Ghat y su admirable fortaleza, para remontar el río. Desde Bachraj Ghat hasta Asi Sangam está prohibida la caza de pájaros y la captura de peces, a fin de respetar los sentimientos de los jaínos que poseen varios templos alineados a lo largo de este tramo del río. En común con los budistas tienen la doctrina, que es uno de los principios importantes de su religión, según la cual toda vida es sagrada.

Sin duda, recorriendo esta parte de los ghats pasaremos por delante de varias figuras de barro, rudas y colosales, a imagen de Bhima, uno de los hermanos Pandava en el Mahabharata, que yacen completamente estiradas sobre el suelo. La historia que explica por qué se honra a Bhima durante los últimos cinco días del mes de Kartik es la siguiente: Bhima era un hombre de una estatura y de una fuerza enormes, y tenía, por tanto, un prodigioso apetito. Como todo hindú que se precie, deseaba honrar a Krishna durante el mes de Kartik, pero encontraba el ayuno tan fastidioso que suplicó a Krishna aliviara la regla en su favor.

Para complacer al famoso gigante, Krishna acordó que si Bhima ayunaba durante los cinco últimos días del mes le sería concedido el mérito que se daba a la abstinencia durante un mes entero, y añadió, como un favor especial, que aquellos que honrasen a Bhima los cinco últimos días de Kartik, obtendrían las mismas gracias.

El siguiente ghat río abajo es Nepali Ghat donde, empotrado en el dique de piedra y totalmente cubierto por las aguas en la estación de las lluvias, se descubre un hermoso santuario del Ganges, representado como un ser femenino sentado sobre un cocodrilo.

Por encima de él se abre una escalera que conduce al templo nepalés, un edificio muy pintoresco, medio oculto por una cortina de magníficos tamarindos y mangos. Está construido, principalmente, con madera y ladrillos; el techo doble, con grandes plintos de cornisa, sostenidos por unos cuervos, es característico de la arquitectura del Nepal y de los otros países subhimalayos. Unas ricas esculturas adornan los paneles de madera.

Por todas partes el visitante se encuentra con seres extraños, descarnados, con la mirada vacía y como alucinados. Esos hombres demacrados que se infligen terribles maceraciones son los

Sadhus, los devotos errantes que, a veces, llevan su celo religioso hasta un fanatismo extremo.

No es raro ver a uno de ellos, en un estado de éxtasis religioso, lanzarse al lago sagrado de Pushkar, cerca de Ajmere, para ser devorado por los cocodrilos, o incluso saltando por un precipicio del Himalaya. El final más trágico de todos es de los que se preparan para seguir el trayecto de los grandes héroes del Pandava, cuando, cansados de vivir, se ponían en camino con destino al Paraíso de Indra, al otro lado de las nieves del Himalaya, desplomándose

uno después del otro por el camino, hasta que sólo Yudhishtira fue recibido a las puertas de Swarga. Precisamente el Sadhu, siguiendo las huellas de Yudhishtira, se pondrá en camino para esa última peregrinación, penando y sufriendo hasta que consiga llegar a los picos majestuosos nevados y se pierda para siempre a la vista de los mortales.

El ghat de Panchganga es uno de los cinco lugares de peregrinación consagrados y, con motivo de una fiesta hindú, el espectáculo es tan emocionante como en Manikarnika. Durante el mes de Kartik, los piadosos rodean el borde del ghat de bambúes, de los cuales se cuelgan unas linternas chinas que son enganchadas por los bañistas con el fin de que, cuando la luna decrece, los pitris, los padres que tienen su morada en Pitri-loka, no se queden en la oscuridad. Existe también una bonita costumbre que observan las mujeres, en la noche de luna llena del mismo mes, cuando, después de haberse bañado en Panchganga, presentan unos frutos confitados a la luz de la Luna, creyendo que la rosada del cielo esparcirá sobre ellos Amrita, el néctar celestial con el cual el rey Soma refresca a los dioses, a los Pitris y a los hombres.

En el ángulo de una escalera, se observan tres lámparas de piedra, de forma cónica, provistas de arriba a abajo de numerosos canales para recibir aceite. Cuando se iluminan para la fiesta de Diwali, o cualquier otra gran fiesta hindú, se diría que son pinos o cipreses encendidos y sugieren un origen sarraceno más bien que hindú.

Probablemente fueron instaladas para el servicio de la mezquita y usurpadas por los hindúes al imponerse a los musulmanes. La mezquita en sí no presenta gran interés, a no ser por los recuerdos religiosos que se relacionan con ella y no a causa de su situación admirablemente escogida que no atraería ninguna observación

especial; pero es muy interesante ascender por los peldaños de esa escalera piramidal para ver la pequeña plaza que se abre ante la mezquita y que domina el río.

Más lejos de Panchganga no hay nada muy interesante hasta

el Gat-Ghat. Una estatua colosal de la vaca sagrada, esculpida con una nobleza monumental, ocupa aquí el lugar de honor en los esca-

=====253

iones del ghat. Ante ella se ven varias mujeres esculturales como ninfas o nereidas que, cuando se bañan o se visten, adoptan unas actitudes con una gracia perfectamente clásica, con una inconsciente soltura que ningún modelo de artista podría imitar. Podría uno pasearse día tras día a lo largo de los ghats a través de ese magnífico panorama de la vida india, observando cada día nuevas costumbres y ceremonias, vería unos nuevos tipos raciales, nuevos motivos para el pintor o el escultor, diferentes escenas del drama de la existencia humana, pues Benarés es el microcosmos de la India entera.

Palhavad Ghat sucede a Gat-Ghat, otro tramo de gradas que suben hacia un conjunto de pequeños santuarios sombreados por algunos espléndidos banianos. Se llega al límite de los ghats por el lado norte de Benarés en Barna Sangam, donde el río Barna se une al Ganges. Este lugar es uno de los cinco puntos de peregrinación más sagrados, y bañarse en la confluencia de las aguas confiere una virtud particular en lo que se refiere a la purificación de todo pecado. La cresta elevada que contiene cuatro templos proporciona una vista magnífica sobre el valle del Ganges.

## 2. LOS TEMPLOS Y LOS POZOS SAGRADOS

Aunque Benarés sea una de las ciudades más pintorescas de la India, el visitante puede darse cuenta de que posee un solo templo de primer orden en el campo arquitectónico. Los mil quinientos templos, o quizá más, que comprende son pequeños y casi todos del mismo tipo, con muy pocas variantes. El santo lugar que cobija la estatua o emblema sagrado es cuadrado, y coronado por un Sikra o bulbo, bastante elevado, de forma curvilínea e irregular; unido a este elemento se eleva un pórtico con grandes columnas, cubierto por una cúpula, o bien por un sistema de losas superpuestas horizontalmente. Un patio cuadrangular rodea al templo, circunscrito por cuatro muros o por un claustro que alberga santuarios secundarios, o viviendas para los sacerdotes.

El templo de Durga, de ahora en adelante «templo del Mono», es una ilustración típica de los grandes templos de Benarés, más amplio y más completo que la mayor parte de los santuarios de la ciudad.

Delante del templo, el Vahan, que domina la diosa, ocupa un

254 ===== lugar notable sobre un alto pedestal que recuerda en cierto modo

la columna de la plaza San Marcos de Venecia. Un poste vecino sirve frecuentemente para oírse cabras en sacrificio. Las cabras son decapitadas con un cuchillo, y la sangre es ofrecida a la diosa, pero los cadáveres son generalmente rechazados por los sacrificadores. El motivo del sacrificio es muy variado: algunas veces es para apaciguar a la diosa en caso de enfermedad, algunas veces para invocar su ayuda cuando el sacrificador está sin empleo. A menudo es, simplemente, para procurar una comida a los hindúes que no están autorizados a comer carne, salvo la de animales ofrecidos en sacrificio.

El símbolo del león está asimismo pintado a los dos lados de la entrada, y aparece de nuevo esculpido en la piedra a cada lado de la puerta de entrada al interior. Siendo el templo una de las atracciones turísticas, al visitante se le invita a echar alimento a los monos que brincan y descienden ligeramente de los techos circundantes y de los árboles, se atrepellan con toda su vivacidad simiesca para atrapar los granos y los dulces que les echan. Sin embargo, no es Hanuman, el dios-mono y aliado de Rama en la guerra contra Ravana a quien se venera en los templos, sino que los brahmanes actuales encuentran que los simios constituyen un maravilloso cebo para el bakchich (o propina) de los turistas. El santuario que alberga la estatua de Durga fue levantado por un Rani Bengalí a finales del siglo XIX.

La estatua de Durga en ese templo es una especie de muñeca insignificante sin ningún mérito artístico.

Durga es una de las esposas o Shakti de Shiva. Su aspecto está impregnado de belleza y de brillo, tal como indica su nombre original de Gahri. Aparece como si estuviera eminentemente relacionada

con Shiva en su manifestación como dios del Himalaya, y como representante de las fuerzas destructoras de la Creación, mientras que Kali, cuyas estatuas son siempre negras, es la tierra madre y la destructora universal del tiempo así como del Cosmos. En todos los países, las montañas más altas han sido siempre asociadas con ideas religiosas.

Los aspectos a la vez benévolos y feroces de las divinidades que viven en las montañas de la India son indudables si no es por la impresión sentida en el espíritu de los indios del doble aspecto de esas fuerzas naturales que se manifiestan con toda su grandeza en las regiones himalayas. Los espléndidos picos coronados de nieve, con toda la gloria de la luz solar y el misterio lleno de solemnidad de los rayos de luna, derramando desde sus cimas violentas las preciosas aguas que fertilizan la tierra, son Urna y Parvati, diosas benévolas de luz y de belleza, y Shiva, el buenísimo,

coronado por la Luna, con la garganta azul, el señor resplandeciente

=====255

de felicidad. Envueltas por las terribles nubes de tormenta, desgarradas por los vientos furiosos y los torrentes rabiosos, sus fuerzas se sublevan en los temblores de tierra y se hacen terribles con los aludes que traen una súbita y terrorífica ola de destrucción sobre los hombres y las bestias, esas fuerzas, se convierten en Rudra «el rugiente», Urgra «el feroz», Shiva «el destructor terrible», Durga «el inabordable» y Raktadanti «el de los dientes sangrantes».

Durga se invoca especialmente para obtener la victoria de las armas. Era la deidad tutelar de Ravana, el rey-demonio de Ceilán, pero Rama triunfó al final poniéndola de su parte y terminó de esta forma con su poderoso enemigo. Es, probablemente, una de las divinidades aborígenes adoptadas por los arios. Como diosa de los combates, tiene una gran reputación en lo que concierne a la destrucción de los demonios. Su principal hazaña fue vencer a un Asura, llamado Durg, que había adquirido un poder extraordinario por la práctica de penitencias, y se servía de él para poner a los dioses bajo su dependencia y para destruir la religión sobre la tierra. Para celebrar su victoria, cambió su nombre de Gauri, «la brillante» por Durga. En uno de los rincones de ese espacio cuadrangular del templo de Durga está colocado un altar dedicado a Kali. El ídolo, como ocurre frecuentemente en Benarés, no es otra cosa que una máscara de metal y una colección de ropajes de vivos colores. Sin embargo, esas máscaras son generalmente hermosas piezas de metal repujado. A menudo se surte a un ídolo con una serie de máscaras con diferentes expresiones, para representar las distintas manifestaciones de la divinidad. Al lado del altar de Kali hay un agujero en el piso de la galería abierta, donde se enciende el fuego sagrado para la ceremonia del Hom, y para las ofrendas distribuidas a Agni, el dios del Fuego. El templo, construido hace cien años por el raja de Ahmethy de Udh, que se yergue por encima de Manikarnika Ghat con sus cinco espirales de un rojo profundo y sus pináculos dorados, está asimismo dedicado a Durga. Está edificado sobre una terraza que domina el río, y se accede a él por una de esas calles en pendiente empinada, cortadas por escaleras, y que conducen desde los ghats a la ciudad alta, que recuerdan una ciudad de Italia meridional o de España. Subiendo con dificultad por los peldaños de la escalera, se pasa por debajo del Naubat Jana, donde los músicos cantan himnos de plegaria a la diosa con acompañamientos extraños pero bastante agradables. En el lado derecho de la entrada se alza un hermoso leoncito de bronce de Durga y, en el lado izquierdo, el toro de Shiva. La tranquilidad y la pulcritud interior consuelan de la agitación, de la suciedad cenagosa y de la atmósfera algo sórdida de los santuarios más populares de

Benarés. Generalmente se pueden encontrar aquí uno o dos brahmanes sentados con fervor en su actitud de Sandhya y, a menos que haya alguna fiesta especial, no hay una gran multitud de peregrinos u otros fieles.

El templo Annapurna, la diosa de la abundancia, cerca de un templo dorado, es uno de los lugares del culto más populares de Benarés, y uno de los raros templos donde se permite hoy a los europeos la entrada. Hay numerosos mendigos sentados afuera, con un cuenco colocado ante ellos, sobre el suelo, para recibir arroz y otros dones de los transeúntes.

La ceremonia corriente que todos los que entran pueden contemplar, después de haber presentado una ofrenda de nutrición o de plata al brahmán de servicio, consiste en dar vueltas alrededor del altar durante un cierto tiempo, teniendo la mano derecha en su dirección, y en detenerse ante él para saludar a las estatuas de la diosa. Algunos tocan con la frente el soporte del porche del templo; otros frotan sus dedos en el limo y, a continuación, se tocan la frente y los ojos. «Para los puros todas las cosas son puras...» y ellos creen que Annapurna es tan pura que hasta la suciedad es pureza en su templo.

Un brahmán está sentado en un rincón para inscribir una marca roja en mitad de la frente de cada fiel.

Antes de irse, son muchos los que suben hacia el porche y hacen sonar la campana que pende en el centro.

Algunas mujeres, especialmente las viudas de brahmanes, que se las puede distinguir gracias a los textos sagrados impresos en sus saris, derraman el agua del Ganges a cucharadas de sus lotas y distribuyen arroz y flores sobre los ídolos colocados en los miradores alrededor del cuadrilátero: Hanuman, Ganesha y Surya.

Un anciano muy flaco y medio ciego, casi desnudo y jadeante de cansancio, se arrastra por el cuadrilátero del templo y da muchas vueltas en torno a él, tirándose sobre el suelo fangoso a cada paso, sólo parándose para saludar a la diosa cuando pasa por delante del altar. Acaba de llegar por la ruta de Panch-Kasi para hacer la peregrinación —80 Km de camino agotador— en cumplimiento de una promesa.

Son numerosos los motivos por los que los hindúes cumplen esas penitencias, a veces para obtener ventajas terrestres en la vida de aquí abajo —pues creen que los méritos que adquieran serán más pronto o más tarde recompensados de una manera tangible— otras veces para excitar la piedad y recibir limosnas, quizás en un intento piadoso, o quizá para dotar a una hija, o bien con el fin de vengarse de un enemigo, para ser gratificado en una encarnación futura. Otro hombre se pasa una media hora muy serio delante del dios-simio, Hanuman, frotando los miem-



bro de la estatua con la más tierna solicitud, como si ese masaje causara placer a la divinidad, y murmurando continuamente plegarias y fórmulas rituales. Sobre el suelo del atrio, delante del altar, cantidad de dulces, arroz y otros cereales —ofrendas caritativas para Annapurna destinadas a la distribución—; pues, en un país donde el hambre aflige todavía muy a menudo a la población, se reclama con frecuencia la ayuda de Annapurna. Muchas pobres madres llevan a su hijo para que se le dé de comer en la galería superior que hace las veces de cuadrilátero. Los pájaros y otros animales se reparten las liberalidades de Annapurna y, como en todo Benarés, contribuyen a formar un cuadro delicioso. Las palomas se posan y picotean los granos de arroz esparcidos por el cuerpo grotesco de Ganesha, unas cabras y otros animales mordisquean las coronas de caléndulas que, en los días de fiesta, se amontonan en doradas pilas alrededor del cuadrilátero. Dos jóvenes bengalíes se detienen para abrazar y acariciar a una vaca, mientras que ella se calienta beatíficamente al sol en un rincón, después de haber comido caléndulas. Contesta a sus caricias con señales de gran contento, más propias de un perro que de la naturaleza impasible de un bóvido.

Desde el punto de vista hindú, el más santo y el más interesante de todos los templos de Benarés es el dedicado a Wishweshwar o Shiva como deidad tutelar de Benarés. Está situado en la misma calle estrecha que Annapurna, y reúne a más fieles de los que el templo de la diosa puede contener. Los europeos no son admitidos, pero pueden ver lo que pasa abajo desde un balcón justo enfrente, el Naubat Jana o «Casa de la Música» donde están alineados los grandes tambores del templo. Se le llama el Templo dorado, a causa de su cúpula y de sus acanaladuras cubiertas de cobre dorado repujado, don del Ranjit Singh de Lahore. No hay nada muy notable en la decoración moderna Sij, y no hay tampoco nada muy atractivo en el templo en el plano artístico o arquitectónico.

Bhaironath, cuyo templo principal no está lejos del Ayuntamiento, es el Kotwál o magistrado espiritual de Benarés. Ejerce su jurisdicción sobre el conjunto del distrito delimitado por la carretera de Panch-Kosi y se dice que actúa como defensor de la fe hindú y como ahuyentador de los malos espíritus. Su Vaman o vehículo es un perro; por esta razón, los perros, que son excluidos de los otros templos, son admitidos aquí. Su arma es una maza que recibe un culto de la misma categoría que su estatua. El sacerdote oficiante está provisto de una vara adornada de plumas de pavo, de la que se sirve para castigar a los fieles a causa de las ofensas que han cometido, y los absuelve al mismo tiempo. Allí hay unas interesantes máscaras de cobre y plata, a veces

17 — 3.404

258 ===== fundidas en Benarés.

Aparte los templos, los peregrinos hindúes sienten una profunda veneración por las cisternas y los pozos sagrados, igualmente numerosos en Benarés. Además del gran pozo de Manikarnika, en el ghat del mismo nombre, hay que señalar el Gyan-Kup o Pozo del Conocimiento, situado en un cuadrilátero entre el Templo dorado y la mezquita de Aurangzib, construida sobre el emplazamiento del antiguo templo de Vishweshwar. Está coronado por unas graciosas columnas sarracenas, erigidas en 1828, según los deseos de Dulat Rao, señor de Gwalior. La colosal cúpula de piedra de Shiva, en la vecindad, resulta un pintoresco complemento, y las multitudes de peregrinos constituyen una curiosidad digna de estudio. Un brahmán está sentado en el pozo con una cuchara para dar un trago de agua a cada peregrino. La columnata es un lugar de parada favorito y allí se ven a menudo peregrinos que llevan consigo la estatua y los emblemas de su deidad tutelar, como disponen un pequeño santuario en el suelo y practican así las formas prescritas del Puja.

No lejos del templo de Bhaironath se encuentra el pozo del destino —Kal Kúp—, donde se ha dispuesto un agujero cuadrado encima del enrejado que rodea al pozo, de tal forma que, al mediodía, los rayos del Sol van a tocar el agua a un nivel inferior.

Quien mire al fondo del pozo a aquella hora y no pueda ver su sombra reflejada en el agua es un hombre destinado a una suerte funesta, pues, con toda seguridad, morirá en seis meses, a menos que consiga persuadir a Maha-Kal, «el Gran Destino», o a Shiva, cuyo templo es vecino del pozo, para que intervenga cerca de Yama, el dios de la Muerte, en su favor.<sup>1</sup>

Así se termina nuestro recorrido por la «ciudad sagrada de los hindúes». Hubiéramos podido describir también la numerosa multitud que circula por las calles y en los ghats, los templos y las ceremonias que se desarrollan allí, los innumerables ritos, las actividades mágicas de los alquimistas y de los astrólogos, que se parecen en muchos aspectos a las de nuestro mundo occidental. Habríamos podido evocar la figura ilustre de Annie Besant<sup>2</sup>

1. Otro pozo interesante es el pozo de Nag-Kuan, en el cual se pretende que reside una serpiente de gran tamaño. El folklore indio está lleno de leyendas a propósito del rey-serpiente y del pueblo-serpiente —hechiceros poderosos que podrían adoptar, si quisieran, una apariencia humana— que vivirían bajo las aguas, en palacios resplandecientes de oro y piedras preciosas. El Nag-Raja, que habita en ese pozo, es apaciguado mediante ofrendas de

leche. Un día al año, en el mes de Sawan, se va en peregrinación al pozo y Nag-Puja, o la adoración del dios-serpiente, es efectuada por la muchedumbre de peregrinos. Se accede al pozo por cuatro tramos de escalera de piedra. En una cavidad practicada en una de las paredes laterales se encuentra un santuario del dios-serpiente. Los peldaños que desembocan en el pozo fueron construidos o colocados hace cincuenta años, pero el pozo es, sin duda, muy antiguo.

2. Presidenta de la Sociedad teosófica, sucesora de H. P. Blavatsky, la fundadora.

=====259

que pasó los últimos años de su vida en Benarés, en la «Casa de los Sabios» destinada al «brahmanismo esotérico» de la que Pierre Loti pintó un vivo retrato. Entre esos indios —observa el eterno viajero— «una mujer, una europea escapada del torbellino occidental, ha ocupado su lugar y se ha impuesto entre ellos. De rostro todavía atractivo, bajo su cabellera blanca, vive allí, separada del mundo, con los pies desnudos, frugal como una esposa de brahmán y austera como una asceta».1

La ciudad de Benarés encierra otros misterios y otras incógnitas que están envueltos por una atmósfera mística donde todo lleva al recogimiento. Nosotros no hemos hecho más que levantar una punta del velo para dejar al descubierto el alba de la verdad. Tal como lo admiten los sabios de la casa blanca —observa el peregrino nostálgico de todos los mares del mundo— existen lugares privilegiados; hay ciudades —Benarés, La Meca, Lhasa, Jerusalén— tan impregnadas de plegaria todavía, a pesar de la invasión de la duda moderna, que uno está más liberado de trabas carnales que en ningún otro lugar, y más cerca del infinito: «Hasta la magnificencia de los templos, dicen, hasta la pompa de las ceremonias, ejercen su acción sobre las almas. Nada de todo esto es indiferente.»2

Benarés, ciudad mágica, por el río divino, la diosa Ganga que reina sobre los tres mundos, por Shiva, el «señor» que tiene su morada en el corazón de los glaciares del Tibet, Benarés está en relación oculta con el punto inaccesible del Agartha, misterioso centro del mundo evocado por la tradición hindú como el monte Meru, cuya base de esmeralda irrompible se sumerge en el abismo sin nombre, sobre el cual brilla la estrella polar, indicando eternamente la dirección del eje del mundo.3

1. P. LOTI: *L'Inde sam les Anglais*, París, Calmann-Lévy, 1903, pág. 410.

2. P. LOTI: *op. cit.*, pág. 425.

3. Allí es donde, según la mitología hindú, la serpiente Vasuki fue encadenada para «batir el mar de leche» de donde nació la espuma resplandeciente Kautusbha, piedra mágica y viva que había de adornar más tarde el pecho de Vishnú.

Vil  
LHASSA Y SU DOBLE:  
«SCHAMBALLAH»

T

T  
Primera Parte  
TSBET MÁGICO



El nombre de Tibet encierra un poder mágico, que evoca los más antiguos secretos del mundo y los misterios relacionados con las primeras civilizaciones.

Esta región, ¿no es el «techo del mundo», meseta gigantesca levantada a más de 5.000 m de altitud, elevando más todavía las cumbres nevadas del Everest y del Annapurna?

El Himalaya, tercer polo, es el título de una obra científica y es cierto que todas las corrientes magnéticas se reúnen en el Tibet que es una de las regiones clave del Globo en lo referente a la geografía física y al estudio de los climas.

¡Pero el Tibet es algo distinto! Su capital es Lhasa, ciudad santa por excelencia, sede del Dalai-Lama, encarnación viva de Buda; ciudad prohibida a los extranjeros hasta el inicio del siglo xx, en la actualidad profanada por la ocupación china.

A propósito del Tibet se ha hablado de bibliotecas secretas que cuentan la historia sagrada de la Humanidad, de manuscritos que contienen secretos científicos de gran importancia, de subterráneos que enlazan el Pótala (morada del Dalai-Lama) con un reino oculto donde vivirían unos hombres superiores; de la existencia, por último, del «rey del mundo» dueño secreto de la Tierra, que tendría su sede en la ciudad de Schamballah, reflejo esotérico de Lhasa, situado en el núcleo del Agartha.

¿Pero qué hay de real en todo ello?

¿Cómo distinguir la leyenda de la historia, la verdad de la ficción?

Sin tomar partido por la escuela esotérica, supongamos que el Tibet en el plano místico y tradicional es una de las regiones más importantes del Globo, si no es la más importante porque, con Lhasa, es la tierra del «ambiente invariable».

## 1. LA MAGIA ANTIGUA ANTES QUE EL BUDISMO

La magia tibetana es muy antigua y su tradición se ha perpetuado hasta nuestros días, fusionándose con el budismo, al que ha dado un aspecto particular: el del lamaísmo y el tantrismo.

La primera religión del Tibet es la creencia Bon.

Bajo ese vocablo se oculta uno de los aspectos del chamanismo, que es el fondo común a todas las religiones asiáticas.

La religión Bon no tiene un culto «primitivo» sino un conjunto de procedimientos mágicos heredados de la tradición primordial, no desprovista de ciertas degeneraciones inherentes a las deformaciones aportadas por los pueblos mogoles.

La religión del Bon-Po está «saturada» de magia y su culto se organiza en torno a la vida en todas sus manifestaciones, desde la vida cósmica hasta la vida animal. Su reino es el de la muerte y el del más allá; repleto de dioses y demonios que debe ritualizarse con un fin mágico.

Los poderes pueden adquirirse mediante la «estricta disciplina de las facultades humanas». Se ha comparado el culto Bon-Po con el surrealismo en el sentido de que confunde el sueño con lo real en la búsqueda del más allá.

El país mismo, el Tibet, se llama también Bod en los textos antiguos y Bon aparece como una variante de ese mismo nombre.

Hasta la invasión china existían unos monasterios Bon organizados igual que los establecimientos budistas. Puesto que la religión Bon no fue vencida jamás en el Tibet, sino que coexistió con el budismo e incluso con el cristianismo.<sup>1</sup>

«Todo un aspecto del Bon —escribe Marcelle Lalou, especialista en cuestiones tibetanas— descansa, como una moderna biología, en los poderes misteriosos de las fuerzas vitales contenidas en la carne, la sangre y los jugos humanos, los cuales pueden ser captados y utilizados mediante absorción. La creencia en las

1. Por curioso que parezca, el cristianismo se extendió en Asia central, en el Turquestán

chino y en la parte occidental del Tibet, gracias al nestorianismo, herejía parecida al

catarismo y nacida en Constantinopla en el siglo v.

Su éxito en esa parte de Asia se explica por el parentesco de las creencias nestorianas

y budistas en cuanto a la iluminación suprema (ver las concepciones del nestorianismo por

Jesucristo). Los manuscritos sogdianos y uigures hallados recientemente en una gruta amurallada

(Tuen-Huang), que datan del 1035, hacen mención de esas conversiones al nestorianismo.

=====267

virtudes de la salmuera procedente de la salazón de un cadáver de un santo lama es del mismo orden. Impregnarse de sangre revolcándose, desnudo, por el suelo ensangrentado donde acaba de ser descuartizado un cadáver asegura una larga vida. Se dice que el Dalai-Lama (que reinó en 1930) realizó esta útil ceremonia sobre un peñasco vecino a una ermita, a 3 km de distancia al Noroeste del monasterio de Sera.<sup>1</sup>

La sangre y el veneno son dos obsesiones de la religión Bon. Se encuentra esta tradición bien viva en un rito tántrico de iniciación: el Cheud, que consiste en un misterio macabro representado por un oficiante. Durante toda una noche, el discípulo —en un lugar agreste o en un cementerio— debe llamar a los demonios, invocando sus nombres con letanías, danzas y tocando el kangling (trompeta hecha de un fémur humano). El oficiante llama a los Kako-demonios y a los «gulias»<sup>2</sup> para que devoren su propio cuerpo, que él ofrece en sacrificio. Por la fuerza de la autosugestión y de la hipnosis, se le aparecen esas deidades terribles y se lanzan sobre él, cortándolo en pedazos para alimentarse con sus entrañas. Al final de ese drama denominado «banquete rojo» el lama, si no ha muerto de terror o no se ha vuelto loco, participa del «banquete negro» cuyo significado místico le permite pasar a una iniciación superior. Ese rito debe permitirle salir triunfante del miedo y la ilusión creada por el mundo de las formas, puesto que ese holocausto sólo ha tenido lugar en la imaginación del lama. ¿No es el Cheud un «psicodrama» en toda la acepción de la palabra?

Otros ritos lamaicos como la utilización de un cráneo humano para las libaciones, el uso de fémures como flautas, o el del «machete tibetano»<sup>8</sup> en ciertos monasterios «negros» son heredados de

1. Marcelle LALOU: Les Religions du Thibet, París, P.U.F., 1957, págs. 7-8.

2. Especie de genios femeninos que, según la creencia, se comían cadáveres. (N. del T.)

3. La historia del «machete tibetano» se refiere a unos sucesos bastante espantosos de

los que sería testigo el monasterio de Samyé, sede de poderosos lamas de la secta de los

«gorros rojos». El monasterio alberga uno de los oráculos más grandes del Tibet: el lama

Cheu-Kyong, que está en el templo que contiene el Ugs Jang, o sea, la «Casa de los Soplos».

Imagínese una cámara secreta, herméticamente cerrada, en el lugar más apartado del

templo, adonde serían conducidos todos los «soplos vitales» de los seres que acabarían de morir en la vecindad y a veces hasta de países lejanos. Según los tibetanos, esos soplos se trasladarían allí para alimentar a una parte de los demonios que residen en él y que se nutren como los «vampiros». El compartimiento donde los demonios están «confinados» está siempre cerrado. En una de las habitaciones, completamente vacía, hay depositados un cuchillo ritual con la hoja curvada, así como una tabla como las de picar carne. Por medio de estos dos instrumentos, las entidades maléficas o singdongmos descuartizan los «soplos». El hecho es que cuando, al cabo de un año, se retiran de la pieza la cuchilla y el machete para remplazarlos por objetos nuevos se puede observar que la hoja de los mismos está completamente mellada y la tabla que servía de soporte está abollada y usada como por un uso intensivo.

Alexandra David-Neel, que viajó mucho por el Tibet, concluye: «El Ugs-Jang ha dado lugar a cantidad de historias propicias para causar pesadillas.

Éstas describen luchas mantenidas por los "soplos" aprisionados y torturados en el Ugs-

BL

268 =====

la religión Bon. El rosario tibetano, formado por 108 granos, ha de estar compuesto, asimismo, por rodajas de hueso cortadas de 108 cráneos diferentes y los magos negros, generalmente, llevan unos delantales confeccionados con esqueletos (humanos) finamente cincelados.

## 2. EL TIBET MEDIEVAL

«Como muchos otros pueblos, quizá como casi todos, el monumento histórico tibetano más antiguo es una piedra al aire libre, el Do-Ring, situada en el centro de Lhasa, en medio del atrio que está frente a las puertas occidentales de la catedral o Jo-Kang, debajo de un célebre sauce; x como la piedra de Asoka o la piedra negra de Mukden, sirve tanto para recordar la memoria de un tratado como para marcar el símbolo material de la fortuna del Tibet; además, al igual que el Ónfalo de Delfos o la piedra de Londres, representa para los tibetanos el centro de su extraño país en forma de escarpa; en el terreno de las cosas prácticas, es el término a partir del cual se calculan las etapas y las distancias. El Do-Ring es más todavía: contiene un tratado, apenas descifrable ya, que data del 783, cuyos términos confirman, en cierto modo, la legendaria historia del Tibet, tal como nos la refieren las crónicas chinas.»<sup>3</sup>

¿Sería, pues, que la historia del Tibet no es anterior al siglo vin? Nosotros no lo creemos así, pues la tradición relativa a la «tierra de los inmortales» y al «centro del mundo» es increíblemente más antigua. Pero si bien las crónicas hacen mención del «tercer polo», Jang y narran espantosas aventuras de evasión, en el curso de las cuales los "soplos que se escapan corren enloquecidos por todo el país, perseguidos por los singdongmos hambrientos.

»Los habitantes de Samyé cuentan que, por la noche, se oye a veces en el Ugs-Jang unos gemidos, risas, gritos y el ruido que hace el machete al golpear la tabla. Esto no impide que, a pesar de esa vecindad demoníaca, los bravos tibetanos, monjes o campesinos, duerman muy apaciblemente en ese extraño monasterio.» (Alexandra DAVID-NEEL: *Mystiques et Magiciens du Thibet*, París, Plon, pág. 164.

1. La presencia de un sauce en ese lugar reviste una capital importancia, ya que ese árbol, en la tradición extremo-oriental, es el símbolo del «centro del mundo», significado que confirma la presencia de una piedra sagrada de origen celeste (meteorito) en el mismo

lugar. En las leyendas chinas, la «Ciudad de los sauces» corresponde al «Paradesha» hindú, a la «Jerusalén celestial» bíblica o al «Oriente eterno» de la tradición masónica. Es la «Morada de la Inmortalidad». Especialmente en el Tíbet, el sauce juega el papel de árbol central, de árbol de vida. Lhasa se considera aquí el «centro inmutable» del Tíbet y del mundo.

2. Perceval LANDON: A Lhasa, París, Hachette, 1906, págs. 1-2.

=====269

no sabrían darnos una cronología y una historia auténticas del Tibet, cuyas huellas habría que buscar más bien en las bibliotecas secretas de los monasterios (en la actualidad dispersos o destruidos) o incluso en los famosos Anales akkashicos.<sup>1</sup>

La descripción que nos hace el periodista Perceval Landon (quien acompañó a la expedición británica de 1904) permite, en todo caso, comprobar que la historia del Tibet se confunde con la de su capital: Lhasa, por lejos que uno pueda remontarse. A partir del siglo VIII, el budismo empezó a ser la religión dominante en el Tibet; en efecto, a partir de esa época el rey del Tibet tomó como consejero a un gran lama budista, el Gurú Rimpoché, con el nombre de Padma Pañi y le dio toda clase de facilidades para propagar la «buena ley» (doctrina budista). Éste fue el fundador de la secta lamaica de los «gorros rojos».

En el budismo tántrico, Padma Pañi es venerado como un gran santo, un Bodhisathva (estado espiritual que precede, inmediatamente, al estado de Buda).

Después del siglo VIII, el país se hallaba dividido en numerosos principados feudales, aunque, sin embargo, los progresos del lamaísmo no se vieron obstaculizados ni comprometidos. Desde entonces, los monasterios ocuparon una gran extensión hasta el punto de constituir los focos más importantes de la vida intelectual o material. La historia de la conversión del país es relatada por los Anales azules, crónica del siglo xv.

En el primer período, la doctrina budista se enseñó en el Tibet en la forma de los preceptos secretos del tantrismo; esas enseñanzas forman parte de un libro precioso, perdido en la actualidad, el Cesto de los encantadores (o Vidyadharapitaka).

«Se trata de las liturgias de un tantrismo budificado, desbordante de recetas mágicas. La observancia de los ritos procura los poderes sobrenaturales (siddhi) de los encantadores, maestros en ciencias mágicas (Vidyadhara). También son colmados los deseos de los hombres de todos los tiempos y que la ciencia moderna ha otorgado en parte: ver y oír a distancia, elevarse y desplazarse por los aires, vivir miles de años, resucitar a los muertos, etc. Pero estas prerrogativas se obtienen mediante severos y constantes esfuerzos

de voluntad que han de lograr vencer todas las lasitudes, todos los disgustos. Se trata de una verdadera ascesis próxima a ciertas formas de yoga.»<sup>a</sup>

1. Bajo este término de Anales akkashicos se designan los registros en el mundo astral (más allá del mundo físico) de los sucesos del pasado. Al «clarividente» (monje iniciado) le

basta con transportarse por el «cuerpo astral» al mundo akkáshico para asistir, como en la proyección de una película, al desarrollo de la historia; ciertos lugares o monumentos están especialmente «cargados» y son propicios para este tipo de evocación.

2. Marcelle LALOU: Les Religions du Thibet, o.j>. cit., pág. 22.

.



En el 791, el budismo fue proclamado «religión del Estado» por el rey. A partir de esta fecha, se multiplican las traducciones tibetanas de textos sánscritos.

A partir de entonces, se aplican normalmente las reglas de la disciplina monástica, la ordenación de los monjes y la observancia del código de las prohibiciones al igual que en las comunidades búdicas de la India. La Iglesia «roja» (o «gorros rojos») será oficialmente la del Tibet hasta la reforma de Song-Ja-Pa, fundador de la Iglesia «amarilla» en el siglo xv.

Éste fue el reformador del lamaísmo, cuya disciplina depuró, y el instaurador del verdadero régimen teocrático representado por el Dalai-Lama, soberano espiritual y temporal del Tibet. Para señalar el retorno al budismo de los orígenes, Song-Ja-Pa adoptó el color amarillo del hábito monástico, de donde viene el nombre de «gorros amarillos» que se dio a sus discípulos.

Además determinó la ley de las reencarnaciones referente a los grandes abades de los principales monasterios, arguyendo que la sucesión de los pontífices es siempre la reencarnación de la misma divinidad; el Dalai-Lama es siempre la reencarnación de Avalokiteshvara,

el Panchen-Lama es siempre la de Amitaba. En el plano religioso y contrariamente a lo que podría creerse, el personaje más importante es el Panchen-Lama. El título oficial de «Dalai» («Océano» en mogol) no fue atribuido hasta el año 1580 por Altan-Jan, que dominaba entonces todo Asia. Nada cambió en ese terreno hasta la invasión del «techo del mundo» por los chinos (en 1959). Los tropas de Mao pusieron fin a la dignidad real del Dalai-Lama y suprimieron el lamaísmo, cerrando todos los monasterios.

### 3. TANTRISMO Y PODERES OCULTOS

Como ya hemos podido darnos cuenta, los ritos mágicos y las iniciaciones secretas ocupan un puesto importante en el lamaísmo. Sin embargo, el tantrismo, que comprende, al menos, cuatro «Vías» hasta llegar a la iluminación, procede de la India, donde era practicado antes de ser introducido en el Tibet.

El «yoga tántrico» tiene como finalidad «despertar» los centros de fuerza en el hombre. Esos «Soles reducidos» son 7, repartidos a lo largo de la columna vertebral que recibe la energía cósmica. Esta fuerza secreta presente en el hombre, y que encierra una

=====271

prodigiosa energía, está latente en la mayoría de sujetos. Se compara con una serpiente enrollada sobre sí misma, en estado de reposo. Mediante ciertas prácticas, se puede despertar a ese «Fuego-Serpiente»: Kundalini que irradia entonces todos los chakras (o centros de fuerza) que van desde los órganos sexuales (muladara chakra) hasta la parte superior del cráneo (chakra del loto). A medida que se realiza la evolución espiritual, el yogui recibe todos los poderes ocultos correspondientes a los distintos «centros»: visión a distancia, premonición, clarividencia, clariaudiencia, levitación, etc.

Se han visto eremitas tibetanos correr descalzos por la montaña, sin descanso, durante días enteros, sin mostrar señales de agotamiento, gracias a la práctica de la respiración controlada y de la oración mental.

La levitación es un fenómeno muy conocido ya para que volvamos a hablar de él. Es una prueba obligatoria para las grandes iniciaciones, así como la prueba del agua: el calor interior desprendido por los cuerpos de los ascetas en meditación seca completamente en cuestión de pocos minutos la piel de yak impregnada

de agua helada que los cubre...

De la misma manera, no era raro en el Tibet, hace algunos años, ver a «hombres santos» permanecer largas horas en meditación, completamente desnudos, al aire libre, con fríos de  $-20^{\circ}$  y altitudes de 5.000 m; la práctica del tantrismo produce, en efecto, una considerable elevación de la temperatura interna de los sujetos.

Tal como observaba justamente Marcelle Lalou: «El sistema tántrico a través del cual fue budizado el Tibet no es solamente, como el yoga y el taoísmo, una mística: al modo de esas dos grandes corrientes religiosas, de las que a veces está muy cerca, es también una filosofía. La revelación tántrica enseña el medio de «poseer» y no sólo «conocer» la verdad. Pero el objetivo a lograr plantea un problema psicológico, pues los individuos se diversifican según las tendencias resultantes de la acumulación de sus actos anteriores: el Karman. A esta diversidad interna debe corresponder

la diversidad de las enseñanzas. Así, ciertas escuelas no intentan suprimir las pasiones, sino que las utilizan guiándolas, sublimadas, hacia la vida religiosa. Ha de darse una instrucción particular a cada uno de los individuos.»<sup>1</sup>

Esto explica la multiplicación de las escuelas esotéricas en el Tibet, cada una dirigida por un maestro que dispensa esas enseñanzas a sus discípulos, según unos métodos que se mantienen celosamente secretos. Si existían, en efecto, monasterios con 2.000 y 3.000 monjes, eran asimismo numerosos los ermitaños y los indi-

1. Marcelle LALOU: Les Religions du Thibet, op. cit., pág. 23.

vidualistas que seguían su propia vida. Tanto si se trata de monjes como de eremitas, la vía es igualmente difícil y las iniciaciones igualmente peligrosas. La vida de un lama que empieza en la primera categoría o noviciado puede llegar hasta la iluminación búdica pasando por todos los niveles de iniciación durante los cuales el monje debe superar sucesivamente una reclusión total de tres meses en un lugar solitario, asimilar y practicar los ritos secretos, hacer los tres votos («Entrega», Bodhisatwa y votos tántricos), franquear los «7 círculos místicos», saber practicar los Mudras (o gestos sagrados de los dedos), sostener una «tesis» de teología, etcétera.

Entre las sectas religiosas nacidas del tronco de la tradición primitiva emergen cuatro grupos esenciales:

Los gorros negros o adeptos de la religión Bon-Po, la más antigua del Tibet. En los Bon-Po, que muy a menudo se les confunde con magos satánicos, se acentúa el aspecto macabro de la religión. Recordemos que el Tibet es el país donde se bebe en la copa mística, el Kapala, hecha con la mitad de un cráneo humano y donde se hacen instrumentos de música y de culto con huesos humanos. Todo esto no es fortuito. En efecto, el Tibet es, por excelencia, el país de la muerte iniciática y, para renacer en la India, hay que morir místicamente en el Tibet; lo que viene a decir que la corriente Bon-Po marca la primera fase (Obra en negro) hacia la iluminación del adepto.

En relación con las cuatro órdenes religiosas está la tradición secreta tibetana o doctrina de los cuatro Soles.

El primer sol o «Sol negro» es telúrico, volcánico y centrífugo; está representado por los «gorros negros».

El segundo sol o «Sol rojo» es esplénico, marcial y rítmico; está representado por los «gorros rojos» (sectas Nyingma-Pa, Kargyud-Pa, Sakyud-Pa).

El tercer sol o «Sol amarillo» es cósmico, linfático y cardíaco; está representado por los «gorros amarillos» o Gelong-Pa, secta fundada por el enviado avatárico Song-Ja-Pa y fue predominante en el Tibet hasta la invasión china.

El cuarto sol o «Sol verde» es neuropsíquico; está encarnado por la secta secreta y hermética de los «gorros verdes» (los once Nom-Jans, presididos por un doceavo personaje enviado por el «señor de la tierra»): los «gorros verdes» están en conexión con la tradición del Agartha y volveremos a hablar de ellos más adelante.

La elección de Lhasa como capital esotérica del «techo del mundo» se debe a ese último grupo, muy restringido.

Segunda Parte  
EL NÚCLEO ESOTÉRICO: LHASSA  
18 — 3.404

m La fundación de una ciudad o un monasterio es un acto sagrado, tanto en el Tibet como en todas las comarcas tradicionales, ya se trate de Europa o de Asia.

La «Colección de los ritos» indica que hay que proceder de la forma siguiente:

«Un emplazamiento cuadrangular está delimitado por un cordel, luego, otros cordeles atados a unos palos plantados a intervalos regulares sobre el cordel de base, dividen el suelo en forma de tablero de ajedrez. El número de casillas es importante, pues sirve para determinar la posición del sol en las casas, y a la migración celeste del astro corresponde bajo la tierra la de la serpiente del suelo. De manera que, una vez establecida la posición del Sol, se sabe con seguridad dónde se encuentra el dios subterráneo. Más exactamente, cuando está enrollado bajo el suelo dividido en forma de damero, como que su cabeza sólo está separada de su cola por una casilla, juego necesario para girar, se puede determinar el lugar donde la tierra puede cavarse sin dañarla, o sea, sin dar con su cabeza o su cola.

El ritual nepalés estipula que el primer agujero (literalmente la primera «herida de la tierra») debe ser practicado por el rey, con un azadón de oro. En el relato del Dict de Padma, Iri-Srong-lke-Bean practica el primer surco con un arado de oro, y la loa inicial del libro dice de Padma que «se deleita con el suelo en forma de dameros de oro».

Esta tradición de los monstruos o dragones dueños del subsuelo está en relación con el reino subterráneo de la Agartha, poblada por seres «sobrehumanos», asimilados posteriormente con «dioses subterráneos». No obstante, la «Orden del dragón verde» es una realidad muy viva y no un mito.

La leyenda simbólica que prohíbe cavar los cimientos de un

276 JEAN-MICHEL ANGERBERX

monumento sagrado no importa el lugar donde sea, significa solamente que el centro exterior (templo) debe estar en relación con el centro interior (cripta). Esto tiene que ser aún más así con respecto a una ciudad como Lhasa, que debe estar en correspondencia con el «reino subterráneo» en el plano espiritual y físico.<sup>1</sup>

Si tratamos de hacer un poco de geografía sagrada, nos daremos cuenta de que Lhasa no se encuentra en el centro del Tibet o incluso del Himalaya, sino en la parte sudeste. Si trazamos la triangulación del Tibet histórico, podremos comprobar que el antípoda de Lhasa o, más bien, el lugar que se encuentra en oposición geométrica con esta ciudad es el monte Pamir que, en la tradición primordial, es el centro supremo del que Lhasa es la metrópoli visible. En esta perspectiva, Schamballah la capital oculta e invisible se encontraría con respecto al monte Pamir en la posición correspondiente a la de Lhasa para el Sur, o sea, el ángulo nordeste que se sitúa en pleno desierto de Gobi. El centro del triángulo trazado de esta forma correspondería al «invariable medio» o sede de la Agarthá, y Lhasa ocuparía la punta inferior, el Pamir la punta oriental y Schamballah la punta occidental.

Oficialmente, la ciudad de Lhasa no fue fundada hasta el siglo vil de nuestra Era, pero es seguro que en tiempos más antiguos se extendía otra ciudad en ese lugar exacto. Sin lugar a dudas, una campaña de excavaciones permitiría descubrir los vestigios de viejas ciudades como ocurrió con el emplazamiento de Troya, donde fueron descubiertas siete ciudades superpuestas. Si miramos un mapamundi (un planisferio, para ser más exactos) vemos que la capital del Tibet corta casi exactamente el círculo de latitud norte designado como el grado 30 con relación al Ecuador. Ese mismo círculo de latitud pasa entre Alejandría y Heliópolis, dos ciudades sagradas del antiguo Egipto.

La ciudad de Lhasa está asimismo, más o menos, en el grado 90 de longitud Este. Teniendo en cuenta el error de algunos grados debido a la imprecisión de los instrumentos utilizados, hay que admitir que el emplazamiento de ese lugar sagrado fue elegido según el mapa del cielo que en los tiempos antiguos era lo único que permitía hacer la determinación. No pueden explicarse sólo por el azar la presencia de la ciudad en la intersección de un meridiano y un grado de latitud elegidos por los cartógrafos como puntos de referencia.

1. El explorador ruso Nicolás Roerich, que hizo numerosos viajes al Asia Central, después de una completa investigación, llegó a la conclusión de que Lhasa estaba unida a

Schamballah —la capital de la Agartha— por un túnel. La entrada de ese túnel estaría protegida por unos lamas que tendrían órdenes de alejar a los extranjeros y resguardar el secreto.



=====277

#### 1. LA «CIUDAD PROHIBIDA»

Casi hasta la anexión china en 1959, el Tibet en general y Lhasa en particular estaban prohibidos a los extranjeros y si bien existían algunas contravenciones a esa prohibición para los nepaleses o los chinos, en cambio fue estrictamente aplicada a los europeos: son muy raros los que pudieron penetrar en Lhasa provistos de un salvoconducto o por su cuenta y riesgo.

En los primeros siglos de nuestra Era, fueron numerosos los contactos y los intercambios entre pueblos y religiones de Asia. Esas relaciones privilegiadas tomaban el canal de la ruta de la seda que, partiendo de Antioquía (en Siria), finaliza en Ch'anoan, en el corazón de China, con etapas en Ctesifonte (Partía), Meru (Persia), Kachgar (Turquestán) y Jotan (Tibet). Por esta vía es como progresó el cristianismo nestoriano próximo al budismo en sus concepciones y símbolos, especialmente la cruz solar emblema universal y señal de reconocimiento. Posteriormente, esas relaciones fueron interrumpidas con las persecuciones de la Iglesia nestoriana.

Hasta 1206 no ocurre nada destacable y luego viene la invasión mongol, la conversión de los tártaros al lamaísmo.

Hacia 1328, un europeo se arriesga por primera vez a penetrar en el Extremo Oriente, es fray Odorico de Paderborn, que pertenece a la Orden de los Menores. Al regreso de China, atraviesa el Tibet tomando la ruta de las caravanas: parece ser que fue el primer europeo en llegar a Lhasa. Según sus notas de viaje, la «ciudad santa» tenía murallas blancas y negras y unas calles bien pavimentadas; se observaban rigurosamente las prohibiciones del budismo; los tibetanos de la región vivían, como en la actualidad, en unas tiendas negras de pelo de yak; el gran lama de Sakia es denominado por él Abassi, nombre que puede estar relacionado con el que ostenta el jefe de un monasterio cristiano.

El siglo xvi está marcado por el viaje de Ulrich de Maguncia, infatigable viajero, médico, astrólogo y fundador de una sociedad secreta con base religiosa que, después de haber visitado las Américas, organizó una expedición a la India. En Bengala ascendió hasta el Tibet, a través del Nepal, buscando unas misteriosas ta-

278 ===== bullas grabadas cuya información solicitó al Dalai-Lama; delegado

por una secta esotérica, el médico alemán pudo entrar en la biblioteca secreta de Lhasa y se dice que sacó de allí numerosas revelaciones mágicas.

Luego hay que esperar hasta el siglo XVII (1662 exactamente) para que un religioso se arriesgara de nuevo a ir al «techo del mundo»: se trata de un jesuíta, el padre Johann Grueber, acompañado del padre Dorville que también llegó a Lhasa. La Colección de Viajes de Astley contiene un extracto de sus notas, que han permanecido inéditas. El padre Grueber describe Lhasa o Barantola (tal como él denomina la capital), residencia del papa búdico cuyo palacio o «Butala» (el «Pótala» actual) le recuerda la arquitectura de su país; él nos dice que, en el fondo, la religión es idéntica al cristianismo, si bien confiesa que no hubo jamás cristianos en el país. En 1708 y 1716 fueron a establecerse en Lhasa unas misiones de capuchinos y jesuítas, fundando una pequeña iglesia que subsiste durante algunos años.

Otros exploradores, entre ellos el holandés Samuel van der Putte, en el transcurso del siglo XVIII, emprendieron expediciones al Tibet. Se trata de ingleses en su mayoría.

A principios del siglo XIX, la Oficina de Investigación sobre la India (británica) instituyó el viaje de los Pandits. Existía entonces una pequeña corriente de mercancías entre la India y el Tibet, éste exportaba almizcle, lana y turquesas a cambio del arroz y los pequeños objetos fabricados en la India.

En 1845, dos padres jesuítas, Evariste Huc y Joseph Gabet, intentaron nuevamente forzar las puertas de Lhasa y lo consiguieron llegando a la ciudad prohibida en enero de 1846. Pero, al cabo de tres semanas, fue descubierta su presencia y se decretó su expulsión.

Posteriormente, los rusos, a causa de su rivalidad con Inglaterra en Asia, se interesaron especialmente por el «techo del mundo» y enviaron observadores al Dalai-Lama.

Los nombres del geógrafo y sabio Prjevalsky, de Roborovsky, Koslov y Peutsvov están ahí para recordar el interés que el zar de todas las Rusias tenía por el Tibet.

No hay que ver ahí más que un interés de fachada o el solo efecto de combinaciones diplomáticas y comerciales: con el acceso al trono, en 1894, de Nicolás II, se ciñó la corona de los Romanov un hombre de las «sociedades secretas». En el plan elaborado por esta jerarquía oculta, el Tibet y Asia Central, tierra del «rey del mundo», debían confiar a Rusia una misión mundial evocada por el marqués San Yves de Alveydre en su obra: *Mission des souverains*. Para hacer esto, el zar había de solicitar al Dalai-Lama, mandatario del Consejo de los 72 sabios que tienen en sus

=====279

manos los destinos de la Tierra, la consagración de Rusia para realizar el «Gran Designio».1

En efecto, Nicolás II envió a Lhasa un consejero secreto, Doryev, que recibió la mejor acogida (contrariamente a los enviados de las otras potencias) por parte del Dalai-Lama. Para la Historia, añadiremos que el nombre de Doryev es una rusificación del nombre tibetano Dorye que significa el diamante o el rayo. Además, el hábil enviado del zar era de raza mogol. Los tibetanos, por su parte, le llamaban Akohwan Daryilikov y le daban el título de Jende Chega.

De regreso en San Petersburgo en 1898, Doryev remitió a Nicolás II un pliego del Dalai-Lama revestido de su sello particular.

¿Qué contenía esta misiva? Lo ignoramos, pero podemos imaginar la importancia de tal escrito.

En todo caso, el agente secreto volvió a partir en seguida hacia el Tibet encargado de remitir al Dalai-Lama las insignias sacerdotales del patriarca ortodoxo (tiara, capa, báculo). Con este gesto, ¡Nicolás II reconocía la primacía espiritual de Lhasa! Fue delegado a San Petersburgo un abad tibetano de alto rango que desembarcó en Odessa en el 1900. Los proyectos fueron muy le-

1. Esta atracción de los Romanov por el esoterismo y la tradición acultista del Asia

Central se remonta al reinado del zar Alejandro I (1801-1825?), lo que parecería demostrar

que el «Dragón verde» se interesaba por Rusia desde hacía tiempo.

Aquí sólo podemos reproducir íntegramente el artículo de L. de G., aparecido en marzo de 1940 en Paris-Midi,

cuyo contenido nos parece muy destacable:

«El conde de Saint-Germain, el famoso mago del siglo xvm, ¿se reencarnó en diciembre

de 1939? Los Rosa-Cruz están convencidos de ello. El conde de Saint-Germain es el personaje

más extraordinario de la historia del ocultismo, y el más atractivo. Su leyenda sobrevivió

a su muerte. En efecto, él expiró oficialmente en los brazos del Margrave de Hesse-

Cassel, en 1784, pero se reapareció en 1789 a Madame d'Adhémar, a quien predijo, punto

por punto, los episodios revolucionarios, lo que hace suponer que no era del todo ajeno.

La única explicación humana es que el conde de Saint-Germain había tenido una falsa

muerte en Alemania, según las prescripciones rosicrucianas. No obstante, fueron numerosos

los ocultistas que esperaban su resurrección en 1939. A este respecto es interesante recordar un hecho poco conocido. El mismo misterio que merodea sobre Saint-Germain, como sobre su vida, envuelve asimismo la muerte del zar Alejandro I, quien, como todo el mundo sabía, era un adepto de la Rosa-Cruz. Escritores tan serios como Maurice Paléologue declaran que no hay que descartar la tesis según la cual Alejandro no habría muerto realmente en 1825, sino mucho más tarde y en el Himalaya, sede de los superiores de los Invisibles de la Rosa-Cruz. Místico y ocultista como su abuelo y como la mayoría de los Romanov, Alejandro II recibió, en 1880, la visita de un médium, el barón de Langsdorff. Habló mucho tiempo con él sobre la magia de los Rosa-Cruz, mostró a su visitante las extrañas joyas rosicrucianas que todavía podían contemplarse antes de la Revolución en el museo de San Petersburgo, y lo interrogó acerca de las circunstancias misteriosas de la muerte de Alejandro I. Mirando fijamente las joyas, cuyo motivo principal era una josa en rubíes montada sobre una cruz de esmalte negro, Langsdorff entró en trance y dijo: "Mi abuelo llevaba esas joyas, que le había dado el gran Saint-Germain. No murió en Rusia, sino que fue al Himalaya. Allí murió realmente. Y a él no le fue concedido resucitar. No volverá. Sólo Saint-Germain volverá. Eso será cuando ya no haya zar en tu país." "¿Cuándo?", preguntó Alejandro. "A finales del año 1939. Entonces el mundo será desgarrado por la guerra, y él asombrará al pueblo. Del sufrimiento, hará surgir el bien." Añadamos que ese médium, el día de la explosión que tuvo lugar en el Palacio de Invierno, advirtió al zar que no fuese allí, y así salvó los días de Alejandro II. Lo que no es menos inquietante es que numerosos saint-germanistas esperaban igualmente la venida de su semidiós en 1939...»

JL

jos, pues fue cuestión de enviar un príncipe de la familia imperial rusa a la capital del Tibet.<sup>1</sup>

Los ingleses, mantenidos al corriente de esas gestiones por sus agentes secretos, no tardaron en reaccionar y lo hicieron de la forma más brutal.

En 1903, Lord Curzon, virrey de la India, envió un ultimátum al Dalai-Lama, ordenándole que renunciara en el menor plazo posible a la alianza rusa. Como que éste no se dignó responder, los británicos pasaron al ataque e invadieron el Tibet. El relato de esta expedición militar que rápidamente llegó a Lhasa nos es contado por el corresponsal del Times, Perceval Landon, que acompañó a las tropas del coronel Younghusband en 1904. Los ingleses fueron, pues, los primeros extranjeros en trasladarse en número a la Ciudad Santa cuyas maravillas pudieron descubrir. Lhasa está dominada por la importante masa del Pótala, el palacio del Dalai-Lama. Los alrededores de la ciudad prohibida no están desiertos como podría esperarse a una altitud de 3.000 m, sino que forman un inmenso vergel, una llanura cultivada que parece un oasis en medio del caos rocoso que lo rodea por todas partes. El viajero, el peregrino, distingue a más de 50 km de distancia los techos de oro del Pótala que lo atraen a contemplar la morada del Buda vivo. En la carretera se ve en seguida la estatua enorme del gran Buda, tallada en la misma roca, de diez metros de altura, que marca la proximidad de la ciudad sagrada. Delante de él se alza un montículo de piedras amontonado por la piedad de los fieles.

Perceval Landon describe así la última etapa y el descubrimiento de Lhasa por la expedición de la cual formaba parte:

«Era aproximadamente la una y media de la tarde; una ligera bruma azulada difuminaba la silueta de las montañas lejanas y sus salientes avanzados en la llanura como gigantescos arbotantes; se olía un buen olor a tierra; una ligera brisa hacía ondear las espigas de cebada; el sol brillaba fuertemente, en un cielo blanqueado, sin un rastro de azul. En aquel momento nos dominaba un interés apasionado, un interés tan fuerte como no se puede sentir en ninguna otra parte.

«Entonces, cuando nos acercábamos, apareció ante nosotros... a lo lejos, muy lejos, al otro lado de los extensos campos de cebada donde algunos bosques introducían aquí y allá una mancha oscura, vimos una pirámide gris que se destacaba de un saliente gris también, cuyo extremo parecía querer ocultarla: ¡era Lhasa!

»Allí estaba esa ciudad, objetivo tantas veces frustrado de los

1. En la misma época el escritor sueco Sven Hedin visitó el Asia Central, recorriendo

Mogolla, el Gobi y el Tibet hasta la guerra de 1914. Sus relatos de viajes le permitieron publicar muchas obras, especialmente su Viaje al Asia Central y al Tibet.

## IAS CIUDADES MÁGICAS 281

viajeros cansados, último refugio del misticismo que queda todavía sobre la Tierra. Una luz polvorienta hacía temblar los perfiles lejanos de los techos dorados y las blancas terrazas que se entreveían confusamente. Ninguno de nosotros decía nada; pero vivíamos el doble. Después de interminables esfuerzos, de numerosos desesperos, ¡estábamos en Lhasa!

»... En esa comarca, la más inaccesible de toda la tierra, elevada por encima y separada del resto de los hombres, defendida por montañas de roca y de hielo, por precipicios de granito, por la hostilidad del habitante, por la falta de alimentos y el frío, no se encontraba una pobre ciudad oriental, arrogándose la única dignidad que el misterio pueda conceder. El esplendor del Potala se refleja sobre ella, y uno queda en seguida maravillado, aunque un conocimiento más íntimo, como sucede con los monumentos bellos, aumenta todavía más el asombro y la admiración. Y esta lejana maravilla no es más que un anticipo de los esplendores que encierra la ciudad. Comparada con las ciudades del Oriente y Occidente, Lhasa se puede contar entre las más hermosas. Su lujo oculto en el verdor está por encima de todo lo imaginable.»

Pero la perla de este suntuoso tesoro, la joya en el loto, es el Pótala, morada gigantesca, a la vez templo y palacio, donde reside aquel a quien el lamaísmo considera como un dios, un rey, a la vez soberano espiritual y temporal de un mundo prohibido a los profanos.

«Por encima de los macizos, a través de los jardines, se entrevé la ciudad propiamente dicha, un cruzamiento de calles estrechas y de casas con los techos planos coronados aquí y allá por un despliegue de techumbres de oro y de cúpulas doradas; pero la vista, de momento, no se detiene aquí: está concentrada en el Pótala, que la atrae como un imán. El atrevimiento y lo gigantesco en arquitectura no podrían ir más lejos: pensad que esta maravilla de piedra se eleva a 25 m más arriba que la cruz de oro que remata la catedral de Saint-Paul. El Pótala dominaría Londres: eclipsa a Lhasa. Realmente no existe nada en Europa que pueda comparársele. Quizá la austeridad de sus enormes fachadas, sencillas y desnudas, su colosal fachada sudeste, principalmente, os sugiere una similitud con la grandeza masiva de la arquitectura egipcia; pero, por la belleza de los alrededores y, sobre todo, por el juego de colores que desprenden los monumentos, incluso Egipto no tiene nada comparable.

»En el mar de verdor que cubre su base, las murallas blancas se elevan salpicadas de mil ventanales, moradas de monjes que,  
1. Op. cit., págs. 383-384.

vestidos de rojo, se calientan al sol, aquí y allá, sobre las lejanas llanuras. Una vez al año, los muros principales del Pótala son enjalbegados de blanco; pero la gama de colores es infinitamente variada: el edificio central del palacio, el Fodang-Marpo, morada particular del mismo Dios, que es cuadrada, sobre y entre los macizos de la poderosa albañilería, es de un rojo carmesí; y los techos dorados, que se apoyan en el cielo, funden bajo el destello de sus rayos una sucesión de tejas de color verde, pardo y azul pálido.»

Al lado del Pótala, sede del Dalai-Lama, Lhasa tiene un monumento de un esplendor similar: es el Jo-Kang, el santuario más venerado por la fe.

El acceso a la catedral se efectúa por las calles tortuosas de la ciudad vieja. Los techos del templo están cubiertos de hojas de oro y brillan con mil destellos bajo la luz límpida de un cielo eternamente azul.

Pero es el interior del Jo-Kang el que contiene los tesoros más magníficos tanto espirituales como materiales del lamaísmo. Se penetra por un pórtico en un amplio patio con unas pequeñas columnas y capiteles de madera pintada. Entonces se llega a un segundo patio grande, adornado con rosas y nísperos, cerrado por una gran puerta de cedro. A cada lado del patio hay unas pequeñas cámaras que contienen cada una una estatua de Buda. Delante del altar brillan unas lámparas de cobre que difunden una luz dulce.

Unos metros más lejos se abre la entrada a un tercer patio que da a unas capillas que forman una especie de catacumbas. El centro del patio está ocupado por un santuario al pie del cual están alineados unos budas en cobre amarillo coronados por imágenes pintadas en tela que representan escenas religiosas.

«En este patio central, hay sentadas dos estatuas: una —la de la izquierda— es casi de tamaño natural, la otra es de unas proporciones colosales. Las dos presentan la misma singularidad, que no deja de atraer en seguida nuestra atención: cada una de ellas está sentada en un trono —a la europea— y este detalle las identifica inmediatamente. De todos los Bodisatvas, héroes o reformadores, que llenan las calendas del lamaísmo, sólo está representada

así la imagen del Buda futuro. ¿De qué forma pudo llegar esta tradición al Tibet? Los mismos lamas no lo pueden explicar; pero se remonta a una gran antigüedad; y así es como el budismo vuelve sus ojos hacia Europa, para ver la aparición de la próxima reencarnación del Gran Maestro...

»Como recordaremos, el zar de Rusia fue recientemente reconocido como un Bodisat (va) reencarnado, y es probable que esta



leyenda preparase considerablemente el camino para la acepta-

=====283

ción de su soberanía.<sup>1</sup>

«Coronado por un enorme círculo, y adornado de numerosas turquesas, Maitreya está, pues, sentada aquí, con una mano alzada para bendecir, y la otra sobre su rodilla. Sobre su pecho reposa una madeja enredada de cadenas adornadas con joyas, collares, grandes aros de oro engarzados con círculos concéntricos<sup>1</sup> de turquesas, y que casi ocultan sus grandes hombros.»<sup>2</sup>

El Jo-Kang se encuentra en el centro del santuario del que constituye el más secreto tesoro, y sólo accesible a los lamas hasta que la expedición inglesa de 1904 forzó las puertas del templo. El «Jo» es una estatua venerada entre todas, representación del Gran Buda primordial:

«El primer aspecto de la estatua, que es, indudablemente, el más famoso ídolo del mundo, es muy impresionante. En la oscuridad, primero se hace difícil seguir con la vista los contornos del santuario que encierra al dios; apenas se distinguen unas altas columnas, alrededor de las cuales la noche es casi total, y el dulce fulgor del ídolo de oro sentado sobre un trono colocado en el centro del lugar. Delante del mismo hay múltiples hileras de unas grandes lámparas de oro macizo, que se parecen mucho a los cálices que utilizaba la Iglesia anglicana en el siglo xvi. Iluminada por el discreto resplandor de esos 25 ó 30 puntos de luz, aparece la gran masa reluciente del Buda, envuelta por unos dulces destellos, como un fantasma, y sin sombra, en su oscuro retiro.

»No es el esplendor de la estatua lo que se ve primero, y ciertamente no es este esplendor lo que causa la impresión más profunda y duradera. Esta estatua no es una representación corriente del maestro: los rasgos son lisos y casi infantiles; no son hermosos, pero aquí no hay necesidad de belleza. Ni un rastro de la enigmática sonrisa que, desde Mukden hasta Ceilán, es inseparable de las imágenes del Gran Reformador; sonrisa velada por una melancolía que ha conocido demasiado el mundo y que ha renunciado a todas sus vanidades. En sus rasgos, no se lee más que la impresión de una felicidad tranquila, y la disposición a apropiarse en seguida de los placeres del niño que no ha conocido jamás el dolor, ni la enfermedad, ni la muerte. Es Gautama, el príncipe puro e inocente, que vivió sin pensar en el mañana, y sin preocuparse de hoy. Esta bella estatua es el Paladium del Tibet y, al contemplarla, uno se da cuenta de la veneración de que es objeto, y uno respeta el celo de sus guardianes.

»La historia legendaria de este ídolo merece ser contada. Se

1. El zar Nicolás II tenía en su biblioteca numerosas obras budistas y sus simpatías

por el lamaísmo eran conocidas.

2. Op. cit., pág. 435.

cree que la estatua fue hecha a semejanza del propio Gautama, retratado en los felices días de su inocencia en el retiro de Kapalivastu. Es la obra de Visvakarma —que es menos un hombre que la fuerza productora del Universo—; es de oro, aleado con cuatro metales elementales: la plata, el cobre, el cinc, y el hierro, que simbolizan el mundo de aquí abajo<sup>1</sup> y está adornada con diamantes, rubíes, lapislázuli, esmeraldas y con la indranila, gema no identificada todavía que los diccionarios modernos persisten en denominar zafiro...

»Esos tesoros están dispuestos sobre los tres anaqueles del Jil-Jor, y los más grandes objetos ocultan la estatua desde sus hombros hasta sus pies. Se puede atribuir a este detalle el error tan extendido de que el Jo está de pie. Cruzan su pecho innumerables collares de oro, adornados con turquesas, perlas y coral. Encima del trono sobre el que está sentado, se extiende un baldaquín sostenido por dos dragones en plata dorada, de un diseño exquisito, cada uno de unos ocho metros de altura. Detrás de él, hay un panel de follaje esculpido en madera, y arriba, en la oscuridad, puede distinguirse el Kyung, es decir, el pájaro de Ganada. Un examen más minucioso descubre que casi todas las partes del baldaquín y del asiento son, o bien doradas, o de oro, y adornadas con joyas. El objeto más interesante quizá sea la corona; es de oro, realizada con varias filas de turquesas que la rodean, y embellecida por las cinco hojas de rigor, cada una de ellas conteniendo una imagen de Buda, en oro, e incrustada de piedras preciosas. En el centro, debajo de la hoja del medio, brilla una turquesa perfecta, que tiene doce centímetros de longitud por seis de anchura: es la mayor que existe en el mundo. Detrás del trono, se ven imperfectamente en la oscuridad unas estatuas enormes adosadas a las paredes del santuario. Talladas burdamente, rudas y toscas; pero nada podía realzar mejor ese tesoro de tesoros, que la egipcia solemnidad de los sombríos atlantes que le sirven de fondo, y que están de pie, hombro con hombro, dispuestos sobre las losas del altar y ante los cuales no se enciende jamás una lámpara.»<sup>2</sup>

Otro templo célebre de Lhasa es el de los Magos. Fuera de la ciudad, el santuario acurrucado en una profunda barrancada, medio escondida por los árboles y la vegetación. El templo tiene cinco puertas en madera roja. El techo es de láminas de oro. Cada pórtico está adornado por una orla de cráneos o cabezas decapitadas, esculpida en la roca. En el centro de la capilla, en el lugar de la tradicional estatua de Buda, se alza el pulpito del jefe de

1. En realidad, los cuatro metales simbolizan las cuatro épocas de la Humanidad:

1.º, Oro; 2.º, Plata; 3.º, Cobre o bronce; 4.º, Hierro.

2. Op. cit, págs. 437 a 440.

## LAS CIUDADES MÁGICAS

285

los Magos cubierto con su manto, su espada y su escudo. Este templo está dedicado a la adivinación por diversos procedimientos entre los que figuran la geomancia y la astrología.

Podríamos todavía ensalzar la belleza de los jardines de Lu-Kang, con su lago de aguas tranquilas, sus esencias extrañas, su «chorten» y sus pabellones de tejas barnizadas, o bien la elegancia del Puente de Turquesa, que debe su nombre a las tejas de cerámica azul que lo adornan.

### EL DALAI-LAMA

Esta maravilla de la arquitectura que es el Pótala está consagrada enteramente a la gloria de uno sólo: el Dalai-Lama, aureolado de un prestigio sobrenatural que lo iguala a una divinidad.

1

La sucesión de los soberanos pontífices del Tibet está asegurada de una manera muy original. Cuando el Dalai-Lama muere, se cree que su alma se reencarna en seguida en un niño que los lamas deben reconocer por ciertas señales especiales. Cuando se ha reconocido la reencarnación del santo hombre, el niño es proclamado

sucesor del difunto Dalai-Lama.

A contar desde el día desde su instalación en Pótala, el niño escogido por el destino lleva una vida totalmente nueva. Se ha terminado su humilde casita en el campo, se han acabado sus juegos con los amiguitos de la vecindad. A partir de ahora, ocupa todo un apartamento, en un vasto conjunto de palacios, templos, mausoleos, retiros secretos, salas, pasadizos, bibliotecas y cocinas como es el Pótala. Sus padres también reciben un apartamento en el que vivirán, y su padre recibe el título de Kung (duque); pero, una vez pasados los primeros meses, tanto él como la madre verán cada vez menos a su hijo. Como todos los religiosos, el nuevo Dalai ha de morir a la vida: hasta su nombre será cambiado. A su nacimiento, el catorceavo Dalai-Lama se llamaba Lhamo Dhondup; ese humilde nombre fue sustituido por una larga serie de epítetos espléndidos: el Sagrado, la Tierna Gloria, el

1. El gobierno del Tibet, del que el Dalai-Lama es el jefe, es el reflejo de una organización  
oculta. Jean Marqués-Riviére, que estudió mucho el Extremo Oriente, aporta las  
siguientes revelaciones: «(...) Conocí los vínculos secretos entre la  
doctrina filosófica y la  
constitución política del Tibet. Los tres aspectos de la Ciencia Universal:  
la ciencia teúrgica,  
la ciencia espiritual, la ciencia física y material, están representados por  
los tres centros

de fuerza que dominan al Tibet con su impresionante esplendor y con su imponente poder.

El Tashi-Lama, que manda a los dioses y a los demonios, que enciende las llamas de oro delante de las estatuas de los antepasados sólo con su poder mágico; el Daleh-Lama, que refleja la espiritualidad pura, la metafísica tranquila y luminosa de Asia; el Bogdo-Jan, príncipe de Mogolia del Norte, poderosa influencia guerrera y que supervisa las sociedades militares y secretas de todo Asia.» El.Tashi-Lama (3), el Daleh-Lama (6), el Bogdo-Jan (9)

In: A Vombre des Monastères thibétains, de Jean Marqués-Riviere.

Poderoso del Lenguaje, el Excelente Intelecto, la Perfecta Sabiduría, El que posee la Doctrina, el Océano (de Sabiduría)...

La primera —y muy importante— ceremonia en la que participa el nuevo Dalai es la de la ocupación del trono vacante. Esta ceremonia empieza antes del alba (es la costumbre del Tibet, en las grandes ocasiones, pues las primeras horas de la mañana son de un augurio excelente). En la sala del Trono de Oro, hacen su entrada los distintos personajes. En derredor, se ve brillar el oro y la madera calada de los altares; los sonidos apenas se oyen, sofocados por las sedas de las pinturas y de los cojines, por la lana de los tapices. Suavemente, se llena la sala; están los ministros (Shape): tres laicos y un lama, está el regente (Poigialpo: rey del Tibet), están los abades de los grandes monasterios: delgados ascetas de ojos llameantes, grandes dignatarios satisfechos, hombres de angulosa disciplina; están los jefes de las principales familias nobles y están las delegaciones extranjeras. Por último se guarda silencio. El niño sagrado, ornamentado con sus vestidos de gran ceremonia, es conducido a la sala, alzado en brazos, y depositado con cariñosas atenciones sobre «su» trono. Todos se prosternan ante él: desde aquel momento, ¡el Tibet ha consagrado oficialmente al nuevo Dalai! Sir Basil Gould, que fue el jefe de la Delegación británica en la «Plegaria por el Poder del Trono de Oro», en 1940, cuenta que la gravedad, la dignidad del pequeño en el transcurso de las interminables horas que duran las bendiciones individuales fue verdaderamente emocionante. Hay que recordar que el pequeño pontífice tenía apenas cuatro años y medio.

Una vez instalado el nuevo Dalai, empieza su educación. Es extremadamente severa, y se estudia el más pequeño detalle. A partir de entonces, fuera de sus pequeños hermanos seminaristas, no tiene más que monjes a su alrededor. Naturalmente, juega como todo niño sano y normal; pero tiene que habituarse a largas horas de estudio, de penitencia, de ceremonias públicas. Tiene en torno a su persona, un mayordomo, un maitre (que cata siempre los alimentos de su mesa), un capellán (que hace por el Dalai las ofrendas a las divinidades), un jefe de cocina, un primer médico, un bibliotecario, en suma, toda una corte cuya etiqueta es extremadamente estricta, y de la que las mujeres están absolutamente excluidas.

El joven Dalai aprende a leer y a escribir, y se familiariza con los elementos de la aritmética; en seguida cumple sus primeros períodos de retiro con un profesor de Teología. En cuanto llega a la edad apropiada empieza a recibir instrucción teórica y práctica sobre la administración del Estado. Pero, sobre todo, lee, relee,

glosa y comenta libros religiosos, desde los volúmenes del Kang-



=====287

jur hasta los escritos de Tsong-Kapa. Asiste a menudo a las discusiones teológicas que tienen lugar ya sea en el Pótala, o bien en los grandes monasterios de Lhasa. Antes de alcanzar su mayoría de edad (dieciocho años), tiene que visitar uno de los lagos sagrados del Tibet, donde una visión le revelará las vicisitudes futuras de su «reinado».1

## 2. LHASA: ¿LA CIUDAD DEL PRESTE JUAN?

Todo el mundo sabe que, en el siglo xn, en Europa se extendió la noticia de la existencia, en el corazón de las montañas de Tartaria, de un reino supremo al que rendían homenaje todos los soberanos de la Tierra y cuyo rey, monarca y pontífice a la vez, se llamaba el «Preste Juan». Se decía que era descendiente de los reyes magos y que ostentaba su sacerdocio por orden de Melquisedee. Para manifestar claramente su existencia y su poder, el tal Preste Juan se dirigió al Papa Alejandro III, a quien hizo llegar una carta en la que se autodenominaba «rey todopoderoso de todos los reyes del mundo».

Ya que se dirige al Occidente cristiano, el rey-pontífice emplea un lenguaje religioso que no pueda molestar al jefe de la Iglesia católica y, después de haber dicho que es «Maestro Jehan» (Juan, Janus: las dos puertas solsticiales) «por la gracia de Dios, rey poderoso de todos los reyes cristianos» añade: «Os hacemos saber que creemos y adoramos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (la Trimurti hindú), que son tres personas en una deidad y un único Dios» (...) «ítem, saber que nosotros también poseemos cuarenta y dos reyes todopoderosos y buenos cristianos.»

Las investigaciones históricas de los cincuenta últimos años han permitido confirmar que unos misioneros cristianos de la secta herética y gnóstica de los nestorianos, a partir del siglo v (procedentes de Mesopotamia) se habían establecido hasta en Extremo Oriente, donde lograron numerosas conversiones. Su éxito fue especialmente importante en la costa índica (región de Malabar) donde vivió durante un tiempo el apóstol Tomás, contemporáneo-  
1. Fosco MARAINI: Thibet secret, «Club des Libraiiies de France», 1957, págs. 159-161.

neo de Jesús,<sup>1</sup> así como en el Turquestán y Bactriana. Los vestigios de su penetración son visibles hasta en el Tibet, donde se han encontrado cruces y emblemas nestorianos.

En cuanto a la facilidad de las conversiones al nestorianismo, puede darse una explicación plausible: pocos son los puntos que separan los conceptos gnósticos de los adeptos de Nestorio de los del budismo tántrico, el «Gran Vehículo» es, en sí, una gnosis oriental.

La referencia constante del «Preste Juan» a santo Tomás, el apóstol de las Indias, es una prueba suplementaria de esta filiación maniquea, pues el Evangelio atribuido a santo Tomás es uno de los textos sagrados más esotéricos del cristianismo de los primeros siglos.

La continuación de la carta dirigida al Papa es muy explícita sobre este último punto, ya que continúa en estos términos: «Ítem, saber que nuestra tierra está dividida en cuatro partes, pues comprende

las Indias. En la India mayor yace el cuerpo de santo Tomás, el apóstol por quien Nuestro Señor Jesucristo hace más milagros que por los santos que haya en el Paraíso.»

En esta «comarca oculta» se encuentra todo un bestiario simbólico, cuyo sentido ocuparía mucho tiempo en desvelar, pero cuya presencia es interesante remarcar: leones rojos, verdes, negros y blancos, y un «ave llamada Fénix». ¿No se trataría de animales alquímicos?

Pero cuando las cosas resultan más inquietantes, es cuando el Preste Juan describe la capital de su reino. Todo parece designado. Excepto el cotto pasaje de los Evangelios canónicos (pero muy importante) que hace

mención de santo Tomás (que no reconoció al Salvador hasta después de su resurrección),

otros textos evangélicos atribuidos a la pluma del mismo apóstol Tomás cuentan la historia

y la «doctrina secreta» dispensada por ese misterioso discípulo: se trata de los Hechos de

Tomás y del Evangelio según Tomás cuyo texto íntegro se ha encontrado. Éste último es

calificado de «gemelo del Cristo, apóstol del Altísimo, asociado también a la palabra secreta

de Cristo y que ha recibido de Él unas palabras ocultas...».

Los Hechos nos relatan los viajes del apóstol a través de Mesopotamia y las Indias,

donde fundó una nueva Iglesia. La misma muerte de Tomás está envuelta de misterio, pues

se dice que su cuerpo, convertido en luminoso, se elevó del suelo..., lo que —observamos— no es nada extraordinario para un santo venido del «extranjero», es decir, ¡del mundo gnóstico de los «Eones»!

La figura de santo Tomás fue siempre venerada por los maniqueos y, más tarde, por los cataros. El gran especialista de la gnosis, Jean Doresse, escribe al respecto: «Es destacable que el maniqueísmo asignó a la persona de Tomás el mismo prestigio que las tradiciones apócrifas y gnósticas que acabamos de ver que ya le habían atribuido. Sin embargo, hay que hacer notar que algunos historiadores han exagerado el papel que el maniqueísmo habría asignado a Tomás, queriendo identificar con este apóstol la figura de un ángel (llamado, realmente, de un modo equivalente: at-Taum en árabe, según el Fihrist) a quien Maní pretendía deber las revelaciones que recibió y la misión que le fue asignada...», y el historiador prosigue: «Pero es asimismo cierto que los maniqueos hicieron un gran uso, a la vez, del Evangelio según santo Tomás y de los Hechos de Tomás. Hacían uso de los mismos Hechos que han llegado hasta nosotros, y, según testimonio de san Agustín, los consideraban totalmente puros y verídicos.» (Jean DORESSE: L'Évangile selott saint Tboomas, París, Plon, páginas 47-48.)

=====289

nar a esa ciudad como el centro oculto del mundo (la Luz bíblica, el Schamballah hindú) donde residiría el «representante de Dios en la Tierra». Esta ciudad se llama Orionda la Grande (¿relacionada con la constelación de Orion?) la más bella ciudad que «pueda existir en el mundo y que es protegida por uno de nuestros reyes, quien recibe el tributo del Gran Rey de Israel que nos debe doscientos caballos cargados de oro y plata y piedras preciosas».

Finalmente, el texto precisa que el soberano deja el mando de su reino al Patriarca de santo Tomás cuando se va a la guerra. El centro de la ciudad está ocupado por un palacio (un templo) hecho de cristal (nada de lo que acontece en el mundo exterior se escapa así a la visión del soberano: símbolo de clarividencia), su techo es de piedras preciosas (esmeraldas) y el interior «está adornado con estrellas parecidas a las de los Cielos y en dicho palacio no hay ni ventanas ni puertas. Y, dentro, el palacio tiene veinticuatro pilares de oro y piedras preciosas».

Ese rey-sacerdote «santificado antes de haber nacido», ¿no será el guardián de la «Tierra Santa», de la «Jerusalén celestial», del «Castillo del Grial», de la «Tierra de la inmortalidad» o del «Invariable medio», definida por la tradición primordial como la de Thule o de la Agartha?

No olvidemos que la «leyenda» del Preste Juan se extiende por Europa en el momento en que estalla la herejía catara, cuando se desarrolla la orden del Temple y cuando se redactan los relatos arturianos del ciclo del Santo Grial.

La tradición occidental se une entonces a la tradición oriental para hacer de Asia central y del Tíbet el centro primordial del que Lhasa ocupa la cara visible.

### 3. LHASSA Y EL MUNDO SECRETO DE LA AGARTHA

Según la tradición indotibetana, el Asia Central se encuentra por medio de ciertos «sacos», o puertas secretas, en comunicación con el mundo subterráneo de la Agartha poblado por una raza misteriosa,

evocada por el escritor Bulwer-Lytton y que él denomina «pueblo del Vril». Esos habitantes de un universo telúrico, iniciadores probables de la Humanidad, habrían abandonado la su-

290 ===== perficie de la Tierra hace miles de años. Sus poderes y su inteligencia serían muy superiores a los de la Humanidad actual, cuyos jefes espirituales ellos guiarían con sus consejos. Los tibetanos estiman que el Dalai-Lama y los iniciados de alto rango están en conexión con la Agartha y su capital, Schamballah. Lhasa, así como otros lugares en el desierto de Gobi y Turquestán, estaría en correspondencia oculta con unos pasadizos que conducirían a la Agartha.

Ferdinand Ossendowski es uno de los pocos autores que han evocado, no sin algunas precisiones, los contactos con ese mundo «desconocido» gobernado por el «rey del mundo», soberano oculto de la Tierra. No hay necesidad de ser un erudito en materia de esoterismo para comprender que Ossendowski es el portavoz de auténticas tradiciones ocultas de Asia. Su testimonio es de primera mano. El viajero nos describe así una escena especialmente sorprendente a la que él pudo asistir:

«(...) Veis ese trono —dijo el Hutuktu— ante él, todos los lamas cayeron de rodillas, puesto que habían reconocido al hombre del que eran objeto desde hacía tiempo las bulas sagradas del Dalai-Lama, del Tashi-Lama y del Bogdo-Jan. Era el Hombre a quien pertenecía el mundo entero, que ha penetrado en todos los misterios de la Naturaleza. Pronunció una corta oración en tibetano, bendijo a todos los presentes, y luego hizo unas predicciones para la futura mitad del siglo... Durante sus oraciones, ante el pequeño altar, en la sala vecina, la puerta se abrió sola, y los cirios y antorchas sagrados, al apagarse, llenaron el aire de aquel lugar con oleadas de incienso... Luego, sin avisar, el rey del mundo<sup>1</sup> y sus compañeros desaparecieron...»

En esta ocasión el «rey del mundo» hizo una predicción que se refería a una «maldición desconocida que conquistaba al mundo. Ese personaje misterioso, ¿es un hombre o un ser de esencia superior? En todo caso, sus rasgos parecen ser idénticos a los de los humanos. A la pregunta «¿Ha visto alguien al rey del mundo?», el lama que encontró Ossendowski en Asia Central contestó:

«Durante las fiestas solemnes del antiguo budismo en el Siam y en la India, el rey del mundo apareció cinco veces. Estaba en un carro magnífico, arrastrado por elefantes blancos. Iba vestido con un manto blanco y llevaba en la cabeza una tiara roja, de la cual colgaban unas sargas de diamantes que le ocultaban el rostro. Bendecía el pueblo con una manzana de oro coronada por un cordero...»

Cuando le pregunté cuántas personas habían visitado la Agartha, el lama me respondió:  
«Muchas, pero la mayoría guardaron el secreto toda su vida. Cuando los olets destruyeron Lhasa, uno de sus destacamentos que se encontraba en las montañas^ del Sudoeste alcanzó las fronteras de la Agartha, y allí fue instruido en las ciencias misteriosas. He aquí por qué los olets y los kalmucos se convirtieron en hábiles hechiceros y profetas. Algunas tribus negras del Este penetraron también en el reino de la Agartha y vivieron allí varios siglos. Más tarde, fueron expulsadas del mundo subterráneo y volvieron a vivir a la superficie de la tierra, trayendo consigo el conocimiento de ciertos misterios, en especial la manera de predecir el porvenir por las cartas y las líneas de la mano. Son los antepasados de los Gitanos. En algún lugar al norte de Asia, hay una raza que está en trance de desaparecer y que frecuenta las cuevas de la Agartha. Sus miembros invocan a los espíritus de los muertos, que viven en el espacio...»

=====291

do, barría toda civilización, mataba a todo ser mortal, y destruía a los pueblos, haciendo retroceder el progreso y desaparecer la ruta hacia lo divino...» pero entonces: «Un jefe aparecerá, más fuerte y decidido que Gengis-Jan y Ugadai... será más favorable y más hábil, más misericordioso que el sultán Baber... mantendrá el poder en sus manos hasta el día feliz en que, desde su capital subterránea, saldrá el rey del mundo...» Más adelante, Ossendowski prosigue:

«En el palacio del Bogdo, un lama me enseñó una cajita especial recubierta de un precioso tapiz; en esa cajita se encuentra la placa de cobre que lleva la señal misteriosa del rey del mundo y el relato de la última visión del Buda Vivo...

»—¿Habéis visto en el desierto —preguntó el mogol— cómo los camellos agitaban sus orejas de espanto...? ¿Cómo la tropa de caballos en la llanura se quedaba inmóvil, atenta...? ¿Cómo los corderos y el ganado se echaban al suelo...? ¿Habéis observado que los pájaros dejaban de volar; las marmotas dejaban de correr y los perros de ladrar...? El aire vibraba suavemente y traía de lejos la música de un canto que penetraba hasta el corazón de los hombres, de las bestias y de los pájaros... La tierra y el cielo contenían el aliento... El viento dejaba de soplar... El sol detenía su marcha... En un momento como éste, el lobo que se acerca a las ovejas sigilosamente se detiene en su marcha disimulada...

La manada de antílopes atemorizados retiene su impulso perdido... El cuchillo del pastor, presto a cortar la garganta del cordero, se le cae de las manos... El armiño rapaz deja de perseguir a la perdiz confiada... Todos los seres vivos, sobrecogidos de miedo, involuntariamente, se ponen a rezar, aguardando su destino...

»"Esto es lo que pasaba entonces: era lo que pasaba siempre que el rey del mundo en su palacio subterráneo reza, por el Destino de los pueblos de la Tierra..." Así habló el viejo mogol, sencillo pastor sin cultura. Pero... ¿qué es exactamente ese «mundo subterráneo»?

Ossendowski lo describe así: «... El pueblo subterráneo ha alcanzado el saber más alto... Ahora, es un gran reino que cuenta con millones de individuos sobre los cuales reina el rey del mundo... Él conoce todas las fuerzas de la Naturaleza, lee en todas las almas humanas, y en el gran libro del destino... Invisible para el vulgo, reina sobre 800 millones de hombres que están dispuestos a ejecutar todas sus órdenes... Ese reino es Agarthi (Agartha)... Se extiende a través de todos los pasadizos subterráneos del mundo entero... El reconocimiento de la existencia del más santo y más poderoso de los hombres, del reino bienaventurado, del "gran

templo" de la ciencia sagrada, es una consolación tal para nús

—



tros corazones de pecadores y nuestras vidas corrompidas que ocultarlo a la Humanidad sería un pecado... Todo el año, el rey del mundo guía la labor de los pandits y de los gurús de Agarhi, donde reposa el cuerpo embalsamado de su predecesor, en un féretro de piedra negra... La capital de Agarhi (Schamballah) está rodeada de chalets donde viven grandes sacerdotes y sabios; recuerda a Lhasa, el palacio del Dalai-Lama...<sup>1</sup> el «Pótala» se encuentra en la «cima», en el interior de una montaña sagrada (ese monte está situado en Asia central: se le llama Kang-Yang) cubierta de templos y monasterios... en unos extraños carrmatos desconocidos del interior de nuestro planeta...

«En el Reino de Agarhi, en el palacio de cristal maravilloso, habitan los jefes invisibles de los fieles... El rey del mundo (que corresponde al Dhyani-buda del centro, Vara Jan) puede hablar a "Dios" ( Dios = el señor de los cinco mundos) con sus asistentes Ma-Hytma, que conoce todos los acontecimientos, el porvenir, y Ma-Hinga que dirige las causas de esos acontecimientos... Cuando sale de sus meditaciones, desprende luz divina...»

Veamos algunos pasajes más que elocuentes sobre lo que puede considerarse la tradición más elevada y secreta de Asia.

El esoterista Saint Yves d'Alveydre declaraba, por su parte, en su libro *Mission de l'Inde en Europe* (pág. 27):

«En la superficie y en las entrañas de la tierra, la extensión real de la Agartha desafía a las presiones de la violencia y la profanación. Sin hablar de América, cuyos ignorados subsuelos le han pertenecido en una muy lejana Antigüedad, sólo en Asia, casi quinientos millones de hombres saben, más o menos, su existencia y su tamaño.»

Esta creencia de que el interior de la tierra está habitado se desarrolla en la obra de Bulwer-Lytton: *La raza que nos exterminará*.

Lord Lytton fue un iniciado de alto rango en la orden de la Rosa-Cruz. El hecho de que la ciencia no haya podido descubrir las entradas a ese reino subterráneo no tiene nada de extraño si creemos a Saint-Yves d'Alveydre que escribe (op. cit., pág. 35): «Lo que voy a decir aquí y más adelante parecerá un cuento de Las mil y una noches y, sin embargo, nada es más real. Unas barreras invisibles parecen prohibir a los profanos el acceso a la Agar-

1. A propósito del Dalai-Lama y de las relaciones establecidas entre los jefes espirituales

de la Humanidad y el «reino subterráneo», Ossendowski nos confía:

«Los pontífices de Urga y de Lhasa enviaron en varias ocasiones a embajadores cerca

del rey del mundo, pero no pudieron encontrarlo. Pero un jefe tibetano, después de una

batalla con los olets, se encontró ante una cueva cuya entrada llevaba la inscripción siguiente:

ESTA PUERTA CONDUCE A LA AGARTHA

»De la cueva salió un hombre de gran prestancia, que le presentó una tablilla de oro

que llevaba unos signos misteriosos, y el desconocido le dijo: "El rey del mundo se aparecerá

a todos los hombres cuando venga el tiempo de la guerra del bien contra el mal. Pero

ese tiempo no ha llegado aún. No han nacido todavía los peores vastagos de la raza humana".»

=====293

tha, a pesar de la existencia de puntos de contacto, de itinerarios secretos que permiten llegar a ella. (Se dice) que sólo consiguen llegar aquellos que por sí mismos han llegado —definitiva o transitoriamente—

al nivel vibratorio que permite pasar a las zonas prohibidas.»

Según la tradición, la Agartha no fue siempre subterránea y no lo será por siempre jamás. Vendrá un tiempo en que, según Ossendowski,

«los pueblos de Agartha saldrán de sus cavernas y aparecerán a la superficie de la tierra».

Señalemos por último que la palabra agartha significa «inalcanzable » o hasta «inviolable».

Jean Marqués-Riviére, orientalista y miembro de la Sociedad asiática, como Rene Guénon en su *Roi du Monde*, asegura la realidad de la Agartha que él «localiza» en una región escondida: Napamako. Esta tierra prohibida está situada en el centro del Himalaya (Tibet), pues la leyenda dice que «el Brahmaputra, río sagrado, la rodea para protegerla».

El gurú (maestro) de J. Marqués-Riviére declara: «En tu sombrío Occidente, dirige tus pensamientos hacia Lap-Chi-Kang.<sup>1</sup> Allí velan los guardianes de la raza humana. Medita sobre ellos, medita sobre los dioses del Himalaya; entonces te serán visibles; invisibles y solitarios, llenos de compasión por la Humanidad, velan hasta la hora del Alba y de la Liberación.»<sup>2</sup>

En el Tibet, «en el lago sagrado de los Cuatro Ríos», al oeste del Everest, se «localiza» asimismo uno de los centros prohibidos, o mejor dicho, invisibles, pues sus «Presencias» no se manifiestan más que a los «ojos divinos». Su acción es muy poderosa, puesto que ninguna contingencia terrestre los importuna. A esos seres poderosos

se refieren las extensas descripciones que se encuentran en algunos rituales tántricos. Hay que recalcar que no se trata de dioses; son muy «superiores» a ellos.

A modo de conclusión sobre el «polo místico» de la tierra del que Lhasa es el reflejo visible, no podemos más que hacernos nuestra la cita del marqués Saint Yves d'Alveydre: «Baste a mis lectores con saber que, en algunas regiones del Himalaya, entre los 22 templos que representan los 22 arcanos de Hermes y las 22 letras de ciertos alfabetos sagrados, la Agartha constituye el cero místico: la inencontrable...»

1. Nombre tibetano del Himalaya.

2. J. MARQUÉS-RIVIÉRE: «L'État de Bouddha», en *Théosophie*, febrero 1929.

Jean Varenne

#### EL YOGA

El hinduismo tiene un aspecto, el del yoga, mal comprendido en Occidente. A través de su historia se trata de llegar a su comprensión.

Edición ilustrada.

Aimé Michel

#### EL MISTICISMO

Estudio profundo de este fenómeno y sus manifestaciones que sobrepasan lo normal. Edición ilustrada.

J. J. Benftez

#### OVNIS: S.O.S. A LA HUMANIDAD

Hechos Inquietantes que tienen lugar en el Perú de apariciones de extraterrestres y que todos debemos conocer. Edición Ilustrada.

Michel Granger

#### ¿TERRESTRES O EXTRATERRESTRES?

¿Somos los descendientes de la unión de extraterrestres (de los «dioses» llegados del cielo) con las «hijas de los hombres», unión que hizo salir nuestra especie de la condición animal?

Jacques Bergier

#### VISADO PARA OTRA TIERRA

Un estudio serio acerca de las posibilidades de vida en otros mundos y la actuación de posibles extraterrestres.

Andrew Tomas

#### EN LAS ORILLAS

#### DE LOS MUNDOS INFINITOS

Una ojeada al espacio exterior, donde posiblemente esté el futuro de la Humanidad. Edición ilustrada.

Robert Charroux

#### EL LIBRO DE LOS MUNDOS

#### OLVIDADOS

Amena y amplia visión de la fenomenología que integra el llamado «realismo fantástico». Edición ilustrada.

Paul Arnold

#### LOS GRANDES INSPIRADOS

Visión básica, doctrinal e histórica de las grandes directrices religiosas de la Humanidad.

Fernand Niel

#### STONEHENGE

Una nueva visión que resume todo cuanto se

ha dicho acerca de un extraño monumento prehistórico.

Alfred Stelter

CURACIÓN PSI

Nuevas apreciaciones acerca de otra Medicina que se basa en fenómenos paranormales que están más allá de lo demostrable.

Peter Kolosimo

ODISEA ESTELAR

Ulises, vagabundo del tiempo. Los dioses y el espacio. ¿Ciclopes en América? Mitología de otros mundos. Armas atómicas y robots en la epopeya homérica. Edición Ilustrada.

Robert Charroux

EL ENIGMA DE LOS ANDES

Hallazgos de unas cavernas secretas y unas piedras grabadas, que podrían constituir la expresión de la vieja sabiduría de civilizaciones perdidas. Edición ilustrada.

Este libro se imprimió en los talleres  
de GRÁFICAS GUADA, S. A.  
Virgen de Guadalupe, 33  
Esplugas de Llobregat.  
B a r c e l o n a  
IL

